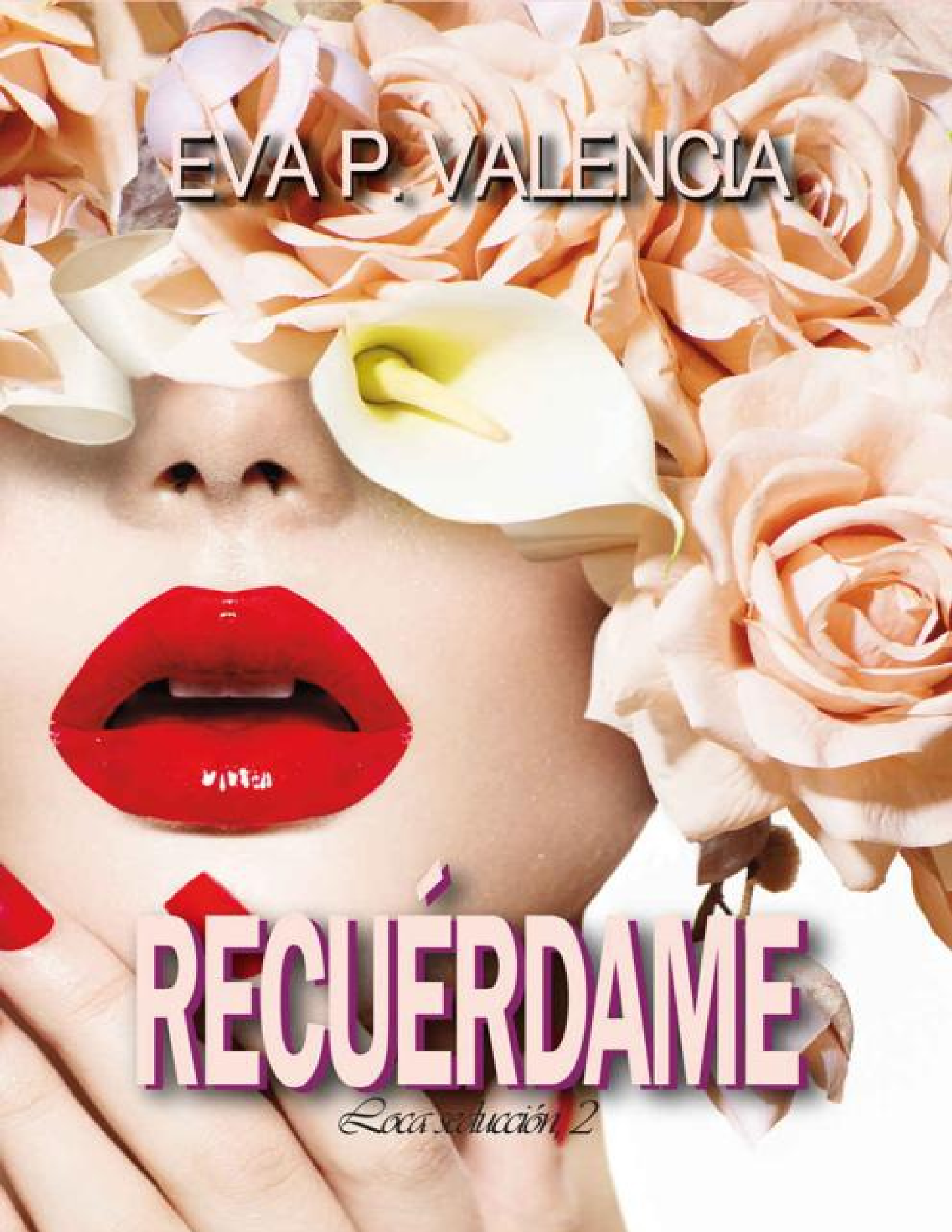

EVA P. VALENCIA
RECUÉRDAME
Loca seducción 2

RECUÉRDAME

EVA P. VALENCIA

Recuérdame
Eva P. Valencia

Segunda edición: diciembre de 2021
Tercera edición: junio de 2024
ISBN: 9781798032510

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.
Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún
fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 70219 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Eva P. Valencia
@ Eva P. Valencia, 2024
@ EPV Novela contemporánea, 2024

@ Imagen de la cubierta: *Shutterstock*
@ Fotografía de la autora: archivo de la autora

www.evapvalencia.com

A mi hijo, con toda mi alma

Recordar es fácil para el que tiene memoria,
olvidar es difícil para quien tiene corazón.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

prólogo

Sobresaltada, se despertó con la respiración entrecortada y los latidos de su corazón zumbando en sus oídos. Rápidamente, sus pupilas comenzaron a dilatarse, acostumbrándose a la luz proveniente del exterior de aquella pequeña ventana.

Alzó la cabeza y, mirando con recelo a su alrededor, se incorporó y permaneció sentada varios minutos. No se atrevía a moverse, no sin antes averiguar dónde se encontraba y cómo había llegado hasta allí.

De repente, un terrible dolor de cabeza se apoderó de ella. Cuando quiso colocar la mano sobre la sien para apaciguar aquel malestar, descubrió un vendaje que rodeaba parcialmente su frente.

Lo palpó con cuidado. Daba la impresión de que, bajo el apósito, había varios puntos de sutura. Confundida, quiso salir de la cama y, al apoyar el peso en una de sus manos, una pulsera de plástico asomó entre las mangas de su pijama.

Conmovida, retiró la tela para poder leer las palabras que habían inscritas en color negro:

Anderson, Noah
Albert Einstein Medical Center
Filadelfia
Fecha de ingreso: 24/12/2013

Abrió los ojos desconcertada.

«¿Quién demonios es Noah Anderson?»

1

6 de enero de 2014
Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

—¡Clive! ¡Clive! ¡Noah ha despertado!

Clive abrió los ojos como platos y tragó saliva ruidosamente al tiempo que se quitaba el gorro, la bata y los guantes de operaciones, sin dejar de mirarse al espejo con un deje adusto y desabrido en el semblante.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó con la voz tan grave y amenazante que Jim incluso dio un paso atrás a modo de defensa.

«¡Maldita zorra! ¡Tenía que haber vaciado todo el cargador en su puta cabeza!», pensó para sus adentros sin poder evitar apretar la mandíbula con tanta fuerza que hizo chirriar sus muelas.

La presión arterial se le disparó de tal forma que un apreciable tic asomó en la comisura de su ojo derecho.

—Sí, Clive… es… es un milagro —dijo su compañero tan perplejo como emocionado. Conocía a su mujer desde hacía más de cinco años y, por supuesto, le tenía mucho aprecio.

Clive por fin alzó la vista y buscó los ojos de Jim a través del espejo.

—¿Y qué es lo primero que ha dicho?

Jim se encogió de hombros.

—Nada. No ha dicho nada.

Clive enarcó una ceja extrañado mientras acababa de lavarse las manos y luego las secaba con una de las toallas limpias que cogió del estante. Jim, después, prosiguió.

—No recuerda nada.

«¡Joder! —se echó a reír para sus adentros, aliviado—. Soy un puto afortunado…»

Jim sostuvo la puerta para que su compañero de fatigas atravesara el umbral y darle un par de palmaditas en la espalda.

—Clive. Nuestras plegarias han sido escuchadas. Dime, ¿cuántas probabilidades hay de que una persona sobreviva a un disparo en la cabeza? ¿Una entre…?

—Veinte… —acabó su frase.

—Exacto. —Lo miró de reojo. Por extraño que parecía, Clive no daba saltos de alegría. ¡Por el amor de Dios!, era su mujer y, pese a su amnesia, estaba viva.

El joven siguió caminando a su lado por el largo pasillo y luego continuó.

—Su padre está de camino.

—¿George? ¿No estaba en Roma?

—Tan pronto como ha recibido la noticia, ha cogido el primer vuelo.

—¿Y Charlize?

—Ella, de momento, se ha quedado allí.

Clive tosió y luego carraspeó para aclararse la voz. El catarro que arrastraba desde hacía días había dejado secuelas en sus pulmones y en su garganta.

Empezó a acelerar el paso.

—A ver si de una vez dejas el dichoso vicio. Tienes cuarenta y cuatro años, ya no eres un crío.

Él se rio.

Durante los seis largos meses de intensiva búsqueda del paradero de su mujer, había

aumentado el número de cigarrillos negros que consumía. A día de hoy, se fumaba tres paquetes diarios y esa cantidad iba in crescendo vertiginosamente.

—De seguir así, tendrás que operar con un cigarro en una mano y un bisturí en la otra —se burló divertido.

Clive no le contestó.

Jim Sanders era un hombre con un peculiar sentido del humor y su sarcasmo solía exasperar sus nervios. Clive, en más de una ocasión, le había advertido que no encontraba la gracia por ninguna parte a sus estúpidos comentarios y que algún día le partiría la cara, pero aún no lo había hecho porque significaría dejar de operar durante un tiempo, y su profesión y su reputación como cirujano jefe del Albert Einstein Medical Center estaban muy por encima de todo aquello.

Clive necesitaba constantemente tener el control. Ejercer su control a todo aquel que lo rodeaba. Sentirse poderoso y, de paso, alimentar su ya acrecentado ego. Si controlaba a los demás, lograría controlarse a sí mismo. Era una ecuación pragmática, como que dos más dos son cuatro. Así funcionaba la retorcida mente del doctor Wilson.

Al llegar a la habitación 423, Jim le cerró el paso a Clive.

—¡¿Qué coño haces?!

—No la atosigues mucho, ¿vale? Está muy asustada.

«¡Haré lo que me plazca, capullo! ¡Ella es mía!»

Clive frunció el ceño.

—Aparta —inquirió retirando el brazo que le impedía entrar en la habitación.

—Venga, Clive… dale un respiro.

—Tengo ganas de verla.

—Ja, ja, ja… y de otras cosas, ¿no? En seis meses debes de habértela cascado de lo lindo.

Clive le cogió del cuello de la camisa y lo estampó contra la pared.

Jim levantó las manos en señal de rendición mientras se ponía de puntillas tratando de abrir la boca para respirar con normalidad.

—Te advertí de que un día te partiría la cara, no hagas que ese día sea hoy.

—Perdona —dijo tragando saliva costosamente—, ha sido una broma estúpida.

Clive clavó sus ojos en los de color avellana de él y luego lo soltó con desprecio.

—Tú lo has dicho: una estúpida broma.

—Joder, Clive… relájate…

Éste bufó por la nariz con fuerza.

—Tu mujer está viva, ¿qué más puedes pedir?

Negó con la cabeza y, resoplando como un animal, abrió la puerta para entrar.

Jim, en cambio, se quedó en segundo plano y, tras unos instantes, descendió a la planta baja, a su puesto como jefe de urgencias.

Clive cerró la puerta a sus espaldas.

Noah estaba sola en la habitación, mirando a través de la ventana. Al oír unos pasos que se acercaban, se giró alimentada por la curiosidad.

Se quedó observando en silencio a aquel atractivo médico, de penetrante mirada azul, de pelo ondulado y negro, que la miraba como si la conociera de toda la vida.

—Me conoces —afirmó ella dando unos pasos al frente—, lo veo en tus ojos.

Clive reconocía que estaba muy tenso. Una gota de sudor empezó a surcar su frente.

Por su bien, ella no debía reconocerlo o, de lo contrario, estaba sentenciado. El intento de asesinato con premeditación y ensañamiento ocurrió en la ciudad de Nueva York y, por lo tanto, le sería aplicada la pena máxima, según la jurisdicción estatal de aquel estado, o lo que era lo

mismo, traducido al argot callejero: veinticinco años a la sombra.

Ella se acercó un poco más. Por una extraña razón, no sentía miedo.

Cuando únicamente les separaban dos metros, Noah entrecerró los ojos estudiando a su marido.

Él contuvo el aliento y, poco después, ella pronunció titubeante:

—Lo siento. No logro recordar quién eres.

Clive sonrió a medias torciendo el labio e inspiró hondo tratando de paliar su evidente angustia.

—Soy… —se acercó a ella con paso firme—… tu marido.

Noah alzó las cejas, helada. No recordaba haber estado casada. No recordaba sus rasgos, ni su voz, ni sus ojos… No recordaba absolutamente nada.

Bajó la vista a sus manos buscando alguna prueba fehaciente; sin embargo, no encontró ninguna marca que rodeara sus largos dedos. No llevaba alianza.

Ella sintió un escalofrío recorriendo todo el largo de su espalda y luego empezó a temblar.

—Ven —la animó él—, quiero abrazarte.

Alzó la vista con lágrimas en los ojos.

—Lo siento —se disculpó—. No soy capaz de recordarte.

Clive la abrazó y le susurró palabras tranquilizadoras al oído antes de separarse.

—No te preocupes, yo te mostraré quién eras y quién soy yo.

Ella asintió secándose las lágrimas de los ojos.

De repente, la puerta se abrió de golpe.

Un hombre de unos cincuenta años, vestido con una chaqueta desgastada de cuero marrón, tejanos que aparentaban haber llenado el cupo de lavados y unas deportivas Nike con las suelas enfangadas, enseñó su placa.

—Soy el detective Owen. Abandone de inmediato la habitación, señor.

—Está usted ante su marido.

—Me la trae floja —recalcó guardando la placa identificativa en el bolsillo trasero de su pantalón y, tras hurgar en el otro, sacó un chicle que desenvolvió poco después para llevárselo a la boca—. Señor, he de interrogar a la señorita Anderson.

—No me han informado.

—Lo estoy haciendo ahora. Así que, si me permite… —Le hizo un gesto señalando la puerta, invitándolo a salir.

Se sostuvieron las miradas unos instantes antes de resoplar con fuerza por la nariz y fulminarlo de forma desafiante. Poco después, abandonó la estancia.

Una vez a solas, Jack Owen miró de arriba abajo a Noah mientras hacía crujir sus nudillos y mascaba ruidosamente.

—Veamos… Toma asiento —Miró a su alrededor. Únicamente había una cama y una butaca.

Ella pestañeó varias veces antes de sentarse en una de las esquinas de la cama.

Jack sacó su pequeña libreta y buscó una hoja libre de anotaciones. Después hizo un garabato en el papel y, al ver que su bolígrafo no escribía, lo humedeció con la punta de la lengua.

—¡Jodido invento húngaro…! —maldijo entre dientes.

Dio unos golpecitos a la bola y por arte de magia el instrumento empezó a funcionar sin problemas. Luego se sentó en la butaca y comenzó a anotar varias palabras que luego subrayó.

—Noah Anderson, veintiocho años. Nacida en Minnesota, con residencia en Filadelfia.

Ella lo escuchaba con suma atención, tratando de retener en su mente aquellos datos que eran completamente nuevos para ella.

El detective alzó la vista y, pasándose la mano por la escasez de su pelo y las incipientes entradas en su cuero cabelludo, la miró con aquellos ojos azules y avispados para preguntarle:

—¿Sabes de qué huías?

—¿Perdone? —le preguntó tensándose sin saber por qué—. ¿Huía?

Jack empezó a anotar en su libreta y luego hizo una pompa con el chicle. Al explotar ésta, levantó de nuevo la vista.

—O sea, que es cierto. —Cruzó las piernas—. No recuerdas nada.

Ella negó con la cabeza.

Poco después, dejó la libreta y el bolígrafo sobre la superficie de una de las mesitas junto a la cabecera de la cama y la miró directamente a los ojos, como si estuviera estudiando cada uno de sus gestos, esperando alguna reacción por lo que le iba a explicar.

—Llevabas seis meses desaparecida y, cuando todo el mundo te daba por muerta… ¡tacháaaan! —Hizo un gesto con las manos simulando ser un prestidigitador—. Apareces de la nada… en un callejón y con un disparo en la cabeza. Moribunda… más muerta que viva… —Sopló por la nariz sin dejar de observarla con detenimiento. Y sí, la expresión de sus ojos no mentía. Al parecer, lo que acababa de escuchar era del todo nuevo para ella—. Te robaron, te dispararon a quemarropa y te abandonaron a tu suerte.

—¿Y no sabe quién o quiénes me atracaron?

Jack aguardó unos segundos antes de proseguir.

—Lo que creo es que no fue un atraco fortuito.

Ella arrugó la frente y abrió la boca, asombrada. Al poco, él añadió:

—No existe un crimen perfecto… —murmuró casi en un susurro inaudible.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada… cosas de un loco chiflado… No me hagas caso, llevo demasiadas horas sin dormir y de permiso —confesó levantándose de la butaca. Ella lo imitó y también se incorporó —. ¡Joder! No sé por qué siempre en todos los hospitales ponen la calefacción tan alta… — Sopló, secándose el sudor de la frente, y luego se miró las axilas, que también estaban empapadas.

Jack sacó una tarjeta de la cartera y, acto seguido, se la entregó.

—Llámame si recuerdas algo, cualquier cosa y, aunque pienses que no es importante, no te equivoques porque… todo puede servir para esclarecer los hechos.

—Gracias. —Le estrechó la mano y lo acompañó a la puerta.

—¡Ah! Una última cosa. —Se giró—. No comentes a nadie que he estado aquí. Los federales no deben saberlo. Ellos y yo… digamos que… que somos como el perro y el gato…

Ella enarcó una ceja y luego se guardó la tarjeta rápidamente en el bolsillo del pantalón del pijama.

—Quiero ayudarte, Noah —concluyó.

Jack, poco después, desapareció y ella se quedó muy pensativa. ¿Qué trataba de insinuar? ¿Acaso no había sido un robo? Entonces… ¿quién odiaba tanto a Noah Anderson como para desear su muerte?

Se abrazó con fuerza y se frotó los brazos, esperando el regreso de su marido. Hasta el momento, era con la única persona que se sentía a salvo, además de… protegida.

Jack salió al pasillo y lanzó la bola de goma en una de las papeleras. Ésta cayó fuera pero no la recogió; era un mal vicio que había ido adquiriendo con el transcurso de los años.

Clive lo esperaba apoyado en la pared junto a una de las máquinas expendedoras de aquella planta.

—He realizado unas llamadas, detective Owen —instó en tono amenazante cuando éste pasó por su lado—. Por lo visto, no deberías estar aquí… De hecho, ni siquiera en esta ciudad… Estás suspendido de empleo y sueldo. Te han retirado la pistola y la placa, así que la que nos has mostrado debe de tratarse de una mala falsificación.

Jack soltó una breve carcajada.

—Sí, lo confieso. Es del juego de ladrones y policías de mi hijo Malcom.

—No quiero volver a verte hablando con mi mujer. ¿Te ha quedado claro?

El detective enderezó la espalda y, sin acobardarse, se acercó a su oído.

—¿De qué tienes miedo, Clive?

Luego se retiró lentamente y le dio un par de palmaditas en la espalda.

Clive le observó alejarse hasta perderse por las escaleras.

Su respiración empezó a acelerarse. Ese cabrón no iba a joderle la vida. Antes se ocuparía de jodérsela a él.

Se llevó la mano al bolsillo y buscó una de las pastillas que tomaba en casos de estrés como aquel.

Se la puso en la lengua y bebió un sorbo largo de la botella de agua.

Miró su mano para comprobar el pulso. Pronto la substancia química de aquella pequeña grajea le ayudaría a dejar de temblar.

Afortunadamente, pronto recuperaría de nuevo el control…

2

Greenwich Village, Manhattan

—Charly, ponte el abrigo y el gorro. Ha vuelto a nevar.

—Papi, ¿cuándo volveré a verte?

Frank Evans guardó silencio. Ni él mismo lo sabía a ciencia cierta. El abogado de Sarah hacía un par de días que le había entregado el acuerdo de divorcio. Por lo visto, su mujer se trasladaba a Filadelfia con quien había sido su amante durante un año, el multimillonario Christian Miller, amigo íntimo de la familia y, en la actualidad, uno de los solteros más codiciados de América.

—Mamá está aparcando el coche, ahora le preguntaremos, ¿vale, cariño?

La niña puso morritos y enrolló en el dedo un mechón de pelo de una de las coletas.

—Además, mañana empezarás el curso en una nueva escuela. Ya verás como pronto haces buenas amiguitas.

—¿Y May y Sylvia?¿Cuándo las volveré a ver?

Frank suspiró, frotándose la cara con las manos.

—Mira, cielo —dijo doblando las rodillas para quedar a su altura y poder ver los increíbles ojos azul turquesa de su hija—, te prometo que, cuando tengas vacaciones, vendrás a Manhattan y entonces podrás verlas. Además…

Frank dejó la frase inacabada flotando en el aire y atravesó el salón. Luego abrió uno de los cajones del bufete. Sacó un paquete del interior de una bolsa y, después, se lo entregó a Charlotte.

—Te he comprado algo para que podamos hablar cada día.

La niña, con evidente impaciencia, abrió el regalo de su padre perfectamente envuelto en papel de celofán en sutiles tonos rosa pastel, como a ella le gustaba.

La sorpresa se pintó en su cara al ver la webcam de ultimísima generación que acababa de descubrir.

—En cuanto llegues a casa, pídele a mamá que te ayude a colocarla en el ordenador. Así, cada noche antes de que te vayas a dormir, podremos charlar un rato.

—¿Y con mis amigas?

—Por supuesto, con tus amigas también.

Frank sonrió y miró a su hija con orgullo y, antes de seguir sintiendo cómo un nudo en la garganta amenazaba por brotar y hacerle llorar, la estrechó entre sus brazos y acarició su pelo a la vez que cerraba los ojos con fuerza.

Mientras se fundían en un tierno abrazo, alguien golpeó la puerta de la entrada.

Abriendo los ojos y regresando de nuevo a la amarga realidad, Frank besó a su hija en la frente y fue en busca de las dos maletas que esperaban junto al recibidor.

Giró el pomo y abrió la puerta de par en par, cruzándose con la dulce mirada de Sarah Taylor.

—Hola, Frank. —Le sonrió sólo a medias.

—Hola, Sarah.

Él echó un vistazo al flamante Aston Martin Rapide S Luxury que esperaba estacionado en la calzada.

—¿Ni siquiera se va a dignar a ayudarte con las maletas?

No pudo evitar lanzar una mirada de desprecio al individuo que estaba sentado en el interior

del vehículo. Como de costumbre, Christian Miller observaba con aquel porte arrogante y altivo que tanto lo caracterizaba.

Sarah bajó la vista a las maletas ignorando su comentario y, tras cogerlas, le volvió a mirar a los ojos.

—En este caso, no es culpa de él, yo misma le he pedido que no venga y que nos espere allí.

—Deja que las lleve yo.

Frank estiró los brazos para tomar las maletas, pero ella se anticipó negándose en redondo.

—No es necesario.

Permanecieron en silencio, sosteniéndose la mirada sin pestañear. Afortunadamente, en aquel instante, la hija de ambos, Charlotte, salió del vestíbulo captando toda la atención.

—¡Maaaami! —Saltó de un brinco a su falda, manifestando una inmensa alegría en su rostro tras verla.

—Cariño, despídete de papá y entra en el coche. Hace demasiado frío para estar en la calle.

La niña obedeció. Padre e hija se abrazaron durante un largo rato y, acto seguido, corrió para sentarse en el asiento trasero del vehículo.

—¿Has leído el convenio?

Sarah cambió de tema drásticamente.

—No. Aún no —le confesó.

—Pues… cuando leas el apartado de las cláusulas… —hizo una breve pausa buscando las palabras adecuadas—… ten en cuenta que he tratado de hacer lo mejor y lo más justo para Charly.

El joven carraspeó.

—Y… conociendo a tu abogado… lo mejor para ti.

—Frank…

—¿Qué? —Se cruzó de brazos.

—Te lo ruego. No lo hagas más difícil… de lo que es. No lo empeores…

Él negó con la cabeza sin dar crédito y, poco después, se echó a reír, irónicamente.

—¿Difícil? ¡Vamos, Sarah! No he sido yo quien se ha liado con otro, ni quien ha abandonado a su marido y a su hija a su suerte para luego regresar meses después, reclamando su custodia. No he sido yo… quien ha dejado de quererte…

Sarah bajó la vista abrumada por sus hirientes palabras, aunque reconocía que estaba en lo cierto. No se había comportado correctamente, ni con él, ni con su hija. Se había cegado completamente por los encantos y el dinero de Christian.

—Lo nuestro no funcionaba y… lo sabes.

—Yo lo único que sé… es que estuve enamorado de ti. Y… hasta el final mantuve viva la esperanza. Te perdoné, Sarah, te perdoné y te esperé… —Suspiró hondamente mirando el vehículo—. Y… lo único que me quedaba era… Charly… Pero ahora te la llevas a más de ciento cincuenta kilómetros y… sin siquiera barajar la posibilidad de que pueda verla entre semana.

—Te hago memoria de que eso ya lo hemos discutido… —añadió verdaderamente dolida.

—Sí, tienes razón… pero sigo sin tener alternativas. Sólo me queda aguantarlo estoicamente, ¿verdad? —Hizo una mueca y aleteó los brazos al aire—. Ya no podré ver crecer a mi hija…

De repente, el sonido del claxon interrumpió la acalorada conversación.

Sarah mostró una palma de la mano a Christian para que guardara calma, antes de despedirse de Frank.

—Bueno.

—Bueno —repitió él con un deje cortante en su tono de voz.

—Ha llegado el momento de marcharnos.

La joven de cabellos negros se puso de puntillas para acceder a su mejilla y darle un beso, pero él dio un paso atrás, guardando las manos en los bolsillos. Llegados a este punto, prefirió mantener las distancias. Si bien era cierto que todos esos meses se había sentido utilizado y ninguneado, reconocía que aún la seguía echando de menos, por lo que corría el riesgo de flaquear.

—Sarah, no quiero que te marches creyendo que te guardo rencor —le aseguró—. Tan sólo es… es que necesito tiempo para asimilarlo… No sé vivir sin mi hija, entiéndelo… por favor…

Ella tardó en contestar.

Cogió de nuevo las maletas y, antes de dar media vuelta, concluyó:

—Lo siento. De veras que siento que las cosas hayan acabado de esta forma.

Sarah miró por última vez sus grandes y oscuros ojos y, suspirando hondamente, se atrevió a confesarle:

—Aún no he dejado de quererte…

Dio media vuelta y, dándole la espalda, bajó las escaleras y siguió el camino que se ocultaba bajo el denso manto de nieve.

Frank, por el contrario, permaneció inmóvil en el porche de su casa, hasta que minutos más tarde los perdió de vista. Luego, descendió a la bodega para abrir una de las mejores botellas de reserva que guardaba para momentos como aquel. Subió al salón y, tras acomodarse en el sofá, llamó a su amigo Gabriel Gómez.

No le apetecía pasar aquella tarde en soledad, pues las dos mujeres más importantes de su vida lo habían abandonado; primero, Kelly Sullivan, y ahora, su hija Charlotte.

3

Horas más tarde
Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

Noah, tras una larga y placentera ducha bajo el chorro de agua, secó su cuerpo y se cambió de pijama.

Con la toalla enroscada alrededor de la cabeza, se cepilló los dientes. Aún no había reunido el valor suficiente para enfrentarse a la imagen del espejo. Aún no estaba preparada para descubrir qué rostro tenía Noah Anderson.

Así que, tras eliminar los restos de pasta dentífrica de la boca, se cepilló el pelo a tientas para después recogérselo en una coleta alta.

Debía estar lista en breve, puesto que la enfermera le había informado de que el neurocirujano Colin Wilde pasaría aquella misma tarde para mantener un primer contacto.

Salió a la habitación y se sentó en una esquina de la cama a esperarlo.

Transcurrieron cinco, diez, veinte minutos y el doctor seguía sin aparecer.

Al poco, una de las enfermeras en prácticas entró y depositó la bandeja de la cena sobre el carrito.

Noah esperó un poco más pero, al ver que nadie se presentaba, optó por empezar a comer.

En las casi dos semanas que había permanecido en coma, únicamente se había estado nutriendo a base de suero, por lo que su menudo cuerpo había experimentado un notable cambio físico, habiendo adelgazado varios kilos.

Aquélla era la segunda vez que comía en lo que llevaba de día. Y, como si no hubiera probado bocado en meses, comenzó a devorar casi sin respirar.

Justo en aquel preciso instante en que había apartado la sopa y buscaba con ansia el bollo de pan sin sal para hincarle el diente, la puerta se abrió, encontrándose con la mirada de un joven uniformado de bata blanca que sostenía una carpeta en la mano.

—Buenas tardes.

Noah tuvo que acabar de masticar y engullir a toda prisa el trozo de pan que se le había quedado atascado en la garganta y, antes de abrir la boca para hablar, bebió todo el contenido de agua del vaso de plástico.

—Buenas tardes.

El doctor sonrió al ser testigo de que su paciente por lo visto no había perdido el apetito. Sin duda, ésa era una buena señal.

Se pasó la mano por el pelo y esperó a que ella se limpiara la comisura de los labios para sentarse en la misma butaca que horas antes había sido ocupada por el detective Jack Owen.

Colin Wilde era un atractivo hombre de piel morena y perfecta, unos penetrantes ojos color café y una perilla intachablemente cuidada. Tenía treinta y siete años y un peculiar acento, el cual delataba su procedencia irlandesa.

Noah lo observaba esquiva a través de sus largas pestañas rizadas.

—Lo primero, le pido disculpas por mi tardanza. Al parecer ha habido un error en el cuadrante de visitas y la suya no figuraba en él hasta hace poco más de veinte minutos. Créame, me he visto obligado a hacer malabares con mi agenda para poder visitarla hoy mismo. —Colin dejó de hablar recreándose en el apósito de su frente—. Además, su caso, como poco, me inquieta.

Ella se removió incómoda en la esquinita que ocupaba en la cama. Tenía que reconocer que su mirada tan penetrante y aquella voz grave y varonil la intimidaban considerablemente.

—Preferiría que… me tutearas, por favor. Me haría sentir algo más… cercana…

Él asintió y en seguida fue directo al asunto que debía tratar.

Levantó la tapa metálica de su carpeta y, tras ojear el último informe, le empezó a explicar qué parte de su cerebro había quedado dañada y qué parte permanecía intacta.

—Reconozco que es el primer caso que voy a diagnosticar como el tuyo. Por lo que… desafortunadamente, me temo que no dispongo de precedentes.

Noah abrió los ojos sin dejar de escucharlo con atención.

—Tu caso es excepcional. Único, me atrevería a decir.

El doctor Wilde eligió una de las tres radiografías que guardaba en aquella carpeta. La sujetó con cuidado entre sus dedos y después la sostuvo en el aire para mostrársela a ella.

—Mira, éste fue el recorrido que hizo la bala. —Señaló con la punta del dedo dicho trazado—. Como puedes comprobar, entró por aquí… el lóbulo temporal medio y, antes de salir al exterior, dañó el hipocampo, provocándote la amnesia retrógrada que padeces.

Ella lo miró perpleja, no reconocía esos términos.

—¿Qué es la amnesia retrógrada?

Antes de responder a su pregunta, guardó de nuevo la radiografía entre las demás.

—Pues… en pocas palabras… se trata de la imposibilidad de recordar eventos anteriores en nuestra vida: quiénes somos… quién es nuestra familia o… cuál es nuestro trabajo…

—¿Y tiene cura? —soltó de golpe con nerviosismo.

—En principio, sí.

Noah arrugó el ceño y él se guardó su opinión para sí mismo.

—No quieras correr antes de aprender a andar, Noah…

Ella sintió que se ruborizaba. Aquél, sin duda, era un buen consejo.

—Primero te realizaré un examen denominado EEG y después una valoración neurológica para determinar el nivel de consciencia. Se trata de una prueba denominada Escala de Memoria de Wechsler o SWM; ésta contiene siete subtests: información personal y actual, orientación, control mental, memoria lógica, dígitos, reproducción visual y aprendizaje asociado.

Ella suspiró algo apesadumbrada.

—No te desanimes. —Le sonrió—. La mayoría de mis pacientes consiguen recordar a las pocas horas…

—¿Y… el resto…?

Colin tosió un par de veces en su puño al tiempo que se levantaba del asiento dispuesto a salir de la habitación.

—Ahora mismo no deberías preocuparte de eso… Te aseguro que no es algo transcendental.

—De acuerdo —le respondió convencida.

—Sería conveniente que empezaras a mirar fotografías y que acudieras a lugares que pudieran ser significativos en tu vida pasada. Formula preguntas… pregunta a tu círculo más cercano: familiares y amigos. Investiga cómo era Noah Anderson y qué era lo que solía compartir con cada uno de ellos.

Guardó el bolígrafo en el bolsillo izquierdo de su bata y prosiguió poco después.

—Y… recuerda esto: todo es importante —le especificó—. Cada dato puede suponer un paso adelante hacia tu recuperación.

—Lo recordaré.

«Así me gusta… buena chica», pensó y sonrió instantes antes de despedirse.

—Mañana te espero en mi consulta a las diez. Empezaremos por realizar el test.

—Mañana… de acuerdo —pensó en voz alta tratando de memorizarlo.

Noah se levantó de la cama.

—No hace falta que me acompañes. Estamos entre colegas, ¿no… doctora Anderson…?

Colin torció el labio en una media sonrisa y, después, se marchó de la habitación dejándola muy pensativa.

¿Acaso ya se conocían?

4

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

Noah llevaba bastante rato absorta mirando a través de la ventana, observando cómo la lluvia mojaba el pavimento de la calle y la gente corría a cobijarse; a muchos la tromba de agua les había pillado desprevenidos.

Exhaló en el cristal para escribir unas palabras sobre la condensación blanquecina que se había formado: «Noah Anderson».

—¿Quién demonios eres, Noah Anderson?

Miró unos segundos aquellas letras y luego las borró con rabia con la palma de la mano. Cerró los ojos y apoyó la frente en la fría superficie para golpearla repetidas veces antes de acabar ligeramente aturdida.

—No hagas eso, ma petite Rousse, o te harás daño.

Una voz cálida pero a la vez decidida se lo advirtió tras de sí. Noah se giró, encontrándose con un joven alto, de cabellos castaños y una triste mirada azul agrisada. Aquel desconocido estaba empapado hasta las trancas.

—No pareces tú —reveló denotando preocupación en su tono de voz y, quitándose la cazadora de piel de color camel, la sacudió con fuerza para después colgarla del gancho que había clavado tras la puerta.

Se acercó con paso firme con la intención de abrazarla pero, justo cuando los separaba poco menos de un metro, ella le rogó que no lo hiciera.

El joven, decepcionado, no insistió.

—Peque, ¿tienes alguna toalla para secarme?

—Sí, en el cuarto de baño —señaló aún sin saber quién era el misterioso intruso. Ella no lo recordaba, pero al parecer él sí.

Noah lo siguió con la mirada, todavía con manifiesta desconfianza. Al perderlo de vista, estiró el cuello para comprobar qué era lo que estaba haciendo, tardaba demasiado.

Se mordió el labio inferior sin ser consciente de ello, la curiosidad le estaba desquiciando. Se desplazó unos pasos a la izquierda, tenía que espiar al extraño desde una mejor perspectiva.

La puerta, que permanecía entreabierta, dejó ver a Noah la espalda desnuda y atlética del joven. Tuvo que verse obligada a entrecerrar los ojos para poder descifrar el dibujo del tatuaje que se apreciaba desde la lejanía y que ocupaba una gran parte de su omóplato y de su brazo derecho. Era parecido a un ángel caído, o algo similar... con grandes alas puntiagudas, como si estuvieran a punto de batir el vuelo.

Aquella imagen era sobrecogedora. Noah zarandeó la cabeza para tratar de borrarla de su mente y disimuló, regresando de nuevo junto a la ventana.

—¿Ha llegado George? —preguntó él saliendo del cuarto de baño y poniéndose de nuevo la camiseta húmeda.

—¿Te refieres a mi padre?

—Sí.

—No, aún no. Clive me dijo que estaba ausente… en Roma…

El joven se rio y luego se dejó caer sobre la cama. Los muelles de ésta comenzaron a chirriar escandalosamente y el colchón tembló como si fuera gelatina.

—¿Por qué desapareciste? —le preguntó sin siquiera mirarle a la cara.

Ella empezó a jugar con la manga de su pijama y luego con las marcas transversales de sus muñecas.

—Dímelo tú. Por lo visto, me conoces muy bien —dedujo ella.

Tras escuchar aquellas palabras, pegó un salto y se sentó en el borde de la cama. Poco después, palmeó a su lado, invitándola a sentarse.

Cuando ella ocupó aquel espacio, él la miró a los ojos.

—Prometiste que no me abandonarías.

Noah no supo qué contestar. Ojalá pudiera acordarse, aunque sólo fuera para arrepentirse y pedir perdón por aquello que le reprochaba. Ladeó la cabeza y luego se encogió de hombros.

—Sufro amnesia.

Él frunció el ceño, sorprendido. Por lo visto, nadie había tenido la gentileza de ponerle sobre aviso.

—¿No me recuerdas?

Noah dudó unos segundos antes de contestar y luego negó con la cabeza, angustiada.

—Soy… Jonathan… tu hermano.

A ella se le encogió el corazón por la impotencia que sentía al no poder reconocerlo. ¡A lo que estaría dispuesta a renunciar por tener vagos recuerdos de él! Sería incluso capaz de pactar con el mismísimo Satanás. Pero no, su mente no pensaba otorgarle ninguna tregua. O, al menos, no de momento.

De nuevo, ella buscó los ojos de su hermano; los suyos estaban iluminados y sedientos de información. Necesitaba saber quién era Noah Anderson, a toda costa. La incertidumbre, hasta el momento, mantenía su alma en un constante estado agonizante.

—¿Por qué habías mencionado que prometí que no te abandonaría?

Respirando hondo, Jonathan la miró con cariño.

—Creo que éste no es el mejor momento para hablar de ello, peque. Cuando estés más recuperada, te vienes a mi apartamento en Old City y de paso podrás conocer mi guarida. —Se echó a reír en tono jocoso—. Ya que no lo recuerdas, he de avisarte de que soy un desastre con las tareas domésticas; te lo cuento ahora y así no te escandalizarás después.

Noah sonrió y él se contagió en seguida de su risa.

—¿Por qué me has llamado ma petite Rousse?

El joven suspiró.

—Qué lástima que no lo recuerdes… —Chasqueó con la lengua.

Cogió un mechón de su melena pelirroja y lo acarició entre sus yemas.

—Te llamo así desde preescolar, cuando mamá y George nos llevaron a París aquel verano… En una de las callejuelas del barrio bohemio de Monmartre me detuve ante un cuadro de un pintor desconocido. Había una niña pelirroja que tenía un parecido asombroso a ti. El cuadro se llamaba Ma petite Rousse. Le pregunté quién era al artista y él me respondió que era su nieta, fallecida en un accidente de tráfico.

Noah suspiró afligida, dando gracias a Dios por no haber corrido la misma suerte y seguir aún con vida.

Ella y su hermano continuaron charlando hasta que las manecillas del reloj indicaron las diez de la mañana. Se levantó de la cama tras explicarle que tenía visita con su neurocirujano a aquella misma hora y que no podía llegar tarde.

—¿Quién va a tratarte? ¿Chelsie o Colin?

—Colin, creo recordar.

Jonathan arrugó la nariz como muestra de desaprobación, pero no le comentó nada al respecto. Noah, por el contrario, notó en su rostro que ese tal Colin no era de su agrado.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso, acaso… no es un buen profesional?

Él se echó a reír, groseramente.

—Por eso no debes preocuparte. El doctor honoris causa es el mejor y una eminencia en su especialidad… estarás en buenas manos.

«Si es que es capaz de mantenerlas quietas, claro.»

—Creo… que hay algo que me estás ocultando —inquirió ella seriamente.

Jonathan se sorprendió de la perspicacia de su hermana. Por lo visto, el incidente no le había arrebatado su sexto sentido para oler problemas a leguas.

—Toma esto como un consejo de hermano: mantén siempre la mente fría y separa en todo momento la parte profesional de la personal.

—Y… ¿eso es todo?

—De momento, sí.

Noah suspiró, aliviada.

—En ese caso, no tienes de qué preocuparte, porque ningún medicucho del tres al cuarto interferirá en mi vida personal —se burló caminando hacia la puerta del cuarto de baño para encerrarse en éste y cambiarse de ropa.

Aproximadamente unos cinco minutos más tarde, Noah salió vestida con una camiseta de media manga y unos sencillos tejanos oscuros. Tuvo que ceñir al máximo el cinturón de piel alrededor de su cinturilla porque en las últimas semanas había perdido mucho peso y cabía la posibilidad de que los perdiera a medio camino entre la habitación y la consulta del doctor Wilde.

Para disimular su extrema delgadez, se puso una chaqueta de manga larga de algodón de los mismos tonos que la camiseta. Poco después, se quitó la goma que sujetaba la alta coleta para liberar el cabello, que cayó en cascada sobre sus hombros y su espalda. Ni siquiera utilizó un cepillo, prefirió pasarse los dedos para peinar los rojizos mechones.

Al salir, vio que su hermano aún estaba en la habitación. Caminaba recorriendo la estancia de lado a lado mientras mantenía una acalorada conversación telefónica.

Ella logró enlazar varias palabras sueltas: Haití, Clöe y viernes.

Pese a ello, éstas carecían de significado para Noah. Ignoraba quién era esa tal Clöe y qué relación mantenía con Jonathan.

Sin darle mayor importancia, le hizo unas señas con la mano, despidiéndose. Ya pasaban siete minutos de las diez. Llegaba tarde y ni siquiera sabía dónde se encontraba la consulta del doctor.

Jonathan le respondió con un movimiento afirmativo de cabeza y, cuando Noah se disponía a calzarse las zapatillas para salir, alguien entró apresuradamente como un vendaval, arrasando con todo a su paso.

—¡¿Dónde está Noah?! ¡¿Dónde demonios está mi hija?! —balbuceó con acento sureño sin darse cuenta de que la tenía antes sus ojos.

Ella abrió la boca para responder a aquel hombre de mediana edad, de facciones marcadas y mirada cínica pero a la vez seductora. Aunque no hizo falta. Él pegó un par de zancadas con determinación para llegar a ella y abrazarla al tiempo que la elevaba por los aires como una simple marioneta.

Cuando Noah logró recuperar la estabilidad y pisar el suelo con la planta de los pies, se fijó mejor en aquel hombre. Éste tenía el pelo parcialmente cubierto de canas grisáceas que no reducían un ápice su atractivo varonil. Iba ataviado con un impecable traje de Armani de color

negro y una estudiada corbata azul cobalto a juego con la punta del pañuelo que aparecía en el bolsillo de su americana.

Jonathan dejó de hablar por teléfono en cuanto lo vio aparecer.

—Noah… ¿te encuentras bien? Mi vida… —Le cogió la cara entre sus manos—. No te imaginas lo que he temido por tu vida…

—¿En serio? —preguntó Jonathan cruzando los brazos—. ¿Dónde has estado estas dos semanas que ha estado hospitalizada con un puto orificio en la sien?

De repente, la habitación se quedó en silencio.

—¡Ah, no…! Déjame adivinar… Pero si estabas de vacaciones en Roma con tu amante.

George lo fulminó con la mirada y luego bufó encolerizado.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro? —le gritó Jonathan fuera de sus casillas—. ¡Lárgate, George…!, al igual que hiciste con mi madre. Eso se te da muy bien… eres el eterno ausente…

—Jonathan… ahora no.

—¡Vaya! ¡Qué ironía! Pero si eres capaz de recordar mi nombre sin escupir sandeces —soltó una sonora risotada.

Noah se colocó entre ambos cuerpos y, estirando los brazos, apoyó las palmas sobre sus torsos tratando de que guardaran las distancias.

—¡¡Basta ya!! —Ella pegó un grito y luego se llevó una mano sobre el apósito. El enfrentamiento le había ocasionado unas terribles punzadas justo en la herida—. ¡Dejad de discutir, por el amor de Dios!

Jonathan se acercó a Noah para abrazarla, pero ésta lo apartó con la mano.

—¡No! Por favor… ya hablaremos más tarde.

—De acuerdo.

Resopló. Se dio la vuelta, salió y cerró la puerta de un portazo.

Noah tuvo que cerrar los ojos porque estaba a punto de marearse. George pretendió socorrerla, pero también se lo impidió.

—Estoy bien —dijo para serenarlo.

—Noah… déjame… cuidarte.

Ella observó a su padre, quien la miraba suplicante. Sus ojos parecían sinceros o tal vez era fruto de una perfecta interpretación. Fuera como fuese, era su padre. El padre que le había tocado tener. Y, pese a las advertencias de su hermano, pensaba otorgarle el beneficio de la duda.

—Me gustaría conocerte… pero con más calma —aseguró ella.

—Claro, mi vida.

George esperó un abrazo, que no se produjo, y, como la paciencia no era precisamente una de sus virtudes, miró el Rolex de oro e instantes después se llevó las manos a la cabeza, intranquilo.

—Me disculparás… ¿verdad? He quedado para almorzar con un importante cirujano del Massachusetts General Hospital.

Noah no pudo evitar poner los ojos en blanco.

«Recuerda —se reprendió mentalmente—: has prometido concederle el beneficio de la duda… aunque bien mirado… espero no arrepentirme, después.»

5

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

Noah atravesó a toda prisa el largo pasillo rumbo a la consulta del doctor Wilde.

No quería llegar tarde.

«¡Dios mío! El doctor honoris causa pensará que, además de amnésica, soy una maleducada.»

Giró sobre sus talones para bajar de planta por las escaleras cuando chocó con un cuerpo en movimiento, el cual se tambaleó y casi cayó de bruces contra el suelo.

—Lo siento —se disculpó llevándose la mano al pecho para recuperar el aliento tras la carrera —. ¿Estás bien?

—Sí, creo —susurró la joven tanteando el suelo de linóleo con la mano, en busca de algo.

Noah, aunque no disponía de mucho tiempo, se percató de que, tras el impacto, aquella chica de pelo castaño y ojos de color oliva había extraviado algún objeto.

Echó una ojeada rápida para tratar de ayudarla y a la primera pasada fue alertada por el brillo del metal del conector USB de un pendrive.

Dio unos pasos para acercarse y luego se agachó a recogerlo.

—¿Es esto lo que buscas?

Ella alzó la vista y, mirando a través de sus gafas negras, respondió afirmativamente con la cabeza.

—Gracias —suspiró aliviada—. He aquí dos largos años de investigación para mi tesis, a punto de ser aplastados como una cucaracha para pasar a mejor vida —añadió guardándolo en su estuche.

Noah enarcó una ceja; menudo sentido del humor más extraño tenían los estudiantes de aquel hospital.

—Bueno. Me alegro de que al final todo haya quedado en un simple susto. —Trató de sonreír —. He de irme.

Cuando se disponía a bajar un nuevo escalón, la joven la detuvo agarrándola del brazo con diligencia.

—Espera… yo te conozco. —Ladeó la cabeza, estudiando su cara—. ¿Eres la chica del callejón?

Unas personas que subían se giraron al oír aquellas palabras y Noah, sintiéndose asediada, se sonrojó ligeramente. Agachó la cabeza mirando sus manos mientras su misteriosa confidente continuaba con su relato.

—Dicen que te encontraron más muerta que viva y que… que mientras agonizabas… antes de quedar en coma, no dejabas de nombrar a alguien…

Noah abrió los ojos como platos y notó cómo su corazón comenzaba a martillear con fuerza las paredes de su tórax.

—Y… ¿es posible que aún recuerdes ese nombre?

Se rascó la barbilla pensativa y, poco después, contestó:

—Lo tengo en la punta de la lengua…

—Dame una pista, quizá pueda ayudarte —insistió Noah, altamente nerviosa.

—Era el mismo nombre de un actor y cantante famoso.

Noah estaba expectante, recordando las palabras del doctor Wilde: «Todo es importante». Y

por una extraña razón que no lograba entender, ansiaba saberlo.

La joven se devanó los sesos, pero no obtuvo respuestas.

—Lo siento, pero no soy capaz de recordarlo…

Abatida, Noah relajó los hombros.

—Está bien, no te preocupes. Has hecho cuanto has podido y te lo agradezco.

—Hagamos una cosa —dijo rompiendo un trozo de papel y escribiendo algo en él—. Ésta es mi dirección de correo electrónico. En cuanto puedas, me envías un mensaje, así estaremos en contacto.

Noah, tras mirar el papel y averiguar su nombre y apellido, lo dobló por la mitad y después se lo guardó en el bolsillo.

—Gracias, Peggy.

—No hay de qué.

Le sonrió enseñando los dientes al tiempo que unas graciosas pecas bailaban al arrugar su pequeña nariz respingona.

Cada una había retomado su camino cuando Peggy chasqueó dos de sus dedos, recordando al fin.

—La Voz… al actor y cantante se le conoce como La Voz…

Al no tener recuerdos almacenados, Noah ignoraba de quién se trataba, pero pronto lo averiguaría, de eso estaba segura. Se despidió de Peggy desde la lejanía y acabó de bajar las escaleras.

Diez minutos más tarde y bastante disgustada por la tardanza, localizó por fin la consulta, que se encontraba en el ala B.

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó retomando el aliento mientras movía inquieta uno de sus pies.

Al ver que se demoraban mucho en abrir, agudizó el oído apoyando la oreja en la puerta.

Justo cuando creyó oír unos pasos acercarse, alguien le colocó una mano en el hombro.

Dio un brinco y ahogó un grito, avergonzada.

Tardó unos instantes en recuperarse del sobresalto.

Mientras el doctor Wilde disimulaba una sonrisa, con toda la profesionalidad que lo caracterizaba, le abrió la puerta y la sostuvo, invitándola a entrar.

—Llegas tarde, Noah —la reprendió comprobando la hora en su reloj—, exactamente cuarenta y tres minutos y once segundos… tarde.

Noah, tras disculparse, hizo mutis. No tenía forma de rebatir aquella realidad.

El doctor en seguida comenzó a moverse con desparpajo por la consulta, preparando el instrumental para la sesión de su paciente.

Mientras, ella seguía de pie, mirándolo y sin perder un ápice de sus movimientos.

Cuando Colin lo tuvo todo listo, dio una palmada y se frotó las manos. Luego se pasó la mano por el pelo, porque un mechón rebelde le molestaba al taparle parcialmente la visión.

—Acércate, Noah… desde allí dudo mucho que pueda evaluarte. —Sonrió, esta vez abiertamente.

—Claro.

Se acercó sigilosamente, sin saber muy bien hacia adónde ir.

Colin presionó el botón de la máquina de electroencefalografía, o EEG, y le sugirió que se estirara en la camilla.

—¿Me quito los zapatos?

—Si crees que puede hacerte sentir más cómoda, sí. Vas a estar un buen rato en esa misma

posición.

Ella se descalzó y, al tumbarse sobre la camilla, comenzó a tensarse.

Tragó saliva, tenía la boca seca.

Si hacía balance de lo que llevaba de día, podría decirse que había vivido una mañana movidita: Jonathan, su padre y la revelación de Peggy.

—Noah, mírame.

La voz del doctor la sacó de su ensimismamiento.

Noah pestañeó, encontrándose con los ojos casi negros de su joven neurocirujano.

—Debes estar relajada pero sin dejar de prestarme atención. ¿De acuerdo?

Ella asintió y él le retiró unos mechones de la frente. Noah se estremeció. Su proximidad y el tacto de sus dedos le provocaron una extraña descarga eléctrica que recorrió todo el largo de su espalda.

—No pienses cosas raras, Noah… —Volvió a sonreír, esta vez con picardía—. No quiero que ningún mechón interrumpa la prueba. Además, si pretendiera otra cosa, te aseguro que te lo haría saber…

Ella se removió incómoda mientras el sofoco se hacía latente en su blanca y delicada piel.

—Ya conozco la fama de mujeriego que me precede y sé que no tengo derecho a quejarme, puesto que me la he ganado a pulso.

Colin, sin dejar de hablar, le fue colocando uno a uno todos los discos metálicos planos en el cuero cabelludo. Éstos iban conectados por medio de cables a un osciloscopio, que a su vez convertía las señales eléctricas en patrones.

—La EEG es un examen que se utiliza para medir la actividad eléctrica del cerebro. Quiero descartar posibles enfermedades, como epilepsia, narcolepsia, etcétera.

Ella lo escuchaba con atención.

—Una vez que estén todos los electrodos colocados, alrededor de unos veinte, atenuaré la luz para que puedas cerrar los ojos y relajarte. Sobre todo, debes permanecer inmóvil o de lo contrario el resultado de la prueba podría verse alterado.

Ambos se miraron a los ojos.

—¿Alguna pregunta?

—Ninguna.

—Entonces, empecemos. No tardaremos más de veinte o treinta minutos.

Tras pedirle que cerrara los ojos y no se moviera, Colin bajó la intensidad de la luz en aquella sala.

—Respira profundamente, Noah —le susurró.

Durante el tiempo que duró el examen, el doctor Wilde realizó varias pruebas sensoriales: visuales, sonoras y sensitivas. Una vez finalizadas, dio por concluida la sesión.

6

Comisaría NYPD 7th Precinct, Manhattan

—¿Es duro de oídos? Se lo repito por enésima vez: no existe ninguna mujer blanca que responda al nombre de Kelly Sullivan: de cabello rojizo, ojos azules, metro setenta, veintiocho años, nacida en Minnesota… ¿Continúo?

Frank se frotó la cara con fuerza, indignado, frustrado, encolerizado…

—No puede haber desaparecido sin dejar rastro. Debería abrir una investigación… ¡Diablos!

Golpeó la mesa con el puño, desquiciado, casi al borde de la locura.

—¡Kelly Sullivan es real! Y ya han pasado quince días… ¡¡¡Hagan algo de una puta vez!!! ¡¡¡Búsquenla!!!

El agente se levantó de un respingo de la silla y ésta cayó, impactando contra el suelo.

—¡Cálmese, señor! O me veré obligado a arrestarlo por desacato a la autoridad.

Frank lo fulminó con los ojos encharcados en ira y volvió a repetirlo.

—No voy a quedarme plantado sin hacer nada, esperando a que aparezca muerta en algún callejón o en algún basurero… ¡¡Búsquenla, maldita sea!!

El agente, enfurecido, hizo un gesto a su compañero y entre ambos intentaron reducirlo. Frank era un hombre alto, de metro noventa, atlético pero de corpulencia fuerte. No tardó en zarandearse bruscamente, liberándose de ambos policías.

—¡¡¡Castler!!! —gritó el más mayor—, ¡¡¡las esposas!!!

El agente las buscó en uno de los primeros cajones de su escritorio. En cuanto las tuvo, corrió a entregárselas a Belman. Al final, entre tres agentes pudieron esposar a Frank para llevarlo al calabozo.

Maldiciendo y farfullando palabras malsonantes, Frank fue conducido a la fuerza al interior de la comisaria. Una vez allí, le quitaron las esposas y lo encerraron para que se tranquilizara. No tenía antecedentes, así que en unas horas estaría de nuevo en libertad.

7

Rittenhouse Square, Filadelfia

Con la esperanza brillando en su mirada, Noah atravesó la verja de su casa y caminó lentamente al tiempo que inspiraba hondo sin dejar de temblar. El regresar a su hogar quizá ayudaría a sus recuerdos a salir a flote. Lo necesitaba, lo ansiaba con todas sus fuerzas. Desde que despertó del coma, creía estar viviendo la vida de una extraña. Una vida que no le pertenecía. Una vida que no era la suya.

Clive cerró el maletero del Mercedes Clase S gris plateado y, cogiendo la maleta, se unió a su mujer en el porche.

—¿Nerviosa?

—Mucho.

—No lo estés. Ésta es tu casa. Nuestra casa —afirmó abriendo la puerta.

Antes de entrar, cerró los ojos y trató de calmarse. No era más que una casa… O, tal vez, la caja de Pandora. Aquellas cuatro paredes podrían albergar la llave de sus recuerdos. Fuera como fuese, ya estaba allí, plantada, erguida y lista para descubrir quién era Noah Anderson, aunque lo que descubriera al hacerlo no fuese lo que esperara.

Abrió los ojos con determinación y valentía.

Cruzó el umbral de la puerta, observando cada detalle con minuciosidad. El recibidor, la escalera, el salón con sus muebles de elegante diseño italiano en tonos sobrios, blancos y negros.

—Ven. Subiremos a la segunda planta, a nuestro dormitorio. Allí podrás darte un baño de burbujas, si lo prefieres. Así liberarás toda esa tensión acumulada.

Clive dejó la maleta apoyada en el suelo y luego le masajeó con delicadeza los músculos de las cervicales. Noah cerró los ojos, sintiendo la presión de sus dedos en su cuerpo. Le dolía no recordar a su marido. Estaba convencida de que era un buen hombre. Atento y amable, además de su evidente atractivo.

Noah puso sus manos sobre las de él y luego se giró para mirarle a los ojos con vehemencia.

—¿Éramos felices?

Clive no tardó en responder con voz grave y sin vacilar; mintió.

—Mucho.

Ella sonrió. Era cuanto deseaba escuchar.

Al poco, comenzó a subir los escalones mientras Clive la observaba desde la distancia que los separaba.

Estaba acostumbrado a mentir. Era un perfecto embaucador. Un vendedor de sueños. Con los años, había perfeccionado su técnica. Era incluso capaz de no denotar ningún sentimiento en sus rasgos si se lo proponía, sin ningún tipo de esfuerzo.

Al llegar al dormitorio, abrió la puerta y se quedó boquiabierta. Sobre el cabecero de la cama había una enorme fotografía en blanco y negro tomada en el puente de Brooklyn. Empezó a acercarse lentamente. La protagonista era una joven de dulce mirada que esbozaba una amplia sonrisa. ¡Parecía tan feliz! Una de sus manos sujetaba un sombrero que amenazaba con salir volando y caer al East River.

Era la primera vez tras su nueva vida que sus ojos contemplaban la imagen de Noah Anderson.

Un escalofrío recorrió de arriba abajo todo su cuerpo.

Tocó temblorosa la fotografía y, a medida que iba trazando los rasgos de aquella cara, lo hacía también en la suya. Resiguió su frente, sus ojos, su nariz, sus mejillas… su boca.

—Siempre has sido muy bella —murmuró Clive dejando la maleta sobre la cama al tiempo que ella se giró, abrumada por el descubrimiento que acababa de hacer—. Sé que ahora mismo no te reconoces pero… sólo es cuestión de tiempo.

Ella asintió en silencio, sentándose al pie de la cama.

Clive, por el contrario, deshizo la maleta y entró en el cuarto de baño.

Mientras ella se reponía del impacto ocasionado al ver por primera vez a Noah Anderson, su marido dejó caer sales minerales con esencia de lavanda, azahar y geranio en la bañera de hidromasaje. Aquella combinación era la preferida de su mujer, quien solía darse baños con esas fragancias para relajarse y, de paso, equilibrar su estado psicoemocional.

Cuando estuvo preparado, Clive la dejó a solas mientras ella aprovechaba para cerrar la puerta con pestillo y poco después se desvestía, para entrar en la bañera.

Minutos más tarde, el doctor se sentó en el sofá sujetando en una mano un vaso de güisqui solo y un cigarrillo por encender en la otra. Bebió un trago, no demasiado largo puesto que algo lo perturbó. Alguien golpeó la puerta de la calle.

Gruñó, maldiciendo su mala suerte. ¿Quién osaba interrumpir aquel momento? Su momento.

Dejó el güisqui sobre el posavasos, evitando dejar huella en la mesa porque odiaba el desorden y la falta de limpieza. Noah en alguna ocasión había sido algo descuidada, olvidando sin darse cuenta de recoger alguna ceniza que había caído sobre la carísima alfombra, que él hizo traer expresamente de su último viaje a Indonesia. A Noah aquel descuido le valió una bofetada y varios insultos vejatorios.

Crispado, caminó hacia allí. Abrió la puerta de par en par aún resoplando por la nariz.

—¿Qué coño haces aquí? ¿No estabas en Haití con tu nuevo ligue?

—Sí, bueno. Ya estaba cansada de tanto sol, de tanta playa, de tanto follar y más follar…

Clive torció la boca, sonriendo perversamente mientras repasaba de arriba abajo el cuerpo escultural y bronceado de Clöe Wayne. La joven entró en su casa sin dejar de observarlo a través del rabillo del ojo.

—¿Dónde está tu mujer?

—Mi mujer y tu mejor amiga, dirás… —añadió tras cerrar la puerta sin dejar de mirar el insinuante contoneo del trasero de Clöe al caminar—. Está arriba, dándose un baño. No te preocupes, no molestará.

La muchacha de cabellos negros y mirada de serpiente se desprendió de la americana y la dejó caer sobre el sofá. Clive se relamió los labios tras darse cuenta de que no llevaba sujetador y de que sus pezones, duros como guijarros, se marcaban a través de la fina tela del vestido.

—Eres una insolente, ¿lo sabías, Clöe? ¿Cómo se te ocurre presentarte así vestida para visitar a tu amiga convaleciente?

—Es sólo un trapito, Clive… —repuso sin darle mayor importancia—… ya me conoces.

Él se rio.

—Pues estás de suerte, nena. Como te comenté el otro día por teléfono, sigue sin recordar nada de nada.

—¿Entonces tampoco recuerda habernos pillado follando en su propia cama?

—No. La muy estúpida no es capaz ni de recordar su nombre. —Se volvió a reír pero esta vez burlándose con sorna.

Clöe sonrió con malicia. Eso le daba ciertas ventajas ante su amiga. Mientras no recordara nada, podría continuar viéndose a escondidas con su marido.

Se mordió el labio, pensativa, acercándose a la mesa para coger el vaso de güisqui y beber un trago. Luego caminó hacia él lentamente, dándole de beber de su propia boca. Clive aprovechó su descaro para meterle la lengua hasta el fondo, al mismo tiempo que tiraba de su pelo con una mano y con la otra le acariciaba las nalgas por debajo de la falda.

—Tranquilo, fiera… —Se rio, separándose ligeramente de sus labios—. Ya veo que estos días me has estado echando de menos, pero ella… —miró al final de las escaleras—… ella está en el piso de arriba y no quiero que nos vuelva a pillar… por segunda vez…

—Haberlo pensado antes de ponérmela tan dura. Ahora voy a follarte como la zorrita que eres… —le gruñó al oído mientras pasaba su mano por su húmeda vagina.

Sin previo aviso, la cogió en volandas y caminó a cuestas con ella, hasta dejarla apoyada sobre la superficie lacada de la mesa del salón.

—Quítate las bragas —le ordenó con la mirada tan oscura y perturbada que incluso causaba terror.

Clöe se levantó lo justo para deslizar la ropa interior por sus caderas y luego por sus muslos, para desprenderse de ésta con un sutil movimiento del pie.

Mientras tanto, Clive se quitó el cinturón y se bajó el pantalón y los slips, lo necesario para sacar su miembro enhiesto y penetrarla de una sola embestida. Y antes de que ella gritara por la inesperada invasión, él le tapó con fuerza la boca con la mano, sin dejar de follarla salvajemente.

La mesa comenzó a tambalearse de un lado a otro, pero él no se detuvo. Eran tantas las ganas que tenía de correrse que en pocos segundos lo hizo en su interior. Luego se limpió con una servilleta de papel y se secó las gotas de sudor que brillaban en su frente.

—¿Eso es todo? —preguntó ella bajando de la mesa de un salto—. Prácticamente no me ha dado tiempo a nada.

Él enarcó una ceja, molesto.

—Acábate tú misma, no sería la primera vez. —Le dio la espalda—. Además, necesito fumarme un cigarro.

Ella no daba crédito.

—Hay que joderse… —susurró.

—¿Qué has dicho? —preguntó desafiante.

Clöe, que conocía su lado más agresivo, no quiso tentar a la suerte, así que no tardó en contestarle.

—Nada. Paranoias mías.

—Pues deja de tenerlas. No me gustan tus paranoias —la reprendió desabrido—. Si mi memoria no me falla… la última te llevó entre rejas unos días.

—Eso fue un descuido. —Le quitó importancia con un movimiento vago de muñeca al aire.

—Por tu bien, procura que eso no vuelva a ocurrir. O en la próxima ocasión, en vez de salvar tu bonito culo del calabozo, dejaré que se pudra en él.

Mientras Noah secaba su cuerpo con la toalla, se percató de que el espejo estaba cubierto por una fina capa de vaho. Instintivamente, frotó la superficie para retirarlo, sin darse cuenta de que, al hacerlo, su imagen se vería reflejada en él.

Y así fue: tras varias pasadas, se vio inevitablemente en el espejo.

La toalla cayó al suelo cuando la mano que la sujetaba se abrió para tapar su boca y ahogar un grito de dolor.

A Noah se le encogieron las entrañas tras ver las marcas que desfiguraban todo su cuerpo. Las quemaduras en sus pechos, vientre y nalgas. Trató de apoyarse en el mueble para no caer. Colocó las palmas en el gélido mármol. El asco y la angustia se cernieron sobre ella. Aquella persona del

espejo era un verdadero monstruo. ¿Quién pudo tener la sangre fría de ocasionarle tal atrocidad? ¿Acaso había alguien en el mundo capaz de merecer semejante castigo?

Le faltaba el aire; empezó a ahogarse y a respirar con dificultad. Buscó como pudo algo en los cajones para abanicarse, pero no encontró nada.

Abrió el pestillo y, cuando pretendía salir, las fuerzas le flaquearon y cayó, clavando las rodillas contra el suelo. Se arrastró a gatas y abrió la boca para tratar de hacer llegar más aire a sus pulmones. Empezó a sudar… y a ahogarse… Trató de pedir auxilio, pero se había quedado sin voz. Cada vez estaba más debilitada, cada vez perdía más el conocimiento… cada vez su corazón bombeaba menos sangre…

De repente, alguien entró en la habitación. Era Clöe. Tras quedarse unos instantes paralizada sin saber qué hacer, corrió a su lado y se agachó para ayudarla a levantarse.

—¡Dios santo, Noah!

Ella era conocedora de su enfermedad y de los riesgos que conllevaba. Sabía que era asmática y que en el primer cajón de su mesita guardaba su inhalador.

Así que, sin apenas planteárselo, actuó con diligencia. Corrió, abrió el cajón, rebuscó entre la ropa interior y, tras encontrarlo, éste cayó al suelo, rebotando y quedando bajo la cama. Se puso de rodillas y tanteó el suelo hasta dar con él.

Clive, al oír ruidos, subió para saber qué era lo que ocurría. Al entrar, se encontró con su mujer desnuda y tirada en el suelo, agonizando. No pudo evitar sonreír cuando un pensamiento maléfico pasó por su mente. Sería una suerte que Noah falleciera a causa de una crisis asmática. Eso le facilitaría las cosas y, de paso, el resto de su existencia.

—¡Clive! ¡¿Qué coño te pasa?! ¡No te quedes ahí plantado! ¡Haz algo… joder!

Él frunció el ceño. ¿Quién se había creído que era? Nadie. Absolutamente nadie le daba órdenes y mucho menos… ella.

—¡¡Clive!! —le gritó histérica—. ¡Mueve el culo… joder o la perdemos!

Clöe acercó el inhalador a la boca de Noah y le explicó cómo debía utilizarlo. Mientras, Clive aprovechó para ir al cuarto de baño a buscar una toalla que tapara su cuerpo y las horribles marcas de su espalda.

Paulatinamente, fue recuperando el aliento y su amiga, poco a poco, consiguió relajarse. Clive permanecía impasible, frío como un témpano, mientras le acariciaba la melena y le susurraba recuerdos tranquilizadores al oído.

Transcurridos varios minutos, acostaron a Noah en la cama y consiguieron que ésta conciliara el sueño. Clöe permaneció todo el tiempo a su lado, cogiéndole de la mano, mientras que él ya hacía rato que había desaparecido.

Tras cerciorarse de que su amiga estaba fuera de peligro, Clöe cerró la luz y la puerta y descendió a la planta baja en busca de Clive.

La misma escena volvía a repetirse. Volvían a reunirse en el salón, pero esta vez Clöe no estaba tan receptiva, sino muy preocupada. Cruzó los brazos bajo sus pechos y caminó con paso firme y decidido hacia él. Necesitaba preguntarle algo que le había herido el alma.

—¿Puedes explicarme cómo se ha hecho las marcas de la piel?

Clive, astutamente, contestó sin vacilar.

—Las tenía antes de conocerme.

Ella lo miró desafiante.

—Mientes.

—¿Por qué tendría la necesidad de hacerlo?

Clive se echó a reír y su voz resonó en el salón.

—La conozco hace unos cuantos años, antes incluso de que se casara contigo. Dudo mucho que las tuviera. De ser así, yo lo sabría.

—¿Acaso la has visto desnuda antes?

Ella pensó, tratando de hacer memoria.

—¿Se trata... de una pregunta trampa? —inquirió ella confusa.

—Venga. Di, si puedes contestar…

—Sabes que no puedo. Odia el agua. Jamás hemos ido juntas a la piscina o a la playa porque siempre ha puesto algún pretexto.

—Ves —dijo acercándose a ella con el semblante muy serio—. Ahora… graba esto en tu puta cabecita, Clöe —le dijo dando unos golpecitos con el dedo en el centro de su frente—. Nunca y repito, nunca, vuelvas a dudar de mi palabra —añadió apretando los dientes y sonando a amenaza—. ¿Queda claro?

Ella prefirió guardar absoluto silencio. Los ojos de él brillaban enfurecidos.

—¿Queda claro? —insistió de nuevo.

—Sí. Perdona… no… no debí dudar…

—Así me gusta. Buena chica.

Sonrió acercándose a sus labios para besar su boca.

—Y ahora, desnúdate. Te has ganado un merecido premio…

8

Broadway, Manhattan

Era sábado por la mañana.

Frank Evans detuvo el Maserati al pie de un semáforo. Aprovechó para mirar el cielo a través de la luna delantera del vehículo. Parecía que la lluvia de días atrás había concedido una tregua a la ciudad y, en su lugar, lucía un tímido sol que en ocasiones se ocultaba tras unas densas nubes grises.

Cuando la luz verde del semáforo le indicó que podía proseguir, pisó el embrague hasta el fondo con la planta del pie y después puso la primera marcha.

Mientras se dirigía de camino hacia su cita, se relajaba escuchando Story of my live, de la banda británico-irlandesa One Direction.

Pronto llegaría al centro de Broadway, más concretamente a una de las cafeterías Starbucks. Tras dejar el vehículo estacionado en un garaje subterráneo cercano, se puso el abrigo tres cuartos gris y la bufanda a juego que le había regalado Kelly por Navidad y caminó sin perder más tiempo hacia el punto de encuentro.

Allí le aguardaba su fiel amigo, Gabriel Gómez.

La sonrisa apareció en la comisura de sus labios tras cruzar la puerta del establecimiento y ver la imagen de éste, en una de las mesas del fondo. Con aquellos cabellos revueltos que tanto lo caracterizaban, la evidente sombra que enmarcaba sus labios a causa de su incipiente barba y vestido, en esa ocasión, con una camiseta de manga larga negra, con una llamativa serigrafía de motivos celtas y, como era habitual en él, unos tejanos desgastados y rotos a conciencia.

Gabriel hizo lo propio: se levantó de la silla y salió a su encuentro, fundiéndose en un sincero abrazo de bienvenida.

—Me alegro de que te hayas decidido al fin.

—He de reconocer que la idea de Jessica ya no me resulta tan descabellada como en un principio —le respondió Frank.

Gabriel le sonrió y, apoyando una mano en su espalda, lo acompañó a la mesa para pedir unos cafés especialidad de la casa.

Minutos más tarde, mientras rasgaba el sobre y dejaba caer el azúcar en el interior de la taza, Frank se interesó por la persona que estaba a punto de aparecer y que posiblemente a partir de aquella fría mañana del mes de enero cambiaría por completo el rumbo de las cosas.

—Sí, Jessica dice que es el mejor. Él logrará encontrar a Kelly, ya lo verás.

Frank lo necesitaba, necesitaba saber de ella, verla una vez más, cerciorarse de que estaba bien. Desde el día de su desaparición jamás dejó de buscarla. Ni un solo día. Se pateó todas las comisarias de la zona. Colgó carteles con su foto y su descripción física por todos los rincones de la ciudad. Acudió a hospitales para descartar que trabajara en alguno de ellos.

Lo había intentado todo, salvo, claro está, jugárselo a una última carta.

Su esperanza acababa de atravesar la puerta mecánica de la cafetería. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, de piel negra y ojos marrones, pelo rapado y cuidada perilla.

Gabriel hizo un gesto con la cabeza, alertando a su amigo de que aquel tipo era a quien estaba esperando.

El desconocido se acercó hasta ellos y, tras mostrar la placa identificativa, se sentó.

La camarera acudió para tomar nota, pero el detective Cooper negó con la cabeza; nunca tomaba nada estando de servicio.

Una vez que se quedaron de nuevo los tres a solas, William miró directamente a Frank y rompió el silencio formulándole una pregunta.

—¿Ha traído las fotografías?

—Sí. Son las únicas que guardo de ella.

Frank le entregó una carpeta y éste la abrió; luego observó detenidamente cada una. Había tres fotografías: dos de cuerpo entero y una en primer plano.

—Necesito que me confirme los datos, por favor.

—Por supuesto.

—Nombre de la desaparecida: Kelly Sullivan. Edad: veintiocho años. Lugar de nacimiento: Minnesota. Profesión: Médica. Especialidad: Oncología. ¿Tatuajes o marcas de nacimiento?

Frank no pudo esquivar aquella pregunta. Era necesario responderla para la investigación si quería encontrarla. Miró a Gabriel y luego, con determinación, miró al detective tras inspirar hondo, recordando cada centímetro de su cuerpo.

—Tiene cinco quemaduras producidas por cigarrillos en su pecho derecho, cuatro en el izquierdo, ocho en vientre y muslos…

Gabriel abrió los ojos horrorizado, sin dar crédito a lo que estaba escuchando en boca de su amigo. Su semblante se transformó. Dejó la taza de café sobre la mesa porque las manos comenzaron a temblarle ligeramente, imaginando a Noah tan cruelmente marcada de por vida.

Frank se obligó a proseguir. Cuanto antes lo expulsara, antes se sentiría liberado.

—Once latigazos atraviesan su espalda.

William Cooper resopló sin dejar de anotar aquellos despiadados hechos en su libreta. Debido a su profesión, había tenido que lidiar con algún que otro hijo de puta maltratador de mujeres, pero las vejaciones que esa pobre chica había tenido que soportar traspasaban cualquier entendimiento racional.

—Cuando falleció su madre, hace seis meses y tras la última paliza de su marido, trató de quitarse la vida… Se rebanó las venas, por lo que tiene marcas transversales en las muñecas.

El agente carraspeó mientras cerraba la libreta.

—Creo que con esto… será suficiente.

Se incorporó de la silla y, antes de despedirse, añadió:

—La encontraremos, señor Evans. Viva o muerta, pero la encontraremos.

Dicho esto, miró a ambos y salió poco después de la cafetería.

Frank se frotó la cara con las manos. La desesperación por encontrarla le estaba arrastrando al borde de la locura.

—Tranquilo, amigo… confía en él. No sé por qué, pero tengo una corazonada con ese tipo. Además, ya conoces a Jessica, sabes que jamás se equivoca con la gente. Y… si ella asegura que es el mejor, es porque lo es.

—Descuida, eso haré. Trataré de relajarme, sin bajar la guardia, y empezar a confiar en ese detective —admitió por fin—. No me queda otra.

Gabriel le sonrió.

—Volverás a ver a Kelly —insistió, convencido de sus palabras.

—Aunque sea lo último que haga en mi vida… la encontraré.

9

Rittenhouse Square, Filadelfia

Noah abrió los ojos y se incorporó de la cama poco a poco. Estaba desnuda y aparentemente sola en la enorme suite. Puso un pie en el parqué y, pese a sus sospechas, éste no estaba frío, pues la casa disponía de suelo radiante eléctrico.

Caminó hacia el vestidor y se cubrió en seguida con ropa, para no caer en la tentación de observar de nuevo las horribles marcas de su cuerpo, aunque no hacía falta, éstas estaban gravadas en su retina y mutilando parte de su alma.

Necesitaba respuestas, así que bajó las escaleras en busca de su marido, Clive Wilson. Él, como si la estuviera esperando, le dio los buenos días y le ofreció un té verde con menta, recién hecho. Era lo que Noah Anderson solía desayunar antes de acudir cada mañana al Albert Einstein Medical Center.

—No me apetece, gracias —dijo apartándolo con la mano.

Clive apretó la mandíbula, debido a su rechazo. Él simplemente estaba tratando de ser amable y ella, por el contrario, estaba comportándose como una completa maleducada.

—Debes desayunar, no seas terca.

Noah se lo quedó mirando unos instantes. Necesitaba estudiar sus gestos y su reacción, antes y después de formularle una pregunta.

Se acercó un poco más y, cuando lo tuvo justo delante, le preguntó:

—¿Tienes algo que ver con las marcas de mi cuerpo?

Clive apretó los labios, convirtiéndolos en una fina línea, sintiéndose ofendido.

—¿Qué coño insinúas…? ¿ Acaso me estás acusando?

—No te acuso, te lo pregunto.

Al resoplar por la nariz, el aire chocó contra la cara de Noah.

«Jodida zorra», masculló entre dientes para sus adentros.

—¿Me crees capaz de eso?

—No creo nada porque no recuerdo nada.

Noah le miró a los ojos fijamente y luego prosiguió.

—Si no has sido tú… estoy convencida de que sí sabes quién fue. —Hizo una pausa ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos—. Pero ¿sabes qué es lo que más me extraña de todo?

Clive guardó silencio con acérrima cobardía mientras ella continuó sin temor.

—Lo que más me indigna es que te ofenda más mi pregunta que el malnacido que marcó deliberadamente mi cuerpo y mi honor de por vida. Eso es lo que más me hiere…

El pecho de su marido comenzó a hincharse rápidamente.

Un leve brillo de sudor en la frente de él indicó a Noah que éste estaba algo tenso.

—Te aseguro que, si supiera quién fue el cabrón que te hizo eso, lo hubiera torturado lentamente con mis propias manos y… hace años que estaría criando malvas a tres metros bajo tierra.

Ella lo escuchaba aún sin intervenir.

—Pero no lo sé. No sé quién lo hizo —enfatizó con rabia, dramatizando de forma teatral, como si de verdad sintiera dolor al pronunciarlo—. Yo nunca sería capaz de ponerte la mano encima, Noah, y… mucho menos de hacerte daño. Te juro que antes me cortaría las manos yo

mismo.

Clive dio un paso al frente para abrazarla, pero ella se anticipó y apoyó la palma en su torso para impedir que consumara aquella acción.

—Por favor… deja que primero lo digiera, Clive. Descubrir mis heridas ha sido un shock emocional muy duro.

Los ojos de Noah se humedecieron rápidamente.

—En estos momentos… siento asco de mí misma… y no soportaría que ningún hombre me tocara. Y eso, lamentablemente, también te incluye a ti, Clive.

Al doctor Wilson aquella revelación aún le molestó mucho más. ¿Desde cuándo tenía prohibido tocar a su esposa? Ella le pertenecía, siendo Noah Anderson o aquella completa desconocida que tenía ante sus ojos. Maldijo en voz baja tragándose las palabras, pues ella dio media vuelta y, dándole la espalda, salió de la cocina con decisión.

Le costó horrores pero tuvo que contenerse y no ir tras ella para someterla a practicar sexo con él, como había hecho en muchas otras ocasiones.

Cerró los ojos y los apretó con fuerza al tiempo que empezó a golpearse la cabeza. Pretendía así liberarse de esos pensamientos que le perturbaban la mente.

«Relájate, Clive… sé más listo que ella… Mientras no te recuerde… todo marchará bien…»

Fue a la alacena y buscó el pastillero. La ocasión merecía que se llevara tres pastillas a la boca, cuando lo habitual eran dos.

Tras tragárselas sin agua, se sirvió un güisqui. Alzó el vaso y miró a través del cristal el líquido que bailaba en su interior.

—Espero por tu bien que jamás recuperes la memoria, porque… el día que eso ocurra… tendrás que huir de nuevo, como una asquerosa rata de cloaca. Y entonces procura rezar, rezar para que no te encuentre, porque esta vez juro por Dios que no fallaré, esta vez… te mataré —farfulló sin dejar de observar una de las fotografías en las que aparecía su mujer sonriente. Luego, alzó más la copa y brindó, bebiéndosela de un solo trago.

Noah, cruzó el pasillo, inspeccionando cada habitación. Buscaba un ordenador. Necesitaba descubrir qué había detrás de la identidad de aquel cantante y actor mundialmente conocido como La Voz.

La primera de las puertas daba acceso a una habitación de invitados y, la contigua, al garaje.

Hacia el final, junto a una escultura tallada en mármol de Henry Moore, otra habitación. Trató de abrirla pero le fue imposible. Estaba cerrada bajo llave.

—¿Qué necesitas de ahí dentro?

Noah se sobresaltó. Pegó un brinco a causa del susto.

Su marido la miraba con el ceño fruncido y con el semblante muy serio.

—Me gustaría buscar una información en Internet.

—Dime de qué se trata. Yo me prestaré a ayudarte.

—Preferiría hacerlo yo misma, si no te importa. De esta forma… no me sentiré tan… inútil. ¿Tienes la llave?

—¿Desde cuándo eres tan testaruda? —le preguntó a punto de perder los estribos.

—Bueno, no lo recuerdo. —Sonrió y se encogió de hombros—. ¿Por qué lo dices? ¿Acaso… acaso yo antes no era así?

Clive se mordió la lengua con ímpetu.

«No. Antes eras más sumisa. Me obedecías y no actuabas libremente porque, de lo contrario, sabías a qué atenerte.»

El doctor erguió la espalda con una expresión hostil en su mirada.

—En esta habitación no se puede entrar.

—Y eso… ¿por qué?

Él resopló, exasperado. No tenía por qué dar explicaciones. Aquél era su despacho y ni siquiera Margaret, el ama de llaves, tenía acceso. Él, personalmente, se encargaba de su asidua limpieza y mantenimiento. Odiaba que hurgaran en sus cosas personales.

—Porque… éste es mi lugar de trabajo.

Noah arrugó la frente, pensativa, e insistió sin ser consciente de que estaba cabreando a su marido.

—Pues… dame una razón convincente. La verdad… no entiendo por qué no puedo entrar. Ésta también es mi casa.

Realizó un gesto con el dedo señalando en redondo el lugar.

—¡Porque no, Noah! Fin de la discusión. Si subes a la planta de arriba, encontrarás un portátil en la biblioteca. El password es tu fecha de nacimiento.

Clive se marchó antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde. O tal vez no.

Instantes después, Noah siguió sus instrucciones y subió a la segunda planta. No tardó en hallar lo que buscaba. El portátil estaba sobre una mesa de escritorio. Se sentó en una de las sillas y abrió la tapa. Acto seguido, encendió el ordenador e indicó la clave de acceso: 17/02/1985. La pantalla se iluminó y pronto escribió en el buscador Google las palabras que Peggy le había sugerido: actor y cantante apodado La Voz.

Arrastró el ratón hacia la primera de las opciones que figuraban tras la búsqueda: Frank Sinatra. Y comenzó a leer en voz alta con verdadera inquietud.

—Francis Albert Sinatra, más conocido como Frank Sinatra (Hoboken, 12 de diciembre de 1915 - Los Ángeles, 14 de mayo de 1998), fue un cantante y actor estadounidense. Apodado «La Voz»…

Permaneció unos instantes pensativa, tratando de entender qué conexión podría haber entre el desconocido y ese tal Frank Sinatra y, por qué fue lo último que dijo antes de entrar en coma. Sintió un pálpito en el interior de su pecho. Algo le decía que aquella persona era muy importante en la vida de Noah Anderson, así que corrió escaleras abajo buscando a su marido por toda la casa.

—¡Cliiiiive! ¡¿Dónde estás?!

Recorrió el largo pasillo y luego entró en la cocina. Pero no lo encontraba.

De nuevo, gritó su nombre, esta vez con mayor desesperación.

—¡¡Cliiiiive!!

Al cabo de un rato, al fin, dio con él. Estaba en la tercera planta, haciendo unos largos en la piscina climatizada.

Noah esperó a que acabara con el entrenamiento para preguntarle aquello que la carcomía por dentro.

—¿Qué pasa, Noah? —inquirió subiendo las escalerillas y secándose el pelo con una toalla.

—¿Sabes quién es Frank?

—¿Frank?

Clive la miró curioso.

—Verás… El otro día, de camino a la consulta del doctor Wilde, me topé por casualidad con una chica, una tal… Peggy Foster.

Noah se humedeció los labios y luego le comentó, algo más relajada:

—Me explicó que según la Policía… la última palabra que dije antes de perder la consciencia fue ese nombre: Frank…

—Lo siento —se desentendió de golpe—. No puedo darte información sobre lo que me pides. No conozco a ninguna persona con ese nombre.

Clive caminó hacia el banco de madera y se puso el albornoz. Luego, regresó a su lado para reprenderla.

—Deja de darle vueltas a rumores o te volverás loca. Dime, ¿qué credibilidad tiene la confidencia de una extraña que ni siquiera estuvo allí? Piénsalo.

Noah meditó unos instantes y, en efecto, por más que quisiera hallar respuestas a lo acontecido aquel 24 de diciembre, tenía que darle la razón. Muchas personas solían alimentar bulos que normalmente eran inventados con el objetivo de provocar sufrimiento.

—Tienes razón, Clive… de ahora en adelante no haré caso a extraños.

—Así me gusta.

Él sonrió complacido. Al parecer, no había resultado tarea complicada convencerla.

A media tarde, Clive se encerró en su despacho. Iba a realizar una llamada en privado y su mujer no debía ser partícipe de aquellas confidencias.

—Smith.

—Harry, necesito que realices un trabajo.

—Claro, jefe. Dime a quién quieres que investigue esta vez.

—A un tipo que se llama Frank y vive en Manhattan.

—¿Y su apellido?

—Lo ignoro. Averígualo tú, que para eso te pago una fortuna.

Harry carraspeó.

—Ok.

—Mi mujer pronunció ese nombre antes de perder la memoria. —Siseó empuñando la mano —. Sospecho que era su amante.

—Lo capto. —Inspiró ruidosamente por la nariz—. Empezaré por interrogar a los vecinos del apartamento donde residió Noah durante seis meses.

—Eso me convence más.

—Vale… Pues tendrás noticias muy pronto.

Clive Wilson cortó la llamada sin despedirse y, recostándose en su sillón de piel, se frotó las manos, satisfecho.

10

Barrio de TriBeCa, Manhattan

Jack Owen inspeccionaba el callejón donde Noah Anderson fue disparada a quemarropa y abandonada a su suerte. La nieve y la incesante lluvia de después muy probablemente habrían borrado cualquier rastro de aquel suceso.

Habitualmente, el cuerpo de Policía solía obviar pruebas en la investigación, si ésta se trataba de un robo. Pero, en ese caso, el detective Owen estaba convencido de que todos los indicios apuntaban a un intento de asesinato y que, además, el causante formaba parte del reducido círculo de conocidos de Noah Anderson.

Se puso los guantes y, doblando las rodillas para colocarse de cuclillas, echó un vistazo a las bolsas de basura amontonadas. Al removerlas, un hedor nauseabundo le obligó a dar unos pasos hacia atrás, aunque astutamente se tapó la nariz con un pañuelo de cachemir y continuó su búsqueda sin reparo.

De repente, una rata negra y enorme, de más de medio kilo, saltó de forma atacante para morderle la cara.

Jack, instintivamente, realizó un movimiento rápido para esquivarla, pero el salvaje animal arañó levemente una de sus mejillas.

—¡Jodida rata! —masculló con asco—. A saber cuántas enfermedades eres capaz de transmitir sin proponértelo.

Escupió en su mano y frotó la herida con la palma, tratando de limpiarla.

El detective Owen quería llegar al trasfondo del asunto y no cesaría en su empeño hasta alcanzar con éxito su cometido.

Él era un hombre a quien en varias ocasiones le habían tachado de ser demasiado terco y cabezota, aunque él prefería utilizar otros términos para describirse a sí mismo, como, por ejemplo, perseverante, obstinado o tenaz…

—¡Mierda! Aquí no hay nada —exclamó malhumorado.

Estaba dejando de fumar y llevaba muy mal la abstinencia. Desenvolvió un chicle de nicotina y se lo llevó a la boca.

Instantes más tarde, dejó de hurgar en aquellas bolsas de basura y sacó del bolsillo la pequeña libreta de notas. Tras quitarse uno de los guantes, mojó con saliva la yema del dedo índice para hacer pasar las hojas, una a una.

—Veamos… —dijo leyendo y retrocediendo al mismo tiempo unos pasos para colocarse justo en el punto donde hallaron el cuerpo agonizante de la joven.

Visualizó mentalmente la escena y empezó a imaginar que él era el presunto homicida, poniéndose en su propia piel.

—Si yo fuera tú…

Cerró los ojos con fuerza; para cuando los volvió a abrir, vio a Noah Anderson delante de sus narices, desesperada, perdida y sollozando aterrada…

Jack Owen se sobresaltó.

En ocasiones, sus visiones eran demasiado reales. Fue capaz de oler el miedo de la joven al tiempo que se le erizaba el vello de sus brazos al sentir el frío de aquella noche de diciembre.

Trató de impregnarse, aunque le repugnara, del odio y de la ira que debió de sentir su agresor

en aquellos instantes previos a presionar el gatillo. Comenzó a narrar de viva voz, imaginando cómo habían ocurrido los hechos a través de los ojos del criminal.

—Como me conoces y yo soy un puto cobarde, te ordeno que te gires porque no quiero que me mires a los ojos cuando te dispare y tus sesos se esparzan por todas partes.

»Soy precavido, dominante y no dejo nada al azar. Entonces… me quito la corbata y te tapo la boca con ella. Luego, te ato las manos a la espalda con una brida de plástico. En seguida y sin perder más tiempo, te obligo a arrodillarte y… ya te tengo como yo quiero… Ya no puedes escapar… Te tengo a mi merced.

Jack simuló empuñar un revólver imaginario y, tras quitar el seguro, disparó.

—¡Baaaaang! —exclamó con los ojos desorbitados—. Disparo certero en la cabeza y el cuerpo de Noah Anderson se desploma impactando contra suelo.

El detective Owen trató de cerrar nuevamente los ojos. Sin duda, ésa era su peculiar forma de concentración.

«Pero ¿qué me estoy dejando? —se devanó los sesos—. No existe un crimen perfecto, sino malas investigaciones. He de encontrar su error… ¿En qué…? Maldita sea… ¿En qué se equivocó…?»

A los pocos segundos, volvió a abrir los ojos.

—No hay testigos, nadie vio nada… ¡Joder! ¡Piensa, Owen! Piensa…

Miró a su alrededor.

Se giró sobre sus talones.

—No hay vagabundos, ni balcones… sólo unos edificios abandonados.

Resopló con fuerza, frustrado, tratando de hallar una pista que seguir.

Miró de nuevo su libreta de notas y leyó concienzudamente una hoja, después la otra…

«Nieve… ¡Eso es…! Aquella noche todo estaba cubierto de nieve —especificó—. Y… si yo fuera el agresor, trataría por todos los medios de borrar cualquier rastro.»

No tardó en curvar su espalda y agacharse para comenzar a caminar lentamente hacia atrás, simulando borrar sus propias huellas con la mano.

Casi llegando al final del callejón, algo diminuto y muy brillante alertó por completo su atención.

Con avidez, recorrió el callejón de extremo a extremo, en busca del maletín de inspecciones, y sacó de éste dos cosas: una bolsa de polietileno con cierre zip y una bandera para marcado de color rosa. Luego, colocó la bandera junto al objeto y, quitando la tapa del objetivo de su Nikon D3100, realizó varias fotografías.

Poco después, se la colgó del cuello y se inclinó para recoger aquel objeto del suelo.

Frunció el ceño, pensativo.

Se trataba de un plumín de oro.

Lo observó con detenimiento. No hacía falta ser un experto en joyas para darse cuenta de que, lo que tenía ante sí, era la pieza de una pluma estilográfica de coleccionista.

Sonrió con picardía tras introducir el hallazgo en la bolsa de polietileno.

«Pondría la mano en el fuego, sin miedo a quemarme, a que el dueño de esta preciosidad es quien estoy buscando desde hace dos semanas…»

11

Rittenhouse Square Park, Filadelfia

Aprovechando que Clive Wilson había ido a cumplir con su obligación laboral como cirujano jefe al Albert Einstein Medical Center, Noah salió a dar un paseo por el Rittenhouse Square Park. Se llevó uno de los libros que encontró en la biblioteca y que le había llamado especialmente la atención. Tenía una dedicatoria firmada del autor a su nombre y un marcapáginas justo por la mitad de la novela.

Tras caminar un rato, se sentó en uno de los bancos frente a la iglesia católica Holy Trinity.

Miró a su alrededor.

Un grupo de niñas saltaban a la comba en el césped; un poco más a la derecha varios niños se divertían jugando a las canicas y, a la izquierda, un par de personas practicaban taichi.

Sonrió, respirando hondo.

«Qué tranquilidad», murmuró internamente mientras abría el libro por la página del prólogo, y comenzó a leer.

Cuando le dio la vuelta para empezar el primer capítulo, alguien se sentó a su lado.

El aroma del perfume del desconocido invadió sus fosas nasales.

Reconocía esa fragancia.

—Inferno, de Dan Brown… Acertada elección si te gusta Dante.

Noah ladeó la cabeza, guiada por aquella sugerente y varonil voz.

Cuál fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que se trataba, nada más y nada menos, que del mismísimo doctor honoris causa.

Noah negó con la cabeza, sin dar crédito.

—¿Me estás siguiendo, Colin?

Él se echó a reír.

—No es mi especialidad.

Le mostró una bolsa de comida china y luego le empezó a explicar:

—Los domingos suelo declarar la guerra a la cocina. Es el único día que paso de meterme entre fogones. Además, vivo justo allí —concluyó señalando un grupo de casas más al norte.

Noah se sonrojó ligeramente al descubrir que ella no era el motivo por el cual Colin Wilde pasaba fortuitamente por aquel paraje. Al parecer, eran vecinos.

Él cruzó las piernas y la miró con mayor atención.

—¿Sigues sin recordar nada?

—Nada. No soy capaz de recordar absolutamente nada ocurrido antes del incidente.

—¡Qué lástima! —siseó apoyando el brazo en el banco por detrás de la espalda de Noah, rozándola ligeramente.

Ella lo empezó a mirar de otra forma. Admitía que había logrado alimentar su curiosidad.

—Por tus insinuaciones… ¿tratas de decirme que debería recordarte?

Colin sonrió sólo a medias y luego, con atrevimiento, se acercó lentamente a su rostro para susurrarle unas palabras al oído.

—La curiosidad mató al gato, doctora Anderson.

Noah sintió cómo el sonido de su voz le acariciaba suavemente el tímpano y, al poco, éste se levantó del banco, dejándola con la palabra en la boca.

El doctor Wilde cambió de tema radicalmente.

—Recuerda que el martes tienes cita con tu neurocirujano. Procura, esta vez, no llegar tarde —sonó a riña. Su tono era más distante y profesional.

Noah se quedó mirando la silueta del doctor, hasta que ésta se perdió de vista tras cruzar la calle.

Suspiró profundamente.

Empezaba a haber demasiadas cosas que le intrigaban de Colin…

¿Por qué le resultaba tan familiar?

¿Era posible olvidarlo todo excepto… ciertas cosas?

Aquella mirada penetrante… aquel susurro en su oído…

Su sexto sentido le alertaba de que ambos ya se conocían. Pero… ¿de qué forma? ¿Qué clase de relación habían mantenido en el pasado?

Demasiadas incógnitas por resolver… pero de una cosa sí que estaba plenamente convencida: haría cuanto estuviera en su mano… para averiguarlo.

12

Centro de acogida, Manhattan

—Gabriel, hoy quiero acompañarte. Me apetece mucho ver a Scott.

Él la miró fijamente y luego asintió.

—Claro, me encantaría que nos viera juntos.

Jessica sonrió y lo besó en los labios; éstos tenían gusto de chocolate.

—¿No decías que se había acabado la crema de cacao?

El joven se echó a reír, divertido.

—Mentí —le confesó mordiéndole el labio inferior con sugerente lentitud—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Tengo algo pensado para esta noche…

—Mmm, ¿en serio?

—Ajá.

Gabriel le abrió la boca con la suya y jugueteó con su lengua.

Pronto, un carraspeo al fondo de la sala de espera sesgó ese momento tan íntimo y sensual.

Gabriel dejó de besarla y miró en aquella dirección.

Echó un vistazo rápido. Al parecer, se trataba de una anciana de cabellos grises y ondulados con un bastón en la mano, que no dejaba de golpear insistentemente contra el suelo.

—Depravados… —murmuró con desazón arrugando la nariz mientras los observaba con descaro.

Jessica y Gabriel se miraron como si uno fuera capaz de leer el pensamiento del otro.

—¿Llegaré a ser así? ¿Cascarrabias y malhumorada…?

—Eso espero —recalcó sonriente.

Ella enarcó una ceja aún sin comprender y él se lo aclaró.

—Eso espero… porque eso significará que vivirás muchos, muchos años y… que yo estaré a tu lado para recordarte lo cascarrabias y malhumorada que eres…

Jessica hinchó el pecho, esperanzada.

—En ese caso… aceptaré encantada…

Sonrió mientras se acariciaba con la mano el cuero cabelludo rapado. Aquél era un gesto que había adoptado en los últimos días y que realizaba constantemente, sin darse cuenta. Fue demasiado doloroso renunciar a su larga melena azabache, pero era algo que debía de hacer para demostrarse a sí misma que podía mirar cara a cara a la enfermedad, enfrentarse a ella y empezar a ganarle batallas.

—Estás preciosa, mi vida.

Él le sujetó de la muñeca para que cesara en el empeño de martirizarse. Luego, tras besarle los nudillos y buscar su mirada, añadió:

—Deja de pasarte la mano continuamente por la cabeza. El pelo ya crecerá… sabes que eso es lo de menos. Mírame… —Le atrapó la cara entre sus manos con convicción, hinchando el pecho y dejando escapar el aire lentamente de sus pulmones—. Eres toda una superviviente y me siento muy orgulloso de todo lo que has conseguido… Eso, eso es lo verdaderamente importante… lo demás… no son más que gilipolleces… créeme.

Gabriel le robó una preciosa sonrisa que iluminó su rostro al instante.

En los últimos días Jessica había estado algo decaída. Aunque había recuperado peso con relativa rapidez, sabía perfectamente que aún seguía suspendida en la cuerda floja, y que su cuerpo podía rechazar el trasplante de médula ósea en cualquier momento.

Le acarició la mejilla y la volvió a besar en los labios, a sabiendas de que la anciana renegaría desde la distancia. Aunque, a decir verdad, nada de eso le importaba lo más mínimo… La amaba y se había propuesto a sí mismo demostrárselo todos y cada uno de los días de su vida.

13

Old City, Filadelfia

Noah, de nuevo, volvió a golpear la puerta con los nudillos.

Mientras esperaba en el rellano de la escalera, comprobó por enésima vez las señas anotadas en el minúsculo trozo de papel.

«Old City, apartamento 8E», leyó mentalmente.

Echó un vistazo rápido a las demás puertas. No había lugar a equívocos, ésa era la dirección.

Miró la hora en el reloj de pulsera. «Las 13.35.»

—Qué extraño… —Arrugó la nariz.

Y, cuando empezaba a plantearse la posibilidad de dar media vuelta y marcharse por donde había venido, la puerta, al fin, se abrió.

—Perdona, peque. —Inclinó la cabeza hacia un lado y le sonrió con cariño—. Me estaba dando una ducha rápida.

—Hola —le saludó sin poder evitar mirarlo de arriba abajo.

Jonathan llevaba una toalla anudada alrededor de la cadera y del pelo se resbalaban varias gotas de agua. Era la segunda vez que coincidía con él y la segunda que lo veía ligero de ropa.

De inmediato, Noah trató de ignorar el hecho de que tenía ante sí a un hombre en paños menores y pasó directa al salón. Pese a ser su hermano, era imposible no darse cuenta de que era un hombre muy atractivo.

—¿Dónde dejo esto?

Ella le mostró una botella de vino tinto.

—Sufrirás amnesia, pero me alegra saber que las buenas costumbres siguen arraigadas en ti. —Sonrió cogiendo la botella y llevándola a la cocina para dejarla sobre el mármol.

Al darse la vuelta, Noah no pudo evitar quedarse mirando el tatuaje que le cubría el omóplato y parte del brazo, percatándose de que seguía sin conocer a su hermano. Ante sí había un completo desconocido.

Mientras Jonathan aprovechaba para abrir la botella, ella se le acercó con sigilo.

—¿Solía hacerlo?

—¿El qué? —le preguntó sin mirarla. Estaba demasiado ocupado en descorchar el tapón de la botella mientras ella acariciaba el mármol de la encimera con la yema de los dedos.

Noah examinó con minuciosidad cada detalle de su alrededor: la pequeña nevera plagada de innumerables imanes de monumentos emblemáticos, como la torre Eiffel o la estatua de la Libertad, entre otros; las cortinas romanas ligeramente desgastadas por los años que colgaban de la ventana que daba acceso a un patio de luces; el New York Times y el Wall Street Journal abiertos por la mitad sobre la vitrocerámica…

Al darse cuenta de no ser capaz de recordar nada, inspiró hondo, angustiada.

Miró a su hermano y acabó de matizar la pregunta formulada instantes antes.

—Que si… si solía venir a tu apartamento. Si… solíamos comer juntos… charlar… no sé… ¿pasábamos tiempo juntos…?

Jonathan levantó de golpe la vista de la botella y en seguida buscó los ojos de la joven.

—Sí —le aseguró con convicción—. Éramos como uña y carne…

Noah sonrió. Le encantó escuchar eso en boca de su hermano.

—Tenías la mala costumbre de visitarme siempre que te escapabas de tu trabajo o de tu marido —añadió de forma jocosa.

Ella volvió a sonreír.

Él dejó el abridor sobre el mármol y le alborotó el pelo rojizo con la mano.

—¿Me perdonas un momento?

Ella asintió.

—Voy a… vestirme. —Señaló la toalla con la que únicamente estaba cubierto—. En seguida vuelvo…

Cuando ya se encontraba a medio camino entre el dormitorio y el salón, dio media vuelta.

—No eches mucha cuenta del desorden. —Se rascó la cabeza, excusándose—. Ando muy liado y no me ha dado mucho tiempo de limpiar… Además, te advertí de que padezco una alergia severa a la escoba…

—Descuida —dijo Noah con un movimiento vago de la mano.

Al quedarse a solas, Noah continuó con su afán por tratar de hallar algo, cualquier cosa que la ayudara a recordarlo. Se paseó por el coqueto salón y se dedicó a observar los escasos y sencillos muebles de Ikea, las fotografías… pero nada. Por más que no cejaba en su empeño, nada le era míseramente familiar. Nada.

Desengañada, se dejó caer en el sofá de dos plazas color berenjena, esperando a que apareciera de nuevo su hermano mayor.

Y como si sus ruegos fuesen escuchados, Jonathan regresó, esta vez vestido con ropa informal: unos ceñidos Levi’s oscuros y una básica camiseta blanca de manga corta.

Caminó hacia ella y, cuando pretendía sentarse a su lado, abrió mucho los ojos al descubrir que ella había aplastado algo con sus posaderas sin darse cuenta.

—Ejem… —Tosió en un par de ocasiones en el puño antes de estirar de la goma elástica de los bóxers—. Creo que éste no es su sitio…

Con pasos agigantados, cruzó el salón y encestó la prenda íntima en la cesta de la ropa sucia. Al poco, regresó con dos copas del vino tinto que ella había traído.

Después de sentarse a su lado y de ofrecerle una, se despeinó el pelo con la mano. Ella se lo quedó mirando sin poder evitar esbozar una sonrisa. El pelo alborotado le daba un aire algo más desenfadado, aparentando incluso mucha menos edad de la real.

—Por una nueva Noah Anderson. —Alzó la copa con orgullo.

Ella hizo un gesto de aprobación con las cejas y, tras brindar a su salud y beber un sorbo corto, en seguida empezó a acribillarlo.

—Quiero saberlo todo. Necesito que me hables de Noah Anderson… De las cosas que le gustaban, de lo que odiaba, de sus manías… ¡todo!

—¡Altoooo, altooooo!

Jonathan alzó las manos en señal de rendición.

—Tranquilízate, Noah. —Con una sonrisa, le sujetó con fijeza de los hombros y después la miró a los ojos—. No te preocupes… te doy mi palabra de que yo mismo te ayudaré, pero, a cambio, debes relajarte.

—Está bien —reconoció tratando de aminorar el ritmo cardíaco mientras se sostenían la mirada largo rato. Todo aquello era nuevo para ella… y toda aquella situación la mantenía muy ansiosa y expectante.

—Veamos… vayamos por partes. —Se rascó el mentón, pensativo—. Hazme una pregunta.

Noah no lo dudó ni un instante, en seguida supo cuál sería la pregunta que abriría paso a las demás.

—¿De qué murió mamá? —inquirió sin demasiada cautela y apenas sin tomar aire.

—Buen lanzamiento, peque… —sonrió—... y… directo a la diana.

Jonathan, a pesar de la impactante primera pregunta, en su fuero interior reconoció que no estaba sorprendido.

Bebió un poco de vino y, después, le respondió sin divagar.

—Mamá arrastraba una enfermedad degenerativa desde que tú tan sólo tenías cinco años y yo casi ocho.

Noah lo escuchaba en silencio. Ni siquiera se atrevía a pestañear por temor a perder un ápice de su explicación.

—Sufría la enfermedad de Parkinson.

Ella tragó saliva y se llevó la mano al corazón.

—Como bien sabrás, es un trastorno neurodegenerativo crónico, que le condujo a una incapacidad progresiva muy agresiva. En los últimos años de vida llegó a perder la capacidad de moverse y la expresión de las emociones. Y… hace justo seis meses tuvo una grave infección intercurrente torácica que… acabó con su vida. —Hizo una larga pausa. Necesitaba beber un poco más. Odiaba tener que rememorar los últimos momentos de la enfermedad de su madre, pero comprendía que su hermana necesitaba saberlo—. Tu amigo, el buen doctor, la trató durante los últimos años de su vida.

—¿Te refieres a Colin? ¿Al doctor Wilde?

—Sí, el mismo.

«¿Por eso creo recordar su perfume y sus… ojos…? —pensó sin dejar de morderse las uñas con inquietud—, ¿su forma de hablar… su forma de caminar…?»

—Peque…

Tuvo que alertar su atención en varias ocasiones antes de hacerla regresar de su ensimismamiento.

—Perdona… me había quedado… pensativa…

Jonathan entrecerró los ojos. Estudió a su hermana y percibió el leve rubor que cubría sus mejillas.

—¿Qué es lo que te pasa con el doctorcillo?

—¿A mí? N… Nada —tartamudeó ligeramente.

—Pues… eso no es lo que a mí me ha parecido.

La joven se mordió el labio inferior. Poco después se descalzó y, doblando las piernas, se acomodó en el sofá.

—Verás… —Noah jugueteó con un mechón de su pelo—. Me da la sensación de que Colin… es decir, el doctor y yo… ya nos conocíamos de mucho antes del incidente.

—Y así es… Te lo acabo de comentar, Colin trataba a mamá. Aunque, a decir verdad, hablaba más conmigo que contigo…

Jonathan puso los ojos en blanco.

—No. No me refiero a ese trato entre médico-paciente-familiar.

—¿Entonces?

Ella hizo una mueca y alzó las cejas ante la evidencia. Era obvio que se refería más al terreno sentimental y no al profesional.

Jonathan se tensó. No podía ocultar que Colin Wilde nunca había sido santo de su devoción.

—Noah. Yo no creo que tú y… ese tipo… —no pudo evitar nombrarlo de forma despectiva— … hayáis mantenido en el pasado… algo más que… una relación estrictamente profesional.

—¿Estás seguro?

—Trabajáis en el mismo hospital y… os conocéis desde mucho antes de casarte con Clive.

Jonathan se removió incómodo en el sofá. Pensar en él le revolvía el estómago.

—Y… de todos es bien sabida la mala reputación que le precede.

—¿Y…?

—¡¿Y?! —repitió con más énfasis—. Pues que tú no eras así.

—¿Cómo?

—Joder, Noah… —Se pasó la mano por el pelo algo molesto por lo que le estaba obligando a decir—. Que tú… que tú no eras una furcia que se tiraba a todo el mundo. Y ésas son la clase de mujeres que le gustan a Colin Wilde. Todo el mundo lo sabe.

Noah se echó a reír con ganas y su hermano se la quedó mirando, parecía confundido. No atinaba a adivinar a qué se debía aquel repentino arrebato.

—¿Qué?

Ella se llevó la mano al vientre, incapaz de parar de reír.

—Nada… nada… no me hagas caso…

En seguida él empezó a reír contagiado sin saber muy bien por qué.

—Me encanta, peque.

Jonathan se acercó más a ella y sujetó una de sus manos entre las suyas.

—Me encanta porque… no has perdido la esencia de Noah. Ella sigue viva en ti… aunque los recuerdos permanezcan enterrados… mi hermana sigue estando ahí dentro. —Apoyó la yema del dedo índice justo en el centro de su frente—. Te ayudaré a recuperar la memoria. Y seguiré protegiéndote como lo he estado haciendo hasta el momento de tu desaparición. Pese a quien pese. Te lo prometo.

14

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

Noah, con nerviosismo, no dejaba de dar vueltas a la alianza de oro y brillantes que rodeaba su dedo anular. Aquella misma mañana, Clive se la había devuelto para que la llevara siempre consigo. Era el símbolo de su unión y, por lo tanto, la demostración al mundo de que era una mujer felizmente casada y comprometida con su marido.

De nuevo, fijó la vista al frente, más concretamente a la puerta de la consulta del doctor Wilde.

Cruzó las piernas y empezó a balancear una sin ser consciente de ello.

«¡Maldita sea…! ¿Por qué estoy tan sumamente nerviosa? ¿Por qué necesito tanto saber de qué nos conocemos?»

De repente, una atractiva enfermera abrió la puerta. Salió dando unos pasos al frente y miró una lista que llevaba en la mano.

—¿Noah Anderson?

Al escuchar su nombre, se levantó de un respingo del asiento y poco después se encaminó hacia la joven, quien la observó detenidamente de arriba abajo, instantes antes de permitirle el paso.

Nada más entrar, la enfermera cerró la puerta y Noah pudo ver a su médico sentado mientras ojeaba unos informes.

—Pasa, Noah, y toma asiento —le sugirió Colin Wilde sin levantar la vista de unos documentos.

Noah así lo hizo, cruzó la consulta y se sentó frente a él. Tuvo tiempo para deleitarse y estudiar a su atractivo neurocirujano sin temor a ser descubierta. Como en las tres ocasiones anteriores en que habían coincidido, llevaba el pelo despuntado y desordenado a conciencia, con ligeros toques de gel fijador en las puntas, y su característica perilla que le daba un aire muy sexi. Bajo la bata blanca, era posible apreciar una camisa azul grisácea y, a su vez, intuir un cuerpo proporcionado y bien trabajado.

Tras leer los últimos párrafos del informe, alzó la vista, dignándose por fin a mirarla a los ojos. Noah, entonces, sintió ruborizar rápidamente sus mejillas.

«¿Cómo lo consigue…? Me cuesta sostenerle la mirada…»

Colin, al darse cuenta del efecto que causaba en ella, no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa de satisfacción.

—¿Nerviosa, doctora Anderson?

Ella contuvo el aliento y, luego, contestó.

—Más que nerviosa… intrigada.

Colin Wilde unió las manos y apoyó los codos sobre la mesa. A continuación se inclinó ligeramente sobre ésta con apreciable interés.

—¿Te intriga algo con referencia a tu pasado?

—Sí.

—Y… ¿crees que yo podría ayudarte?

Noah esta vez lo miró directamente a los ojos.

—No estoy segura de ello. Sólo trato de seguir un impulso y… dejarme guiar por una simple intuición.

La enfermera, que permanecía aún en el interior de la consulta, al darse cuenta de que la conversación se estaba encaminando por el terreno personal y no por el estrictamente profesional, quiso por todos los medios llamar la atención del doctor Wilde.

—Disculpe, doctor. Debo hacerle memoria de que en diez minutos ha de presentarse ante el Comité Doctoral.

Tosió un par de veces para aclararse la voz y poder dirigirse a ella.

—Cierto. Gracias, Norma. ¿Serías tan amable de acercarte a la enfermería y traer una caja de Triazolam?

Ella asintió.

Colin, tras comprobar que salía de la consulta y les dejaba a solas, volvió a mirar a Noah.

—¿Por dónde íbamos? —le preguntó él retomando la conversación que habían dejado a medias.

Noah empezó a girar de nuevo la alianza y, tras humedecerse los labios, le contestó sin vacilar.

—¿Nos conocemos, verdad?

—Claro.

—Me refiero a antes de mi pérdida de memoria —aclaró.

Colin guardó un riguroso silencio porque sabía perfectamente a lo que ella se estaba refiriendo. Por supuesto que se conocían, sólo que ella aún no le recordaba.

Fijó su mirada insinuante en los ojos de ella y luego pronunció alto y claro:

—Sí, nos conocíamos —admitió él al fin—. Aunque he de reconocer que no soy partidario de remover el pasado. A veces es mejor dejar las cosas tal y como están.

—¿Por qué?

—Te lo advertí el otro día en el parque. La curiosidad mata al gato.

Noah tragó saliva.

—Soy consciente de ello, aun así… asumo ese riesgo.

Su respuesta le hizo sonreír.

Colin quedó admirado por su valentía. Mientras tanto, ella seguía mirándolo con los ojos muy abiertos, hambrientos y anhelantes por saber más… mucho más.

Intercambiaron una larga mirada antes de intervenir él.

—¿Estás preparada para conocer la verdad?

Ella se tensó al instante; pese a ello, asintió en silencio.

—Entonces, te prometo que la conocerás.

Él la desarmó con aquellas palabras acompañadas de una sonrisa seductora.

Y, justo en ese preciso instante, Norma abrió la puerta y Colin apartó la mirada de los intensos ojos azules de Noah.

—Aquí tiene. —La joven de pelo negro y mirada gris dejó la caja de Triazolam sobre la mesa.

—Muchas gracias, Norma.

Le sonrió en muestra de agradecimiento y luego simuló que proseguía con la explicación del informe de su paciente.

—Como te comentaba, las pruebas han salido según lo previsto. Por el momento, no hay indicaciones de nuevos trastornos cerebrales subyacentes. Aun así… —añadió alzando la vista para mirar de nuevo a Noah—... quiero que entres a formar parte de un programa de ejercicios de estimulación cognitiva.

El doctor Wilde esperó de alguna forma su aprobación mediante los gestos de su rostro y, cuando esto se produjo, prosiguió sin más dilación.

—La amnesia te impide recordar cualquier tipo de información o suceso previo a la lesión. He

estado estudiando tu caso y comentándolo con colegas de profesión, y todos estamos de acuerdo en que tu olvido es muy probable que siga los parámetros de la ley de Ribot.

Noah alzó una ceja. Ignoraba a qué ley hacía referencia, por lo que le pidió al doctor Wilde que se explicara mejor.

—Verás… Creemos que tu memoria sigue una orden temporal, afectando en mayor medida a los acontecimientos más próximos a la lesión y menos a los alejados. Estamos casi convencidos de que, si estimulamos esa parte de los recuerdos, podríamos llegar hasta los más cercanos.

—Y… ¿cuándo podría empezar? —preguntó nerviosa. La idea le parecía estupenda.

—Esta misma semana, si lo deseas.

—Cuanto antes, mejor. Necesito recordar quién soy lo antes posible…

Noah le lanzó una mirada, tentándolo, y Colin, tras toser en su puño, sujetó la pluma estilográfica y empezó a escribir una receta.

Al acabar, dobló el papel, colocó la caja de pastillas encima y desplazó ambas cosas a su lado de la mesa.

—Te he recetado píldoras para dormir. Es fundamental que descanses como es debido y… te noto muy cansada.

—Gracias. Me irán bien —murmuró guardando el papel y la caja en el interior de su bolso.

—Ahora, si me disculpas, he de tratar un asunto urgente —añadió incorporándose y tendiéndole la mano de forma profesional—. Norma te informará del día y la hora de la nueva visita.

—De acuerdo.

Noah apretó su mano con delicadeza y él la sostuvo más tiempo del necesario.

Horas más tarde

—Puedes desvestirte en aquella habitación. —La enfermera señaló hacia una puerta—. Debes ponerte la bata abierta por delante y luego esperar sentada en la camilla. En seguida vendrá la doctora Jones.

—Perfecto, gracias.

Noah así lo hizo, se desvistió y colgó cada prenda en la percha y después se puso la bata, de la misma forma que le había indicado la enfermera.

Al estirarse en la camilla, miró al techo.

No estuvo mucho tiempo a solas, pues la doctora Jones pronto hizo acto de presencia. Era una mujer de piel negra y de pelo corto, de mediana estatura y con una elegante forma de caminar.

—Buenas tardes, Noah.

—Buenas tardes.

La mujer de grandes ojos negros y avispados se sentó frente a ella. Sin más premura, le indicó que acercara la pelvis al borde de la camilla, que separara las piernas y que colocara los talones en cada uno de los estribos.

—¿Te sientes cómoda?

—Sí…

—¿Nerviosa? —le preguntó colocándose los guantes de silicona.

—Un poco.

—Pues relájate, Noah. Ya verás como acabamos en seguida.

La doctora fue indicando cómo iba a llevar a cabo la revisión ginecológica. Primero realizaría una exploración de la vulva; después, haciendo uso del espéculo, inspeccionaría la vagina y el cérvix, para extraer una muestra citológica.

—Ahora procederé a realizar una histerosalpingografía, para asegurarme de que no hay ninguna anomalía ni en la cavidad uterina ni en las trompas de Falopio.

La prueba no duró más que unos minutos.

Al acabar, la doctora le indicó que, después de vestirse, tomara asiento de nuevo.

Mientras evaluaba el anterior informe realizado mientras estuvo en coma, pudo contrastarlo con la nueva información que le aportaba la visita ginecológica.

Sonrió satisfecha.

Tras la exploración, su paciente no revestía ninguna anomalía visible. Ésas eran muy buenas noticias, salvo porque ahora le tocaba lidiar con la parte más amarga de su profesión: comunicar noticias sumamente desagradables.

Cerró ambas carpetas y luego acercó la silla a la mesa para colocar los antebrazos sobre ésta.

—Noah, te aseguro que no es nada grato confesarte los motivos por los que te he realizado este exhaustivo control ginecológico. Era del todo imprescindible y necesario... —hizo una breve pausa y luego prosiguió—... ya que sufriste un aborto espontáneo tras el incidente.

«¿Aborto?»

Noah comenzó a palidecer tras escuchar aquella palabra.

«¿Cómo era posible? ¿Estaba esperando un hijo? ¿Pero… de quién? ¿De Clive?»

La doctora, al ver que ella no respondía, añadió:

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas tomar un poco de agua?

—Disculpe —pronunció conteniendo las lágrimas—. ¿Estaba embarazada?

—Sí.

—¿De cuánto tiempo?

—De unas seis semanas, aproximadamente.

Sollozó y una lágrima comenzó a surcar su mejilla. Ella la retiró rápidamente con el dorso de su mano.

—Pero no debes preocuparte. Eres joven y podrás tener hijos, sin problemas.

Con esas palabras rondando por su cabeza, salió de la consulta.

«Embarazada… pero ¿de quién? Si estuve seis meses desaparecida… ¡No puede ser de Clive…!»

Se cubrió la boca con la mano y salió a toda prisa del hospital. Cuando atravesó la puerta principal acristalada, oyó el zumbido de un mensaje de WhatsApp. Era de Jonathan, su hermano.

Lo abrió y lo leyó: «Hola, peque. ¿Te apetecería venir esta noche y cenar pizza y ver una de esas pelis que tanto te solían gustar?».

Noah sonrió. No sabía cómo lo hacía, pero pensar en él siempre le robaba una sonrisa.

Podría ser buena idea.

Se enjuagó las lágrimas y le respondió sin perder un momento: «Acepto si a cambio yo pongo las palomitas y las cervezas».

Instantes después, obtuvo respuesta: «Trato hecho. ¡Esa es mi chica! Ven sobre las ocho. Te quiero, peque».

Al guardar de nuevo el iPhone en el interior del bolso, algo se lo impidió.

Con curiosidad, introdujo la mano y hurgó.

Pronto halló la causa: la caja de Triazolam y la receta.

Al observar el papel, se dio cuenta de que había unas palabras garabateadas en el reverso: «Ven esta noche a mi casa. Tenemos que hablar. Éstas son mis señas: 2125 Walnut Street, Rittenhouse Square».

15

Greenwich Village, Manhattan

Encendió su iPad Air e inició la sesión del aplicativo de Skype para realizar una videollamada.

Frank se sentó en el sofá mientras esperaba ansioso por ver de nuevo el rostro de su hija, Charlotte.

A los pocos segundos, la imagen nítida y sonriente de Sarah Taylor apareció en la pantalla de 9,7 pulgadas.

—¿Cómo estás, Frank? —preguntó educadamente.

—Bien.

Frank sintió una punzada en el pecho, mezcla de alegría, nostalgia y desazón al verla. No lo podía evitar, era la madre de su única hija y la causante de más de un quebradero de cabeza. Quien le había arrebatado a Charlotte y se la había llevado demasiado lejos; ni más ni menos que a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia.

—Tienes buen aspecto —le dijo ella para tratar de romper el hielo.

Él sonrió sin poder ocultar la ironía en su rostro.

—Perdona pero… he tenido un día de perros y lo cierto es que no estoy de humor para entablar una charla amistosa con nadie —siseó tratando de mostrarse lo más delicado posible.

Ella apartó la vista, algo dolida.

—Por favor… ¿Podrías pasarme con Charly?

—Claro. —Lo volvió a mirar—. Está acabando el postre.

—En ese caso, será mejor que hable con ella más tarde.

Un incómodo silencio enturbió el ambiente.

Sarah, cautelosa, aprovechó para resquebrajar aquella tensión palpable entre ambos.

—No estés preocupado por Charly. Ella se ha adaptado muy bien en la escuela y en la nueva ciudad… le gusta Filadelfia. —Sonrió forzadamente—. Ya la conoces, es una niña muy fuerte y muy madura para sus ocho años.

—Eso ya me lo imaginé. Nunca lo puse en duda. —Le devolvió la sonrisa, pero la suya era indolente.

Se oyeron unos pasos que se acercaban, era Charlotte que entraba en el dormitorio.

Al darse cuenta de que su padre estaba en la pantalla del portátil, sonrió dando saltos de alegría.

—¡Papiiii!

Se hizo un hueco al lado de su madre para verlo mejor.

—¡Qué guapo estás!

Frank sonrió reprimiendo las ganas de llorar al ver después de tantos días a su hija.

—Mi vida, tú sí que estás preciosa.

Sarah se levantó de la silla.

—Bueno… os dejo un rato a solas… tendréis muchas cosas que contaros… —se excusó—. Buenas noches, Frank.

Él se despidió con un gesto de la mano y Sarah, tras darle un beso en el pelo a Charlotte, salió del dormitorio y cerró la puerta para concederles unos instantes de intimidad.

Frank en seguida retomó la conversación.

—Mamá me ha explicado que te gusta el nuevo colegio, ¿ya tienes alguna amiguita?

—No.

—Y ¿cómo es eso?

—Pues, no lo sé.

La niña se encogió de hombros.

—Bueno, no te preocupes, cariño, ya verás como pronto haces buenas amigas.

Charlotte bajó la vista a sus manos y empezó a juguetear con el cable del mouse. La expresión de ella se volvió melancólica. Frank notó el drástico cambio en sus facciones. No le gustaba ver triste a su hija.

—Charly, ¿qué te pasa?

La niña ignoró la pregunta de su padre y siguió desviando la atención a otro objeto, en esta ocasión lo hizo a una fotografía tomada en Central Park. Era de hacía sólo unos meses, cuando Charlotte se divertía con su amiga May.

—Cariño… —insistió con voz melosa—. Mírame, cielo…

Ella tardó un rato en hacer caso, pero, al final, alzó la vista.

—¿Qué te pasa?

—Quiero volver a casa contigo —respondió esta vez con un hilo de voz—. No me gusta vivir aquí. No me gusta Christian…

Frank se tensó.

—¿Por qué? ¿No te trata bien?

Charlotte empezó a llorar y él cerro los puños, nervioso.

—Contéstame…

Ella negó con la cabeza al mismo tiempo que sorbía con fuerza por la nariz.

«¡Maldita sea…!», masculló.

Frank le insistió otra vez. Le formuló la misma pregunta, con toda la serenidad que era capaz de mostrar, pero la niña seguía sin contestar. Y, lo que era peor, el lloro se convirtió en sollozo.

—Cielo… por favor, mírame y haz lo que voy a pedirte…

Charlotte se restregó los ojos con el dorso de la mano.

—Vas a ir a buscar a tu madre. Vas a decirle que venga, porque tengo que hablar con ella inmediatamente… ¿de acuerdo?

Charlotte asintió y las coletas se movieron al hacerlo.

Salió de la habitación y, tras un par de minutos, Frank vio aparecer a Sarah.

—¿Qué es lo que le ha pasado a Charly? —inquirió muy alterada—. Está llorando y no me explica por qué.

—Dímelo tú —le contestó hoscamente.

Sarah frunció el ceño, extrañada.

—¿Que te diga el qué?

Frank se pasó las manos por el pelo y luego la miró centelleante.

—¡Quiero a ese cabrón lejos de mi hija! —aseveró explotando de rabia contenida.

Sarah seguía sin comprender. No entendía qué trataba de insinuar.

—¿Te refieres a Christian?

—Por supuesto, Sarah.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Ellos… se llevan bien.

—¿Estás completamente segura? —la interrumpió—. ¿Acaso te has dignado una sola vez a preguntarle a tu hija si le gusta vivir en Filadelfia?

—No hace falta. Yo la veo feliz.

—Sarah… —Sonrió con reticencia—. Hoy, precisamente, no es eso lo que he visto.

—A Charly no le pasa nada —recalcó ofendida.

Frank se volvió a pasar las manos por el pelo, esta vez incluso estiró alguno de sus mechones.

La mirada del joven se ensombreció.

—Te lo advierto, Sarah. No permitiré que ningún capullo arruine la infancia de mi hija. No te quepa duda de que estaré muy alerta.

—No me amenaces, Frank. —Sarah lo miró de forma desafiante—. Te lo repito: Charly está perfectamente. —Resopló—. Pero… ¿qué clase de madre te crees que soy? Jamás, ¿me oyes?, jamás permitiría que nadie le causara daño.

—Demasiado tarde, ¿no crees?

—¡Deja de hablar en clave, Frank! —le escupió dolida—. Lo que tengas que decirme, ¡échale narices y dímelo a la cara!

Él se echó a reír con sarcasmo y luego se frotó la frente como si le doliera la cabeza.

—¿Quieres honestidad?

—Así es.

Frank sonrió y luego negó con la cabeza. No se consideraba una persona rencorosa, ni vengativa, pero no le estaba dando opciones. Respiró hondo y la miró a los ojos.

—Te largaste de casa con tu amante. Abandonaste a tu hija sin darle explicaciones y, después de medio año, regresaste reclamando su custodia.

—Y… ¿estarás toda la vida reprochándomelo?

—No. Sólo mientras vea que mi hija no es feliz.

—Nuestra hija… —enfatizó con fuerza y luego añadió—: Charly es una niña muy feliz.

—Sarah, he permitido que tus mentiras me hirieran durante meses, pero no pienso permitir que hagas daño a la niña…

—¡Dios mío! Pero… ¿por quién me has tomado?

—Francamente… yo ya no sé quién eres. No puedo tomarte de ninguna forma.

Ella negó con la cabeza sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Pues… te aseguro que soy la misma chica que conociste en la universidad.

Ambos se sostuvieron la mirada durante largo rato, sin aportar nada más a la discusión.

Al poco, Frank retomó la conversación algo más sosegado.

—Sarah, Charly es lo más importante en mi vida.

—Lo sé, en la mía también —le aclaró.

—Perdona. Yo… no quería poner en duda tu valía como madre.

Ella suspiró.

—Tranquilo. Aunque no me creas… entiendo tu posición. Sé lo que se sufre cuando no tienes a tu hija todos los días… el no poder darle el beso de buenas noches ni el primero al despertar cada mañana… prepararle el desayuno o, simplemente, buscarla a la salida de clase…

—Es muy duro, Sarah… —la interrumpió melancólico.

Los ojos de ella comenzaron a humedecerse con rapidez.

—Por favor… no me odies, Frank.

Él la miró compasivo.

—Jamás podría odiarte, Sarah.

16

Rittenhouse Square, Filadelfia

Noah Anderson sopesaba las posibilidades: el vestido azul cobalto o el negro.

Suspiró hondo mientras pensaba en Colin Wilde.

¿Obraría correctamente si acudía a aquella cita?

Un mar de dudas le obligó a sentarse al pie de la cama para meditar sobre ello, una vez más.

—Necesito saber de mi pasado y él parece tener la llave de una parte muy importante de mis recuerdos…

Se mordió el labio, pensativa.

—¿Jonathan? ¿Colin? ¿Qué debo hacer?

Cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, fue en busca de su iPhone.

Tocó la pantalla táctil y comenzó a escribir un mensaje: «Lo siento Jonathan, me ha surgido un imprevisto en el último momento que me obliga a aplazar la cena para otro día. Te recompensaré, te lo prometo, tu peque».

Dudó antes de enviarlo y, tras hacerlo, se sintió culpable.

Ahora no había marcha atrás. Las cosas a veces sucedían por algo.

Escogió el vestido negro y, tras peinarse el pelo en un moño alto, se calzó y bajó al salón.

Su marido, Clive Wilson, aún no había regresado del Albert Einstein Medical Center, por lo que rasgó una hoja de la libreta que estaba destinada para apuntar la lista de la compra semanal y empezó a escribir una escueta nota en ella: «He salido un momento. Regreso en seguida. Noah».

La depositó sobre la mesa del salón y, tras ponerse el abrigo y la bufanda, cerró la puerta de su casa. Guardó las llaves en el interior del bolso y comenzó a caminar hacia el norte de la calle Rittenhouse Square. Varios minutos más tarde, llegó a Walnut Street. Si su memoria no le jugaba malas pasadas, creía recordar que el doctor Wilde había escrito que vivía en el número 2125.

Cuando estuvo frente a la fachada del edificio, alzó la vista. Había luz en la segunda planta. Permaneció varios segundos inmóvil en el sitio, antes de decidirse a subir los escalones que le separaban de volver a verlo. Había venido a buscar respuestas y no se marcharía sin obtenerlas.

Se armó de valor y llamó al timbre del portero automático. Instantes después, una voz grave le invitó a subir. Más nerviosa e inquieta que antes, llegó al rellano. La puerta estaba visiblemente entreabierta y dejaba escapar la melodía de una canción. Noah acabó de abrirla y pasó sigilosamente al interior del apartamento. Éste era de dimensiones bastante reducidas. Se trataba de un edificio antiguo, cuyos cimientos databan de principios de los años cincuenta.

Echó un vistazo rápido a la estancia; los muebles, al igual que la decoración, eran vanguardistas. Colgado de una de las paredes había un cuadro en metacrilato de la ciudad de Nueva York.

—Buenas noches, doctora Anderson…

La sugerente voz de Colin Wilde se oyó entremezclada con la canción Royals, de Lorde.

A los pocos segundos apareció en el salón, sonriente, vestido con una sencilla camiseta negra de algodón de manga corta y unos vaqueros desgastados. Rodeando su cintura se apreciaba un delantal de llamativos colores.

Ella bajó la vista a sus pies, dándose cuenta de que éstos estaban descalzos.

Sin la reglamentaria bata blanca de hospital, el neurocirujano ya no parecía tal cosa, sino

simplemente un hombre joven y sumamente atractivo.

Noah, al verlo, no pudo evitar tensarse. Ignoraba lo que ocurriría entre aquellas cuatro paredes, pero eso no la amilanó. Ni siquiera se planteó la posibilidad de huir, de escapar de allí.

Colin, tras observarla, se acercó y, deslizando la mano por su hombro, le cogió el bolso para colgarlo en el perchero. Luego quiso repetir la misma operación con su abrigo, pero ella se lo impidió.

—Gracias, pero… creo que sabré quitármelo yo sola.

Colin sonrió.

—No me cabe la menor duda. —Ni siquiera se molestó en discutir.

Noah abrió la cremallera y, tras desprenderse del abrigo, se lo entregó.

—Relájate, por favor. Deseo que te sientas cómoda en mi casa.

Ella suspiró y luego trató de relajar los hombros.

—Perdona.

Noah miró hacia la cocina y luego añadió:

—¿Qué estás preparando?

—Comida japonesa.

Ella alzó las cejas, asombrada.

—¿Sabes cocinar? —le preguntó con escepticismo.

—Me defiendo, que no es poco —le contestó haciendo una mueca y luego prosiguió—: Ven. Quiero que me ayudes a acabar uno de los platos.

Le guiñó un ojo y, tras colgar el abrigo en el perchero, entró en la cocina.

Noah lo siguió.

Al entrar se dio cuenta de que ésta era de reducidas dimensiones y de que a duras penas podrían moverse con relativa libertad.

Sobre el mármol había reservada una bandeja con makis de salmón con aguacate y bonito en salazón, saquitos de tofu rellenos de arroz y pollo y, a medias, tenía la elaboración de sushi.

Se colocó junto a ella.

Cortó las algas por la mitad y colocó una de las mitades sobre la esterilla. Luego añadió el shari, el relleno y un poco de wasabi.

—Observa… En el siguiente paso lo hemos de enrollar con la ayuda de la esterilla —relataba mientras, ni corto ni perezoso, le atrapaba una de las manos para hacerlo juntos.

A Noah se le cortó el aliento. Ésa era la primera vez que sentía el contacto de sus grandes manos sobre su piel. Eran cálidas y suaves, pero al mismo tiempo decididas.

—Colin… —balbuceó.

Él le sonrió.

Guió sus manos con determinación.

Colin se pegó a su cuerpo.

—Noah… relájate… y confía en mí —le susurró.

Al llevar el pelo recogido, el aliento que exhaló al hablar acarició delicadamente su cuello expuesto. Noah experimentó un placentero cosquilleo, sintiendo cómo se le erizaba todo el bello de su cuerpo.

—No creo que…

Noah se ruborizó y retiró rápidamente las manos, ocultándolas en el interior de los bolsillos del vestido.

Colin sonrió. Y, tras cortar en rodajas el sushi, la miró con vehemencia.

—La comida japonesa era tu preferida…

Pestañeó, algo aturdida. Aquella confesión la descolocó por completo.

—Continúa hablando… por favor…

—Lo haré, pero a mi manera —concluyó suavemente antes de llevar la bandeja a una mesa baja ubicada en el salón. Después se sentó en uno de los dos cojines que yacían sobre el suelo de parqué.

Cogió un par de palillos largos de madera para repartir la comida en los platos bajo la atenta mirada de Noah desde la distancia. Al poco, levantó la barbilla y la miró.

—Cuando te decidas a venir, ¿podrías traer la botella de vino que hay abierta junto a la cesta de la fruta? Y las copas…

«Le aplaudo, doctor. He de reconocer que, sin duda, ésa ha sido una buena táctica para llevarme sin rodeos hacia su terreno.»

Noah suspiró hondo recordando los motivos por los que había aceptado su invitación, así que no era el momento de lamentaciones. Buscó la botella y las copas, y se acomodó a su lado sobre el cojín que quedaba libre.

—Los zapatos —le señaló los pies—, apuesto a que sin ellos estarás más cómoda.

Sin tratar de rebatirlo, se descalzó y los dejó a un lado, junto al sofá.

Rápidamente, Colin destinó de nuevo toda la atención a su joven y guapa convidada.

—Solías preparar sushi. Tú traías los ingredientes y yo compraba el vino —dijo atrapando con destreza un saquito de tofu con los palillos y llevándoselo a la boca.

Noah quiso imitarlo, pero el saquito cayó de nuevo al plato y a él se le escapó una sonrisa.

—No te rías. —Entornó los ojos.

—Dichosa amnesia, cualquiera diría que no has utilizado unos palillos en toda tu vida.

—Por lo visto he olvidado muchas cosas…

Noah se lo quedó mirando, invitándole con la mirada a seguir hablando. Quería saberlo todo. Quería saber qué lazos de unión les rodeaban. Obviamente, no fueron sólo lazos de amistad.

—¿Cómo nos conocimos?

—En el hospital.

Colin dejó un poco de intriga flotando en el aire y aprovechó para rellenar ambas copas. Luego, hizo bailar el líquido en su interior, lo olió y lo degustó unos instantes en su paladar antes de tragarlo.

La cara de él expresó perfectamente la aprobación por aquel vino. Era exquisito, sin duda de los mejores que había tomado nunca.

El doctor Wilde dejó la copa sobre la mesa y le ofreció una a ella.

—Hace siete años, te presentaste a la vacante de médico residente.

Noah, que lo escuchaba en completo silencio, se llevó su copa a los labios y, al menos de momento, sólo sorbió un poco. Prefería estar sobria.

—Eras demasiado joven e impulsiva… con ganas de aprender y de devorar todo cuanto estaba en tu camino. Sin duda, eso fue precisamente lo que más me sedujo de ti. Aquella innata y atractiva rebeldía.

Colin acercó la mano a su melena y sujetó entre sus dedos un mechón que se había liberado del recogido. Éste ocultaba parcialmente el intenso azul de los ojos de Noah.

Tras acariciarlo suavemente entre sus yemas, se lo colocó tras la oreja.

Sonrió.

Por un momento, había recordado el olor que desprendía su pelo recién lavado: a vainilla.

Noah se removió algo incómoda en el cojín mientras que el doctor, sutilmente, iba acortando las distancias y adquiriendo cada vez mayor confianza en sí mismo y en sus acciones.

Desafiando su propia voluntad, Noah sorbió de nuevo de la copa y después lo miró fijamente, sin acobardarse. No podía permitirse salir de aquel apartamento sin antes conocer toda la verdad.

Sentía que estaba preparada…

Sentía que había llegado el momento de enfrentarse cara a cara con su pasado…

17

W Montgomery Avenue, Filadelfia

Clive salió de la cama desnudo para dirigirse al cuarto de baño. Tras más de dos horas de intenso sexo, sin duda, aquello era lo que más le apetecía.

—¿Cuándo te quedarás a dormir? —le preguntó Clöe apoyando el codo en la almohada mientras sujetaba la cabeza con la palma de su mano.

—Ya te lo he dicho antes, Noah ha vuelto a casa. Así que, de momento, no quiero levantar sospechas. Si descubre que nos acostamos, lo nuestro se acabará. Finito. ¿Lo has entendido?

—Sí, por supuesto. —Suspiró—. Pero sigo echando de menos levantarme por las mañanas contigo…

—Te lo volveré a repetir otra vez para que te entre en tu cabecita: únicamente me quedaba por las noches porque Noah permanecía desaparecida —le explicó molesto por tener que aclarar lo mismo una y otra vez hasta la saciedad—. Olvídalo. No volverá a pasar, te lo aseguro.

—Pero… —protestó ella incorporándose de la cama y acercándose a él.

Clive se volvió hacia ella desafiante.

—Clöe. Fin de la historia —le cortó en seco, obligándola de esta forma a callar sin otorgarle la oportunidad de rechistar.

Ella se mordió la lengua resignada, cruzándose de brazos y observando cómo el hombre del cual estaba enamorada le daba la espalda y se alejaba para entrar en el cuarto de baño.

Veinte minutos más tarde regresó con el pelo húmedo y el rostro algo más relajado. Clöe se había quedado dormida sobre las sábanas de satén arrugadas.

Clive se la quedó mirando unos instantes antes de comenzar a vestirse. Le gustaba follar con ella porque, además de no quejarse, le complacía haciendo realidad todas y cada una de sus peculiares apetencias sexuales: tríos, sexo en grupo, prácticas sadomasoquistas…

Poco después, se acercó a la cómoda para coger su Rolex Sky-Dweller y, cuando lo tenía rodeando su muñeca, Clöe abrió los ojos al tiempo que se incorporaba y estiraba las articulaciones de los brazos emitiendo un dulce bostezo.

—¿Te vas?

—Sí.

Ella ladeó la cabeza mientras observaba cómo se anudaba la corbata, la ajustaba y luego bajaba el cuello de la camisa de firma.

—Quédate un poco más, anda —le ronroneó melosa atrapando la punta de la corbata con los dedos y tirando después hacia ella.

—No. Hoy no puedo.

Clöe bajó la vista a su entrepierna y, mordiéndose el labio muy despacio, quiso tentarlo. Llevó la mano a la hebilla para desprenderse del cinturón y bajarle los pantalones.

—Te he dicho que hoy no puedo.

—Seré rápida —le prometió, ansiosa.

El doctor Wilson le apartó las manos sin contemplaciones.

—Te he dicho que no… ¿eres dura de oídos?

Los gestos de la joven se ensombrecieron en cuestión de segundos. No soportaba el rechazo, ni siquiera por parte de él. Así que, indignada, le dio la espalda para entrar en el cuarto de baño.

—¿Adónde te crees que vas? —La agarró del brazo.

Clöe giró la cabeza y le miró a los ojos antes de responder.

—A ducharme. —Su voz había adquirido un tono algo más amargo y distante.

La mano de Clive empezó a apretarla con fuerza sin ser consciente de ello.

—Me estás haciendo daño… —lo reprendió con toda la serenidad de la que fue capaz.

Su amante jamás se había mostrado agresivo con ella. Nunca hasta el momento había experimentado su lado más voluble.

Lamentablemente, Clive Wilson en las últimas semanas se encontraba bajo los efectos que la presión ejercía sobre él: el regreso de Noah, la visita inesperada del inspector Jack Owen, los incesantes recortes presupuestarios en el hospital… pero, a decir verdad, lo que más le sacaba de quicio eran los persistentes rechazos de su mujer a la hora de mantener relaciones sexuales con él.

Clive empezó a ejercer mucha más presión sobre sus carnes y Clöe emitió un quejido de dolor.

—¡Suéltame!

Intentó forcejear para liberarse, pero no lo consiguió. Volvió a gritarle, aunque éste seguía sumido en una especie de trance.

No la oía. No la veía. Ni siquiera parecía estar allí.

—¡¡Me estás asustando!!

Clöe palideció al comprobar que la mirada de él estaba perdida, dirigida hacia la nada, y las pupilas tan dilatadas que sus ojos eran de una oscuridad aterradora.

Entonces, justo en ese preciso instante, Clive zarandeó la cabeza e inspiró enérgicamente como si de esta forma lograra recobrar la lucidez que parecía haberse esfumado.

La miró a la cara y luego desvió sus ojos a la mano que la tenía sujeta, inmovilizada, sometida… bajo su voluntad. Con gran estupor, la soltó. Ella, por el contrario, cuando recobró algo de temple, se encaró a él.

—¿Qué coño te ha pasado? ¿Has perdido la cordura? ¿Desde cuándo te comportas como un maldito cabrón? ¡Me has hecho daño, joder!

Le mostró la marca del moretón que empezaba a manifestarse en su piel.

Transcurrieron unos segundos antes de que retirara la mirada de su brazo y, apretando la mandíbula con fuerza, se sentó al pie de la cama para calzarse, en completo silencio. Quería olvidar el incidente lo antes posible y, cuando acabó de vestirse, dio fin a aquel perturbador mutismo.

—Tengo que irme.

—Eso ya lo has dicho antes. —Cruzó los brazos aún ofendida.

—Ya te llamaré.

Ella ni siquiera se dignó a responderle, simplemente se limitó a observar en silencio cómo recogía las llaves de su flamante coche y, después, cerraba la puerta de su apartamento con un sutil portazo.

18

Rittenhouse Square, Filadelfia

—Continúa, por favor. Necesito saber qué nos unía en el pasado.

Por un momento, en el salón se hizo el silencio.

Noah miró a Colin intensamente a los ojos. Sus oscuros ojos del color del café tenían un brillo seductor. Estaban sedientos, ansiosos por evocar cada sentimiento, cada palabra que guardaba en los recovecos de su mente. Quería que supiera qué había significado ella en su vida y, aunque lo que pretendía explicarle no sería de su agrado, se arriesgó. Nada podía cambiar el pasado y sí el presente.

Sonrió, tras tener un pensamiento fugaz: nada en esta vida es casual, tal vez el destino era caprichoso y les quería otorgar una nueva oportunidad.

Dejó la copa sobre la mesa y comenzó a relatar.

—Cuando entraste a formar parte del equipo médico del hospital, en seguida llamaste vergonzosamente mi atención. Por aquel entonces estaba casado, aunque aún no tenía hijos. Tú, por el contrario, no tenías pareja o, por lo menos, no oficialmente.

Noah mantuvo la respiración asimilando todo lo que él le explicaba.

—Al poco tiempo empezamos a sentir una fuerte atracción física el uno por el otro que nos fue imposible contener. Quedábamos para vernos después de las guardias en el hospital.

Ella tragó saliva, imaginándose juntos, íntimamente.

—Una cosa llevó a la otra y nos dejamos ir. Simplemente ocurrió. Ambos lo deseábamos.

En seguida se le formó un nudo en la garganta. Tenía miles de preguntas por formular.

—¿Me… amaste?

Él no pudo evitar sonreír y negar al mismo tiempo.

—Con locura…

Colin permaneció unos instantes en silencio, observándola. El pecho de ella subía y bajaba rápidamente. Sus ojos estaban brillantes y sus mejillas algo sonrosadas. Él se dio cuenta de que no le era indiferente y, aunque le dolería conocer la verdad, tenía todo el derecho a saberla.

—Y aunque te amaba con locura… te aparté de mi lado… porque pasaba más tiempo colocado que sereno. Sin darme cuenta, poco a poco, te metí en mi mundo de perversión —confesó dándose asco a sí mismo—. Me convertí en mi propio enemigo y, a la vez, en la persona que menos te convenía.

—Y… provocaste nuestra ruptura —arguyó.

Él asintió.

—Que conocieras a Clive, sin duda, fue tu tabla de salvación.

—¿A mi marido?

—Sí —respondió con resignación—. Gracias a él, pudiste rehacer tu vida lejos de la mía y te aseguro que fue lo mejor que te pudo pasar.

La joven pestañeó incrédula.

Aún no había descubierto los motivos por los cuales había accedido a convertirse en su mujer. No tenían nada en común o, por lo menos, no con la Noah de la actualidad.

—Clive es amigo íntimo de tu padre. Gracias a él os conocisteis y dos meses más tarde

contrajisteis matrimonio.

Noah inspiró hondo antes de hacerle la pregunta que merodeaba por su mente y que necesitaba formularle.

—¿Llegué a quererte?

Noah desarmó a Colin en un instante y, haciendo acopio de sinceridad, le respondió.

—Durante un tiempo estuve convencido de que sí, de que me amabas tanto o más que yo a ti.

Hizo una larga pausa y aprovechó para clavar sus penetrantes ojos oscuros en la mirada azul de ella. Luego la descendió hacia su boca.

Sintió unas enormes ganas de besar aquellos labios carnosos, sonrosados y tan… sensuales. Pero, por respeto a ella, se contuvo.

—Eso ya no importa… puesto que ya no lo recuerdas… —susurró suavemente.

Alzó el brazo y acercó la mano al rostro de ella para acariciar con dulzura su mejilla.

—No… lo siento. Por más que lo intento… no logro recordarte… —titubeó angustiada con la voz entrecortada.

—¿Acaso… no recuerdas esto?

Colin comenzó a reseguir lentamente con la yema de los dedos su mejilla, luego su mandíbula y por último su mentón.

Noah se estremeció y cerró los ojos.

Al parecer sus caricias no le eran del todo tan desconocidas y eso la asustó aún más. El cálido tacto de sus dedos avivó poco a poco la palidez de su piel y su cuerpo rápidamente empezó a encenderse por dentro.

Él estaba dispuesto a arriesgar.

El deseo que sentía en aquel momento hacia ella era mucho más poderoso que su ética y su moral. Así que, sujetándola de la barbilla, se acercó peligrosamente a sus labios.

—Quizá recuerdes esto…

Tentó sus labios, rozándolos con los suyos sin llegar a besarla.

—Colin… no sigas… por favor… —le rogó, aunque, si era sincera consigo misma, eso no era precisamente lo que quería que hiciera, porque también lo deseaba, era evidente. Seguía en su apartamento, pese a las consecuencias que conllevaría permanecer allí.

—Soy capaz de recordar cada beso, cada caricia, cada vez que te tenía entre mis brazos… tu risa, incluso el olor de tu piel… cada una de las veces que te hacía el amor…

Noah abrió un poco más la boca para inspirar más aire. Su respiración era muy agitada.

—Colin… —dijo entrecortadamente en un susurro casi inaudible.

—Noah… me muero por besarte…

Ambos se sostuvieron las miradas instantes antes de que él cumpliera con su sugerente amenaza. Unió sus labios a los de ella, con extrema delicadeza, como si fuera la primera vez que apreciaba aquel sabor. Su sabor. Pronto, su tentadora lengua invadió el paladar de ella explorando cada rincón con vehemencia.

Noah gimió.

Una de las expertas manos de Colin empezó a vagar con libertad por su cuello y su nuca, mientras que la otra acariciaba su espalda atrayendo más su cuerpo al suyo hasta que los pechos de ella se aprisionaron contra su torso.

Entonces él dejó de besarla y aprovechó ese acercamiento para susurrarle al oído una de las frases de Gabriel García Márquez que le decía siempre que estaban juntos.

—Te quiero no por quién eres, sino… por quién soy cuando estoy contigo.

—… por quién soy cuando estoy contigo. —Ambos acabaron la frase al unísono.

De repente, Noah abrió los ojos desconcertada.

Había tenido una clara visión de ellos dos juntos. Fue únicamente un par de segundos, lo necesario para gravarlo en su retina: Colin la abrazaba en el interior de una amplia bañera colonial aromatizada con pétalos de rosas mientras la lavaba con delicadeza y entrega. La imagen era tan nítida que incluso pudo percibir el suave olor a rosas y el sonido de fondo de una canción: You're beautiful, de James Blunt.

Sobresaltada, sin aliento y con el corazón desbocado, se levantó cubriéndose la boca con las manos temblorosas.

Había recordado, aunque fuesen varios segundos…

Sintió una enorme congoja, pánico… y una amarga sensación que le oprimía el pecho… y, atemorizada, empezó a correr hacia la puerta. Cogió al vuelo sus pertenencias y abrió la puerta dispuesta a salir huyendo.

Colin trató de seguirla para darle alcance y, cuando lo consiguió, le suplicó que no se marchara. Ella se volvió con los ojos brillantes y se negó en redondo.

Necesitaba estar a solas para poner en orden sus pensamientos.

Su beso y las imágenes de ellos dos juntos habían aturdido por completo sus sentidos.

Salió del apartamento y él no se lo impidió.

Aquel encuentro le sirvió para darse cuenta realmente de que había estado enamorada de él.

Pudo percibirlo… pudo sentirlo en su propia piel…

Amó a Colin Wilde, aunque su amor permaneciera enterrado en lo más profundo y recóndito de su alma.

19

Rittenhouse Square, Filadelfia

Sumida en sus pensamientos, Noah deambulaba por las calles en dirección a su casa.

No podía dejar de recordar su beso, sus labios, sus caricias… todo le era demasiado familiar… Y por un momento empezó a sentirse contrariada, porque, por un lado, tenía la imperiosa necesidad de arriesgarse y saber más de él, averiguar qué significó en su vida y, en el otro lado de la balanza, pesaba con fuerza el pánico que sentía por descubrir qué habría tras su pasado.

Lo único de lo que verdaderamente estaba convencida era de que sentía una fuerte atracción física por Colin Wilde.

Ponto llegaría frente a la verja de hierro forjado que delimitaba la propiedad del resto de casas vecinales. Tan pronto como ancló la llave en la cerradura de la puerta, vio que su marido la aguardaba sentado en su butaca preferida mientras degustaba, como de costumbre, un güisqui solo con hielo.

Cerró la puerta despacio y luego dejó las llaves en una bandejita de plata que había sobre el mueble del recibidor.

—¿Dónde has estado? —la increpó depositando el vaso a medio beber sobre la mesita, esperando una respuesta convincente que justificara su tardanza.

Ella se acercó y, mientras se quitaba el abrigo, le respondió con honestidad, ya que prefería no ocultarle la verdad y mucho menos violar su confianza.

—He estado en casa del doctor Wilde.

Clive, tras escuchar pronunciar aquel nombre en boca de su mujer, sintió una enorme repulsión. Por supuesto, conocía a la perfección qué clase de relación mantuvieron ambos en el pasado y que su mujer lo había llegado a amar hasta casi perder la razón.

Maldiciendo, se levantó y empezó a caminar con apremio hacia aquella dirección para plantarse justo frente a ella.

Cuando sólo les separaban unos míseros centímetros cara con cara, la miró fijamente a los ojos y le impuso un ultimátum.

—Escúchame bien, Noah. Te prohíbo que vuelvas a ver más a esa persona —le espetó de forma severa.

—¿Por qué? —preguntó confundida escudriñando sus gestos y luego añadió—: Dame un motivo.

Clive ensombreció el semblante al instante.

—No necesito darte ningún motivo. Tú limítate a cumplir lo que te digo.

Noah cruzó los brazos sobre sus pechos, encarándose en cierta manera.

—Quiero que él sea mi médico y que continúe visitándome como hasta ahora. No quiero otro especialista.

«¿Cómo se atreve la muy zorra a contradecirme?»

Las aletas de su nariz se abrieron al resoplar con furia como un toro bravo. El aire expulsado de los orificios rebotó contra la cara de Noah.

Trató con todas sus fuerzas de contener las descomunales ganas que tenía de hacerla entrar en razón, pero la ira poco a poco empezaba a adueñarse de sus actos.

—Mañana mismo te concertaré una cita con otro neurólogo —advirtió alzando la voz.

Noah, en vez de amilanarse, lo miró fijamente de forma desafiante.

Sí. Él era su marido, pero no su dueño. Y ella estaba en plena capacidad para tomar sus propias decisiones.

Suspiró hondo y le respondió muy seria.

—Te lo repito de nuevo, Clive. Quiero que él sea mi médico y no otro. No creo que sea un tema para rebatir en estos momentos, estoy agotada y necesito dormir.

Y sin más dilaciones, le dio la espalda y empezó a subir escaleras arriba, rumbo al dormitorio.

Al llegar encendió las luces y, cuando se sentó sobre la cama para descalzarse, vio entrar a su marido bramando como un energúmeno hasta llegar a su lado.

—¡No hemos acabado la conversación! —pronunció tajante—. ¡Yo soy quien decide cuándo se acaba, no tú!

Noah alzó la vista para mirarlo y, al hacerlo, vio que tenía los ojos centelleantes, casi saliéndose de sus órbitas.

—¡¿Me has oído?! —alzó aún más el tono de su voz.

—¿Es una amenaza? —preguntó dejando caer la bota de tacón sobre la alfombra persa.

—Es una advertencia…

Noah cerró la boca.

¿Por qué su marido se comportaba de aquella forma tan mezquina con ella? No lograba entenderlo. Simplemente estaba dando su opinión sobre un tema que le concernía únicamente a ella y a su recuperación.

Ella continuó observando su reacción aún anonadada, pero no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Clive —dijo suavemente levantándose de la cama y colocándose frente a frente—. Seguiré viendo a Colin. Es mi decisión y, como tal, deberías respetarla…

Él la interrumpió.

—¡Noooo! Desde un principio debí de oponerme, nunca tuvo que ser tu médico… Aunque quizá aún no es demasiado tarde.

Clive frunció los labios con intensidad.

—No volverás a verlo. Me ocuparé personalmente de que así sea.

Noah abrió la boca desconcertada.

—No… no hablarás en serio, ¿verdad?

—¿No te das cuenta? Te comportas como un puto perrito faldero detrás de él.

—Eso no es cierto.

Clive la agarró del codo con fuerza y se acercó a su cara.

—Dame motivos por los cuales pueda sentirme ofendido y cornudo a los ojos de los demás y… te juro que te mando derechita al hospital…

Tras sus amenazas, la soltó embravecido y salió de la habitación dejándola con la respiración agitada y el corazón amenazando con salírsele del pecho.

Al quedarse a solas, empezó a tambalearse y a notar que todo daba vueltas a su alrededor.

Apoyó las palmas en la cómoda y cerró los ojos.

Vio lucecitas en su cabeza y luego una luz muy brillante… De nuevo, estaba teniendo una de sus visiones rememorando un fragmento de su vida pasada:

Se encontraba tendida sobre la cama.

Clive la sujetaba de las muñecas, obligándola a hacer el amor.

Ella no quería…

Se escuchó implorar, rogar que la liberase. Llorar… Las lágrimas apenas le dejaban ver…

Estaba maniatada… y las apretadas correas de cuero le causaban heridas en las muñecas…

Gritaba… pero nadie la oía…

Pero, cuanto más se oponía a su voluntad, más salvaje y despiadado se volvía su marido.

Una nueva bofetada… y luego otra…

Notó perfectamente cada una de ellas mientras la follaba… cada trato vejatorio, cada insulto… cada humillación…

Otra bofetada…

El sabor metálico de la sangre… unido al amargo de su semen…

Noah abrió los ojos… Jadeante… No podía respirar…

Se arrastró como un gusano por el suelo hasta lograr alcanzar el inhalador que permanecía guardado en su mesita de noche.

Inhaló varias veces y trató de relajarse.

Aún no podía creer lo que había presenciado…

¿Con qué clase de monstruo había estado casada Noah Anderson?

Se cubrió los ojos y el rostro con las palmas de sus manos tratando de ahogar los desgarradores sollozos para que él no pudiera oírlos. No quería darle motivos para que tomase represalias.

Había descubierto quién era realmente su marido, Clive Wilson, por lo que procuraría por todos los medios que él jamás se enterase.

20

Greenwich Village, Manhattan

Cuando Frank Evans salió de la ducha, oyó la melodía de su iPhone y en seguida descendió las escaleras y aceleró el paso hacia el salón.

¿Quién podía llamar a aquellas horas? Era casi medianoche.

Miró la pantalla.

Se trataba de un número desconocido, aunque eso no le hizo rehusar contestar.

—¿El señor Evans?

—Sí, dígame.

—Soy William Cooper. Tengo noticias sobre Kelly Sullivan.

Tras escuchar de nuevo su nombre, Frank tuvo que sentarse y tranquilizarse.

«¡Dios mío, Kelly…!»

Rezó porque se tratara de buenas noticias. En esos momentos no deseaba otra cosa en el mundo más que encontrarla y, a ser posible, viva.

El detective tuvo que preguntarle tres veces si seguía ahí; antes no fue capaz de retomar de nuevo el aliento para contestarle.

—Le escucho —dijo con voz temblorosa mientras sostenía el teléfono a duras penas.

—Kelly Sullivan no es su verdadero nombre.

William hizo una breve pausa antes de leer las anotaciones en el bloc.

—Se llama Noah Anderson y vive en Filadelfia.

—¿En Filadelfia…? Entonces… ¿está viva? —le interrumpió sin dar crédito al tiempo que reía como un completo chalado.

—Así es.

—¿Y está bien?

—Sí.

Frank no podía dejar de sonreír.

Tras varias semanas de angustiosa y desesperante búsqueda, por fin había logrado dar con ella.

—¿A qué espera? ¡Por el amor de Dios! Dígame las señas…

—Por supuesto que se las daré pero, antes, debería saber algo.

Frank entornó los ojos, pensativo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que debo saber?

El detective tomó aire un par de veces antes de responder.

—No le reconocerá. Sufre amnesia desde el día en que desapareció. El mismo día de su desaparición, la atracaron y le dispararon en la cabeza.

—¡¿Cómo?! —exclamó horrorizado.

—Tranquilícese, señor Evans.

—¡¿Qué me tranquilice?!

—Ya le he comentado que se encuentra bien. Afortunadamente, un joven la encontró a tiempo.

Tras finalizar la conversación, Frank se quedó mudo, sin palabras.

Tardó varios minutos en recobrar de nuevo la compostura. Después, se dirigió al dormitorio y buscó una maleta. La dejó sobre la cama y empezó a separar ropa y calzado.

Cuando acabó, la cerró y la dejó apoyada en la pared.

Luego se dejó caer en la cama sobre las sábanas, contando las horas que faltaban para que amaneciese y así poner rumbo a Filadelfia.

21

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

—Disculpe.

Noah Anderson agarró del brazo a la enfermera, alertando de esta forma su atención.

—Dígame.

—Tenía visita con el doctor Wilde a las once de la mañana.

Bajó la vista a su reloj para después volver a mirar a la joven.

—Y… es casi mediodía… —añadió confundida.

—Dígame su nombre y lo revisaré en la lista de pacientes.

—Noah Anderson.

La enfermera comenzó a deslizar el dedo índice por cada uno de aquellos nombres. No satisfecha y frunciendo el ceño, repitió la misma operación. Al poco, hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Lo siento, señorita Anderson. Aquí no figura. Debe de tratarse de un error informático.

Noah se llevó la mano a la frente y tuvo que sentarse porque las piernas le flaqueaban. Estaba segura de que su marido, Clive Wilson, había cumplido a pies juntillas con su amenaza: prohibirle cualquier contacto con el doctor Wilde, empezando por las visitas.

La joven uniformada observó cómo la paciente palidecía por momentos. Se inclinó amablemente y esperó unos segundos a su lado. Pero, al ver que ésta estaba tratando de contener las lágrimas, quiso tranquilizarla.

—No se preocupe. Haré unas comprobaciones en el registro de visitas y, así, saldré de dudas. Aguarde aquí, por favor. No me llevará más de cinco minutos.

En cuanto la vio alejarse, Noah se puso en pie y empezó a caminar con paso firme a través del largo pasillo. A medida que se acercaba a su destino, la rabia contenida iba acrecentándose.

Él no era quién para inmiscuirse en su vida. No era nadie.

Debería haber respetado su decisión. Y el doctor Wilde era la persona adecuada, la elegida, quien la ayudaría en el arduo camino hacia su recuperación. Además, el incidente, por una u otra razón, había provocado su reencuentro años más tarde. Era como una señal. Y, por supuesto, Noah no estaba dispuesta a olvidarse de él, sin más.

Al llegar ante la puerta del despacho de su marido, que permanecía cerrada, dudó unos segundos antes de entrar. Alzó la mano para golpear con los nudillos, pero, en última instancia, cerró los ojos reuniendo el valor necesario para coger el pomo con la intención de hacerlo girar.

La puerta se abrió ante ella y la mirada glacial de los ojos de él aniquilaron al instante cualquier resquicio de entendimiento entre ellos.

—¿No te han enseñado buenos modales? Que seas mi mujer no te da derecho a irrumpir de esta manera en mi despacho.

Ella se quedó a medio camino, en pie y sin apartar la vista de su marido.

—No tenías ningún derecho, Clive.

Él se echó a reír, acomodándose mucho mejor en su butaca.

—No me toques los cojones.

—No pienso cambiar de especialista. Te lo dije ayer y te lo repito hoy. Sólo seré tratada por el doctor Wilde —alzó algo más la voz.

Tras escuchar el tono desafiante de aquella mocosa, Clive saltó del asiento como una fiera. Escondió el rictus y golpeó la mesa con el puño, haciendo tambalear varios de los objetos que había sobre ésta.

—Pues, en ese caso, ¡no serás tratada por nadie! —le gritó—. El hospital no puede prescindir de él pero, si continúas por ese camino, lo despediré.

Noah no daba crédito a sus palabras.

¿Hasta dónde alcanzaba su despotismo?

Una lágrima empezó a amenazar con brotar despavorida de la comisura de sus ojos, pero no podía darle esa satisfacción. Estuvo a punto de llorar, mostrando su lado más vulnerable, pero no lo hizo. Se tragó el orgullo y fue capaz de morderse la lengua hasta producirse un corte con los dientes, con el claro propósito de no darle ese placer. Logrando contener las emociones, le dio la espalda y, sin despedirse, salió del despacho dando un sonoro portazo.

Caminó unos pasos, los necesarios para quedar fuera del alcance de la visión de su marido y de miradas impertinentes.

Necesitaba desahogarse. Necesitaba expulsar ese dolor que le comprimía el pecho y no le dejaba respirar.

Cubriéndose el rostro con las manos, empezó a llorar. Le entristeció descubrir cómo día a día la persona con quien se había prometido amor eterno se convertía en un ser deplorable. Por más que buscaba, no hallaba nada bondadoso en él.

Cuando pudo retomar el aliento, se secó las lágrimas. Tenía las mejillas encendidas y los labios hinchados. Su aspecto quizá no era el adecuado para ver a su doctor, pero ya lo tenía decidido. Necesitaba verlo.

Así que, desobedeciendo una vez más las amenazas de su marido, Noah ascendió a la planta de arriba. Esta vez nada la detendría y, mucho menos, nadie.

En el preciso momento en que iba a girar la esquina, a sólo unos metros de la consulta del doctor Wilde, chocó con un desconocido.

El bolso cayó y varias de sus pertenencias rodaron por el suelo.

—Lo siento —se excusó él.

—No, discúlpame tú a mí. Iba despistada, sumida en mis cosas… —añadió agachándose.

El joven dobló las rodillas y se inclinó a su lado para ayudarla.

Noah cerró los ojos e inspiró hondo.

Aquel perfume… le era tan familiar…

Levantó la vista, alimentada por la curiosidad.

Era un hombre atractivo que rondaría la cuarentena. Alto, muy alto. Moreno. De facciones marcadas. Mandíbula cuadrada y un hoyuelo en el mentón. Y unos ojos oscuros y penetrantes que la observaban muy expectantes.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó boquiabierta.

La mirada de Frank Evans se iluminó al instante.

Sonrió.

Era ella. Por fin la había encontrado.

La observó detenidamente. Estaba preciosa aunque muy cambiada. Incluso parecía otra persona.

Entrecerró los ojos y, por una milésima de segundo, creyó percibir un frágil atisbo de recuerdo en los de ella.

Noah, a su vez, también lo examinó.

Dudó. Había algo en él que le resultaba muy familiar.

—Creía que… —le sonrió y luego negó con la cabeza—. Perdona. Te he confundido con otra persona…

Frank se quedó helado. Noah no sólo no fue capaz de reconocerlo, sino que él se había convertido en un completo desconocido.

—No pareces de Filadelfia.

—Tienes razón. Soy neoyorquino.

La voz de Frank tembló como la de un chiquillo, a partes iguales entre atemorizado y emocionado.

Un pensamiento cruzó su mente: tenía miedo de que nunca más lo recordara y, de ser así, no sabía si podría convivir con ese sufrimiento.

Frank Evans la amaba por encima incluso de su propia existencia.

Imaginó que sus manos viajaban a su cara y acariciaban la delicada piel de sus mejillas, pero se quedaron suspendidas a medio camino.

No debía tocarla. No por el momento, porque no quería asustarla, aunque se muriera de ganas de abrazarla… de sentir de nuevo sus labios…

Debía ser paciente y esperar… Debía mantener la mente fría y ser cauteloso. Pronto estaría preparado para revelarle su identidad. Pero, por el momento, debía consolarse con haberla encontrado y saber que seguía viva.

Colin Wilde, en aquel preciso instante, entró en su consulta. Noah, al verlo, alargó el cuello y miró por encima del hombro de Frank.

El turno de visitas finalizaba al mediodía y, si quería hablar con él, debía darse prisa.

—Me llamo Noah, Noah Anderson —se presentó—. Trabajo en este hospital. Bueno…

Tocó con el dedo la cicatriz de su frente.

—En realidad… estoy convaleciente. Sufrí un pequeño accidente doméstico.

Frank miró la marca que había dejado la bala al salir y ensombreció el semblante al segundo. El detective le había informado de todo. Incluso se había tomado la libertad de leer el informe policial y memorizarlo al dedillo. Se juró a sí mismo que el día que tuviera delante al malnacido que la disparó, ese mismo día, lo mataría con sus propias manos.

—Encantado. —Le tendió la mano y ella se la estrechó, sintiendo una extraña corriente eléctrica al hacerlo—. Frank Evans. Soy arquitecto y trabajo en un despacho en el mismo corazón financiero de Manhattan.

«¿Frank…?»

Noah abrió los ojos al recordar la mención que le hizo Peggy, la chica estudiante en prácticas, quien le aseguró que, momentos antes de perder la consciencia, no dejaba de pronunciar ese mismo nombre.

Sonrió y zarandeó la cabeza.

No era probable… debía de tratarse de una casualidad. ¿Cuántas personas habría en el condado con ese mismo nombre? ¿Miles?

Era absurdo.

Ambos se dieron la mano durante varios segundos. Poco después, Noah la abrió y se desprendió de la de él.

Frank cerró los ojos.

Si por él dependiera, pasaría el resto de la eternidad cogido de su mano.

—Encantada.

—Lo mismo digo.

Él bajó la vista a sus manos, fijándose en su alianza de boda.

En su corta estancia en Manhattan, jamás vio que la llevara puesta.

«Todo a su debido tiempo… —se aconsejó—. Pronto podrás desvelarle quién eres.»

Noah se despidió y él la siguió con la mirada hasta perderla de vista.

Buscó el iPhone y se puso en contacto con Sarah Taylor, su exmujer. Aquel día se encargaría de darle una bonita sorpresa a su hija Charlotte.

* * *

Colin Wilde la miró perplejo.

Ella no debía estar allí. Estaba arriesgando demasiado.

El joven conocía el mal carácter de Clive Wilson y hasta dónde era capaz de llegar sin apenas proponérselo.

—Noah, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella no contestó.

Se limitó a permanecer apoyada en el quicio de la puerta, observándolo con la respiración muy agitada.

—Tu marido te ha conseguido un nuevo especialista —le decía mientras se le aproximaba lentamente—. Así que… ya no tienes que sentirte obligada a verme… puedes seguir con tu vida… ya no me necesitas.

Colin quedó frente a ella.

Se le notaba muy serio y por lo visto había dormido poco, ya que unas horribles ojeras ensombrecían bajo sus ojos.

Él se la quedó mirando antes de seguir hablando.

—¿Me estás escuchando?

Ella asintió pero no quiso hacer caso de sus palabras.

No quería renunciar a él, no ahora que había empezado a recordarlo. No ahora que había sentido cuánto lo había amado.

Necesitaba probar una cosa: saber si sería capaz de volver a sentirlo… de volver a amarlo.

—Colin, te lo ruego… no me obligues a alejarme de ti.

Él inspiró hondo y después negó con la cabeza.

El doctor Wilson lo había amenazado con hundir su carrera y no descansar hasta verlo ahogado en la miseria. Sabía perfectamente que no se trataba de ningún farol. Por desgracia, era jodidamente influyente entre sus círculos de amistad. Así que, por más que quisiera, aquello no era viable.

No debían verse más.

—No puedo seguir siendo tu médico —aseveró tajante—. Debes entenderlo.

Ella dio un paso al frente.

—Pues entonces… no seas el doctor Wilde, sino… simplemente Colin.

La voz de Noah dejó de temblar reuniendo mayor seguridad con cada nuevo paso que avanzaba.

—Tu beso de la otra noche… me ha hecho pensar. —Se estremeció al recordar lo que había sentido al besarlo.

Ambos quedaron cara a cara.

—Y… ¿a qué conclusión te han llevado esos pensamientos?

Noah lo miró sin pestañear.

—Que necesito seguir por el mismo camino que me ha llevado a ti y… descubrir cuánto significaste en mi pasado.

Colin hinchó el pecho lleno de satisfacción y luego soltó el aire poco a poco.

Dios sabía que lo estaba pasando mal. Tratar de reprimir el deseo que sentía por ella le estaba causando demasiados quebraderos de cabeza. La noche anterior ni siquiera pudo pegar ojo.

Primero el beso y después la inesperada llamada de Clive Wilson.

En cierta forma entendía la postura de su marido. Si Noah se hubiese convertido en su mujer, no le haría ni pizca de gracia que un tipo como él y con la fama que le precedía correteara entre sus faldas.

Ella cerró los ojos unos instantes para armarse de valentía y, cuando los volvió a abrir, añadió:

—Quiero que dejes de ser una sombra en mi pasado… para convertirte en una realidad en mi presente.

Colin se quedó unos instantes indeciso; no obstante, en seguida reaccionó.

Arriesgándose, la miró fijamente y, atrapando su cara entre sus enormes y cuidadas manos, la besó despacio.

Noah cerró los ojos y abrió la boca, recibiendo su lengua para entrelazarla con la suya, explorándose mutuamente.

Recordar a qué sabían sus besos era una sensación deliciosa.

Colin se apretó más a su cuerpo y ella le rodeó el cuello con los brazos, hundiendo los dedos en su pelo.

Sintió cada poro de su piel estremecerse, de la misma forma que, inexorable y perdidamente, se estaba enamorando de él.

22

The Wharton School, Filadelfia

Frank Evans permanecía apoyado en la carrocería de su Maserati, buscando con la mirada a su hija Charlotte entre la multitud. Pronto la vio, agarrada de la mano de su exmujer, Sarah Taylor.

La niña, al descubrirlo desde lo lejos, se soltó y se puso a correr en su búsqueda. Cuando estuvo cerca, Frank se acuclilló, recibiéndola para fundirse en un entrañable abrazo.

—¡Cuánto te he echado de menos, cariño! —dijo cerrando los ojos con la voz emocionada.

—Yo también, papá.

Frank sintió que el mundo se detenía. Estrechar de nuevo el menudo cuerpo de su hija entre sus brazos era cuanto anhelaba desde hacía días. Dios era testigo de que había intentado restablecer su vida, pero no lo conseguía. Su ausencia, sumada a los kilómetros de distancia, sólo conseguía que el dolor proliferara día tras día.

—Quiero volver a casa… contigo…

La niña lo abrazó con mayor intensidad, clavando las uñas en su espalda.

—Mi vida, si por mí fuera, no te hubieras marchado nunca de mi lado.

Sarah se cruzó de brazos y se unió a la conversación, decepcionada. Lo que acababa de escuchar no era de su agrado.

Frank levantó la vista y ella lo fulminó con la mirada a modo de advertencia.

—Preciosa… ¿puedes dejarnos a mamá y a mí un momento a solas, por favor?

Asintiendo con tristeza, Charlotte se separó de los brazos de su padre.

—Entra en el coche, en seguida voy.

Le abrió la puerta de la parte trasera del vehículo y esperó a que se acomodara para darle su iPod.

—He grabado tus canciones favoritas. Busca en el menú donde figura tu nombre.

Charlotte sonrió de oreja a oreja y, cuando empezó a sonar Unconditionally, de Katy Perry, cerró la puerta para que no pudiera oír la acalorada discusión que se avecinaba entre ambos.

Sarah apenas esperó a que la puerta estuviera cerrada para increparlo.

—No utilices a nuestra hija como moneda de cambio.

—No lo hago. Jamás lo haría. Simplemente… le he dicho la verdad. —La miró fijamente a los ojos sin pestañear. Por su hija sería capaz de cualquier cosa—. Si por mí fuera, no se hubiera marchado de Manhattan. No debí permitirlo.

Ella hizo una mueca para sonreír con ironía mientras él proseguía.

—Me preocupo por su bienestar y haré cuanto esté en mis manos para que sea feliz.

—¿Insinúas acaso que no lo es?

Frank retomó aire.

No le apetecía iniciar una encarnizada batalla campal demostrando quién quería más a Charlotte. Era evidente que ambos darían su vida por ella, sin siquiera dudarlo un instante.

—Sarah…

Frank colocó ambas manos sobre sus hombros, tratando de tranquilizarla. Por lo visto estaba empezando a perder los estribos.

—Cálmate. No voy a llevármela a Manhattan.

El rostro de ella se relajó al instante.

—Sólo que no puedo verla sufrir.

—Ella está bien.

Frank resopló, cerrando los ojos sin acabar de creérselo.

—Prométeme que... si notas que no se adapta… si ves que no es feliz… permitirás que elija dónde quiere vivir.

—No me pidas eso.

—Sarah, prométemelo.

Ella negó insistentemente con la cabeza.

Los meses que había pasado sin su hija habían sido un completo infierno y, ahora que por fin estaban juntas, no estaba dispuesta a renunciar.

—¿Has pensado adónde vas a comer?

Frank cambió de tema drásticamente. Prefería dejar la conversación en aquel punto, antes de empezar a reprocharse aspectos de su relación conyugal, como venía siendo habitual.

—No. No me lo había planteado.

—¿Quieres acompañarnos? —le preguntó Frank suavizando el tono en sus palabras.

Ella se cogió de las manos y empezó a frotarlas entre sí, algo inquieta.

—Perdona —añadió Frank percibiendo su nerviosismo—. No quiero causarte problemas con Christian.

Clavó la vista en sus manos para no tener que mirarlo. Frank empezó a preocuparse.

—¿Marchan bien las cosas entre vosotros?

Sarah suspiró.

De repente, Charlotte abrió la puerta y sacó una pierna al exterior.

—Papi… tengo hambre…

Su voz teatral y la expresión de su cara le robaron una sonrisa.

Frank ladeó la cabeza y miró a Sarah.

—¿Nos acompañas?

Hizo un gesto con la cabeza señalando el vehículo y luego le abrió la puerta del copiloto.

—Vamos. Charly se alegrará de que compartamos parte de nuestro tiempo los tres juntos.

Sarah negó nuevamente con la cabeza. Frank no tenía remedio, siempre había presumido de su perseverancia y no le quitaba la razón. Cada vez que se había propuesto algo, tarde o temprano, había acabado por conseguirlo.

Como era obvio, al final terminó accediendo a sus deseos.

23

Centro de Filadelfia

Acababa de llegar al hotel donde se hospedaba cuando sonó el teléfono.

—¿Qué tal Frank?

—Hola, Gabriel. —Frank no pudo evitar sonreír al saber de quién se trataba—. ¿Cómo van las cosas por el despacho?

Su amigo se echó a reír.

—No te preocupes ahora por los chicos, sobrevivirán. Tendrán que hacer horas extra… pero todo se deberá a una buena causa. Estate tranquilo. Tómate todo el tiempo que necesites.

Gabriel abrió la puerta del apartamento y entró, dejando las llaves en uno de los cajones del mueble del recibidor. En seguida, cruzó el reducido salón para llegar al dormitorio. Buscaba a Jessica, tenían una cita con los servicios sociales en relación con la adopción del pequeño Scott Boewly.

—¿Has dado con Kelly? ¿Has podido hablar con ella?

Frank cerró los ojos reviviendo el encuentro mientras su amigo negó con la cabeza al recordar que aquél no era su verdadero nombre.

—Quiero decir… con Noah.

Gabriel se pasó la mano por el pelo antes de entrar en el dormitorio y luego añadió:

—Joder, me va a costar llamarla así. Me gustaba el nombre de Kelly porque me recordaba los cereales Kellogg's que tomaba cuando residía en Barcelona.

Encendió las luces y echó un vistazo al interior. Al parecer no había ni rastro de Jessica.

Frunciendo el ceño, cerró la puerta de nuevo.

—¿Frank? ¿Sigues ahí?

Al ver que él no le respondía, volvió a insistir.

—¿Te pasa algo?

Cuando echó la cabeza hacia atrás en el respaldo del sofá, logró responder.

—La he visto.

—¿En serio? Cuenta, joder… cuenta. Y… ¿cómo está?

Frank sonrió.

—Preciosa.

Gabriel notó un atisbo de melancolía en sus palabras. No hacía falta ser muy listo para saber que algo no marchaba bien.

—¿Qué te pasa, amigo?

—Que no me ha reconocido. Noah no sabe quién soy.

—¿Quéeee? Pero… eso no es posible… —aseveró sin dar crédito.

—Me temo que sí.

—La amnesia suele ser reversible, según tengo entendido.

—Eso mismo creía yo. Ésa era mi esperanza. Esperaba que cuando me viera… lograría reconocerme. Pero, lamentablemente, no ha sido así.

—¡Joder! No sé qué decir… me he quedado sin palabras.

—No te preocupes. —Se rio sin ganas—. Pienso llegar hasta sus recuerdos, aunque me vaya la vida en ello. No concibo pasar el resto de mi vida sin ella.

Había tomado una firme determinación. Ahora que la había encontrado, no renunciaría sin luchar.

Gabriel echó una ojeada a la cocina, pero Jessica tampoco estaba.

—Pero… qué extraño… —pensó en voz alta.

—¿Qué es… extraño, Gabriel?

—Jessica.

—¿Jessica?

—No está en casa.

—Bueno… —sonrió—... estará de compras… ya sabes.

—No. No lo creo…

Apagó la luz y regresó al salón.

—¿Qué pasa, amigo?

Gabriel vio la agenda personal de Jessica sobre la mesita junto al sofá.

Frunció el ceño. No debería estar allí. Ella siempre la llevaba consigo.

—Frank. Pongo manos libres.

—De acuerdo.

Se sentó en el reposabrazos y abrió la agenda para buscar anotaciones en ésta. Al llegar a la página de finales de enero, descubrió que había un número enmarcado en un círculo rojo y bajo éste aparecía el nombre de Olivier.

—Mierda —renegó.

—Gabriel…

—Frank, he de colgar.

—¿Qué ocurre?

—Necesito averiguar algo.

Frank percibió preocupación en su voz, por lo que no quiso insistir.

—Como quieras.

—Te llamo luego.

—Gabriel —añadió antes de colgar—, cuenta conmigo para lo que necesites. Llámame a cualquier hora…

—Descuida, lo haré.

—Dale un beso a Jessica de mi parte.

«Cuando la encuentre…»

Rápidamente, cortó la llamada y buscó el contacto del doctor Etmunt en la agenda telefónica de su BlackBerry. Estaba convencido de que él le daría respuestas sobre el paradero de Jessica.

24

Rittenhouse Square, Filadelfia

Noah Anderson libraba su particular batalla interior mientras se encontraba frente a la puerta del apartamento de Colin Wilde.

Las manos temblequeaban ante la certeza de lo que aquella noche pasaría entre aquellas cuatro paredes, si entraba en su territorio.

Tragó saliva al tiempo que echaba un vistazo a su ropa. No supo por qué, pero al ver aquel vestido azul colgando de una de las perchas de su armario lo tuvo claro, debía vestirse con él.

«¡Maldita sea! No consigo relajarme…»

De repente, la puerta se abrió.

—¿Piensas quedarte aquí plantada toda la noche? No suelo comerme a mis invitadas… —se burló—. A no ser que me pidan ser devoradas…

Al oír su último comentario, ella parpadeó y apartó la vista mientras se ruborizaba levemente.

Colin sonrió satisfecho al darse cuenta de cómo él le afectaba.

—Ven. —Alargó el brazo cogiéndole de la mano—. Hace frío en el descansillo. He encendido la chimenea.

Empezó a acariciar su muñeca con el pulgar sin dejar de mirarla a los ojos.

—Quédate esta noche conmigo.

Noah, con el corazón desbocado, se acercó a él y, cerrando los ojos, le respondió con un beso tímido en los labios. Luego, lo miró intensamente a los ojos.

—No pienso marcharme a ningún otro lugar. Creo en las segundas oportunidades y… creo en ti.

Colin la atrajo hacia él para estrecharla entre sus brazos. Poco después, cerró los ojos hundiendo la cabeza en el hueco de su cuello.

—Jamás debí alejarte de mi lado.

25

Park Avenue, Manhattan

Un tono, dos tonos… tres tonos y, al cuarto, la voz grave del doctor Etmunt se oyó a través del auricular.

—Olivier… ¿Por qué Jessica no me dijo que hoy tenía visita contigo? —le inquirió sin siquiera saludarlo como de costumbre.

—Gabriel, tranquilízate. Te noto muy alterado.

—Lo estoy… y mucho…

—Ella está conmigo.

—Quiero hablar con ella…

—Ahora no es posible.

—¿Por qué?

El doctor guardó unos segundos de silencio.

—Gabriel. Escúchame, por favor.

—¡Mierda! —farfulló atando cabos y perdiendo los estribos—. ¿Está consciente…? ¿Ella… ella… y mi hijo…? ¡Joder!

Apartó el teléfono de la oreja mientras contenía las ganas de maldecir improperios en voz alta. Empezó a dar tumbos por el salón sin saber muy bien qué hacer. Se encontraba perdido.

—Gabriel… cálmate… ¿Me escuchas? ¿Sigues ahí? Háblame…

Pacientemente, el doctor aguardó al otro lado del hilo telefónico hasta que Gabriel volvió a dar señales de vida.

—Me pillo la moto y en seguida estoy allí —susurró, casi sin aliento.

—Pide un taxi, Gabriel —le aconsejó—. Ahora mismo estás demasiado alterado para conducir.

Él no le respondió.

No podía arriesgarse a quedar atrapado en un atasco. Iría en su Ducati 1199. Ya lo tenía decidido y nadie le haría cambiar de idea.

—No te prometo nada —aseguró con sinceridad.

—En ese caso, no corras —le advirtió con serenidad.

—Sólo dime una cosa…

—Gabriel —lo interrumpió educadamente—, prefiero que estés presente. Entonces, nos sentaremos y te explicaré en qué fase de la enfermedad se encuentra Jessica.

26

Rittenhouse Square, Filadelfia

Colin la acompañó al interior de su pequeño apartamento del centro de Filadelfia. El silencio los envolvió mientras caminaban abrazados hacia el salón. Las dudas que habían teñido de incertidumbre sus pensamientos se habían desvanecido con aquel beso.

Allí era precisamente donde quería estar, en ningún otro lugar. Colin Wilde era la persona con quien deseaba compartir aquella fría noche del mes de enero.

Al llegar junto a la chimenea, él la besó en los labios con dulzura y, tras desprenderle del abrigo y de su bolso, la dejó unos instantes a solas. Se dirigió a la cocina para regresar poco después con dos copas de champagne entre las manos.

Le ofreció una y alzó la suya antes de pronunciar unas palabras mientras la miraba de forma insinuante.

—Por nosotros y por una segunda oportunidad.

Noah quiso dar un sorbo pero estaba demasiado nerviosa. Se humedeció los labios y se apoyó en el canto de la mesa, ya que las piernas le habían empezado a flaquear.

No recordaba lo que era estar enamorada, pero estaba convencida de que debía ser lo más parecido a lo que estaba sintiendo en aquel momento.

Colin miró su vestimenta y sonrió orgulloso.

—Te lo has puesto.

—¿El qué?

—El vestido.

Bajó la vista y miró la prenda.

—Te lo regalé hace siete años tras pasar nuestra primera noche juntos.

Colin se acercó para rodearle la cintura con los brazos.

—Es una lástima que no puedas recordar aquella noche.

La miró intensamente y ella se estremeció. Le quitó la copa de las manos y estrechó más la cintura entre sus brazos. Ella empezó a tensarse por la proximidad de los cuerpos.

—Pero no me lamento —añadió acercando lentamente sus labios a los de ella—, porque pienso rellenar cada una de tus lagunas con nuevos y mejorados recuerdos.

Antes de besarla con ternura, le acarició el rostro muy despacio, como si quisiera memorizar sus rasgos.

—Ven.

La cogió de la mano y, tirando de ésta con suavidad, la guió junto a la chimenea.

Colin se sentó en una gruesa manta de lana que había colocada en el suelo y, luego, alargó el brazo invitándola a seguir sus pasos.

Noah, con la respiración entrecortada y temblando como una niña, ni siquiera se lo pensó. Dobló las rodillas y se sentó, acomodándose junto a él.

Pronto las llamaradas del fuego tiñeron sus mejillas de un rojo muy sutil mientras se apreciaba la canción Give me love, de Ed Sheeran, como telón de fondo.

Give a little time to me or burn this out.
We'll play hide-and-seek to turn this around.

All I want is the taste that your lips allow.

(Dame un poco de tiempo o termina con esto.
Jugaremos al escondite para darle la vuelta a esto.
Todo lo que quiero es el sabor que dan tus labios.)

Colin la miró durante unos instantes antes de apartarle de la cara un mechón de pelo que le impedía ver el azul de sus ojos.

Acercó la mano a sus labios y empezó a reseguirlos con la yema del pulgar muy lentamente.

Noah cerró los ojos, sintiendo el suave cosquilleo de su dedo en su piel.

—Quiero que esta noche… sea una noche especial para los dos.

Inclinándose poco a poco, le besó primero un párpado, muy despacio, después el otro.

Noah se estremeció.

—Colin…

—Chis —susurró antes de regalarle besos por toda la cara. En los pómulos, la mandíbula… la barbilla, el mentón, bajo la nariz.

—Esta vez pienso hacerlo bien desde el principio.

Noah notó cómo su cálido aliento acariciaba con delicadeza sus labios instantes antes de agarrarla por la nuca y atrapar su boca con la suya.

Fue un beso lánguido, casi enfermizo. Colin quiso recrearse, degustarlo, saborearlo, disfrutarlo perezosamente, sin prisas, tomándose su tiempo.

Give me love like never before,
because lately I've been craving more
and it's been a while but I still feel the same
Maybe I should let you go.

(Dame amor como nunca antes,
porque últimamente lo he estado ansiando más
y ha pasado un buen rato pero todavía siento lo mismo,
quizá debería dejarte ir.)

—Relájate, Noah —le dijo, separándose sólo un poco para abrazarla—. ¿Estás bien? — Al parecer, ella seguía temblando—. No quisiera presionarte a hacer algo que realmente no desees.

—No te preocupes… estoy bien —le aclaró inspirando hondo antes de devolverle el beso.

De nuevo una corriente eléctrica los recorrió por completo. El deseo que sentía por él era incluso más poderoso que sus propios miedos.

Sus manos se deslizaron por las curvas de sus pectorales hasta llegar al bajo de su camiseta. Cogió del dobladillo y, sin más demora, se la sacó por la cabeza.

Colin quedó con el torso al descubierto.

La joven, fijándose en su desnudez, descubrió un tatuaje en su antebrazo izquierdo. Era una especie de cruz celta con unas letras inscritas en tinta negra.

—Carpe diem… —susurró mientras reseguía lentamente todo el contorno del dibujo.

—Vive el momento —añadió él con una sonrisa arrebatadoramente sensual—. Ésa es mi filosofía de vida.

Noah lo miró con una expresión inescrutable.

—¿En qué piensas?

Ella pestañeó.

—En los motivos por los cuales me alejé de ti si… tanto te amaba.

Noah dobló las rodillas y se abrazó las piernas ansiando la respuesta.

Él ensombreció su mirada y la miró fijamente a los ojos buscando las palabras adecuadas para ser lo más sincero y honesto posible con ella y, aunque sabía que serían crueles, en parte, se lo debía.

—Te obligué a que me odiaras.

Noah, tras quedarse perpleja, guardó silencio unos instantes y, poco después, prosiguió porque necesitaba saber más, profundizar para llegar a la verdad.

—Y… ¿cómo lo conseguiste?

Colin cerró los ojos y apretó la mandíbula. Aquél no era el momento adecuado.

—Es mejor no hablar de eso ahora.

Empezó a acariciarle la mejilla con el dorso de su mano intentando desviar la atención.

—¿Por qué? —le insistió ella con cautela.

El pecho de él se hinchó despacio para luego volver a su estado inicial.

—Porque… ahora quiero hacerte el amor.

Colin la tendió sobre la manta y cubrió su boca con la suya para impedir que siguiera preguntando. Poco después, se puso a horcajadas sobre ella.

Noah clavó las uñas en su espalda cuando notó la evidente erección apretando contra su vientre. No podía dejar de tiritar y no precisamente por el frío, la chimenea les envolvía como en un halo de protección.

Colin, sin dejar de besarla, fue quitándole la ropa muy despacio hasta despojarla de su vestido. Al incorporarse ligeramente para dejar la prenda a un lado, se fijó en las quemaduras de su piel. No supo cómo reaccionar. A primera instancia se quedó paralizado, blanco, helado como un bloque de hielo, pero luego empezó a respirar con agitación. ¿Qué significaban aquellas marcas?

Noah vio en sus ojos la desaprobación y el desconcierto teñido de la aversión por la persona que le había causado semejante aberración.

—Dios santo… —susurró atragantándose con sus propias palabras. No era capaz de articular dos seguidas.

—Colin…

Noah apoyó una mano en su pecho y la otra en su mejilla.

—No te angusties por mí… te aseguro que… no me duelen… —Lo miró a los ojos con una valentía admirable, fuera de lo común y, luego añadió—: Creía que ya las habías visto.

—¿Las… heridas?

Él negó con la cabeza.

Tuvo que sentarse porque se sentía algo desorientado.

—Ignoraba que las tuvieras. —Se frotó la cara con ímpetu—. De haberlo sabido, hubiese matado al hijo de puta que te las hizo.

Noah apartó la vista.

Un intenso dolor empezaba a desgarrar su pecho por dentro.

Su marido le había perjurado que, cuando la conoció, ya tenía aquellas marcas. Entonces ¿quién mentía? ¿Él o Colin?

El tiempo que transcurrió entre ambas relaciones había sido demasiado corto. Apenas dos meses. Y… si no se trataba de ninguno de ellos… entonces, ¿quién odiaba tanto a Noah Anderson como para mutilarla de esa forma tan humillante para el resto de su vida?

Varias lágrimas empezaron a rodar por sus sonrosadas mejillas mientas se llevaba las rodillas

al pecho para abrazarlas.

—Ven aquí.

Colin la abrazó y le besó la sien con dulzura.

—Me siento… un monstruo.

—¡No lo eres! —la interrumpió con rabia.

La angustia rápidamente empezó a apoderarse de los ánimos de Noah.

—Eres preciosa —le dijo esta vez con suavidad—. Eres la misma de siempre, la misma mujer de la que me enamoré… con la diferencia de tener un pasado que no recuerdas.

Colin le acarició el pelo y después le cubrió los hombros con la manta.

—Tengo miedo, Colin… tengo mucho miedo a recordar… ya no estoy segura de querer recordarlo todo… me aterra saber qué secretos descubriré. —Sollozó acurrucándose en su cuerpo y ocultando la cara en su pecho.

—No te martirices de esa forma, por favor. Los recuerdos de Noah Anderson forman parte de ti. Mereces una nueva oportunidad, no te des la espalda a ti misma.

Él la abrazó con más fuerza.

—Voy a ayudarte, Noah. Recuperarás la memoria y yo estaré a tu lado para cuando eso ocurra… esta vez no voy a renunciar a ti… esta vez, me quedaré y cuidaré de ti.

Sonrió con nostalgia y la besó en el pelo.

Aquella noche Noah dormiría abrazada a Colin, huyendo de la angustia que le provocaba la incertidumbre de no conocer la identidad de quién la laceró. Además, no le apetecía lo más mínimo regresar a su hogar y compartir lecho con aquel desconocido que se hacía denominar a sí mismo marido.

No. No regresaría aquella noche porque era allí donde quería estar, junto a él, junto a Colin Wilde.

27

Bellevue Hospital Center, Manhattan

Gabriel rezaba en silencio. En realidad no rezaba, maldecía a Dios por la forma como se estaba comportando con Jessica. Ella merecía ser feliz, ahora que justamente había encontrado la horma de su zapato y había abierto de par en par las puertas de su corazón.

El doctor Etmunt se aproximó al banco de la sala de espera del hospital, en el cual Gabriel permanecía sentado desde hacía varias horas; empezó a explicarle los pormenores que estaba padeciendo su paciente, tras las posteriores semanas al trasplante de médula ósea.

—Hay ocasiones en las que los glóbulos blancos del donante identifican las células del paciente como foráneas y las atacan. En el caso de Jessica, lamentablemente, éstas han afectado al hígado.

—¿Y tiene cura?

El doctor inspiró hondo antes de proseguir.

—He pensado suprimir su sistema inmunitario. Tratar las células madre del donante extrayendo los glóbulos blancos que causan la GVHD.

Gabriel lo miró con cara de póquer y Olivier trató de explicárselo mejor utilizando otras palabras.

—Verás… en un argot más coloquial, vendría a significar la reducción de linfocitos T.

Olivier, al ver la vulnerabilidad y el desaliento en los ojos de Gabriel, le colocó una mano sobre su hombro derecho.

—Te daré un consejo de amigo, espero que lo tengas en cuenta —quiso animarlo—. Nunca pierdas la esperanza y alegrémonos de que sólo se trate de un tropiezo. Jessica es una mujer fuerte y… conseguirá levantarse por sus propios medios. No te quepa la menor duda. Además, conseguiremos que, paso tras paso, vuelva a ser la misma de antes.

Gabriel hinchó el pecho con orgullo.

—Por supuesto y… yo estaré junto a ella cuando eso pase.

—¡Muy bien! Ésa es la actitud.

El doctor asintió satisfecho y palmeó su espalda antes de darle permiso para poder ver a Jessica.

Al cabo de un rato, Gabriel se dirigió a la habitación 201. Al entrar, no fue fácil permanecer impasible.

Jessica dormía, se la notaba relajada pese a la notable pérdida de pigmentación que había sufrido su piel. Estaba pálida y algo deshidratada.

Acercó la butaca a la cama y se sentó.

Antes de cogerla de la mano, miró el catéter que atravesaba su vena, la bolsa con antibióticos y el tubo que salía del orificio de sus fosas nasales que a su vez estaba conectado a una máquina ventiladora.

Por más que hiciera de tripas corazón, no se acostumbraba a verla en ese estado. Jamás se acostumbraría.

Con los ojos brillantes y la voz temblorosa, acercó la boca a su oído para susurrarle que la amaba y que jamás la abandonaría; le prometió que siempre permanecería a su lado, pasara lo

que pasase.

28

Rittenhouse Square, Filadelfia

Un desgarrador grito segó la calma en mitad de la noche, despertando a Colin Wilde de un apacible sueño. Entre penumbras consiguió abrazar con fuerza el cuerpo tembloroso, asustado y bañado en un sudor frío de ella. Pudo vislumbrar el rostro desencajado y el horror emergiendo de sus ojos.

Había tenido una pesadilla o tal vez se trataba de alguno de sus enterrados y olvidados recuerdos.

—Las siento…—balbuceaba ahogando sus gemidos entre sollozos—. Cada una de las quemaduras de mi pecho… ¡Me abrasan! ¡Me dueleeeeen! —exclamó horrorizada—. No puedo quitarme de la cabeza ese olor putrefacto emanando de mi piel… ¡No puedo! ¡No puedo…!

Noah se golpeaba la cabeza con los puños mientras gemía sintiéndose una miserable, un ser despreciable… un espantoso monstruo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Deja de lastimarte!

Colin la sujetó de las muñecas imponiendo su fuerza.

—¡Noah! No estás sola… yo estoy aquí contigo.

Ella, incapaz de reaccionar, continuaba sumida en una especie de trance. Su cuerpo estaba allí, en aquella habitación, junto a él; sin embargo, su mente, no.

Colin tuvo que sentarse a horcajadas sobre ella, con una pierna a cada lado de su cuerpo para tratar de inmovilizarla. Ella, sin embargo, no cesaba en su acérrimo intento de autolesionarse. Se golpeaba, pataleaba… zarandeaba como un animal enjaulado…

—¡Nooooo! ¡No quiero sentirme así!

—¡¡Mírame!!

Aunque lo tuviera ante sus ojos, ella era incapaz de verlo.

—¡Noah! Por favor… vuelve conmigo… por favor… —Su súplica angustiosa no surtió efecto —. Despierta Noah… por favor… vuelve…

Tras unos minutos de incesante lucha, al fin creyó escuchar entre tinieblas la voz de Colin y, justo al final de una especie de oscuro túnel, una débil luz. Corrió hacia ella, como si le fuera la vida en ello… cada vez a más velocidad. Con los brazos abiertos, una figura envuelta en sombras la esperaba…

—¡Colin…!

Noah se sobresaltó y abrió los ojos.

—Aquí, estoy aquí… a tu lado.

Ella lo miró bañada en lágrimas.

—Ahora ya estás a salvo… —repuso desolado—. Soy yo… Colin.

Le costó unos segundos reconocerlo y, al hacerlo, su respiración empezó a ralentizarse, retomando paulatinamente el aliento y el habitual ritmo de sus latidos.

Noah sorbió por la nariz y suspiró hondamente. Se alegró de descubrir que quien ocupaba su lado de la cama era Colin y no Clive.

—Abrázame, por favor —le suplicó con desesperación.

Colin liberó sus muñecas y rodeó su cuerpo con los brazos.

—Noah, quiero cuidarte… —Se separó para mirarla a los ojos—. Permítemelo, por favor…

Podríamos empezar de cero. Podríamos…

Se secó las lágrimas de los ojos y desvió la mirada a su antebrazo.

—Carpe diem.

Comenzó a reseguir el tatuaje con la yema del dedo.

—Vive el momento —murmuró en voz baja.

A Colin se le escapó una sonrisa y ella lo miró con necesidad.

—Eso es exactamente lo que quiero hacer ahora mismo… vivir el momento.

—Noah. Te aseguro que no hay nada que desee más en este instante que hacerte el amor, pero… no debo. No podría. No en estas condiciones.

—Te necesito… —Ahogó un gemido suplicante. Atrapó una de sus manos y la colocó cubriendo varias de las quemaduras de su pecho—… ahora.

Rodeando su cuello con ambas manos, lo atrajo lentamente hacia su boca.

Él, esta vez, ni siquiera trató de oponer resistencia. Tanto era el deseo que sentía hacia ella que estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Se enfrentaría cara a cara con sus fantasmas y, llegado el caso, con su marido.

Entrelazó los dedos con los de ella y la besó con pasión mientras le acariciaba la nuca con suavidad.

Poco a poco, empezaron a desnudarse muy lentamente.

Noah dio gracias a Dios porque la habitación estuviera casi en la más completa oscuridad. Así las marcas, a ojos de Colin, serían prácticamente inapreciables.

—Durante todos estos años he estado soñando con que llegara este momento.

—Y… ¿por qué no hiciste nada? ¿Por qué no te acercaste a mí? ¿Por qué te limitaste a… tratar a mi madre…?

Colin no le contestó. Prefirió dedicar todo su esfuerzo en besar cada parte de su cuerpo, desde el cuello hasta su ombligo y, una vez allí, se detuvo.

—No era conmigo con quien debías estar.

Sopló el orificio y Noah arqueó la espalda, agarrando con fuerza las sábanas.

—No era bueno para ti.

Descendió despacio hasta llegar a sus braguitas y, tras acariciar la piel con el pulgar bajo la tela, las deslizó hacia abajo para desprenderse de éstas.

—No podía darte lo que me pedías.

Dejándolas a un lado, se quitó los bóxers. Luego, le dobló las rodillas y las separó para poder acceder a su sexo.

Noah apretó los ojos y gimoteó cuando él llevó la punta de la lengua a su clítoris y empezó a lamer y a succionarlo de forma lenta y experta.

Abochornada por lo que estaba sintiendo, juntó las piernas.

—Colin… para… —le dijo con un hilo de voz.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Ven aquí.

Él se incorporó y, tumbándose sobre su cuerpo, empezó a acariciar su rostro.

—Si no quieres que siga… sólo tienes que pedírmelo. No voy a enfadarme.

—No quiero que pares —le confesó.

Él la miró sin comprender y ella prosiguió.

—Lo que quiero es… sentirte dentro de mí.

Se la quedó mirando dubitativo.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Noah, primero, le sonrió y luego lo besó en los labios, poniendo fin a la conversación.

Abrió la boca y buscó su lengua. La lamió y jugueteó con ella. Poco después, clavó las uñas en las prietas carnes de sus glúteos y él se enterró en ella.

Colin apretó los dientes. Ella estaba muy tensa y, aunque estuviera húmeda y receptiva, le costó penetrarla con la profundidad que desearía. Las paredes de su vagina estaban demasiado contraídas.

Empujó un poco más y ella gimoteó.

—¿Te hago daño…? —Se detuvo—. No quisiera…

—No… no te preocupes…

Permaneció unos instantes en su interior, hasta que ella, al poco, con una dulce sonrisa, le dio su conformidad.

Entonces Colin empezó a moverse en círculos con una lentitud castigadora.

Se besaron, se abrazaron, se acariciaron como si ésa fuese la primera vez que hacían el amor. Parecían dos desconocidos explorando sus placeres.

Tras alcanzar el éxtasis y recuperar el aliento, Colin se estiró a su lado apoyando el peso de su cuerpo en el codo derecho, observándola… no podía dejar de hacerlo.

—¿Qué? —le preguntó al darse cuenta de que la miraba con cara de satisfacción.

—Te miro.

Ella suspiró y luego lo besó en los labios.

—Me encanta mirarla, doctora Anderson —añadió aparentando seriedad.

Noah soltó una breve risotada.

—Y a mí también, doctor Wilde.

Noah se estremeció. Tras el orgasmo, su temperatura corporal había descendido unos grados. Se colocó en posición fetal y se acurrucó en su pecho. Colin la rodeó con los brazos y de inmediato la cubrió con las sábanas para que entrara en calor.

El joven doctor la besó en el pelo mientras ella jugueteaba con el escaso vello rizado de su torso.

—¿Por qué no eras bueno para mí? —le preguntó retomando el hilo de la conversación de hacía apenas unos minutos.

—Te engañé —le confesó, sintiéndose un bastardo.

—¿De qué forma? —le preguntó confundida.

—Con otra mujer.

Noah alzó la cabeza y se apartó de sus brazos como si le abrasaran. Necesitaba respuestas y las necesitaba en ese preciso momento, por lo que se sentó en la cama y lo miró directamente a los ojos.

—¿Por qué? —le preguntó sin rodeos—. Por más que le doy vueltas, no puedo llegar a entender… ¿por qué me engañaste si tanto me amabas?

Colin meditó la respuesta. Se había prometido ser honesto con ella, a sabiendas de que, al hacerlo, iba a partirle el corazón.

—Lo hice sólo para alejarte de mí. Lo hice sabiendo que me odiarías para el resto de tu vida.

—Evidentemente, lograste tu cometido, porque… me casé con Clive.

—Sí. Así fue.

Una lágrima empezó a rodar por su mejilla y su frágil corazón a martillear con fuerza como el de un conejito asustado. Descubrir la verdad no fue plato de buen gusto.

—No tuve elección. —Trató de justificarse—. Te estaba destruyendo.

Ella bajó la vista al no ser capaz de seguir mirándole a los ojos. Sintió una enorme decepción y el mundo se le cayó a los pies. Ya nada tenía sentido. Pensó que si fue capaz de renunciar a ella sin apenas luchar era porque realmente no la había llegado a amar tanto.

—Mírame…

La sujetó de la barbilla y le rogó que no tomara decisiones equivocadas antes de escucharlo.

—Noah, tenías que ser feliz y, a mi lado, nunca lo hubieras logrado.

—Menospreciaste el amor que sentías por mí —le recriminó.

Él negó con la cabeza.

—Eso jamás. Lo hice porque te amaba… porque te amo… —La cogió de la mano y empezó a acariciarle el dorso con el pulgar—. Y te aseguro que lo volvería a hacer, si supiera que con ello tu felicidad se vería en juego.

Colin se acercó y selló sus labios con los de ella.

—¿No te das cuenta? Te quiero, Noah… —le susurró atrapando su cara entre sus manos—. Y… jamás dejé de hacerlo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Sus palabras eran sinceras. Por aquel entonces Colin Wilde se dejó tentar por el juego, los vicios y las drogas… Y… a pesar de amarla, tuvo que tomar la decisión más difícil de su vida: apartarla de su lado. Quizá podría reprocharle la forma poco ortodoxa de llevarlo a cabo, pero debía reconocer que, sin duda, fue la más efectiva.

A la mañana siguiente, tras el desayuno, Noah salió del pequeño apartamento poniendo rumbo a su casa, a unas calles más al sur.

A medio camino, buscó su iPhone y empezó a marcar un número de teléfono.

Estaba doblando la esquina cuando una voz femenina le respondió.

—¡Diablos! Son las siete de la mañana, ¿qué demonios quieres a estas horas? Espero que sea importante.

Noah sonrió. A su mente había viajado la imagen de su amiga Clöe tendida en el cama, en ropa interior y acompañada de quien probablemente era su último ligue.

—Lo es. Es importante. Necesito que me hagas un favor.

Clöe se sentó, tenía que confesar que había despertado su curiosidad.

—Tú dirás.

—Voy de camino a casa.

Su amiga frunció el ceño.

—¿De camino a casa? Pero… ¿dónde has pasado la noche?

—A eso iba…

Noah suspiró hondo antes de responderle.

—He pasado la noche con Colin.

—¿Con el doctor?

Clöe se quedó boquiabierta.

—Mejor no preguntes.

—¿El que está para echarle unos buenos polvos de película?

Noah puso los ojos en blanco.

—Por favor… si por casualidad Clive te pregunta que dónde he pasado la noche, dile que… hemos estado juntas.

—Tu secreto estará sellado con mi silencio.

—Gracias, sabía que podía confiar en ti.

Nada más colgar, Clöe marcó el número de teléfono de Clive. Esperó unos tonos y en seguida él respondió.

—¿Qué coño quieres?

Clöe resopló.

—Que sean buenos días para ti también —dijo en tono burlón.

—Al grano, no tengo todo el día.

—Pues lo que voy a contarte te conviene saberlo.

—Sin suspense, Clöe… que ya nos conocemos.

—Vale… —Sonrió con malicia—. Adivina, adivinanza… ¿con quién ha pasado la noche tu mujercita mientras tú hacías guardia en el hospital?

29

Rittenhouse Square, Filadelfia

Noah Anderson insertó la llave en la cerradura, pero antes de hacer girar el cilindro cerró los ojos recordando lo sucedido horas antes. Suspiró, acordándose de él. Aún era capaz de sentir los labios besando cada recoveco de su cuerpo, las virtuosas manos acariciando cada una de sus curvas, el aroma de su perfume entremezclado con el olor de su piel. Sin duda, Colin Wilde había conseguido su propósito: hacerla sentir deseada y, por encima de todo, amada.

Una vez se decidió a entrar, cerró la puerta tras de sí procurando hacer el menor ruido posible. Después de guardar las llaves en el mueble recibidor, caminó de puntillas en dirección al salón. Al llegar allí, echó un rápido vistazo, el necesario para averiguar si su marido estaba en aquella estancia.

Un sentimiento de alivio se adueñó de su ser al descubrir que se encontraba sola. Ya algo más calmada, subió escaleras arriba, hacia el dormitorio.

Pensó en tomarse un baño, pues estaba convencida de que aquello la relajaría.

Antes de desnudarse hizo girar el mando del grifo para llenar de agua la bañera. Se recogió el pelo en un moño alto y, teniendo cuidado de no resbalar, dobló una rodilla y luego otra, para entrar y sumergir su cuerpo en el cálido líquido.

Mientras Noah mantenía los ojos cerrados, escuchando a través de los auriculares de su iPod la canción Recovery, de James Arthur, no se percató de que alguien la observaba a su lado. Ese alguien estaba en pie, como una estatua, y en el más completo de los silencios. Se trataba de su marido, Clive Wilson, quien a su vez era poseedor de una mirada endemoniada y encharcada en cólera.

Dio unos pasos al frente y le arrebató de malas formas los auriculares de su cabeza.

Noah abrió los ojos desconcertada al descubrirlo allí plantado y con cara de pocos amigos. Rápidamente, trató de taparse como pudo. Dobló las rodillas y las llevó a los pechos para luego rodearlas. Se avergonzaba de su cuerpo, no quería que nadie —y eso incluía a su marido— la viera desnuda.

—Las zorras como tú no deberían sentir pudor al mostrar su cuerpo tras haber fornicado con otro hombre que no es su marido.

—Si me dejaras… podría explicártelo… —tartamudeó regalándole una sonrisa forzada.

—Demasiado tarde. —Su voz grave y áspera como una lija la abofeteó sin necesidad de tocarla—. Ha llegado el momento de acabar aquello que dejé a medias…

—¿A qué te refieres? —le preguntó abriendo mucho los ojos al tiempo que se abrazaba con mayor fuerza a sus rodillas. Estaba aterrorizada por la forma en que había pronunciado aquellas palabras pero, sobre todo, por la expresión perturbada y maniaca de su gélida mirada.

El pánico empezó a recorrer todo su cuerpo.

Clive, sin vacilar, se abalanzó sobre ella pillándola completamente desprevenida y, agarrando con fuerza su pelo, estiró de éste hacia atrás, para hundirle la cabeza dentro del agua.

Noah empezó a patalear. Agitó los brazos a tientas, desesperada, trataba por todos los medios de salir a flote y así poder respirar. Pero resultó del todo inútil. La encarnizada lucha por sobrevivir no le bastó.

En una de las pocas oportunidades que tuvo, Noah clavó las uñas en su clavícula cuando estaba a punto de morir asfixiada.

Minutos más tarde, cuando la mitad del agua había quedado esparcida por el suelo de gres, deslizándose por las paredes y empapando el mueble del espejo, Noah, entre espasmos de dolor, dejó de moverse. Dejó de luchar. Esta vez, su último intento por seguir con vida había fracasado.

Un halo de satisfacción recorrió el semblante de Clive Wilson.

Cuando comprobó que el cuerpo de su mujer ya no tenía pulso, dejó de agarrar su pelo y se irguió. Hinchó su pecho y, sin dejar de observarlo, soltó una sonora carcajada victoriosa.

«¡Púdrete en el infierno… Es allí donde debiste ir para no volver…!»

—¿Clive?

Aquella voz salió de la nada, irrumpiendo sus pensamientos.

—¿Te encuentras bien?

Él entornó los ojos volviendo en sí. Miró a su mujer de igual forma que si estuviera ante un espectro. Ahogó una exclamación para no delatar sus intenciones.

Sus ojos seguían reflejando las irremediables ansias por acabar con su vida. Maldijo su mala suerte en voz baja por no haber consumado su cometido.

Todo había sido fruto de su enferma y psicótica imaginación.

Mientras tanto, aprovechando que seguía aturdido, Noah alargó el brazo para coger una toalla, salir de la bañera y cubrirse el cuerpo con ésta.

—Pareces enfermo.

Le colocó la palma sobre su frente.

—Deberías estirarte un rato en la cama. Me temo que tienes unas décimas de fiebre.

Clive le agarró de la muñeca para apartar su mano con brusquedad.

—¡Estoy bien! —añadió molesto con la respiración agitada.

Su fría y calculadora mente no cesaría de discurrir la forma de acabar con su vida. Su venganza no conocía límites. Era paciente y sabía que pronto se presentaría una magnífica ocasión y, para entonces, tendría preparada su merecida sentencia de muerte. Noah Anderson pagaría por todas y cada una de las humillaciones en público hacia su persona. Pagaría por todo el sufrimiento que había estado padeciendo. Pagaría por todos aquellos malditos años. Porque nadie, absolutamente nadie que osaba engañar a Clive Wilson, vivía para contarlo.

Abandonó el cuarto de baño sin darle explicaciones de por qué estaba tan excitado y tan nervioso. Bajó al salón y, tras abrir el mueble bar, se sirvió un güisqui doble con hielo mientras seguía tejiendo su maléfico plan.

Tras bebérselo de un trago, rellenó de nuevo el vaso y caminó hacia su despacho, que permanecía bajo llave como de costumbre.

Se sentó en la silla de piel de becerro y comenzó a marcar la numeración de su hombre de confianza, Harry Smith.

—Quiero que hagas un trabajito… —dijo obviando el saludo—… de esos que a ti tanto te gustan.

En seguida se oyó carcajear con insolencia al otro lado del auricular.

—¿Quién será el desafortunado esta vez, jefe?

—El doctor Wilde.

—¿Un doctor? Vaya… vamos subiendo de categoría. Esto se pone muy interesante —carraspeó y, tras colocar los pies sobre la mesa, prosiguió—: ¿Alguna sugerencia? ¿Le parto las piernas? ¿Le disloco un brazo para que no pueda operar? O… no, no, espera… estoy pensando en que podría cortarle uno de sus delicados deditos de señoritinga…

—No —cortó tajante—. De momento me basta con que le des un susto. Un buen susto —matizó.

—¿Estás seguro?

Clive hinchó el pecho y luego dio un trago largo.

—Sí, de momento.

—Como mandes, jefe.

Harry bajó los pies de la mesa para abrir uno de los cajones. De su interior sacó un sobre de color beige.

—Clive, ya tengo lo que me pediste.

—¿Te refieres a las fotos?

—Sí. Por fin lo he localizado. El muy cabrón es escurridizo. Me ha costado sudor y lágrimas dar con su paradero.

Dejó el vaso sobre la superficie de la mesa mientras troceaba uno de los cubitos con los dientes. Tenía que reconocer que su mano derecha, Harry, era un lince y había conseguido alertar toda su atención.

Inspiró hondo, impaciente.

—¿Cuál es su nombre?

—Frank Evans.

Las manos comenzaron a sudarle ligeramente.

«¿Frank…?»

¿Acaso se trataba de coincidencia? Aquella palabra fue la última que su mujer pronunció mientras agonizaba al borde de la muerte.

—Vigílalo muy de cerca.

—Claro. Seré su jodida sombra.

—Además, te pagaré diez de los grandes si averiguas qué relación mantuvo con Noah allí en Manhattan.

—Lo averiguaré. Ya sabes lo mucho que adoro los billetes con la cara de George Washington.

Clive colgó y Harry se quedó mirando una de las fotografías de primer plano de Frank mientras se frotaba las manos.

—Pobre desgraciado… No me gustaría estar en tu jodido pellejo…

Se arrancó un gargajo y lo escupió a la papelera.

—No sabes dónde te estás metiendo… Estás cubierto de mierda hasta el cuello…

30

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

A media mañana, Noah Anderson se acercó al hospital, con la intención de sorprender al doctor Wilde.

Lo esperó en la sala contigua a su consulta. Pasaron varios minutos antes de que se abriera la puerta y una jovencísima enfermera cruzara el umbral. Tras cerrarla, comenzó a caminar en dirección a las escaleras.

Noah fue a su encuentro.

—Disculpa.

La joven se giró.

—¿El doctor Wilde no visita esta mañana?

—Se encuentra en quirófano debido a una urgencia, así que todas las visitas se han aplazado hasta la tarde.

Miró a Noah con curiosidad y levantó una ceja.

—¿Y usted es…?

—Noah Anderson.

Quiso mirar la lista que llevaba en el interior de una carpeta, pero Noah se adelantó.

—No encontrará mi nombre anotado en esa hoja de papel.

Hizo una mueca, aún sin comprender por qué requería al doctor con tanta premura, y luego añadió:

—Entonces, ¿en qué podría ayudarla?

—Pues, si es tan amable, ¿podría indicarme en qué planta se encuentra el quirófano?

La joven la miró con reticencia de arriba abajo antes de responder.

—No está permitido que el personal no autorizado acceda a esa zona.

—Claro, me lo imagino.

Fue entonces cuando Noah le confesó que era doctora y que había trabajado en el centro durante los últimos siete años. También le comentó que, por razones que no le explicó, no era capaz de recordar dónde estaban los quirófanos.

Tras esa breve aclaración, el rostro de piel nívea de la enfermera se suavizó.

—Éstos se encuentran en la cuarta planta.

Señaló hacia el final del largo pasillo.

—Podrá acceder a través de la puerta cuyo letrero luminoso especifica claramente la prohibición de pasar.

Tras agradecer su amabilidad, recorrió el pasillo y, al llegar a la puerta de acero esmaltado vitrificado, se detuvo antes de entrar para ojear por la amplia mirilla de cristal. Al parecer, estaba desértico. No había nadie que custodiara la entrada, así que pasó al interior con determinación.

Mientras caminaba trató de agudizar el oído, ya que creyó apreciar un murmullo no muy lejano.

A medida que se aproximaba, las voces tomaban color y forma, y entre ellas reconoció la del doctor Wilde; ronca pero, asimismo, con aquella melodía tan seductora.

Con inquietud, se fue acercando.

La imagen que en segundos apareció reflejada en su retina aún acrecentó más su nerviosismo

y las ansias por volver a verlo.

Colin llevaba el ritmo de la conversación; por sus gestos y su entonación, se intuía que la operación había sido todo un éxito.

Permaneció quieta, a escasos metros del grupo de gente, a la expectativa. Pronto, el más joven alzó la vista y, mirando por encima del hombro de Colin, hizo un gesto con la cabeza alertando de su presencia a los demás.

Entonces él se giró, encontrándose con la brillante mirada de ella. Le sonrió y, antes de volver a girarse para despedirse de ellos, susurró unas palabras que ella pudo leer en sus labios: «Estás preciosa…».

Cuando por fin se deshizo de su personal, pudo reunirse con ella.

—Qué grata sorpresa, doctora Anderson. —Le sonrió quitándose el gorro verde de quirófano con una mano mientras se alborotaba el pelo con la otra.

—Me ha costado llegar hasta aquí, pero al final lo he logrado. —Ladeó la cabeza y añadió—: Me alegro de que te entusiasme mi sorpresa.

Colin se acercó un poco más hasta que pudo rodear con los brazos su estrecha cintura.

—No me gusta… me encanta.

Fue a besar sus labios cuando Noah intervino colocando la mano sobre su boca.

—Espera, pueden vernos. Recuerda… aún sigo siendo una mujer casada.

Colin miró a ambos lados y luego a una puerta que permanecía cerrada.

—Ven —murmuró cogiendo su mano para guiarla hacia aquella habitación.

Al entrar, buscó el interruptor a tientas. Se trataba de una especie de minúsculo y estrecho almacén provisto de material e instrumental quirúrgico: ropa, batines y demás enseres. Apenas había espacio para albergar ambos cuerpos; sin embargo, pesaban más las ganas y la imperiosa necesidad por estar juntos que la propia incomodidad del lugar.

—No he dejado de pensar en ti.

Colin, sin esperar respuesta, se abalanzó sobre ella, cual fiera que ataca a su presa, y la besó con verdadero anhelo, ahogando cada uno de sus gemidos, prolongando más el beso, intensificando más sus caricias.

Su cuerpo presionaba el de ella contra la pared al tiempo que deslizaba una de las manos por la suave piel de su muslo por debajo de la falda.

Sin dejar de besarla, acarició su sexo por encima de su ropa interior semitransparente y de un sugerente color negro. Pronto, la hizo a un lado.

Noah arqueó la espalda y abrió la boca buscando aliento, al sentir cómo varios de sus suaves dedos entraban sin esfuerzo en su interior. Colin comenzó a moverlos lentamente con desbordante pericia hasta arrancarle un grito de placer.

Sin apenas dejar que retomara el hálito, se deshizo de la bata, los pantalones y el bóxer para clavar los dedos en las prietas carnes de sus nalgas y levantarla del suelo.

Hizo que rodeara con las piernas sus caderas y luego se hundió en ella, penetrándola, primero con delicadeza y luego con gran fervor.

Los jadeos y gemidos entrelazados resonaban entre las paredes de aquella minúscula estancia.

El ardoroso deseo de ambos sucumbió con el último enviste. Colin se clavó en ella con una nueva estocada, desatando un torbellino de sensaciones. Alcanzaron juntos el éxtasis.

Aún con la respiración entrecortada unida a una ligera capa de sudor en la frente, el doctor la depositó en el suelo.

Ella sonrió complacida y lo miró a los ojos durante largo rato.

—Si debo encontrar alguna parte positiva a mi amnesia, sin duda, es el haberte encontrado

después de tantos años y poder vivir juntos una segunda oportunidad.

Él le devolvió la sonrisa, sumergiéndose en su dulce y azulada mirada.

—En este momento… —añadió él—… nada ni nadie podría separarme de ti.

Acarició su mejilla con lentitud para descender hacia su cuello y después a su nuca.

—Me esperan. —Apretó los dedos y la atrajo a su boca para besar sus turgentes labios—. Debo dar una charla.

—¿Ahora?

Miró su reloj de pulsera.

—No. Hace veinte minutos.

Noah abrió los ojos asombrada y él se echó a reír sin dejar de darle besos cortos mientras trataba de recomponer su ropa. Al acabar, le acicaló el pelo, pues éste estaba alborotado. Se dio cuenta de que tenía una mancha de carmín en la solapa de su camisa. Trató de limpiarla, pero ésta se escampó aún más.

—Me temo que… algún que otro asistente descubrirá el secreto de tu tardanza.

Ella le robó una nueva sonrisa.

—Y estoy convencido de que más de uno, al saberlo, hubiera querido estar en mi lugar en este momento. —La volvió a besar.

—¿Siempre has sido tan adulador?

Él le respondió con una sonrisa traviesa. Luego, abrió la puerta e hizo un gesto con la mano, invitándola a salir.

—Creo que podré ser capaz de liquidar la charla en un par de horas. Trataré de no alargar el tiempo estipulado a ruegos y preguntas… Había pensado que, después, podrías acompañarme a casa y comer juntos.

—¿No visitas por la tarde?

—Visitaba.

Ella arrugó la nariz. Según la enfermera, había aplazado las visitas de la mañana por la tarde.

—No me gustaría que dejaras a un lado tus obligaciones profesionales por el mero hecho de pasar más tiempo conmigo.

Colin meneó la cabeza y cogió la cara de ella entre sus manos para apaciguarla.

—No te preocupes. El hospital me debe unas horas. Este mes he realizado muchas guardias y, si me cojo una tarde libre, lo entenderán. Además, es parte de una de las cláusulas de mi contrato. Aunque, a decir verdad, nunca la he utilizado al no haber nada que lo justificara, salvo ahora.

Tras aquel arranque de sinceridad, la besó con posesión, saqueando su boca sin censura para que le quedara claro de una vez por todas cuánto la deseaba.

Minutos más tarde, Noah descendió a la cafetería del hospital para degustar un café con leche. Ambos se habían citado allí. Tras la charla, ella le había prometido acompañarlo a su casa y comer juntos.

Al entrar, echó un vistazo rápido.

Buscó con la mirada la mesa más apartada del lugar. Le apetecía mucho leer. Evadirse por unas horas.

Casualmente, aquella misma mañana había aprovechado para descargar en su Kindle algunos libros electrónicos, entre ellos Los tres nombres del lobo, de Lola P. Nieva. Éste le había llamado especialmente la atención. Presumía de muy buenas críticas.

Se trataba de un viaje interior, una regresión en el tiempo.

Tras acomodarse y pedir un té con menta, comenzó a leer. Mientras disfrutaba de los primeros

capítulos, se le pasó por la cabeza contemplar la posibilidad de poner en práctica lo que el libro citaba: una sesión de hipnosis.

«Y… ¿por qué no?»

Quizá una sesión podría ayudarla a indagar en su pasado o, tal vez, abrir una brecha en su mente lo suficientemente profunda como para despertar de una vez por todas sus recuerdos.

Dejó de leer y alzó la vista. Alguien la estaba observando.

—Perdona que te moleste.

De pie y con una sonrisa comedida se hallaba aquel chico alto, moreno, de penetrante mirada oscura, que le sonreía algo tímido pero al mismo tiempo con un sentimiento de júbilo que quiso ocultar.

Ella negó con la cabeza.

—No te preocupes, no me molestas. Tan sólo estaba matando el tiempo leyendo un buen libro.

Noah le señaló una silla para que se sentara y él no se lo pensó dos veces. Tomó asiento y, animado, retomó el hilo de la conversación.

—El otro día…

—Cuando chocamos… —añadió ella divertida.

—Sí, cuando chocamos.

Frank rio, negando con la cabeza, recordando el suceso.

Noah en seguida se contagió de su risa. Él se alegró porque parecía despreocupada y… feliz.

Con añoranza, descendió los rasgados y oscuros ojos a sus labios, deleitándose, perdiéndose en ellos. Se moría de ganas de besarlos, sentirlos de nuevo y, de repente, el mundo se detuvo a su alrededor. Recordó su primer encuentro, la primera vez que la vio. Fue en el apartamento de Gabriel, en Manhattan. Noah no podía dejar de reír. Su hija Charlotte la había llamado «la vecina rarita».

Esa misma noche le bastó para darse cuenta de que Noah se convertiría en la mujer que amaría para el resto de su vida.

Frank extrajo del bolsillo de su cazadora un objeto menudo. Ella lo reconoció al instante, se trataba de su diario. Lo había extraviado. Sabía Dios que lo había estado buscando como una posesa.

En éste había anotadas cada una de las visiones de su antigua vida que había ido teniendo hasta el momento. Podría incluso afirmar que esas anotaciones se habían convertido en la única conexión real entre Noah Anderson y su actual yo.

—Llevo días tratando de localizarte. Quería devolvértelo lo antes posible.

—Te lo agradezco.

Él alargó el brazo y se lo entregó.

Una vez de nuevo en sus manos, abrió la cubierta y ojeó varias de las páginas. Empezó a recordar cada detalle, cada anotación, cada pensamiento, cada cita relatada con minuciosidad en su interior. Empezó a tensarse, sintiéndose vulnerable y desnuda ante él. Y, sin poder evitarlo, notó cómo un rubor rápidamente se adueñaba de sus mejillas.

—No… no lo he leído… si es lo que te preocupa… —Alzó la palma de la mano y negó con la cabeza—. Jamás me atrevería a violar la privacidad de nadie y… mucho menos sin su previo consentimiento.

Noah lo escudriñó a conciencia y se dio cuenta de que su mirada era sincera. Al parecer estaba diciendo la verdad.

Suspiró aliviada.

—En ese caso… me gustaría agradecértelo de alguna forma.

—No es necesario —le dijo, aunque se moría de ganas por compartir con ella algo más de tiempo.

—Insisto.

Tan sólo unos segundos le bastaron para acceder.

—Podría empezar por invitarte a tomar algo… ¿Te gusta el café, el té…? ¿Una cerveza?

Él se echó a reír, rememorando el día que ambos se conocieron: él había bebido más de la cuenta y ella se ofreció para acompañarlo hasta su casa. A decir verdad, se impuso deliberadamente. Se plantó delante de él y, hasta que no consiguió las llaves del Maserati, no desistió. Debía asegurarse de que él y su hija Charlotte llegaban sanos y salvos.

«Sigues siendo tan cabezota, Noah Anderson. De no haber sido aquel día tan obstinada… jamás hubiera cedido… jamás nos hubiéramos conocido íntimamente y… jamás te hubiese amado…»

Frank suspiró y, al poco, retomó de nuevo el hilo de la conversación.

—Un café solo me vendría bien.

Buscó unas monedas en la cartera y se levantó para ir a la barra. Al cabo de un corto rato, Noah regresó con una taza de porcelana entre sus manos.

—Me ha dicho que esperes un poco porque está muy caliente. No vayas a quemarte… —le advirtió.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta.

La depositó sobre la superficie de la mesa y se sentó de nuevo frente a él.

—¿Y bien? —le preguntó, y Frank enarcó una ceja—. Cuéntame algo de ti.

Noah entrelazó los dedos apoyando los codos en la madera mientras él meditó la respuesta antes de responder.

No podía revelar demasiadas cosas, no convenía, o al menos no por el momento.

—¿Qué te gustaría saber?

—Mmmm… —Se mordió el labio pensativa—. El otro día creí confundirte con otra persona. Me imagino que sería alguien que formó parte de mi pasado.

Frank abrió los ojos invadido por un maravilloso halo esperanzador.

—Pero fue muy extraño, porque… la sensación sólo me duró un par de segundos. Además, deduje al instante que debí de equivocarme, porque… de habernos conocido en el pasado, tú sí que deberías acordarte de mí.

Clavó la mirada en sus oscuros ojos.

—Verás… sufro amnesia —le confesó a pesar de ser un completo desconocido. Había algo en su mirada que la invitaba a confiar en él—. Todos mis recuerdos se borraron de mi mente tras un incidente el pasado 24 de diciembre.

Él, una vez más, se debatió entre confesarle la verdad o permanecer en el más completo de los silencios, aguardando el instante preciso en que pudiera hacerlo.

Resopló, decantándose por la segunda opción. Confiaba que, siendo precavido, llegaría antes a sus recuerdos.

—Imagino que debe ser una sensación angustiante.

—Y desalentadora… —añadió apesadumbrada.

La vio flaquear.

Dirigiendo su mirada a una de sus manos, que se posaron sobre la mesa, quiso alargar la suya para posarla encima, pero se contuvo, empuñándola.

«Cada vez siento que me cuesta más controlarme… sin tocarte, sin besarte… No sé hasta cuándo podré soportarlo…»

De repente, vio cómo su rostro poco a poco se iluminaba, resplandecía con una belleza sin igual.

Noah se incorporó de un salto y comenzó a caminar en sentido al gran ventanal.

Frank la siguió con la mirada a través de la estancia. Pronto fue testigo de cómo corría al encuentro de un joven apuesto. Sus miradas cómplices les delataban. No hubo beso, ni abrazo, pero no era necesario. Sólo bastaba con ser un poco observador para darse cuenta de que un sentimiento profundo existía entre ambos. Creyó perecer. Notó como si un puñal se clavara en su pecho, una y otra vez. Se había enamorado de otro hombre.

Dejó la taza a medio beber y, con el alma en los pies, huyó de aquel lugar. Necesitaba estar a solas para replantearse las cosas. Quería meditar sobre lo que acababa de presenciar. Quizá sería mejor tirar la toalla y olvidarse de ella… quizá sería mejor continuar por caminos separados… tal vez sería lo mejor… Su felicidad antes que la suya.

31

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

Colin esperaba junto a la mesa mientras Noah guardaba su Kindle en el interior del bolso, lanzando de vez en cuando miradas furtivas a la cafetería. Se extrañó, pues no había ni rastro de Frank. Era como si la tierra lo hubiera engullido.

—¿Qué te pasa, Noah?

—Nada, nada…

Cerró la cremallera del bolso y, colgándoselo en el hombro, se acercó a él.

—Tengo hambre. —Trató de sonreír dejando de pensar por un momento en Frank—. ¿Qué tienes planeado cocinar?

La mirada de Colin empezó a desprender llamaradas de deseo, haciendo estremecer la piel de Noah. Era capaz de sentir el calor por todo su cuerpo y un cosquilleo que nacía en su vientre para descender raudo, humedeciendo su ropa interior.

—Yo también estoy muy hambriento… —Se acercó con una mirada insinuante y voraz para susurrarle unas palabras al oído—: Hambriento… de ti.

Le hizo cosquillas en su lóbulo izquierdo con la incipiente barba de cuatro días, y no pudo evitar soltar una breve carcajada.

—Chis… nos observan, ¿recuerdas? —la sermoneó con regocijo.

Ella se cubrió las mejillas con las manos, ocultando su rojez, y echó un vistazo rápido a la sala en busca de miradas indiscretas. Por suerte, no halló ninguna.

—Será mejor que nos vayamos.

—Sí, será lo mejor.

—¿Has venido en coche?

—No, en el metro.

—En ese caso, vayamos en el mío.

Tras descender a la planta subterránea del hospital, caminaron unos metros hasta encontrar el vehículo que estaba estacionado entre una columna de hormigón y un Mercedes-Benz CLS55 de color gris.

Colin buscó el mando a distancia y, tras presionar el botón, las cuatro luces ámbar parpadearon simultáneamente. Abrió la puerta del copiloto para permitir que Noah entrara y se acomodara en el asiento.

Cuando cerró la puerta dispuesto a rodear el vehículo para poner rumbo a su apartamento, un par de individuos se aproximaron de forma temeraria. Eran hombres corpulentos, uno de ellos más alto que él, y ocultaban sus rostros cubriéndolos con pasamontañas.

Desafortunadamente para Colin, todo transcurrió demasiado rápido. Ni siquiera pudo percibir que se acercaban con sigilo por detrás. Uno de ellos, vestido de riguroso negro y ataviado con unas robustas botas de estilo militar, lo golpeó con un bate de béisbol en la espalda, justo entre la columna vertebral y la escápula de su hombro derecho.

Ipso facto, cayó al suelo de rodillas, aullando de dolor.

Noah salió del coche, tratando de llegar a él, pero el otro hombre se lo impidió agarrándola con brutalidad de la melena y obligándola a permanecer inmóvil, amenazándola con sangre fría mientras empuñaba una navaja de hoja de acero en su yugular.

—¡Noooooo! —gritó con desesperación envuelta en rabia, zarandeándose, tratando de liberarse, dando patadas al aire mientras tenía que presenciar cómo el primer hombre seguía apaleando con mordaz ensañamiento el cuerpo abatido de Colin, que yacía sobre el pavimento, exhausto y retorciéndose de inconmensurable dolor.

No satisfecho aún con su fechoría, cuando Colin estaba prácticamente inánime, lo golpeó una última vez en ambas rodillas, asegurándose de esta forma de que tardara mucho tiempo en volver a caminar por sus propios medios.

Cuando ambos individuos por fin cumplieron a pies juntillas las órdenes que les habían encomendado, liberaron con desprecio a Noah y se marcharon tranquilamente del lugar, como si allí no hubiera ocurrido nada.

Noah entonces pudo correr en su auxilio. Se arrodilló, sin importarle lo más mínimo que la tela del vestido se tiñera del rojo intenso de su sangre.

—¡Colin! —vociferó suplicante sin dejar de llorar.

Se inclinó un poco más para sujetarle la cabeza y posarla sobre sus muslos, al mismo tiempo que reclamaba ayuda mientras lo mecía en su falda.

—¡¡Qué alguien me ayudeeeeee!! —gritó desgarrando sus cuerdas vocales hasta prácticamente quedarse afónica, pero nadie acudió.

Rasgó su vestido y vendó las heridas con las tiras de tela. Debía parar la hemorragia lo antes posible, estaba perdiendo demasiada sangre.

—Abre los ojos… por el amor de Dios… no me abandones… por favor… —sollozaba sin dejar de acariciar su rostro con sumo cuidado.

32

Bellevue Hospital Center, Manhattan

Gabriel ajustó la puerta de la habitación antes de salir al pasillo. Necesitaba despejar su mente y retomar el aire. Continuó caminando en dirección al exterior; una vez allí, vencido por el agotamiento, cerró los ojos y se masajeó las cervicales.

Se sentía abatido, afligido y, lo que era peor, había perdido toda la fe.

En las últimas horas, la enfermedad de Jessica se había agravado. Según el doctor Etmunt, había sufrido una nueva complicación que afectaba a sus pulmones, provocado por un hemotórax.

Se sentó en el suelo y, doblando las rodillas, buscó un cigarrillo. Mientras lo fumaba, se puso en contacto con Amanda Orson, la madre de Jessica. Había llegado el momento de explicarle lo ocurrido. De nuevo se presagiaban penurias.

Se oyeron unos pasos que se acercaban; Gabriel alzó la vista.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que iluminó su cara en cuestión de segundos. Apagó el cigarrillo en la suela de goma de la deportiva y se incorporó como un resorte. Salió en busca de su amigo y ambos se fundieron en un anhelado abrazo.

—Gracias por venir.

Gabriel dejó de abrazar a Eric para rodear con sus brazos el menudo cuerpo de Daniela.

—Hemos cogido el primer vuelo directo desde Madrid —añadió con un deje de preocupación en la voz.

—¿Puedo ver a mi madre? —preguntó con evidente congoja en el ánimo.

—Sí.

Suspirando, la miró a los ojos y luego añadió con palabras entrecortadas:

—Está muy cambiada. De momento no es capaz de respirar por sí sola y pasa la mayor parte del día sedada.

Un doloroso nudo comenzó a formársele en la garganta. Daniela sintió cómo sus ojos se humedecían lentamente, derramando varias lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—¿Hasta cuándo? ¿Cuándo cesará este infierno? ¿Cuándo podrá vivir una vida tranquila?

Daniela se sintió desfallecer; las interminables horas de vuelo unidas al agotamiento, los nervios y las preocupaciones habían mermado su maltrecha y frágil integridad.

Gabriel la volvió a abrazar y, cuando logró serenarse, los guió a la habitación.

33

Horas más tarde
Departamento de Policía del Distrito 22, Filadelfia

El detective Jack Owen lanzó al cubo de la basura el envoltorio de papel antes de llevarse a la boca el último chicle de nicotina que le quedaba.

Se levantó de la silla y comenzó a caminar de un lado a otro, con notable inquietud.

Ansiaba desde hacía tres interminables semanas cazar al agresor de Noah Anderson. Su olfato de sabueso le aseguraba que andaba más cerca de lo que imaginaba. Estaba convencido de que, más pronto que tarde, aquel bastardo pagaría por todo el daño ocasionado a aquella pobre jovencita.

Se giró cuando su compañero, el agente Madison, regresó de los archivos para mostrarle un artículo que había encontrado en la hemeroteca de la comisaria.

—Jack, sabes que me estoy jugando el pescuezo por ti —inquirió mirando con preocupación a su compañero y amigo—. Te han retirado la placa y sigues suspendido de empleo y sueldo…

—¡Joder, Brad! Sabes que no pienso delatarte… parece mentira que todos estos años no te hayan servido para saber que no soy de esa clase de tipos.

—Lo sé, lo sé… sólo que los chicos comentan…

Jack se carcajeó sin dejar de mascar el chicle ruidosamente para luego añadir a su comentario:

—Mackenzie, como siempre, echando mierda a sus compañeros. No esperaba menos de él.

En ese momento otro agente se acercó y ambos trataron de disimular charlando de cosas triviales hasta que de nuevo se quedaron a solas. Fue entonces cuando Brad le mostró lo que el detective Owen había ido a buscar.

—Mira.

Abriendo el libro por la página cuarenta y tres, señaló con el dedo índice el enunciado de un artículo de sociedad.

Comenzó a leer:

—Once de julio de 2008. Subasta en el prestigioso Hotel River Place en New Jersey.

Deslizó la yema del dedo por la hoja hasta dar con lo que buscaba y luego prosiguió.

—En este acto se subastaron las únicas diez unidades que existen en el mundo de plumas estilográficas de oro macizo con diamantes incrustados de la marca Faber-Castell, con un precio de salida de 93.000 dólares americanos.

Jack Owen soltó un silbido y luego sonrió con plenitud.

«¡Ya te tengo…! Ahora sólo tengo que descartarte de entre los diez ricachones de la lista… Por fin, el círculo se va cerrando y… al mismo tiempo se van abriendo las rejas de tu celda…»

34

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

El lento transcurrir de las horas hacía languidecer sin compasión los ánimos de Noah. Sentada en uno de los incómodos bancos de madera de la sala de espera, rezaba sin descanso para que alguien del personal médico le diera noticias esperanzadoras sobre el estado de Colin Wilde, quien había entrado en quirófano hacía más de dos interminables y angustiosas horas.

De repente, un súbito pensamiento invadió su mente. ¿Quién podía detestar tanto a Colin como para desear su desgracia? ¿Alguien de su entorno? ¿Tal vez de su pasado?

Meditando en silencio, cerró los ojos unos instantes tratando de concentrarse, buscando una posible conexión entre Colin y los agresores.

Poco después, los volvió a abrir atónita, había tenido una especie de revelación.

Con diligencia, buscó el número de teléfono de su amiga Clöe en la agenda de contactos de su iPhone. Ansiaba respuestas y, de una forma u otra, pensaba encontrarlas.

—Hola, Clöe —pronunció nada más descolgar, pero el chirriante sonido de un claxon interfirió en la conversación—. ¿Clöe?

—Me pillas en un jodido atasco… —masculló taponando con un dedo el orificio del oído—. Apenas puedo oírte, ¿qué te pasa? ¿Dónde estás?

Noah guardó silencio unos instantes antes de responder tratando de mantener la calma.

—En el Albert Einstein Medical Center —dijo con reticencia, haciendo una breve pausa intencionada para luego retomar sus palabras. Quería conocer su reacción, para determinar su grado de implicación en lo acontecido—. Un par de maleantes han dado una tremenda paliza a Colin. Ahora mismo está en quirófano y aún no sé nada de su estado.

—¡¿Cómo?! —exclamó dubitativa mostrándose sorprendida, aunque aquel tono de voz y la pésima interpretación la delataban.

A nadie más salvo a ella le había confesado su furtivo encuentro con Colin. Por lo que, inexorablemente, la sombra de la duda recayó sobre Clöe como una pesada losa.

—Parece ser cosa de una venganza; por lo visto, alguien quiere verlo muerto.

—Pero… ¿por qué?

—Eso es lo que pretendo averiguar —aseguró con firmeza.

Clöe tragó saliva costosamente, se le había secado la garganta.

—¿Cuándo podríamos vernos? Necesito hablar contigo —le preguntó Noah a su amiga, quien tardó unos instantes en responder. La pregunta la había cogido por sorpresa.

—Pues… —divagó—. No tengo una tarde libre hasta… el viernes. —No pudo mentirle.

—El viernes me va bien. ¿Comemos juntas?

—De acuerdo, ven a mi casa.

Noah sonrió.

—Tendrás que darme las señas. No las recuerdo.

—Vivo en John F. Kennedy Boulevard 19th Street. Aunque preferiría que nos reuniéramos mejor en una cafetería a las afueras.

—Por mí no hay problema.

Abrió su agenda y, tras anotar la dirección, se despidieron.

35

Bellevue Hospital Center, Manhattan

Sentada en la butaca, Daniela se había quedado dormida sin darse cuenta. Tenía medio cuerpo reposando en un lado de la cama mientras se aferraba con vigor a una de las manos de su madre.

Un débil susurro la hizo despertar de su breve letargo.

—Daniela…

La temblorosa mano de Jessica empezó a acariciar con suavidad el pelo de ella.

—Mamá…

Alzó la vista y ambas se miraron durante largo rato antes de romper a llorar mientras se fundían en un clamoroso abrazo. En seguida una magia especial las envolvió, como si se tratara de un halo invisible que únicamente ellas podían sentir.

Cuando por fin retomaron el aliento y lograron recomponer en parte el ánimo, Jessica bajó la vista, admirando la redondez que ya era más que evidente. Daniela no tardó en cogerle la mano para cubrir con ésta su vientre.

—Desearía tanto conocerla…

Daniela ahogó un quejido al tiempo que una desoladora punzada le atravesó el pecho llegando hasta su corazón.

—Por supuesto que conocerás a Alba —añadió de forma lacónica con lágrimas contenidas en los ojos—. Vas a curarte y vas a vivir. No puedes abandonarme, no ahora que tanto te necesito.

—Mi niña… —Le secó las lágrimas con la yema de los dedos y luego le acarició la mejilla lentamente—. Pienso luchar y no voy a rendirme, pero… me siento ya muy agotada…

—Escúchame —sorbió por la nariz antes de continuar—: Eric y yo hemos estado hablando y ambos hemos acordado trasladarnos a Manhattan. Viviremos aquí hasta que nazca el bebé.

Los ojos de Jessica se abrieron acompañados de una candorosa y dulce sonrisa.

—Te necesito, mamá… Llevo toda la vida esperándote…

36

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

Las horas parecían haberse detenido en aquel banco de madera de la sala de espera del Albert Einstein Center. Pese al agotamiento, Noah continuaba inmóvil, esperando aún sin noticias. Era incapaz de abandonar aquel lugar, no podía abandonar a Colin.

Las lágrimas, sin previo aviso, comenzaron a rodar con rapidez por su rostro, presa de la impotencia. No le importaba lo más mínimo el pasado tortuoso que pudo compartir con él, ni los motivos por los que la obligó a alejarse de él. Lo único que necesitaba, anhelaba y ansiaba con todas sus fuerzas era volver a verlo de nuevo.

De repente, unos pasos se detuvieron a escasos centímetros de su lado y, alzando la vista, se encontró con una mano que le tendía amablemente un pañuelo de algodón con un delicado estampado Paisley.

Noah, tras suspirar hondo, levantó la barbilla hasta encontrarse con la oscura mirada del dueño de aquella prenda. Era Frank, el joven de la cafetería.

—Gracias —susurró cogiendo el pañuelo y secándose las lágrimas con éste mientras observaba cómo, tras pedir permiso, él se sentaba a su lado.

Frank la miró con nostalgia y tuvo que contenerse para no llevar la mano a su mejilla y acariciarla; o abrazarla y mecerla entre sus brazos; o besarla… o cuidarla. Sin poderlo evitar, sintió cómo se le aceleraban los latidos y cómo su respiración se descompasaba. Trató por todos los medios de calmarse, pero fue del todo inútil. Ya no tenía fuerzas. No soportaba por más tiempo tenerla tan cerca y que no fuera capaz de recordarlo.

Inspiró hondo lentamente. Había llegado la hora de confesárselo todo.

Había llegado el momento de desnudar su alma ante ella, a sabiendas de que aquel acto suicida lo arrastraría a infaustas consecuencias.

Al devolverle el pañuelo, una tímida sonrisa afloró en la comisura de los labios de ella en forma de agradecimiento.

—Eres lo más parecido a mi ángel de la guarda, siempre estás cuando más lo necesito: antes, mi diario, y ahora, tu compañía.

Frank se perdió en su mirada azul unos instantes antes de hablar. Tragó saliva costosamente y guardó el pañuelo en el bolsillo derecho de su cazadora de cuero.

—Me recuerdas a una persona que conocí hace un tiempo…

Noah abrió la boca, asombrada. Desde el segundo encuentro, había sentido lo mismo, sólo que no lograba descifrar dónde ni cuándo. Se colocó un mechón tras la oreja y añadió:

—Hay algo en ti que me resulta familiar… pero no sabría decir a ciencia cierta qué es…

El corazón de Frank dio un pálpito y, después de pasarse la mano por el pelo, se aclaró la garganta antes de continuar, perdiéndose en su mirada.

—¿Crees en el destino?

Alzó una ceja, intrigada por su pregunta, y luego respondió casi al instante.

—Creo en las personas y en el poder de cambiar las situaciones.

Frank sonrió.

Reconocía que, bajo ese halo de inseguridad, seguía luchando por salir la Noah de siempre.

—Me da la sensación de que hay algo de tu pasado que no te deja avanzar… —Ella lo miró

estudiando cada uno de sus gestos y luego prosiguió—: ¿Una persona importante, tal vez?

Su reacción no se hizo esperar. Frank se removió incómodo en el banco de madera. Sus manos comenzaron a sudar ligeramente. Había dado de lleno en la diana.

—Todos tenemos un pasado…

—Todos, excepto yo —confesó ella bajando la vista a sus manos. Luego se miró las marcas transversales que rodeaban sus muñecas y, tras reseguir las cicatrices con la yema de su pulgar, las ocultó bajo los puños de la manga de la camisa—. A veces… temo recordar.

Alzó de nuevo la vista a los ojos de él, quien la observaba en completo silencio.

—Mi instinto me dice una y otra vez que lo que podría descubrir no sería de mi agrado.

La honestidad de sus palabras le traspasó el alma. Se dio cuenta de que aún no era el momento preciso para confesarle la verdad. Era preferible permanecer a su lado y así, poco a poco, día a día, llegar de nuevo hasta su corazón.

—Por muy doloroso que sea nuestro pasado, lo necesitamos para seguir con nuestro camino. Somos la suma de nuestras vivencias. Tanto malas como buenas. —Él hizo una breve pausa antes de seguir, tratando de apaciguar su angustia—: Todos tenemos cicatrices en el alma…

Noah abrió los ojos, desconcertada. Se lo quedó mirando boquiabierta; aquella frase… juraría que la había pronunciado antes en alguna ocasión.

De pronto, la conversación fue interrumpida por uno de los cirujanos que habían estado presentes en la operación de Colin Wilde.

Noah se levantó del banco casi de un salto al ver aproximarse al doctor. Y mientras lo observaba, entrelazó sus dedos en forma de ruego, sin ser consciente de ello.

El doctor Léonard Garoush era un atractivo hombre de unos cuarenta años, de tez morena al igual que su media melena lacia escalada en capas, con grandes ojos verdes, una nariz prominente cuyo tabique se desviaba ligeramente hacia la derecha y unos labios gruesos y carnosos que completaban con armonía la simetría de su rostro.

Cuando éste quedó frente a ambos, esperó unos instantes y, tras mirar a la joven directamente a los ojos, preguntó con un tono grave, profundo y con un peculiar acento francés:

—¿Al final no ha conseguido contactar con ningún familiar?

—No —respondió negando a su vez con la cabeza.

El cirujano se quitó el gorro de operaciones y miró una vez más a Frank.

—¿Es usted amigo del paciente?

—No.

—En ese caso, deberá esperar aquí.

—Claro, no se preocupe.

Noah acompañó al doctor a una de las consultas que permanecía vacía. Una vez en el interior y antes de tomar asiento, ella le preguntó muy alterada:

—¿Cómo se encuentra Colin? —La incertidumbre, el cansancio y las ansias por saber de su estado le jugaron una mala pasada.

—Primero sería más conveniente que tomara asiento —sugirió mostrándole una de las dos sillas que quedaban junto a la mesa de escritorio.

Arrastrando una de éstas, colgó el bolso de uno de los brazos de la silla y luego se sentó como si la madera la abrasara. Su liviano cuerpo había empezado a temblar y un malestar se había adueñado de su semblante. Notaba el paladar apelmazado y una sequedad molesta en la lengua. Le asustaban las palabras que el doctor debía pronunciar, pero tenía que oírlas. Cerró los ojos unos instantes y, cuando los volvió a abrir, sacó fuerzas de flaqueza para armarse de valor.

—Dígame, ¿cómo está Colin? —formuló de nuevo la pregunta, esta vez algo más sosegada.

El doctor Garoush entrelazó las manos tras apoyar los codos en el borde de la mesa. Pese a su amplia experiencia en el campo de la medicina, aún no se había acostumbrado a tener que comunicar malas noticias.

Observó a la joven detenidamente, segundos antes de comenzar a hablar.

—Los fuertes golpes que ha recibido han provocado un aumento de la presión intracraneal, por lo que mi equipo quirúrgico y yo mismo nos hemos visto obligados a someter al doctor Wilde a un estado de coma inducido para salvaguardar su vida y descartar posibles daños cerebrales. —Se detuvo unos instantes para dejar que la joven asimilara la noticia.

Noah era incapaz de articular palabra alguna, ni siquiera de pestañear, salvo porque un par de lágrimas amenazaron con brotar de la comisura de sus ojos y finalmente resbalaron vertiginosamente por sus mejillas.

—Además… —añadió él mientras se aclaraba la voz—... tiene varias costillas rotas. Una de las rótulas se ha desplazado, dañando al cartílago y… le hemos tenido que extirpar el bazo.

Tras acabar de escuchar las pertinentes explicaciones, se cubrió la cara con las manos, desolada.

—No debes preocuparte. —Se atrevió a tutearla—. En estos momentos el doctor Wilde se encuentra estable.

—Y… ¿sería posible… verlo?

El doctor Garoush negó con la cabeza al tiempo que se incorporaba de la silla.

—Me temo que no. Además… si me permites, me gustaría darte mi humilde opinión…

Cuando Noah alzó la vista para unirse a aquellos ojos verdes que rezumaban sabiduría y sensatez, él trató de proseguir sin demasiados ambages.

—Ve a casa y descansa. Te aseguro que será una convalecencia larga y él necesitará que estés fuerte para poder favorecer su pronta recuperación.

Tras aquellas palabras, Noah regresó al lado de Frank, quien aún la esperaba sentado ocupando el mismo lado del banco.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó levantándose y dando un par de pasos hasta quedar frente a ella.

—Me siento algo mareada —respondió llevándose la palma de la mano a la frente—. Ha sido un día muy largo, que estoy deseando que acabe…

Frank miró la hora en su reloj y luego introdujo las manos en los bolsillos.

—He de ir al centro. Si quieres puedo acercarte a tu casa.

—Gracias, pero creo que me vendría bien caminar.

—Bueno, en realidad tengo mi coche aparcado a tres manzanas. Podríamos compartir paseo.

Esperó su reacción antes de proseguir.

—Te invitaría a cenar, pero creo que estás demasiado agotada, así que será mejor que lo dejemos para otra ocasión.

Frank le robó una sonrisa causada por su incesante insistencia.

—Odio cenar solo.

—¿No hay nadie que te espere?

Frank la miró con intensidad a los ojos y luego le confesó:

—Nadie lo suficientemente importante.

Al oír de su boca aquellas palabras, Noah se estremeció sin saber muy bien el motivo, observando cómo la penetrante mirada del joven se ensombrecía.

—En mi casa tampoco me espera nadie importante.

Frank alzó una ceja, sabía que se estaba refiriendo a su marido, Clive Wilson, el infame

causante de las cicatrices de su cuerpo y de su alma.

Ella oyó cómo maldecía entre dientes y luego cómo resoplaba por las aletas de la nariz.

—De acuerdo…

—¿Cómo dices? —le preguntó él sin comprender.

—Que… de acuerdo. Vayamos dando un paseo hasta tu coche.

Frank no pudo evitar regalarle una amplia sonrisa.

Ya en el exterior, él miró hacia el cielo. Al parecer la noche había caído y unas nubes grises ocultaban la luna y el manto estrellado.

Ambos conversaban, caminaban sin prisas, uno al lado del otro.

Noah estaba sorprendida, la presencia de Frank le resultaba demasiado familiar: sus gestos al hablar, aquellos graciosos y sexis hoyuelos que se le formaban al sonreír e incluso la dulzura de su parda mirada.

Pronto llegaron al vehículo, un Maserati Quattroporte GTS de una intensa y brillante carrocería de color negro.

De la misma forma que meses atrás, Noah quedó extrañada. Aquel lujo ostentoso no encajaba con lo que hasta aquel momento había conocido de Frank.

—Fue un regalo que no pude rechazar para no ofender a la persona que me lo entregó.

Él sonrió encogiéndose de hombros. Ella había tenido la misma reacción que el día en que se conocieron.

—Lo que ves es lo que soy —aseguró abriendo los brazos en aspas, mostrando de esta forma su cuerpo, y luego añadió—: sólo soy yo, Frank Evans.

A pesar de su honestidad, Noah no respondió, se limitó a entrar en el vehículo cuando éste le abrió la puerta del copiloto.

Apenas unos segundos después de rodearlo para entrar en el interior, una cortina de fina lluvia empezó a mojar el gris asfalto.

Al respirar, Noah inhaló el inconfundible olor a cuero de los asientos. Cerró los ojos reproduciendo la misma acción: inspirar hondo, con lentitud. ¿Ese olor?

Frank puso rumbo al centro de la ciudad; la fina lluvia había dado paso a una fría y recia tormenta. Los goterones no cesaban de impactar con violencia contra la luna. A medio camino, a la altura de la North 17th Street, una luz ámbar a lo lejos les obligó a detenerse en el margen de la calzada. Al parecer, la vía había sido acordonada.

Frank vio a través de los cristales cómo una silueta tomaba forma entre la oscuridad, a medida que se aproximaba.

Alguien golpeó la ventanilla con los nudillos.

—Buenas noches, señor.

La voz ronca del agente captó toda su atención.

—Buenas noches.

El uniformado echó un rápido vistazo al interior del vehículo, cruzándose con la mirada de Noah.

—¿Qué ocurre? —preguntó Frank.

—Un incendio múltiple a un par de manzanas de aquí. Estamos desalojando el vecindario, ya que hay peligro de derrumbe.

Frank ladeó la cabeza buscando la mirada de Noah, quien permanecía en silencio escuchando las palabras del agente.

—¿Y no podríamos desviarnos por otra vía?

—Negativo. La North 16th Street está cerrada al tránsito. Su sistema de canalización de

alcantarillado ha reventado por la tormenta. Y la 18th también está inaccesible…

—Entonces… ¿qué nos propone?

—Pueden dejar el vehículo estacionado y caminar bajo la lluvia, o esperar a que los de evacuación acaben con su trabajo.

Frank miró el cielo. No parecía que la tormenta fuera a remitir.

—De momento, creo que esperaremos aquí —respondió mirando a Noah como si esperara su aprobación.

—De acuerdo, esperaremos un rato —añadió ella, con seguridad.

—Como quieran.

Tras despedirse, Frank cerró la ventanilla y, para hacer la espera más amena, encendió el reproductor de CD. Pronto, la canción Wings, de Birdy, acompañada de una incesante lluvia como telón de fondo, empezó a sonar en aquella reducida estancia.

Sunlight comes creeping in,
illuminates our skin.
We watch the day go by,
stories of all we did.
It made me think of you,
It made me think of you,
[…]
Oh, lights go down in the moment
we're lost and found.
I just want to be by your side,
if these wings could fly,
for the rest of our lives.

(La luz del día entra arrastrándose,
ilumina nuestra piel.
Vemos el día pasar,
historias sobre todo lo que hicimos.
Me hizo pensar en ti,
me hizo pensar en ti.)
[…]
(Oh, las luces se apagan justo en el momento
en el que nos encontramos después de perdernos.
Yo sólo quiero estar a tu lado,
si estas alas pudieran volar,
por el resto de nuestras vidas.)

Poco después, el cansancio venció la batalla a Noah, que cayó en un sueño profundo sin darse cuenta.

El rostro de Noah reposaba sobre el hombro de Frank, quien había permanecido despierto en todo momento.

Al haber descendido la temperatura, el frágil cuerpo de Noah empezó a tiritar. Al observarla y darse cuenta, elevó el termostato y no dudó en rodearla con sus brazos y estrecharla entre sus pectorales para que recuperara de nuevo el calor corporal.

Frank sonreía mientras acercaba una de sus manos a su larga melena cobriza para acariciarla y

le susurraba una única palabra al oído, una que para él… lo significaba todo:

—Recuérdame…

37

Noah Anderson se descalzó y dejó los zapatos en el umbral de la puerta antes de entrar de puntillas y con sigilo en el despacho de su marido. Quería darle una sorpresa, aquel día hacía justo un mes que habían contraído matrimonio y estaban intentando tener descendencia.

Clive Wilson le daba la espalda, pues prestaba toda su atención a unos importantes documentos que debía presentar aquella misma tarde ante el Comité Doctoral.

Con la sonrisa dibujada en su precioso rostro, ella le tapó con delicadeza los ojos con ambas manos.

—¿A que no divinas qué día es hoy? —le preguntó ilusionada.

Clive se sobresaltó y, al hacerlo, la pluma estilográfica, una Faber-Castell, voló por los aires y cayó sobre los folios con tal infortunio que el plumín de oro se desprendió, manchándolo todo de tinta.

Cuando Clive apartó las manos de ella con desprecio y observó el estropicio que había causado, arrastró la silla y, levantándose como un feroz toro bravo, se plantó frente a ella para girarle la cara de un sonoro bofetón.

Noah cayó al suelo, aturdida.

Era la primera vez que alguien le pegaba. Era la primera vez que su marido le ponía la mano encima…

Con lágrimas en los ojos, se llevó la palma de su mano a la mejilla, que ardía como mil demonios, al tiempo que sentía cómo la cálida sangre que brotaba de su labio partido se deslizaba rauda por la curvatura del mentón hacia el cuello de la blanca camisa, tiñendo ésta de una intensa tonalidad carmesí.

—¡Te lo advertí, Noah! ¡Te prohibí la entrada a mi despacho!

—Sólo… pretendía… darte mi regalo… —sollozaba mientras le mostraba una elegante corbata de seda en tonos azulados con rayas diplomáticas.

—¡Cállate! —gritó golpeándose a sí mismo en la frente con insistencia queriendo expulsar las voces que creía estar escuchando en el interior de su cabeza.

Noah se limpió como pudo la sangre y, tapándose la herida con una de las manos, trató de incorporarse. Cuando estuvo en pie, Clive la miró con ira y, arrebatando la corbata de su mano, volvió a golpearla en la cara.

Esta vez la joven se derrumbó abatida ante la impúdica mirada de su marido, quien, tras tirar la corbata al fondo del cubo de la basura, la agarró del pelo obligándola a levantarse del suelo.

—¡Levántate!

Tras arrancarle un par de mechones, ella gritó a pleno pulmón dejando de llorar.

Cuando estuvo situada de nuevo frente a él, cerró los párpados mientras sentía el sabor metálico de su sangre mezclado con el salado de sus lágrimas. Notó cómo poco a poco el labio se le adormecía.

Trató de abrir los ojos, pero no podía, todo permanecía borroso y las escasas imágenes que lograba descifrar giraban como un tiovivo a su alrededor.

—¡Mírame!

Noah, mareada, abrió los párpados lentamente.

—Lo que voy a hacer ahora vas a agradecérmelo para el resto de tu vida… Los malos

comportamientos, siempre... y repito… siempre, conllevan un castigo…

Todo su cuerpo empezó a temblar de forma desmedida. Aquella perturbada mirada cargada de resentimiento la había paralizado.

Noah no perdía de vista a su marido mientras éste cogía un cigarrillo a medio fumar que reposaba sobre el borde de un cenicero. Al regresar a su lado, dio una larga calada para avivarlo y luego, sin previo aviso, le abrió la camisa, haciendo saltar todos los botones para dejar al descubierto su delicada lencería y su inmaculada piel.

Hubo unos segundos previos, unos intensos y angustiosos segundos, en los que ella consiguió leer en sus ojos sus encarnizadas y crueles intenciones.

—¿Qué es lo que pretendes hacer con el cigarrillo?

Él no le respondió, se limitó a realizar una mueca burlesca y luego atrapó ambas muñecas con una sola mano, sometiéndola a su fuerza y a su voluntad.

Ella trató de zafarse de su amarre, sin éxito, mientras horrorizada era testigo de cómo daba una nueva calada para después apagar la colilla sobre la piel desnuda de su pecho derecho…

Un desgarrador grito aniquiló el silencio sepulcral de aquella fría madrugada del mes de enero.

Noah abrió los ojos, desprendiéndose presurosa con extremo terror de los brazos de Frank.

Con el corazón amenazando con salírsele del pecho y su trémulo cuerpo agitándose entre feroces espasmos, lo miró obnubilada. Aún podía oler su piel quemada, aquel olor hediondo que se colaba por sus fosas nasales y viajaba hasta lo más profundo de su ser.

Se llevó la mano sobre el pecho, presionándolo con fuerza, clavando las uñas hasta que el dolor se volvió inaguantable, como si la quemadura se hubiese producido en aquel preciso instante.

—Tranquilízate, Noah… —le susurró acercando su mano para tratar de calmarla.

—¡No te acerques, Clive! ¡No me toques! —le gritó, creyendo que se trataba de su marido.

Se arrinconó presa del pánico, realizando un ovillo con su menudo cuerpo y ocultando su rostro entre sus piernas. Toda ella tiritaba horrorizada. Sus dientes castañeteaban esperando la nueva bofetada, esperando la nueva vejación… esperando el nuevo y merecido castigo.

—No temas… —dijo casi en un susurro imperceptible—. Ya estoy aquí… he vuelto…

Cuando Frank rozó con sus largos dedos su melena, ella alzó la vista y, gritando histérica, lo empujó, lanzándolo con violencia contra el volante. Entre sollozos y con la vista cegada por las lágrimas, abrió la puerta tras varios intentos fallidos.

Su cuerpo cayó sobre un charco que se había formado sobre el pavimento de la calzada. La ropa se empapó al instante, adhiriéndose como un guante a su piel. Pero aquello no la detuvo: apoyó la palma de su mano para incorporarse y, sin mirar atrás, arrancó a correr, huyendo despavorida bajo la incesante lluvia.

Frank salió tras ella.

—¡Noaaaaah! —gritó mientras sorteaba a los viandantes a su paso.

Ella cruzó una de las calles sin siquiera prestar atención, y a punto estuvo de ser atropellada por un todoterreno.

Cuando él por fin logró darle alcance, la atrapó entre sus fuertes brazos obligándola a detenerse en el acto.

Noah empezó a gritar reclamando auxilio, pataleando, golpeándolo, tratando de zafarse.

—¡Déjame marchar! ¡No me hagas dañoooo!

Pese a los continuos golpes y patadas que recibía, Frank no se rindió, persistió en su intento por aplacar su furia. Necesitaba recuperarla. Necesitaba volver a recuperar a Noah, a la mujer de quien se enamoró. Aquella mujer que devoraba la vida, que vivía cada día como si fuera el

último… Así la había conocido y era así como se había prometido recuperarla.

Tras varios minutos, el agotamiento se apoderó de sus fuerzas, sometiéndola poco a poco al abandono de su lucha.

—Chis… cariño, estoy contigo… no te dejaré caer… te sujeto con todas mis fuerzas… — Cerró los ojos musitando con voz queda, la cual le temblequeaba, al igual que todo el cuerpo. Hacía tanto tiempo que no la tenía entre sus brazos que casi había olvidado aquella maravillosa sensación.

La respiración de Noah y los acelerados latidos de su corazón empezaron a ralentizarse paulatinamente.

—Te sostengo… Noah.

Ella pestañeó y poco después se angustió.

Aquella voz no era la de su marido, Clive. Extrañada, miró aquellas manos y aquellos brazos que la asían con fuerza. Tampoco pertenecían a él.

Se giró. Necesitaba ver la cara de su captor.

La lluvia había mojado su pelo negro, cubriendo parte de su frente. Sus vivaces ojos oscuros la observaban en silencio, grandes, brillantes y expectantes.

—¿Frank?

Él abrió los ojos y sintió cómo le faltaba el aire. ¿Lo recordaba?

Acercó la mano para retirarle un mechón y mirar a través de sus ojos, buscando respuestas.

Los segundos parecían haberse detenido y todo había dejado de existir. Ni la lluvia, ni el irritante claxon de los vehículos, ni las miradas furtivas de las personas que caminaban a su alrededor… nada importaba.

Le retiró un nuevo mechón que dejó tras su oreja para después dar un paso al frente y aproximarse un poco más.

Tragó saliva, armándose de valor, deslizando la mano hacia su nuca para atraerla hacia él con la intención de besar sus labios.

Lentamente, alzó la otra mano para unir ambas con firmeza rodeando el cuello de Noah.

«He soñado durante tanto tiempo con este momento… He soñado tantas veces con volver a besarte…»

Inclinó muy despacio la cabeza y, cuando apenas les separaban un par de centímetros, Noah giró el rostro evitando que la besara. La imagen de Colin había asaltado su mente y, con ella, el sentimiento de culpa.

Las esperanzas de Frank se esfumaron en un instante.

Abatido, dejó de sujetar su nuca.

Lo que le hirió no fue su rechazo, sino que siguiera siendo un completo extraño para ella.

Noah dio un par de pasos atrás al tiempo que le suplicó, sin volver a mirarle a los ojos:

—Llévame a casa, por favor…

* * *

A aquellas horas de la madrugada, los equipos de evacuación habían conseguido despejar las calles, dando vía libre a los vehículos que permanecían detenidos al pie de la calzada.

La lluvia había dado una pequeña tregua a la ciudad mientras que un angustioso silencio les acompañó durante todo el trayecto de regreso.

Noah se mantuvo distante, absorta en sus propios pensamientos, ignorando las miradas furtivas que de tanto en cuanto le lanzaba Frank. Quería comprobar su estado de ánimo y cerciorarse de que no sufría una nueva alucinación.

Recordaba con asombrosa exactitud cada palabra, cada gesto, cada mirada de la persona que

supuestamente le había ocasionado aquellas quemaduras.

¿Fue realmente su marido? ¿O acaso había sido fruto de su propia imaginación?

Le aterraba pensar en el mero hecho de que Clive fuese el responsable de aquella barbarie. ¿Quién en su sano juicio provocaría tanto sufrimiento y dolor a otro ser? Sin duda, un ser demencial y perturbado.

Al llegar al destino, Frank detuvo el vehículo junto a la acera. Tras girar la llave en el contacto se acomodó en el asiento para poder mirarla a los ojos. No soportaba verla sufrir y mucho menos si el causante era el malnacido de su marido. Odiaba a ese bastardo, como se odiaba a sí mismo por permitir que regresara junto a él sin tratar de impedírselo.

Noah, al notar cómo él la observaba, ladeó la cabeza para regalarle una media sonrisa antes de disponerse a abrir la puerta. Justo en ese preciso instante, él la agarró del brazo teniendo cuidado de no hacer demasiada presión para no asustarla.

—Necesito saber que vas a estar bien.

Ella agachó la cabeza respirando hondo, evitando de este modo contestarle con la mirada; iba a mentirle y no quería ser descubierta.

—Sí, estaré bien. No te preocupes.

Y dicho esto, dio por concluida la conversación.

Abrió la puerta y salió aún con la ropa empapada, adherida a su cuerpo, y su pelo goteando todavía algún resto de lluvia.

Frank la siguió con la mirada, no quería perderla de vista… no tan pronto.

Cuando ella ancló la llave en la cerradura y giró el bombín, él aguardó impaciente.

—Gírate, vamos… gírate… Noah… —repetía casi suplicante.

Y como por arte de magia, así lo hizo.

Se dio la vuelta lentamente y, alzando la mano en forma de despedida, le sonrió con gratitud desde la distancia.

—Gracias. —Creyó leer aquella palabra en sus labios.

Frank le devolvió la sonrisa, contagiado. La mirada se le iluminó al instante. Quizá no todo estuviera perdido. Tal vez aún hubiera un ápice de esperanza y algún día llegara a recordarlo de nuevo. Quizá…

Frank maniobraba con destreza pese a las altas horas de la madrugada, del estado somnoliento y de las reducidas dimensiones de la plaza de parking subterráneo del The Rittenhouse Hotel, ubicado a pocas manzanas de la casa de Noah.

Al poco, apagó el equipo de música y, al recoger la bandolera que yacía en el asiento trasero, se percató de que había algo tirado en el suelo, sobre la alfombrilla de PVC de color negra.

Se inclinó para recogerlo. Se trataba de aquella especie de diario que Noah guardaba tan celosamente y en el cual mencionaba cada uno de los escasos recuerdos que había tenido desde que despertó del coma.

Cuando apoyó de nuevo la espalda en el asiento, éste se abrió justo por la mitad, dejando al descubierto unas anotaciones.

No era su intención husmear entre sus recuerdos pero, cuando se disponía a cerrar la cubierta del libro, vio su nombre entre las primeras líneas del texto.

Su mirada, ajena a la voluntad y a las órdenes de su cerebro, comenzó a leer:

(Albert Einstein Medical Center)

Mi marido me ha prohibido que él continúe con mi tratamiento. No se da cuenta de lo importante que él es para mí y para mi recuperación.

Pero yo le he desobedecido.

Porque necesito verlo, por dos motivos: el primero, porque me intriga. Dice conocer la forma de ayudarme a recordar mi pasado, y el segundo… el segundo es no poder ignorar por más tiempo el deseo que siento por él…

(Cafetería del Albert Einstein Medical Center)

Hoy me ha vuelto a pasar lo mismo que ayer con Frank, el chico de Manhattan. Su mirada, sus gestos, todo en él me resulta demasiado familiar, pero no logro recordar nada más.

Su presencia me transmite una extraña sensación que no sabría con exactitud cómo definir; simplemente me hace sentir bien cuando estoy a su lado.

Quién sabe… quizá nos hayamos conocido en otra vida…

Frank cerró el diario con ambas manos, ya había leído bastante, ya se había adentrado demasiado en sus pensamientos.

Alzó la mirada y sonrió.

Le faltaba la respiración y el corazón le latía a un ritmo frenético.

Aunque ella aún no lo recordaba, aquélla era la prueba de que, en lo más recóndito de su mente, él permanecía en sus recuerdos.

Tiempo. Sus recuerdos necesitaban tiempo. Y él pensaba esperarla toda la eternidad… si con ello volvían a estar juntos.

38

Bellevue Hospital Center, Manhattan

Gabriel salió al exterior para despejar su mente y fumarse un cigarrillo. Dobló las rodillas y se sentó en el suelo, justo en el borde de la acera. Tras encenderse uno, guardó de nuevo la cajetilla en uno de los bolsillos interiores de su cazadora de cuero marrón.

Sujetándolo con los labios mientras lo prendía, dio un par de caladas con lentitud y comenzó a fumarlo ausente, con la mirada al frente y perdida en ninguna parte.

A medida que los días avanzaban, la salud de Jessica se resentía un poco más. El doctor Etmunt le había explicado cuál sería el siguiente paso a seguir para estabilizar el sistema inmunitario de su paciente. Aquel tratamiento era denominado refuerzo, y consistía en reunir más células madre del donante para reducir el número de linfocitos T, extrayendo de esta forma los glóbulos blancos que causaban la GVGD. Como toda parte positiva, conllevaba una negativa; en aquel caso, no conseguir ponerse en contacto con el donante anónimo, quien no daba señales de vida.

Al dar una última calada, Gabriel aplastó la colilla contra el suelo como si se tratase de una cucaracha y luego se frotó con fuerza la cara con las manos.

—No quisiera estar en el pellejo de la persona que en estos momentos perturba tu mente, amigo…

Eric tomó asiento a su lado, dándole un par de palmaditas en la espalda.

Gabriel le lanzó una mirada flamígera y se echó a reír con sorna.

—El muy cabrón ni siquiera merece ser mencionado. Por mí, que el muy cobarde se pudra en su escondrijo —alegó sintiendo cómo le ardían las entrañas al recordar a John Orson, el padre de Jessica.

Eric silbó.

—Sabes que puedes contar conmigo. Soy pésimo con las mujeres pero creo que nunca te he fallado como amigo.

Gabriel le sonrió agradecido.

—Gracias, pero es algo que debo resolver yo solo y… cuanto antes, mejor.

—Aún así, aquí me tienes. Daniela y yo hemos decidido quedarnos a vivir en Manhattan hasta que nazca Alba o hasta que…

Eric se quedó en silencio, arrepintiéndose de lo que estuvo a punto de pronunciar: «O hasta que Jessica fallezca...».

De repente, unos pasos se acercaron tras ellos al tiempo que Gabriel se incorporó para lanzar la colilla al interior del cubo de la basura.

—Si despierta Jessica, decidle que… —Gabriel hizo una pequeña pausa tragando saliva. Le esperaba un largo camino y a la vuelta rezaba porque su estado no fuera crítico—… decidle… que la quiero.

—¿Te vas?

—Sí, Daniela.

Ella lo miró consternada, sus ojos reflejaban tristeza.

—Regresa pronto… mi madre te necesita.

—Estaré de vuelta lo antes posible —sonó a promesa.

Gabriel besó a Daniela en la frente y después sostuvo la mirada a su amigo.

—Por favor… cuida de ambas, Eric.

Y sin añadir ni una sola palabra más, se marchó del Bellevue Hospital Center en busca de su Ducati 1199 con un arduo propósito entre ceja y ceja: ponerse cuanto antes en camino para zanjar de una vez por todas aquella inconcebible situación.

39

Old City, Filadelfia

Los nudillos de Noah golpearon con insistencia la superficie plana de la puerta del apartamento de su hermano Jonathan.

En seguida, él abrió la puerta, asombrado pero a la vez alegre por su inesperada presencia. Iba vestido únicamente con un pantalón de pijama de tela morado, cuya cinturilla se ajustaba a sus caderas mediante un cordón.

—Qué agradable sorpresa.

—Perdona por presentarme sin avisar.

—No te preocupes. Te dije que podías venir siempre que lo necesitaras, peque.

Noah suspiró.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó escudriñándola con la mirada, meditabundo.

Noah quiso contestarle, pero una figura atravesó el salón desviando su atención hacia aquellos movimientos.

—Si no es buen momento…

Jonathan giró la vista y, alzando la mano, lo saludó.

—¡Ah! Pero si es Vincent —le dijo sonriente.

Ella arrugó el entrecejo.

Lo miró sin comprender. No lo recordaba.

—¡Dios mío! —exclamó golpeándose la frente con la palma de su mano—. Perdona, es cierto… no lo reconoces… él es mi pareja.

Miró a su hermano anonadada. ¿Su pareja? Y por lo que daba a entender, ella era conocedora de aquella relación.

Jonathan acabó de abrir la puerta, invitándola a pasar al interior.

—Pasa, no te quedes ahí.

Cruzó el umbral, encontrándose con la mirada gris de Vincent, quien, acomodado en el sofá con las piernas cruzadas, daba unos sorbos a una taza de café recién hecho.

—Ven, Noah. —Sonrió amablemente mientras palmeaba sobre la superficie del mullido cojín —. Me alegra tenerte de nuevo entre nosotros.

Ella miró primero a Jonathan y luego a él, dubitativa, esperando una aprobación.

—Voy a hacer más café —dijo desapareciendo y dejándolos a solas.

Vincent se carcajeó.

—No muerdo, Noah… O, al menos, no acostumbro.

—Lo siento. —Sonrió a medias—. No esperaba encontrarme con su pareja.

—Y que ésta fuera un hombre… —aclaró, sin darle mayor trascendencia.

—Te ruego disculpas. No… pretendía ofender. Es sólo que… no te recuerdo.

—No te culpes. Pronto me recordarás… —se burló—. Soy un espécimen difícil de olvidar, te lo aseguro.

Vincent se incorporó para luego añadir:

—Pero eso será en otro momento. —Comprobó la hora en su reloj de pulsera—. Ahora me esperan y llego tarde, como de costumbre.

Pasó por su lado para atrapar la cazadora que colgaba de uno de los ganchos del perchero en forma de número romano para luego regresar y sorprenderla con un par de sonoros besos, uno en cada mejilla.

—Sigues utilizando la misma fragancia y eso me encanta porque el primer frasco te lo regalé yo.

Noah abrió los ojos sorprendida por ese arranque de sinceridad. Daba a entender que ambos habían mantenido una estrecha amistad en el pasado.

—Te he echado de menos, Noah. Recé cada día porque regresaras, sana y salva.

Vincent lanzó una mirada furtiva a la cocina para luego susurrarle al oído:

—Jonathan… ha empeorado. No te ha contado nada para no preocuparte, pero… yo creo que debes saberlo.

Cuando él se apartó retrocediendo varios pasos, Noah pudo mirarle a los ojos y darse cuenta de que algo le angustiaba.

—¿Qué le pasa a mi hermano? —se apresuró a preguntar.

—Prefiero que te lo explique él.

Tras sembrar la incertidumbre, caminó hacia la cocina y, despidiéndose con un abrazo de Jonathan, se marchó del apartamento.

El aroma a café recién hecho invadió el diminuto salón en cuestión de segundos. Jonathan apareció sujetando una bandeja de porcelana entre sus manos.

—¿Aún sigues ahí plantada? —Sonrió—. Vincent impresiona, ¿verdad?

—Un poco —le confesó.

—Es un buenazo. Por favor, no le juzgues por su fachada y su desparpajo.

Depositó la bandeja sobre la mesita y empezó a servir el café en ambas tazas.

—¿Con leche y dos terrones?

Ella asintió y, tras inspirar hondo, se sentó a un lado en el sofá para seguir con más detenimiento cada uno de sus gestos y así hallar el momento idóneo para formularle aquella pregunta que la frase de Vincent había gestado en su interior.

Al acabar de rellenar ambas tazas, le acercó una a Noah, quien, tras sujetarla con ambas manos, la depositó sobre la mesita de madera.

—¿Está demasiado caliente?

—No. No es eso…

Jonathan sonrió levemente con amargura.

—Vincent… el muy… —chasqueó la lengua—… por lo visto le ha faltado tiempo para contártelo.

Ella se acercó, acortando las distancias.

—Me ha dicho que… has empeorado —añadió con un hilo de voz.

Su hermano, tras escuchar aquellas palabras, dejó la taza con inapetencia junto a la de Noah. Le habían desaparecido las ganas de tomárselo. Poco después, se puso de pie.

Resopló, empezando a deambular por el diminuto salón con evidente intranquilidad.

—¿Qué ocurre, Jonathan? —le preguntó mientras se incorporaba caminando despacio hacia su lado.

Él no le respondía, se limitada a mirarla en silencio, sosteniendo la respiración, consternado y a la vez molesto.

—Jonathan…

Noah se acercó, dando un paso más. Él la miró, esta vez apesadumbrado, con los hombros decaídos y una expresión inescrutable.

Abrió la boca para hablar, pero los labios le temblequearon ligeramente.

—Por favor, no me asustes… ¿Qué es lo que te pasa?

El joven, tras inspirar hondo y tratar de calmar sus ánimos, pudo responder al fin a su inquietud.

—Soy seropositivo.

Apenas pronunciar aquella palabra, Noah sintió cómo su corazón se encogía al ver el gesto de su único hermano vencido por el ánimo, derrotado.

Con los ojos humedecidos, lo rodeó con sus brazos con firmeza para tratar de aquietar su dolor mientras le acariciaba el pelo con ternura.

40

Ellicott City, Baltimore

El ruido del motor de la Ducati 1199 expiró cuando Gabriel giró la llave en el contacto. Apoyó el caballete, ayudado del empeine, sobre la arena polvorienta del camino serpenteante que conducía hacia la entrada de la finca de los Orson.

Anochecía. El cielo estaba parcialmente cubierto de grisáceas nubes que amenazaban con romper a llover en cualquier momento. La temperatura había descendido algunos grados y Gabriel, tras quitarse el casco, sintió cómo el aire le azotaba dándole la bienvenida a aquellos parajes.

Permaneció unos instantes observando la casa; la última vez que pisó aquel suelo mantuvo una acalorada discusión con John Orson, el padre de Jessica. Recordaba cada palabra hiriente que le vomitó con menosprecio, cada mirada cargada de rencor, cada gesto desaprobatorio por la relación que mantenía con su única hija. Pero nada de aquello lo detendría. Había conducido durante más de cuatro horas por carreteras, caminos y senderos, y no pensaba amilanarse, llegaría hasta el fondo para terminar de una vez por todas con aquella situación.

Depositó el casco en uno de los manillares y caminó con determinación hacia el porche. Al llegar allí, oyó el relincho de un caballo proveniente del establo.

Gabriel miró en aquella dirección. La luz del interior de la cuadra se filtraba por entre las rendijas de la puerta Corton de dos hojas.

De nuevo otro relincho, esta vez más prolongado.

Cuando estuvo justo enfrente, se quitó los guantes de piel e, inspirando hondo para tratar de mantener el temple, entró.

John Orson estaba de espaldas a él, cepillando con extrema dedicación y minuciosidad la crin de un espectacular ejemplar de pura sangre, de un color alazán muy brillante.

El corcel se tensó al notar la presencia de Gabriel a escasos metros de su lado. Dio unos pasos atrás y, cuando John sujetó con firmeza del bozalillo, el semental alzó las dos patas delanteras, provocando que éste cayera de bruces contra el suelo.

—¡Maldito caballo! Debí venderte cuando tuve ocasión.

El animal huyó hasta un lugar más apartado y Gabriel aprovechó para acercarse a John, que farfullaba palabras malsonantes mientras trataba de ponerse de nuevo en pie.

Al arrastrar la suela de goma de las deportivas sobre la gravilla del establo, John se giró en aquella dirección de donde provenía el sonido. Cuál fue su sorpresa cuando, al alzar la vista, se encontró con la mano extendida de Gabriel, que se la ofrecía con la intención de ayudarlo a levantarse.

—¡¿Qué coño haces en mi propiedad?! ¡Largo si no quieres que llame a la policía!

John le apartó la mano de un manotazo y, apoyando su palma en el suelo, se levantó con un impulso para luego sacudirse la ropa, que estaba repleta de polvo.

—He venido a hablar con usted.

—No tengo nada que escuchar.

El hombre lo fulminó con una mirada flameante invadida de odio.

Gabriel apretó la mandíbula hasta hacerla chirriar de impotencia, observando cómo John lo

ignoraba deliberadamente para caminar hacia el alazán, que continuaba rezagado junto a una de las paredes de la cuadra. El equino resoplaba con intensidad por cada uno de los ollares del hocico, seguía atemorizado.

—Chis… Diábolo… —le decía mientras se aproximaba muy despacio evitando mirarle a los ojos para que no se sintiera amenazado—. Vamos, tranquilízate…

John alzó la mano poco a poco para acariciar con paciencia su testuz. Tras ver que el semental empezaba a respirar con normalidad, frotó con la palma desde la cerviz hasta la cruz, para después acercar su cara a la suya y susurrarle palabras al oído.

—Buen chico, Diábolo —añadió sujetándolo de la rienda y de la carrillera, acompañándolo esta vez al interior del establo.

Al girarse, de nuevo se encontró con la intensa mirada verdosa del joven.

—¡¿Qué haces aún en mis tierras?! ¡Laaaargo! —vociferó señalando el exterior.

Varios de los caballos se alteraron. Una de ellas, Flicka, una magnífica yegua de pura raza española, propinó una severa coz al aire seguida de un relincho.

—Sólo te robaré unos minutos, John.

—¡Nooooo! Ya obré en contra de mis principios. No pienso volver a perder más el tiempo por ella. Para mí, mi hija está muerta y enterrada desde hace diez años. Así lo decidió ella.

John desfiló por su lado golpeando intencionadamente el hombro de Gabriel para apartarlo de su camino, quien se giró tras resoplar con fuerza para agarrarlo del brazo.

John se zarandeó para soltarse de su amarre y luego escupió al suelo.

—No merece mi compasión alguien que abandona a su familia y le da la espalda.

Gabriel lo escuchaba en silencio. El odio que sentía por su hija escapaba de cualquier entendimiento racional.

Cuando John Orson pretendía marcharse de nuevo, Gabriel lo agarró del antebrazo, obligándolo a detenerse.

—Aún no he acabado de hablar contigo y juro por Dios que vas a escuchar todo lo que he de decir.

La respiración y el pulso empezaron a acelerársele al instante.

John alzó ambas cejas al sentir cómo la penetrante e intensa mirada del joven atravesaba sus ojos, recorriendo su interior, abrasándolo todo a su paso hasta llegar a sus entrañas.

—Jessica ha empeorado y necesita del donante para sobrevivir. —Retomó aire antes de proseguir, estaba muy nervioso—: Esperaré en esta casa el tiempo que sea necesario para convencerte y no me marcharé hasta llevarte conmigo a Manhattan junto a ella.

John Orson, tras escucharlo, empezó a sonreír con sorna. Poco después la sonrisa se convirtió en risa y más tarde en una chirriante, burlesca e hiriente carcajada.

Cuando acabó de mofarse en su propia cara, lo miró directamente a los ojos y, con la voz serena y el semblante ensombrecido por el rencor, pronunció:

—Se merece morir sola.

Y dicho esto, atravesó el umbral de la puerta y comenzó a caminar sin mirar atrás.

A Gabriel le entraron náuseas, estuvo casi a punto de vomitar.

Por lo visto, aquel ser mezquino y sin alma estaba completamente perturbado. Había decidido que su única hija no sólo pereciera por causa de una de las enfermedades más atroces, sino que, además, agonizase hasta el último de sus días.

Con las manos temblorosas, rebuscó en su cartera. Cuando halló lo que buscaba, corrió tras John y, al darle alcance, le cortó el paso colocándose justo enfrente.

—¡Piérdete de mi vista, pedazo de cretino! —gritó John, quien le apartó de un empujón,

haciendo perder el equilibrio a Gabriel, que se tambaleó, observando cómo éste se marchaba dirigiéndose al porche y alzaba uno de los pies mientras se disponía a subir el primer escalón para entrar en su casa.

—¡Joooohn! —gritó a sólo unos metros de distancia—. ¡Encárgate tú de esto, porque yo no tengo los putos cojones de hacerlo!

Gabriel lanzó una tarjeta a los pies del padre de Jessica, quien, tras echar un vistazo, la pisoteó como si se tratara de un insignificante insecto.

Sin perder más tiempo, corrió a su moto, se colocó el casco y arrancó el motor para desaparecer cuanto antes de aquel lugar y de la presencia de aquel ser miserablemente despreciable.

John esperó a estar solo para agacharse y, con arrogancia, leer la tarjeta.

Funeraria Raymond L. Frost Syce
East Harlem
343 E 116th Street
Nueva York, NY 10029
Estados Unidos

41

Brooklyn, Nueva York

Daniela deshizo la maleta y comenzó a guardar la ropa en el armario. Eric la observaba en silencio desde el umbral de la puerta sin atreverse a entrar. Meditó cada una de las palabras que iba a pronunciar antes de acercarse a ella. La falta de confianza estaba dinamitando su relación, o lo que quedaba de ésta.

—Cariño —le susurró meloso al oído mientras la abrazaba por la espalda—, deja que te ayude. Debes estar agotada. El viaje, el hospital… el embarazo…

—Estoy bien. No te preocupes —repuso algo ausente sin siquiera mirarlo.

Eric la abrazó más fuerte y hundió la cara en su pelo para olerlo.

—Daniela…

Ella cerró los ojos y trató de que las imágenes de Vanesa y él juntos en aquella cafetería del centro de Madrid no la atormentaran, pero era inútil. Por más que lo intentaba, eran una realidad.

Eric quiso besarla, pero ella giró la cara y se liberó de sus brazos.

—Necesito reflexionar sobre lo ocurrido. Para mí no es fácil, deberías ponerte en mi lugar.

—No pasó nada —afirmó con serenidad—. Te lo juro.

Esta vez ella se atrevió a mirarlo a los ojos y, por mucho que le doliera, no vio un ápice de sinceridad en ellos. Estaba convencida de que sus palabras escondían algo más.

La joven siguió poniendo orden e ignorando deliberadamente su declaración de intenciones. Conocía perfectamente a Eric y sabía que haría cuanto estuviera en sus manos para tratar de convencerla. Era capaz de vender hielo en la Antártida. De eso no le cabía la menor duda.

Quitándole un vestido de la mano y dejándolo de nuevo en el interior de la maleta, la sujetó de los brazos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Daniela, mírame.

Ella hizo ademán de bajar la vista al suelo pero él le alzó la barbilla.

—Te quiero. Jamás he querido a nadie como te quiero a ti.

Eric le acarició con suavidad la mejilla para tratar de apaciguar sus temores.

—Déjame asumir mis responsabilidades, permíteme hacerlo bien esta vez. Quiero labrar un futuro contigo y con Alba. Los tres juntos, nena.

Ella no pudo evitar sentirse afligida por todo aquello, pues era también cuanto deseaba.

—Nos imagino criando juntos a nuestro bebé. Me imagino venerándote como a una diosa, amándote hasta hacerte perder la cordura y… envejeciendo juntos.

Una lágrima rodó por su mejilla y él la retiró lentamente con el pulgar.

—Por favor, déjame demostrarte que te quiero. Por favor, merezco que me concedas el beneficio de la duda.

Le brindó una sonrisa triste para acabar de rematar su discurso.

—Vamos, nena. Merecemos ser felices.

Y, de nuevo, la sombra de la duda.

Daniela suspiró y al poco comenzó a llorar.

—Odio verte llorar y que, además, el culpable sea yo.

Eric aprovechó su debilidad para rodearla con sus brazos y acariciarle el pelo con dulzura.

—Conseguiré que vuelvas a confiar en mí y te compensaré por toda la angustia que estás

pasando.

42

Casa de acogida, Manhattan

Gabriel firmó al pie de la hoja, formalizando de esta forma el cuestionario previo a la adopción de Scott Boewly.

Inspiró hondo mientras sonreía con orgullo.

«Scott merece ser feliz y ambos haremos cuanto esté en nuestras manos para que así sea.»

Miró a Paula, de asuntos sociales, mientras deslizaba la hoja de papel por la superficie de la mesa.

—Te recuerdo que aún queda pendiente la firma de la señorita Orson.

—Lo sé —asintió meditabundo—. Ella… se encuentra fuera de Nueva York por asuntos profesionales —mintió. Sabía perfectamente que, si descubrían en qué fase de la enfermedad se encontraba, lo aplazarían o, incluso, denegarían la adopción. Desgraciadamente Gabriel no tenía demasiadas opciones: era inmigrante, joven, sin familia allí, sin precedentes que pudieran abalar su predisposición al cuidado de un menor… Lo cierto era que sería muy complicado.

—Bien. En ese caso, lo guardaré en la carpeta junto a los demás informes a la espera de su firma, para enviarlo cuanto antes al Juzgado de Sucesiones.

—Y… ¿cuánto tiempo llevará el proceso?

—Como ya os comenté en su momento, todo supone muchos trámites burocráticos. Además, Scott es un niño muy especial, que necesitará de medicación y asistencia psicológica durante la mayor parte de su infancia.

Gabriel inspiró hondo, algo decaído.

Ella, por el contrario, sonrió levemente mientras cerraba la carpeta y la colocaba sobre una enorme pila junto al resto de las demandas de adopción.

Instantes después, ella prosiguió.

—Hablo en nombre del centro cuando insisto tanto en que debemos cerciorarnos de que Scott estará en buenas manos. Todo control es imprescindible y necesario, ya que su integridad física y emocional están en juego.

—Lo comprendo.

Paula notó la inquietud de Gabriel por verlo, así que se levantó de la silla para ir en busca de Scott.

—En seguida regreso.

Gabriel comenzó a hacer girar el anillo alrededor de su pulgar y a mover las piernas sin ser consciente de ello.

Cada encuentro era un nuevo reto, una nueva incógnita. Nunca sabía a ciencia cierta cómo reaccionaría el muchacho al verlo.

La espera siempre se convertía en una eternidad.

Llevaba meses tratando por todos los medios de borrar de su mente las atroces imágenes de Scott presenciando el asesinato de su padre y las horrendas vivencias cuando estuvo al cuidado de su abuelo, Charly: episodios de podredumbre, de desnutrición, de falta de higiene… y del más absoluto desamparo.

Apenas transcurrieron varios minutos cuando la cabecita de Scott apareció sigilosa atravesando la puerta, acompañado de Paula.

—Mira quién ha venido a verte.

A Gabriel se le iluminó el semblante y un brillo especial se apoderó de su mirada.

Verlo con las mejillas ligeramente sonrosadas, algo más erguido que de costumbre y atreviéndose a mirarle a los ojos sin titubear le llenó el alma de júbilo y de inconmensurable esperanza.

—Ha venido Gabriel —le comentó doblando las rodillas para estar a su altura y así poder observar su reacción—. Ya sabes que tú tienes la última palabra. Tú eres el jefe. Tú eres el único que decide si Gabriel debe irse o quedarse, ¿de acuerdo?

El niño permaneció unos segundos meditando y, poco después, realizó un gesto aprobatorio con la cabeza.

—Bien. ¿Quieres que se quede un ratito a jugar contigo?

Miró a Gabriel, quien, sentado, expectante e inmóvil, lo observaba desde el centro de la amplia sala.

Entonces Scott le sonrió levemente con una sutil y tímida sonrisa, desde la lejanía.

—Quiero quedarme —le susurró a Paula al oído mientras tapaba éste con ambas manos sin dejar de mirar a Gabriel de reojo.

—Vale.

Y dicho esto, Paula asintió y se marchó.

Gabriel aprovechó que estaban a solas para acercarse con cautela, poco a poco. Comenzó a caminar arrastrando la suela de las deportivas y, cuando quedó a un par de metros, se detuvo enfrente.

—¿Te gustó el regalo?

—Sí —respondió casi en un susurro inapreciable, para luego dibujar una nueva media sonrisa.

Aquel precioso e impredecible gesto acabó por robarle el corazón a Gabriel.

—¿La has visto?

El muchacho buscó con gran curiosidad los ojos de él; le había puesto el caramelo en los labios y necesitaba saber más.

—Que si has visto la película de Batman en el cine… —empezó a gesticular realizando movimientos con las manos en el aire—: Surround, noventa decibelios, macropantalla de veintidós metros de largo, palomitas, Coca-Cola, chuches…

Scott lo escuchó con atención y comenzó a relamerse los labios imaginándolo. Al darse cuenta de que la saliva se le escapaba por la comisura, se limpió con la mano y luego abrió un poco la boca para responderle.

—Nunca he ido al cine.

A Gabriel aquel comentario le partió el alma en dos.

—No te preocupes, chaval. Te prometo que de este año no pasa y que irás conmigo al cine. —Se acuclilló un poco y le enseñó el dedo meñique para que lo uniera con el suyo—. ¿Aceptas?

Lo meditó sólo unos instantes, lo necesario para que su corazoncito empezara a golpearle con fuerza en el interior del pecho, dominado por la emoción. Acercó su meñique al de Gabriel y lo enlazó con éste.

Contagiado por el carácter afable y jovial de Gabriel, el chiquillo sonrió.

—Me gustaría mucho ir… si quisieras… llevarme…

Gabriel, por temor a asustarlo, tuvo que reprimir el inmenso deseo que tenía de estrujarlo en un abrazo; aun así, no pudo evitar alborotarle el pelo.

—¿Que si quiero…? —Sonrió negando con la cabeza para poco después proseguir—: Scott, en estos momentos no hay nada en este mundo que me hiciera más feliz que ver Batman contigo.

—¿Y…? —pensó, dudoso.

—¿Jessica?

Scott asintió con la cabeza, ocultando una sonrisa.

—Ella…

Gabriel suspiró con desgana para luego retomar la conversación.

—Si te cuento un secreto…, prométeme no decírselo a nadie.

—Vale —murmuró con nerviosismo.

—Ella está enferma, pero pronto se pondrá bien. Es posible que esta vez no pueda acompañarnos pero, como va a haber muchas más ocasiones, te doy mi palabra de scout de que iremos los tres juntos en cuanto ella se encuentre mejor.

Una lágrima amenazó con brotar de los ojos verdes de Gabriel y Scott, al percatarse, acercó su mano lentamente para retirarla con cuidado.

—Si va a curarse, ¿por qué estás tan triste?

Tras contener el aliento, Gabriel le sonrió con ternura y luego le respondió con un brillo especial en su mirada.

—Pues porque, cuando amas tanto a una persona que incluso te duele, harías todo lo que estuviera en tus manos por estar a su lado hasta el final de sus días… porque darías cuanto tienes por permanecer junto a ella en su último amanecer… porque estarías dispuesto a vender incluso tu alma al mejor postor, si con ello te aseguraran que compartirías el resto de tu vida a su lado… —Hizo una breve pausa, sintiendo cada nueva palabra desgarrar un poco más su alma—. Cuando seas un poquito más mayor y llegue el momento de enamorarte perdidamente, estoy convencido de que sentirás lo mismo que yo y entonces… no permitirás que aquella persona se aleje y desearás que permanezca a tu lado para siempre… A eso se le llama amor.

Scott lo escuchaba con la boca entreabierta sin perder un ápice de aquellas palabras, grabándolas en su mente.

Gabriel, por su parte, le sonrió de nuevo y le removió enérgicamente el pelo.

—Pero ahora mismo no hagas caso de lo que acabo de explicarte —respiró hondo—, ahora lo que toca es rodearte de buenos amigos y compartir con ellos momentos inolvidables.

Lo miró intrigado y luego añadió:

—¿Tienes alguno?

Bajó la vista a sus manos y, mordiéndose las uñas, le confesó:

—Tenía uno.

—¿Tenías?

Scott asintió.

—¿Quién?

Después de la pregunta que formuló Gabriel, alzó de nuevo la vista para mirarlo a los ojos.

—Nicholas… Nick —pronunció con un deje decaído en su tono de voz.

Gabriel se inclinó un poco más.

—¿Ya no os veis?

—No, porque ya no voy a ese cole.

De repente, la puerta se abrió y Paula apareció.

Gabriel miró la hora en la pantalla de su BlackBerry. Como siempre aquella media hora había volado como una exhalación sin darse cuenta.

Paula lo miró muy seria.

—¿Tienes un minuto? Me gustaría comentarte algo.

—Claro. —Contestó él, asintiendo al tiempo que guardaba las manos en los bolsillos.

—Toma asiento mientras acompaño a Scott al comedor, es hora de cenar.

Paula los miró a ambos.

—¿Y bien? ¿Ninguno de los dos piensa despedirse del otro?

Con una sonrisa que podría derretir los icebergs de la mismísima Antártida, Gabriel se acercó al muchacho, ancló las rodillas en el suelo y abrió los brazos en forma de aspa, esperando su reacción.

Paula abrió mucho los ojos y luego parpadeó, repetidas veces.

Scott a día de hoy era incapaz de mostrar en público sus sentimientos, poniendo en duda que incluso algún día lograra hacerlo. Aunque, si era honesta consigo misma, debía reconocer que las continuadas visitas de Gabriel al centro habían conseguido mejorar el estado emocional del niño. Cada vez que se marchaba, le preguntaba con verdadera ansia el día que regresaría para verlo de nuevo, luego corría a su diario y anotaba en éste la fecha para no olvidarse.

La joven quiso interceder para que Scott no se sintiera coaccionado pero, ante su asombro, cuando pretendía amonestar la osada acción de Gabriel, se tapó la boca con las manos al ser testigo directo de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. Scott se había lanzado a los brazos de Gabriel, quien lo estrechó con todas sus fuerzas mientras el crío hundía la cabeza en su firme pecho y él le acariciaba con lentitud el pelo.

Los ojos de Paula se llenaron de lágrimas en un instante.

—¿Cuándo volverás? —le preguntó el chiquillo acurrucándose, ciñéndose aún más a su cuerpo, como si de esta forma pretendiera no separarse nunca más de él.

—Pronto…

Permanecieron un rato más abrazados, hasta que la cálida voz de Paula intervino.

—Scott, es tarde y él debe irse.

Gabriel asintió.

—¿Cuándo…? —le volvió a insistir el niño aún entre sus brazos.

—Muy pronto —le aseguró para luego besarle el pelo, instantes antes de separarse de él y levantarle la barbilla para que lo mirara directamente a los ojos mientras pronunciaba con serenidad estas palabras—: Muy pronto, te lo prometo.

Paula acompañó a Scott por el largo pasillo hasta asegurarse de que se lavaba las manos y se sentaba junto a los demás niños a cenar: sopa de fideos y mero con verduras de segundo.

Al regresar de nuevo a la amplia sala destinada a los encuentros entre los huérfanos y los visitantes, cerró la puerta tras de sí. Gabriel permanecía en pie, junto al ventanal que daba acceso a una pequeña zona ajardinada, la cual albergaba un tobogán oxidado, con varios escalones rotos, y un neumático de camión cuya llanta estaba sujeta por una gruesa soga anudada a la sólida rama de un roble, improvisando un columpio.

—¿Podrías tomar asiento, por favor?

—Claro.

Gabriel caminó hacia el centro de la sala mientras doblaba ambos puños de la camisa hasta la altura del codo y separaba la silla para sentarse en ésta.

—Tú dirás, soy todo oídos.

Ella quitó el capuchón del bolígrafo y, acto seguido, deslizó la bolilla sobre el folio del papel, garabateando lo que se presumían unas palabras.

—El proceso de adopción de Scott no va a resultar un camino de rosas.

Cesó de escribir para mirarle a los ojos con firmeza.

—A todas las complicaciones ya existentes para que Jessica y tú logréis convertiros en los futuros padres adoptivos de Scott, ahora, por lo visto, se suma un nuevo contratiempo.

Él arrugó el entrecejo. Por el tono de su voz, sospechaba que lo que iba a escuchar no iba a ser de su agrado.

—Gabriel, al parecer un familiar ha reclamado su custodia.

—¿Quién?

—Me temo que a esa pregunta no puedo responderte al tratarse de un asunto confidencial.

La situación no podía ser más desesperante. Parecía que el destino se empeñaba en ponerse con todas sus fuerzas en su contra.

43

Albert Einstein Medical Center, Manhattan

—¡¿Adónde te crees que vas?!

Noah se giró al oír tras de sí la voz amenazante de su marido, Clive Wilson, quien permanecía con los brazos cruzados y una mirada flamígera clavándose como espadas en los ojos de ella.

—Me dirijo a cuidados intensivos —respondió con decisión, desafiándolo con la mirada.

La imagen de Colin Wilde asaltó la mente del doctor, quien apretó la mandíbula con tanta intensidad que Noah pudo percibir el espeluznante sonido que emitían sus dientes al friccionar entre sí.

—¡Maldita sea! —gritó, y dio un amenazante paso hacia ella. Luego la sujetó con fuerza del brazo para poco después obligarla de un tirón a acercarse a él y susurrarle al oído palabras teñidas de inconmensurable odio—: Colin Wilde está muerto y enterrado para ti. Olvídate de él o… —Hizo una pausa intencionada mirando de reojo la sala para que sólo ella lo oyera—: O… lo haré desaparecer para siempre.

La profunda y grave voz de Clive, sumada a su advertencia, suscitó un inexorable escalofrío que le recorrió la columna vertebral de arriba abajo.

Noah abrió los ojos de forma desmedida al tiempo que tragaba saliva costosamente.

Al parecer, Clive hablaba en serio. Su tono y su actitud daban por sentado que sería capaz de cumplir a pies juntillas sus despiadadas amenazas.

Instantes después, soltó su brazo con menosprecio, para atrapar su mandíbula con la mano. Apretó los dedos con fuerza y la obligó a levantar el mentón.

—Deja de ponerme en evidencia y empieza a comportarte como lo que eres… ¡mi mujer!

Clive acercó sus labios a su boca, dejando escapar el aliento entre los dientes.

—Volverás a ser mi mujer en cuerpo y mente —insistió él en tono amenazante clavando aún más los dedos en su cara.

Entonces él la besó. Invadió su boca, saqueándola con arrogancia y posesión, demostrándole quién mandaba, quién era el que manejaba la situación.

Horrorizada, pudo sentir por primera vez cómo sus exigentes y húmedos labios se frotaban con rudeza. Trató de apartarse, pero entonces Clive le abrió la boca con la suya y metió su lengua, haciéndola bailar en su interior.

Al cabo de un momento, cuando él se dio por satisfecho, clavó los dedos en su mandíbula y la miró mientras se relamía los labios completamente complacido.

—Grábate estas palabras en tu jodida cabecita: eres sólo ¡¡mía!! —enfatizó con desmesurada soberbia.

Noah se quedó petrificada, anclada en el sitio; tenía el rostro desencajado, la respiración acelerada y las piernas temblequeando. Observó cómo la silueta de su marido se perdía hacia el final del pasillo, entremezclándose con las demás personas.

Arrastró como pudo los pies hasta dar con un banco para sentarse y retomar el aliento.

Tardó varios minutos en empezar a tranquilizarse. Se sentía mareada, todo le daba vueltas y, aunque cerrara los ojos, la enfermiza mirada de él la seguía atormentando.

De pronto, unos pasos se detuvieron a su lado.

—Noah, ¿va todo bien?

Al abrir los ojos y alzar la vista, vio el rostro de Frank que la observaba con preocupación.

—¿Qué ha pasado, Noah?

Ella sorbió por la nariz y, aunque le era del todo imposible articular ninguna palabra, sus ojos sí le respondieron: sentía una mezcla de miedo y de angustia.

Frank dobló las rodillas y, cuando quedó a su altura, alzó la mano con seguridad para acariciar una de sus mejillas. Esta vez ella no lo rechazó porque, por una extraña razón, lo necesitaba.

Durante unos segundos, ambos guardaron silencio. Al poco, ella dijo con los ojos llorosos:

—Antes me aterraba saber sobre mí y mi pasado. Ahora lo que temo es descubrir quién es en realidad mi marido —admitió al fin con voz trémula.

Frank contuvo las ganas que tenía de abrazarla, aunque se muriera por hacerlo. No soportaba verla sufrir y mucho menos si la causa provenía de aquel desequilibrado.

Maldijo en silencio. Maldijo entre dientes recordando sus heridas. Maldijo en voz baja porque Clive aún continuara causándole dolor.

—Vámonos. —Se incorporó de golpe y le tendió la mano.

—¿Adónde? —le preguntó ella extrañada.

—Créeme, ahora mismo cualquier otro lugar será mucho mejor que éste.

Noah dirigió su mirada hacia la puerta de acceso a cuidados intensivos. Colin continuaba allí y no quería dejarle solo.

—No te preocupes, más tarde yo mismo te llevaré junto a él.

Se volvió hacia él y, tras meditarlo, lo miró con gratitud.

—De acuerdo.

Se incorporó con la ayuda de una de sus manos y caminaron en paralelo hacia la calle.

Media hora más tarde, se encontraban frente a las puertas del colegio. El sonido de una campana mostraba el final de las clases. Tras abrirse las puertas del recinto, un gran número de estudiantes salió al exterior. Entre ellos, Charlotte Evans.

La niña, al ver a su padre desde la lejanía, corrió a su encuentro, como de costumbre. Acicalada con un uniforme escolar compuesto de pulóver azul, falda plisada en tonos grises por debajo de la rodilla y unos calcetines blancos que cubrían gran parte de las pantorrillas, se detuvo en seco ante ellos, como si hubiese visto un fantasma; un fantasma de cabellos rojizos.

Dudó unos instantes y, tras cerrar la boca ante la sorpresa, esbozó una amplia sonrisa de oreja a oreja que le iluminó el semblante.

—¡Keeeeelly!

El pelo amarrado en dos graciosas coletas empezó a brincar cuando Charlotte saltó jubilosa al verla después de tanto tiempo. Pero poco le duró la alegría; su padre le aseguró que no se trataba de la misma persona.

—Cariño, ella no es Kelly, sino Noah.

Ella lo miró más extrañada todavía.

—¿Recuerdas una ocasión en la que te expliqué que todos tenemos un doble en alguna parte del mundo?

Charlotte asintió, mirando de reojo a Noah y después a su padre.

—Pues bien, me temo que no es la misma chica que conociste hace un tiempo —suspiró. Odiaba tener que mentirle, pero desgraciadamente no tenía otra opción—. Ya sé que tiene un parecido asombroso, pero ella… no es Kelly.

Ceñuda, no acabó de creer en sus palabras; aun así, se encogió de hombros y abrazó a su padre, rodeándolo por la cintura. Él aprovechó para estrecharla entre sus brazos y besarla en el pelo.

Noah, por el contrario, permaneció meditabunda. ¿Y si era cierto que la niña la recordara? Necesitaba conocer la verdad, hallar respuestas.

—¿Te apetece comida tailandesa? —le preguntó aunque ella continuaba ensimismada, absorta en sus pensamientos.

—¡Síiii! —exclamó Charlotte, dando saltitos de alegría.

Cuando Noah volvió en sí, pestañeó y zarandeó ligeramente la cabeza.

—¿Te encuentras bien? Estás algo pálida —le preguntó sin poder evitar que su tono de voz se envolviera en tintes de preocupación.

—Eh… sí, perdona —respondió sonriendo tímidamente.

—Venga, papi… ¡Vamos al tailandés!

Estirando de su brazo, consiguió una vez más su propósito.

—Dame un segundo, preciosa.

Frank le tendió el juego de llaves y luego prosiguió.

—Entra en el coche, ahora mismo voy.

Siguió con la mirada a su hija hasta que entró en el interior del vehículo.

Una vez a solas, Noah lo miró, librando su propia batalla interior. Inmersa en un océano de dudas, hinchó el pecho y separó los labios, para pronunciar de viva voz lo que le atormentaba por dentro.

—¿Es posible que tu hija no se haya confundido de persona?

Frank quedó helado al instante, petrificado, sin saber qué decir. No podía. No era el momento de confesarle la verdad. No todavía. No podía obligarla a quererlo, no sin recordarlo. No quería interferir en su camino, sino acompañarla en el trayecto. De ser así, lo más probable era que se odiara para el resto de su vida.

Era la segunda vez que se veía en aquella tesitura: enmascarar la verdad.

«Todo a su debido tiempo», murmuró esperanzado para sus adentros, ya más tranquilo.

—Los niños a veces confunden rostros —le contestó sereno, restando importancia al comentario.

Los gestos de Noah se relajaron visiblemente, su teoría era bastante aceptable.

Lo miró divertida y luego pronunció, mordisqueando su labio inferior:

—¿Tailandés? ¿Acaso has mencionado comida tailandesa?

Frank sonrió abiertamente.

—Eso he dicho.

Era evidente que jugaba con ventaja. Conocía a Noah y sabía que sucumbiría ante su gran debilidad: los manjares asiáticos.

—Conozco un restaurante ubicado en las afueras de la ciudad.

—Me gustaría acompañaros.

Frank le sonrió.

Instantes después, realizó un gesto con la mano abriéndole paso entre la gente.

—Las damas primero.

—¡Todo un galán! —se burló ella.

—La mujer debe ser tratada con respeto. —La miró intensamente para luego añadir—: Siempre.

—Cierto… —dijo sin pestañear, pese a sentir un ligero estremecimiento al recordar las horribles quemaduras y marcas que desfiguraban su frágil cuerpo.

En ese preciso instante, Charlotte abrió de par en par la puerta trasera del vehículo, dejando escapar la letra de la animada canción Happy, de Pharrell Williams:

It might seem crazy what I'm about to say.
Sunshine she's here, you can take a break.
I'm a hot air balloon that could go to space
with the air, like I don't care baby by the way.

(Puede ser una locura lo que estoy a punto de decir.
Luz del sol: ella está aquí, puedes tomarte un descanso.
Soy un globo aerostático que podría ir al espacio
con el aire, como si no me importara cariño, por cierto.)

Tomaron asiento y, tras ceñir el cinturón de seguridad a sus cuerpos, Frank se adentró en el caótico tráfico de aquellas horas del día.

Cuando minutos más tarde llegaron al restaurante, fue Charlotte la primera en salir escopeteada para recorrer el interior en busca de una mesa junto a la ventana.

—Parece una niña muy despierta para su edad —dijo Noah subiendo la pequeña escalera de tres peldaños.

—Sí, lo cierto es que a veces me sorprende con preguntas que me ponen en un aprieto —le explicó sonriendo.

Frank se adelantó para abrirle la puerta y cederle el paso.

—Gracias —añadió ella devolviéndole la sonrisa.

Mientras, Charlotte ya se encontraba acomodada en una de las sillas ojeando la carta de postres.

—Cariño, primero pediremos tallarines —le dijo antes de quitarle la carta de las manos y dejarla sobre la mesa.

La niña realizó una mueca arrugando su diminuta nariz y Noah no pudo ocultar una sonrisa mientras guardaba silencio observando a Frank. Le encantaba cómo abordaba con temple las situaciones con su hija. Por lo poco que lo había tratado hasta el momento, todo apuntaba a que podría definirlo como un buen padre.

A lo largo del almuerzo, charlaron y rieron con soltura. Noah se sorprendió; se encontraba tan a gusto con ellos que tuvo la impresión de que aquella no era la primera vez que compartían algo parecido.

La camarera se acercó y depositó la cuenta en la mesa.

Noah alargó la mano para cogerla pero Frank se anticipó.

—Permíteme invitarte.

Sonriendo, ella deslizó la bandejita hacia su lado y luego pronunció:

—Con una condición.

Frank frunció el ceño, con curiosidad.

—¿Cuál?

Noah levantó el vaso y bebió un sorbo de sato, luego lo dejó en la mesa y, buscando sus ojos, le respondió:

—Con la condición de que la próxima vez dejarás que invite yo.

—¿Eso significa que… habrá una próxima vez?

—Quién sabe…

Frank tardó unos instantes en responder. En ese momento era lo único que deseaba: pasar más tiempo con ella para, poco a poco, volverla a enamorar.

Llevó la mano al bolsillo de la americana para buscar la cartera, pero ésta no estaba. Haciendo una mueca, palpó los demás bolsillos, pero no la halló.

—Si me perdonas, he de ir un momento al coche. —Se levantó apresuradamente.

—Claro.

—No os vayáis, ¿eh? —Sonrió mirando a Charlotte—. En seguida vuelvo.

Frank, tras colocarse el abrigo tres cuartos, acomodó la silla y puso rumbo al aparcamiento.

Mientras tanto, cuando Noah se hubo cerciorado de que Frank ya no podía escucharla, aprovechó para acercar su silla a la de Charlotte y formularle la pregunta que ansiaba desde el preciso instante en que escuchó el nombre de Kelly.

—¿Eráis muy amigas Kelly y tú?

La niña enroscó una de las coletas entre sus delgados dedos y luego le respondió:

—Al principio no.

—Y eso, ¿por qué?

—Pues porque era rara —añadió con picardía—: Mi padre y Gabriel al principio la llamaban la vecina rarita.

Charlotte se rio, cubriéndose la boca con las manos.

—Vaya… estoy segura de que se trataba de una chica bastante peculiar.

—Sí —asintió y las coletas comenzaron a danzar a destiempo.

—Y… ¿qué relación guardaba esa chica con… —miró de reojo hacia la puerta antes de continuar con la pregunta—… con tu padre?

Charlotte agachó la cabeza avergonzada y con disimulo empezó a jugar con el dobladillo del vestido.

Noah se dio cuenta de que seguramente entre ambos existió algo más que una mera amistad y quiso averiguarlo.

—Tranquila, Charly —le habló con suavidad—. No le comentaré nada a tu padre, si es eso lo que te preocupa… sé guardar muy bien los secretos.

Noah le sonrió y, cuando ella le devolvió la sonrisa, ésta le guiñó un ojo.

—¿Eran novios?

—Sí.

Noah abrió mucho los ojos.

—¿Y qué fue de ella? ¿Se enfadaron?

—No. Mi papá me dijo que tuvo que irse de Manhattan para trabajar en otro lugar.

—Y… ¿no te dijo dónde?

Charlotte negó con la cabeza y luego se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Hace mucho tiempo que se marchó?

—Mmmm… —murmuró pensativa—. Una, dos, tres… cuatro semanas… —Enumeraba contando con los dedos.

Noah se quedó con la boca abierta y luego parpadeó; casualmente ése era el número de semanas que habían transcurrido desde el terrible incidente en el callejón: cinco.

—Y… ¿recuerdas si Kelly tiene alguna marca en el cuerpo…?

Noah tosió aclarándose la voz, algo tensa.

—Es decir… —observó de nuevo la puerta con nerviosismo—. ¿Alguna herida o… algún tatuaje…?

Charlotte arrugó la nariz, pensativa.

—Pues…

—¿Puedes recordarlo? —insistió removiéndose en el asiento.

Tras meditarlo unos instantes, bajó la vista a sus manos y poco después, como si de una

revelación se tratara, alzó la vista buscando con avidez la mirada gris de Noah.

—Sí, un tatuaje.

—¿Dónde?

De repente, cuando Noah estaba a punto de averiguar más sobre la misteriosa chica llamada Kelly, Charlotte se levantó de un salto de la silla y se lanzó a los brazos de su padre.

—Papi, no quiero volver al cole, quiero quedarme contigo…

—No puede ser, cielo —dijo dejándola en el suelo—. Ya hemos hablado de esto antes, debes ir a clase para convertirte en una señorita.

—No quiero ser ninguna señorita —protestó.

Charlotte puso morritos y cruzó los brazos.

—Pues me temo que no te queda otra, jovencita —repuso Noah inclinándose para estar a la misma altura y mirarla a los ojos—. Además, ¿sabías que las señoritas pueden tomar el té mientras comen galletitas y hablan sobre chicos?

Noah alzó la vista y guiñó un ojo a Frank para que le siguiera el juego.

—Eso es cierto, princesa.

A la niña se le iluminó la cara. Hasta el momento no había tenido la ocasión de hacer cosas de mayores y aquella proposición era demasiado apetecible para desaprovecharla.

—Hagamos un trato —le dijo ella animada—. Tu padre y yo te acompañamos a la escuela y este fin de semana… te vienes a mi casa a tomar el té y a comer galletitas.

Frank sonrió; por lo visto Noah ya se había ganado la confianza de Charlotte de igual forma que ocurrió en su momento en Manhattan. La historia al parecer se repetía.

Durante el viaje de regreso al Albert Einstein Medical Center, un silencio los abrazó hasta llegar frente a la habitación donde Colin Wilde permanecía convaleciente.

—Bueno… —dijo Frank cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Bueno… —añadió ella con el mismo tono de voz—. He de irme…

—Sí, eso parece.

Noah, al retirar su melena pelirroja, dejó al descubierto parte de su hombro.

Él no pudo apartar la mirada de su piel desnuda, recordando todas las veces que la habían acariciado sus manos… todas las veces en las que se había deleitado surcando senderos de besos... y todas y cada una de las ocasiones en las que la había visto erizar tras perderse en el placer de un orgasmo.

—¿Frank? —preguntó confundida.

Éste continuó abstraído con una ardiente mirada cargada de deseo.

—Frank… ¿te encuentras bien?

En aquel preciso instante, él volvió en sí.

—Perdóname —dijo, abriendo mucho los ojos—. No sé qué me ha pasado.

Frank se frotó la cara con las manos.

—No te preocupes, comprendo que debe de ser un fuerte choque emocional que me asemeje tanto a Kelly, ¿no?

Él tragó saliva.

—Cierto —confesó.

—Algún día me gustaría que me hablaras de ella. Apuesto a que es una gran mujer.

—Sí, lo es —afirmó con rotundidad—. Además de luchadora, valiente y con unas agallas que jamás he visto en nadie.

Se hizo el silencio y Noah poco después inspiró hondo.

—Me encantaría llegar a conocerla algún día.

Él sonrió.

—Quién sabe, quizá… algún día.

Noah, apenas sin meditarlo, se acercó a él y, tras alzarse de puntillas, lo besó con dulzura en la mejilla. Cerró los ojos e inspiró hondo el olor tan familiar que desprendía antes de retirarse, esa mezcla tan atrayente de after shave, perfume y… él.

Con una dulce sonrisa, le agradeció que fuera siempre tan atento con ella.

—Lo hago encantado.

—Aun así… gracias, Frank.

Noah buscó en el bolso la libreta de notas, la abrió por la mitad y apuntó su número de teléfono. Después, arrancó la minúscula hoja y se la entregó.

—Me gustaría que lo guardaras.

Él bajó la vista y, tras leerlo, escogió una de las tarjetas de Andrews & Smith que llevaba en su cartera de cuero.

—Espero que no suponga un problema darte el mío.

Noah leyó la tarjeta y, tras memorizar los dígitos, se la devolvió.

—Ya los tengo aquí, registrados en mi memoria. —Se dio unos golpecitos en la frente—. Sin duda, es la mejor garantía si quieres ocultárselo a tu marido. Hay algo en él que me invita a desconfiar… no sé…

Noah negó con la cabeza y luego con la mano.

—No me hagas caso… —Sonrió algo incómoda y poco después añadió—: Tengo demasiadas paranoias en la cabeza.

Frank buscó sus ojos grises y, al darse cuenta de que ella permanecía con la mirada perdida en su alianza de casada, le sujetó con suavidad de la barbilla y la elevó.

—Noah, por favor, llámame siempre que lo necesites, no importa la hora.

Ella permaneció en silencio unos instantes y, al poco, respondió:

—Gracias. Eres demasiado amable conmigo.

«Haría cualquier cosa por ti, Noah… cualquier cosa», pensó para sus adentros.

La joven se despidió y, girándose sobre sus talones, entró en la habitación.

Frank, por el contrario, se quedó anclado en el sitio. Algo lo retenía. No quería marcharse tan pronto, así que la observó a través de la puerta entreabierta y apartó bruscamente la mirada cuando ella se acercó a Colin inclinándose para besarlo.

44

Brooklyn, Nueva York

—Solo, ¿no, Gabriel?

Eric acababa de preparar café y comenzó a verter el oscuro líquido en dos tazas de cerámica.

—No tengo pensado estar tanto rato.

Gabriel le lanzó una mirada cargada de menosprecio.

—Entonces, amigo… —repuso Eric acercándose a él y, cuando lo tuvo enfrente, apoyando la mano en su hombro—… ¿a qué has venido?

—Te advertí que te patearía el culo si engañabas a Daniela.

Gabriel le apartó la mano bruscamente, enderezó la espalda y Eric se carcajeó.

—Vaya, al parecer ha tardado poco en contarte cuentos chinos.

—Eric, no me toques los cojones.

—Según ella… me los toca otra, ¿no es así? Una tal… espera que lo recuerde.

Eric se frotó el mentón y luego chasqueó los dedos.

—Vanesa —concluyó sin darle la menor importancia a aquel hecho.

—Te lo advierto de nuevo, Eric. No juegues con fuego.

Éste se volvió a reír echando la cabeza hacia atrás.

—Vamos, Gabriel, no me jodas… ¿la crees a ella antes que a mí, que me conoces desde que me hacía pajas? —inquirió ofendido.

—Sí, por eso mismo, porque a ti ya te conozco. Porque has sido, eres y serás un sinvergüenza toda tu jodida vida.

Eric dejó de sonreír en el acto. Aquella acusación había estado completamente fuera de lugar. Desde el inicio de la relación con Daniela se había esforzado por respetarla y demostrarle que la quería.

Aquellas palabras lo hirieron.

—La quiero y quiero a Alba, ¡maldita sea! —confesó con rotundidad.

—Pues en ese caso empieza a pensar con la cabeza y no con la polla, ¡joder!

Gabriel resopló con fuerza, lo miró directamente a los ojos y al final concluyó:

—Ella no se merece a alguien como tú.

Eric se echó a reír de nuevo.

—No creo que puedas presumir precisamente de ser un buen ejemplo a seguir —dijo de forma hostil—. Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

—No me vengas con palabrería barata. —Dio un paso al frente desafiante.

—¿Acaso no es cierto?

—¡Eres un maldito cabrón! Eso ya forma parte del pasado; enterrado y olvidado.

—Eso recuérdaselo a Iván.

Gabriel se abalanzó como un toro bravo, le sujetó del cuello de la camisa y cerró el puño con fuerza.

—¿Qué vas a hacer, partirme la cara? —le preguntó con un deje chulesco en el timbre de voz —. Todos tenemos un pasado, Gabriel. Y tú precisamente no eres ningún santo. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que traicionar a tu propio hermano es lo más ruin y miserable que pueda

existir.

—¡Serás hijo de…! —le gritó sin acabar la frase. Y con un gesto desdeñoso, lo empujó contra la mesa para no tener que desfigurarle la cara a puñetazos. El esfuerzo al cual se tuvo que someter para contener su ira fue descomunal. Su amigo le había propinado un golpe bajo. Sin duda, la decencia no era una de sus virtudes.

—Te lo advierto —lo fulminó con la mirada—. No permitiré que le desgracies la vida a Daniela.

Eric maldijo entre dientes. Gabriel, a su vez, lo miró con menosprecio y, acto seguido, se marchó, no sin antes cerrar con rabia la persiana de tijera, de un golpe seco, del acomodado y refinado loft de Brooklyn.

45

Horas más tarde
Rittenhouse Square, Filadelfia

Noah se enroscó la toalla alrededor de la cabeza para cubrirse el pelo y corrió a la habitación para dejarse caer sobre la cama y atrapar el iPhone que reposaba sobre las sábanas.

—Hola, peque.

—Hola, Jonathan.

Ella sonrió dulcemente, su voz la reconfortaba. Si quería ser franca consigo misma, él se había convertido en la única persona por quien se atrevía a poner la mano en el fuego sin temor a quemarse y, por alguna extraña razón que aún ignoraba, era capaz de confiarle su alma sin dudarlo un solo instante.

—¿Te ha llegado la invitación de George?

Noah arrugó el entrecejo, pensativa.

—Aún no he revisado el correo. El ama de llaves lo suele dejar en el salón antes de irse por las tardes.

—Pues ya verás qué sorpresita nos tiene preparada.

—¿No me avanzas nada?

Su hermano mayor se echó a reír.

—No. Prefiero que lo descubras por ti misma.

—¿No tengo derecho ni siquiera a una pista?

Jonathan abrió la boca, pegó un mordisco a un donut de chocolate y luego se dejó caer en el sofá.

—Sólo te avanzaré que conocerás a Charlize.

—¿Quién es Charlize?

—Ja, ja, ja —masticó afamado el trozo con los dientes—. Es una persona que te encantará.

—Mmmm… me da que ella y yo no hicimos buenas migas en el pasado.

—Es posible.

—Venga, confiesa.

Tras descalzarse, colocó los pies sobre la mesita y se rascó el costado.

—Noah, tan sólo te diré que vayas preparada para esquivar los dardos venenosos que lanzará su lengua viperina. Y… hasta ahí puedo leer…

Ambos continuaron charlando durante un rato más, hasta que Noah comprobó la hora en el reloj de bronce de sobremesa, un Charles X. Éste fue uno de los regalos con los que Clive la obsequió en su pedida de mano. Era bien conocida la pasión de él por las reliquias y, en especial, por las antigüedades con precios escandalosamente desorbitados.

Después de acicalar su pelo y darse los últimos retoques frente al espejo, Noah se puso el abrigo de paño y cogió el juego de llaves de casa, cerrando la puerta al salir.

Subió al taxi que aguardaba al pie de la calzada y suspiró hondo mientras repasaba mentalmente las preguntas que pensaba formularle a su amiga Clöe Wayne.

Cuando llegó al punto de encuentro, una coqueta cafetería a las afueras de la ciudad, Noah se planchó la falda con las manos y con determinación entró en el establecimiento.

Miró a su alrededor y, en una de las mesas junto al gran ventanal de acceso a la terraza, vio a su amiga. Iba vestida como venía siendo costumbre en ella, de alta costura; se decantó, en esa ocasión, por un traje ceñido de dos piezas de color rojo fuego a juego con unos altísimos zapatos de salón anudados a su estrecho tobillo.

La joven sonrió y alzó la mano a modo de saludo.

Cuando Noah llegó a la mesa, Clöe se levantó y le dio dos besos suspendidos en el aire, sin apenas rozar sus mejillas.

—Tenía ganas de verte, Noah.

—Yo también.

Noah se quitó el abrigo y, tras doblarlo, lo dejó junto al bolso en una silla al lado de la mesa. Luego ambas tomaron asiento.

—Me he permitido el lujo de pedirte un té verde, igual que el que solías tomar.

—Gracias.

—Mathew en un momento lo traerá.

Clöe esbozó una de sus características sonrisas traviesas mientras se alborotaba un poco el pelo con la mano.

—Te encantará Matt. El muy cabrón está para echarle un par de polvos de aquellos salvajes contra la pared —gimoteó mordiéndose el labio inferior mientras se imaginó consumando el acto en sí.

Noah puso los ojos en blanco.

—Lástima que es de la otra acera —chasqueó la lengua—, y con tres críos, ¿puedes creerlo? ¡Jodidos gays y jodida moda! Pronto no quedarán hombres de verdad, de los de toda la vida.

Noah esta vez abrió mucho los ojos. Aquel desafortunado comentario había estado fuera de lugar.

—Francamente, no sabía que estuvieras en contra de la elección sexual entre géneros.

—¡Coño, es verdad! —exclamó alargando los brazos para coger sus manos—. Tu hermano es gay. Lo siento, Noah. No tengo remedio. Estoy convencida de que algún día llegará quien me amordace, por bocazas.

—Tranquila.

Noah retiró rápidamente las manos y disimuló para echar un vistazo a la carta.

Era extraño; por más que trató de averiguar cuál era el nexo de unión entre ambas, no lo descubrió. Era evidente que no tenían nada en común o… por lo menos, nada en común con la nueva Noah del presente.

Al poco, Mathew depositó el té recién hecho en la mesa y Noah aprovechó para pedir una ración de cheese cake.

Cuando el joven regresó a la barra, Clöe entrecerró los ojos preguntándole con curiosidad:

—¿Sabías que ésa era tu tarta preferida?

—Lo cierto es que no.

—Después de comer, siempre la pedías. Y, si por casualidad no había, preferías quedarte sin postre.

Noah alzó ambas cejas, sorprendida, y Clöe añadió apresuradamente:

—¿Acaso… empiezas a recordar? —preguntó removiéndose en la silla.

Guardó silencio unos segundos, necesitaba estudiar concienzudamente el comportamiento de su amiga.

No se fiaba de ella.

La miró directamente a los ojos y, cuando iba a preguntarle si había tenido algo que ver con el

altercado de Colin, una llamada telefónica interfirió en sus pretensiones.

Clöe se levantó de la silla de un respingo y abrió la puerta corredera para salir a la terraza.

Mientras tanto, Noah se entretuvo en rasgar uno de los sobrecitos de azúcar y lanzar el contenido en la taza. Cogió la cuchara y comenzó a hacerla girar sin dejar de observar a la joven a través del cristal.

Poco después, Clöe regresó algo alterada. Por lo visto, debía irse en seguida, su abuela había tenido un accidente doméstico. Se había resbalado y golpeado en la cabeza al caer. La anciana se encontraba hospitalizada, en observación.

—¿Te acompaño?

—No. No es necesario, gracias. Tómate el té tranquila, luego te llamo.

Y, sin esperar respuesta, corrió hacia la calle.

Noah buscó un billete de cinco y varias monedas y las dejó sobre la mesa. Cogió el abrigo y, colgándose el bolso del hombro, salió tras ella con cautela, tratando de no ser descubierta.

Su sexto sentido la alertaba de que su amiga le mentía.

46

Rittenhouse Square, Filadelfia

—Le advierto que lo que me pide puede costarle caro.

—No me importa. Ahora dese prisa y siga a ese vehículo, por favor… —aseveró ella señalando un Dodge Dart de color rojo con matrícula del estado de Carolina del Norte.

—En ese caso, ajústese bien el cinturón, porque no lo perderé de vista.

El taxista pisó el embrague hasta el fondo y puso la primera de las marchas a toda prisa mientras se adentraba en el caótico tráfico de aquellas horas de la tarde.

Noah se deslizó un poco en el asiento para sujetarse en el reposacabezas delantero y mirar a través de la luna. Temía perder el rastro de Clöe; algo le decía que, al llegar al destino, se llevaría una gran sorpresa.

La persecución entre vehículos parecía más la propia de una típica escena policíaca que una simple entre amigas.

El conductor podía presumir de su destreza al volante. Zigzagueaba como un verdadero kamikaze. Hubo un momento de tensión cuando pisó el acelerador al máximo para cruzar a toda velocidad uno de los semáforos en rojo. El vehículo dio un pequeño salto y, al caer, hizo saltar varias chispas del salpicadero cuando éste colisionó contra el asfalto.

Noah se llevó la mano a la cabeza tras golpeársela con el techo.

—¡Sujétese! —la regañó observándola a través del espejo interior—. No quiero que luego me venga con una demanda por daños y perjuicios.

—No se preocupe, no soy de esa clase de personas.

El hombre se echó a reír.

—Apuesto a que la persona que estamos persiguiendo va a reunirse con su amante —comentó esta vez mirándola por el rabillo del ojo—. La morenita tiene pinta de…

—Ella es mi amiga —lo interrumpió antes de que de su boca se atreviera a escupir alguna ofensa.

—Perdóneme pero… es que a las mujeres como ella se las huele a leguas…

Noah se quedó muy pensativa. En el fondo muy probablemente no iría demasiado desencaminado. Seguía convencida de que Clöe Wayne, su fiel amiga de la infancia, ocultaba algo.

De repente, el taxista dio un enérgico golpe de volante. Hizo chirriar las ruedas traseras, se ocultó estratégicamente tras un voluminoso todoterreno, detuvo el coche y apagó el motor.

El cuerpo de la joven se zarandeó de un lado a otro como una simple marioneta.

—Su amiga acaba de apearse y va camino de aquel portal, ¿puede verla?

Noah alzó la vista y la deslizó por el brazo extendido del hombre, el cual señalaba al oeste y allí, entre los transeúntes, la vio.

Todos los indicios apuntaban a que estaba esperando a alguien.

—Sí, es ella —respondió en un susurro casi inaudible.

—¡Agáchese! —le gritó al darse cuenta de que la joven miraba en aquella dirección.

Sus miradas a punto estuvieron de cruzarse, pero por suerte Noah fue rápida y se escondió con avidez.

Poco después, Clöe extrajo de su bolso un espejo de mano y una barra de labios; quitó el tapón

y, tras hacer girar el cilindro, comenzó a maquillarlos con deleite.

Lo que ocurrió instantes más tarde la dejó sin aliento.

Noah abrió los ojos, atónita.

—Vaya, vaya… no... si lo que yo decía… las huelo a leguas… Menudo recibimiento con honores le está dando al madurito con pinta de estirado… La lengua hasta el esófago y ni qué decir del magreo hasta en el carné de identidad.

—Marchémonos de aquí, por favor.

—¿Está segura?

La pregunta quedó flotando en el aire hasta que Noah enderezó los hombros, apoyó la espalda en el respaldo y poco después respondió:

—Sí, era cuanto necesitaba saber.

—De acuerdo.

Mientras duró el trayecto a su casa, ella permaneció en completo silencio.

Al llegar a Rittenhouse Square, Noah entró en casa y, tras cerrar la puerta, apoyó la espalda en ésta durante un largo rato mientras revivía en su mente la imagen que acababa de visionar: a Clöe, su íntima amiga de la infancia, y a su atractivo marido en una actitud demasiado cariñosa. Lo que más le extrañó fue que ni siquiera sintió un pellizco de celos en su corazón, ni siquiera repudia; lo cierto fue que no sintió nada.

Pero, en cambio, lo que realmente le inquietó fue ignorar el tiempo que hacía que eran amantes y si la Noah del pasado lo sabía.

De repente, abrió mucho los ojos. Un fugaz pensamiento vagó por su mente como un rayo luminoso.

Era ahora o nunca.

Se desprendió del bolso y del abrigo en un santiamén y abrió el cajón del mueble recibidor. Comenzó a rebuscar en su interior, pero al cabo de poco rato se dio cuenta de que aquel juego de llaves no estaba.

—¡Maldita sea!

Empezó a caminar a paso ligero y, al poco, se puso a correr por el largo pasillo. Lo atravesó y subió escaleras arriba hacia la primera planta.

Entró en la habitación con la respiración entrecortada al tiempo que tanteó la pared con la palma de su mano para buscar el interruptor. Tras encender la luz, se dirigió a la cómoda del lado derecho, la de su marido, y abrió el cajón.

Repitió la misma operación; buscó en el interior, a diferencia de que esta vez tuvo que arrodillarse, sacar el cajón de la guía y vaciar todo el contenido sobre las sábanas de la cama.

—Nada… ¡diablos!

Frustrada, empezó a guardar con minuciosidad todas las pertenencias de su marido de nuevo en el cajón. Cuando acabó, quiso colocar éste en la guía pero le fue imposible.

Con insistencia, volvió a intentarlo en varias ocasiones pero, de nuevo, algo lo entorpecía.

Apoyó el cajón en el suelo, se arrodilló y dobló la espalda para poder echar una ojeada al hueco del mueble.

Acercó un poco más la cabeza y cerró un ojo para agudizar la vista.

—Pero… ¿se puede saber qué demonios…?

Noah, tras el inesperado hallazgo, estiró el brazo. Había algo adherido a la pared, sujeto por un pedazo de cinta de embalar.

Trató de despegarlo con la ayuda de la uña; le costó un par de minutos pero, al final, lo consiguió. Al parecer, aquel objeto llevaba demasiado tiempo escondido en aquel recóndito

lugar. Era diminuto, liviano y estaba protegido por una bolsita de plástico opaca.

Noah la abrió con rapidez, realizando apuestas sobre su contenido.

Su mirada gris se iluminó.

—Vaya, vaya… menuda sorpresa. —Sonrió enarcando una ceja.

Guardó el objeto en el bolsillo de los tejanos y rápidamente volvió a colocar el cajón con sumo cuidado; prefería no tentar la suerte, era conveniente que Clive no sospechara nada o, de lo contrario, estaba convencida de que el hallazgo le valdría una severa reprimenda.

No esperó ni un segundo más, bajó las escaleras con un firme propósito en mente: averiguar de una vez por todas quién se escondía tras Clive Wilson, quién era aquel desconocido con el que llevaba compartiendo lecho durante los últimos cinco años de su vida.

Tenía una corazonada, algo le decía que aquel hallazgo fortuito era una de las piezas clave en el rompecabezas y que, más pronto que tarde, resolvería parte del enigma que la martirizaba.

Preparándose para lo que pudiera descubrir, se detuvo frente a la puerta del despacho, la misma que su marido días antes le había prohibido encarecidamente traspasar. Por supuesto, no pretendía desobedecerlo pero, al no hallar en sus palabras un argumento sólido, no le dejó otra alternativa. Aquella también era su casa y, si su marido ocultaba algo en aquella habitación, ella debía ser partícipe.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó la llave. Era diminuta, dorada y sin indicios de haber sido utilizada. Supuestamente era la copia de la que él tenía en su poder.

Tras inspirar hondo en dos ocasiones, se decidió al fin a anclar la llave en el cilindro de la cerradura, la giró y oyó el crujir de ésta al abrirse.

Al vislumbrar por primera vez el interior, un escalofrío recorrió su columna vertebral de arriba abajo. Era tal cual lo había imaginado en sus sueños… Aquel impresionante Knoll Chaise negro de estilo retro junto al enorme ventanal, a juego con el sillón Regencia tapizado en piel de vacuno, la mesa de despacho colonial de doble pedestal en caoba maciza…

Innumerables cuadros de pintores de diferentes épocas cubrían gran parte de las paredes.

Al comenzar a caminar en aquella dirección, en el acto, se sintió atraída por el magnetismo de uno de ellos, uno que desentonaba descaradamente con el resto.

Se trataba de una réplica exacta del óleo sobre lienzo de Dante y Virgilio en el infierno, también conocido sólo por Dante y Virgilio, de William-Adolphe Bouguereau.

Notó cómo se le secó la boca al observar detenidamente aquella espeluznante escena: Dante junto a Virgilio, testigos de una lucha entre dos almas condenadas, Capocchio, hereje y alquimista, mordido en el cuello por Gianni Schicchi.

La despiadada realidad con la que el pintor había representado cada uno de los exquisitos y rigurosos trazos ponía los pelos de punta: las figuras monstruosas, el demonio observando con extrema ufanidad la encarnizada lucha...

Noah, por más que trató de imaginar los motivos que llevaron a su marido a adquirir aquella obra, no fue capaz.

Pestañeó y después se frotó los ojos recordando por qué estaba allí.

Observó a su alrededor; había demasiados escondrijos donde era fácil ocultar secretos: en las estanterías, en los cajones, tras los cuadros… sin embargo, quiso comenzar la búsqueda por los cajones de la mesa de escritorio.

Cruzó la sala a paso firme y, al llegar allí, se agachó para abrir el primero.

—Como era de suponer… está echada la llave. —Resopló.

Probó con el resto de cajones, pero todos corrían la misma suerte, así que pensó en buscar algún utensilio que la ayudara a abrirlos.

Echó un vistazo rápido sobre la mesa, todo estaba perfectamente organizado por tamaño y por tonalidades y, los espacios, distribuidos al milímetro.

Noah zarandeó la cabeza, todo aquello era surrealista, rozaba lo absurdo. Acababa de descubrir que su marido era un completo obsesivo del orden y de la pulcritud.

En seguida vio un abrecartas junto a una pila de sobres. Estiró el brazo para cogerlo. Éste era de bronce y su mango estaba decorado por una cobra con dos rubíes en lugar de ojos.

Al darle la vuelta, descubrió una inscripción gravada en el reverso: «CW & NA unidos para la eternidad.»

—CW… Clive Wilson y NA… Noah Anderson… —leyó al tiempo que sintió cómo la piel se le erizó al imaginarse a ellos dos juntos para el resto de sus vidas—. Antes pienso desenmascararte.

Noah dobló las rodillas y comenzó a hurgar en la cerradura con la ayuda del abrecartas. Insistió durante un par de minutos pero fue del todo inútil, la punta era demasiado ancha para aquella hendija.

Bufó, se sentó en el suelo y dobló las rodillas como los indios.

Mientras meditaba de qué otra forma podía lograrlo, sacó de su bolsillo una de las dos horquillas que solía guardar en caso de necesidad y, atrapándola con los dientes, empezó a enroscar la larga melena en un moño alto. Hacía demasiado calor en aquella estancia, o quizá era debido a los nervios y al temor a ser descubierta in fraganti.

Y, justo en el preciso instante en el que pretendía clavarla en el recogido, se percató de que la solución la tenía precisamente entre sus dedos.

Con avidez, abrió la horquilla y la introdujo para probar suerte de nuevo.

—Venga, ábrete… —Se mordió el labio inferior y entrecerró los ojos, parecía que esta vez también se le resistía—. Ahora descubriré cuánto hay de cierto en las películas y si es verdad que una simple horquilla de pelo puede…

Se quedó boquiabierta y muda cuando oyó el agudo sonido de un clic.

—Voilà! —Sonrió victoriosa.

De un solo tirón, el cajón quedó expuesto ante sus ojos.

Dudó unos instantes antes de hurgar en las pertenencias de su marido, ya que se disponía a violar su intimidad. Sabía que no era del todo moral ni correcto, pero… algo, que no sabría cómo definir, la empujaba irrefrenablemente a hacerlo.

Noah descruzó las piernas y se arrodilló. No había llegado hasta allí para echarse atrás, de lo contrario tal vez no se le brindaría una nueva oportunidad.

A pesar de sus dudas, siguió con su cometido y comenzó a indagar entre los documentos. Deducía que, si éstos estaban bajo llave, debían ser importantes para él.

Noah se preparó mentalmente para lo que podía encontrar.

Introdujo las dos manos y hurgó en su interior. Al rozar el fondo con las yemas, notó algo que se desplazaba de lado a lado. Lo atrapó con los dedos y se apropió de ello.

Era una diminuta cajita cubierta de terciopelo negro. La abrió y en ella descubrió unos gemelos en oro con madreperla de la colección de 2013 de Bvlgari; eran de forma redonda y, en la cara interna, en el centro, llevaban una inscripción con las siglas C&N y el símbolo del infinito; el cierre era en forma de barra.

Noah silbó. Aquella pequeña joya debió de costarle un riñón y parte del otro.

Cerró la cajita y la guardó de nuevo.

Era probable que aún dispusiera de tiempo para seguir hurgando en el cajón. Empezó a remover papeles hasta que un sobre le llamó la atención entre el resto de cosas. Éste era del

tamaño de un folio.

—Operación F. Evans.

Ése era el nombre que figuraba mecanografiado en el borde superior izquierdo.

Intrigada, abrió la solapa y, justo cuando iba a extraer una de las fotografías que había en el interior, oyó el sonido de la puerta principal al cerrarse.

—Clive ya está aquí… —murmuró angustiada al tiempo que notó cómo el sobre se deslizó de entre sus dedos y cayó al suelo.

No disponía de mucho tiempo, pues debía dejarlo todo en el mismo estado en el que lo había encontrado. Así que, aunque las manos le temblaban, recogió el sobre y lo guardó de nuevo en el cajón. Cerró éste con mucho cuidado con la ayuda de la horquilla al tiempo que procuraba hacer el menor ruido posible.

Luego, sin miramientos, atravesó la sala de puntillas y cerró la puerta del despacho bajo llave, quedándose encerrada en el interior.

Finalmente, se escondió bajo la mesa del escritorio, haciéndose un ovillo, ya que el espacio era de dimensiones muy reducidas.

Esperó paciente en el sitio y agudizó el oído mientras se rodeaba las piernas con los brazos.

Instantes después, se oyeron unos pasos atravesando el pasillo, acercándose hasta la puerta y deteniéndose en seco justo enfrente.

Hubo unos instantes de incertidumbre durante los cuales Noah se vio obligada a cerrar los ojos y rezar para que su marido no entrara.

Al poco, los pasos empezaron a alejarse escaleras arriba.

Entonces Noah decidió aprovechar para salir de su escondrijo y escapar cuanto antes de allí.

Corrió de puntillas hacia la puerta y, tras pegar la oreja en la superficie, se aseguró de que ya no estaba. Después metió la mano en el bolsillo y buscó la diminuta llave.

De repente, cuando ya se disponía a girar el pomo, el teléfono inalámbrico que estaba sobre el escritorio comenzó a sonar.

Noah abrió los ojos desconcertada.

Soltó el pomo de golpe y miró a su alrededor. Al darse cuenta de que no tenía tiempo de buscar un nuevo lugar donde esconderse, se refugió otra vez bajo el escritorio. Agazapada, pero esta vez muy asustada. El corazón le latía muy deprisa y le zumbaban los oídos.

Tragó saliva mientras se acurrucaba al igual que un niño pequeño esperando la reprimenda de sus padres.

Clive abrió la puerta de par en par, malhumorado.

—¡¿Quién demonios osará molestar a estas horas?!

Caminó a paso ligero para dar alcance al aparato y, cuando se disponía a descolgar, éste dejó de sonar.

—¡Joder! —exclamó desabrido mientras se aflojaba el nudo de la corbata, asqueado.

Estaba a punto de marcharse cuando se extrañó al ver que el abrecartas de bronce estaba puesto del revés y no como él acostumbraba a colocarlo.

Dio la vuelta a la mesa y se sentó en el sillón para examinar concienzudamente que todo continuara en el lugar que le correspondía: el PC, los sobres, las plumas estilográficas, la agenda… los cajones.

Cogió de nuevo el abrecartas y, tras juguetear con éste entre sus dedos, lo clavó en la mesa como si de un cuchillo se tratara.

—¡¿Quién coño ha entrado aquí?! —exclamó exaltado.

Noah se sobresaltó y, acto seguido, se cubrió la boca con las manos para ahogar un grito.

De nuevo, empezó a sonar el teléfono.

Clive farfulló unas palabras carentes de sentido antes de presionar el botón de manos libres.

—¡Wilson! —escupió aún sin saber quién estaba al otro lado del hilo telefónico.

—Jefe, soy Harry. Tengo novedades recién salidas del horno.

—Dispara, no tengo todo el día y menos para tus absurdos acertijos.

Harry Smith se rio con ganas. Él era un matón a sueldo, un sicario, y esa expresión de disparar le hizo mucha gracia porque le venía como anillo al dedo.

Noah se pegó más a la pared del mueble, pues uno de los pies de Clive no cesaba de moverse y a punto estuvo de golpearle con la punta del zapato.

—Es referente al neurocirujano.

Clive, al escuchar esa palabra, enderezó la espalda de golpe y luego alargó el brazo para desconectar la opción de manos libres. Después se colocó el auricular en el oído para que nadie más que él pudiera ser partícipe de la conversación.

—Habla, Harry.

Éste se rio de nuevo.

Se arrancó un gargajo de la garganta y después lo escupió en el pavimento de Market Street, cerca de los pies de un transeúnte.

Éste se envalentonó, se acercó a Harry y le sugirió que le debía una disculpa.

El sicario y mano derecha de Clive Wilson, por contra, se irguió cuan alto era, hinchó el pecho y, sin dejar de mirarlo a los ojos, aplastó contra el escaparate de una tienda de ultramarinos un insecto que merodeaba cerca en aquel momento.

—No quieras correr la misma suerte… —lo amenazó hablando entre dientes—… así que… ¡largo!

El joven, que iba acompañado de su pareja, tragó saliva, hizo mutis y siguió su camino sin volver la vista atrás.

Aquel tipo daba pavor nada más verlo a pesar de ser el dueño de un escuálido y menudo cuerpo; era sin duda la viva imagen del mismísimo Satanás. Su rostro estaba dividido en dos mitades asimétricas. Una cicatriz provocada por un arma blanca era la causante. Ésta comenzaba en la frente justo en el nacimiento del cabello, atravesaba la ceja izquierda, parte de la mejilla y moría en el mentón.

Aquel descuido lo pagó muy caro, pues perdió un ojo y casi la vida. Desde aquel entonces, se ganó el merecido apodo de Harry El tuerto.

—¡Harry! —gritó Clive exacerbado.

—Lo siento, jefe —murmuró retomando el hilo de la conversación.

—¡Habla, coño!

Harry buscó un palillo y, mientras se limpiaba los restos de comida de entre los dientes, le respondió.

—Han despertado al doctor Wilde del coma inducido.

—¡Eso es ridículo! No es posible —masculló sulfurado.

—Afirmativo, jefe. —Pasó la lengua por los dientes para acabar de limpiarlos y poco después continuó—: Al parecer el buen doctor ha respondido demasiado bien a los tratamientos y…

—¡Joder!

Clive farfulló una maldición y luego apretó los dientes; aquello se salía de los planes.

Se levantó de un salto y, sin dilación, lanzó el aparato contra la pared con toda la ira que se había apoderado de su raciocinio. Éste se hizo añicos y quedó inservible.

Noah se tapó los oídos con las manos y se acurrucó un poco más mientras que su marido

respiraba de forma ruidosa. Tenía la mandíbula completamente desencajada, los ojos encharcados en cólera y la vena carótida empezó a hinchársele de forma desmesurada a consecuencia de la presión arterial.

Acabó de quitarse la corbata porque se estaba asfixiando. Anduvo medio aturdido hacia el enorme ventanal. Una vez allí, deslizó la puerta corredera de cristal y pisó el gres de la terraza lo necesario para que de una sola bocanada pudiera renovar de aire fresco sus pulmones.

Mientras hurgaba en el bolsillo de la americana, lo único que tenía en mente era hallar cuanto antes su pastillero. De esta forma recuperaría de nuevo el control sobre sí mismo.

Por fortuna, antes de caer en la desesperación, lo encontró.

Se colocó una pastilla de Diazepam bajo la lengua, cerró los ojos tratando de calmarse y esperó a que los efectos de aquella dosis surtieran el efecto esperado.

Al cabo de un rato, el pulso empezó a armonizarse, el sudor frío, a regularse, y las manos dejaron paulatinamente de temblequear.

A continuación y, sin perder un segundo más, se marchó despavorido en dirección a la calle.

Noah, por el contrario, esperó un tiempo prudencial para salir de su escondite y, luego, tras arrastrarse y ponerse en pie, corrió escaleras arriba aún con el corazón desbocado y amenazando con salírsele por la boca.

47

Brooklyn, Nueva York

Daniela se apeó del taxi y comprobó la hora en su reloj de pulsera.

«Son pasadas las tres de la tarde y Eric no me espera hasta la noche. Seguro que se lleva una sorpresa.»

Sonrió ilusionada, imaginando el tipo de sorpresa que le apetecía compartir con él: un agradable y relajante baño con las sales minerales que acababa de comprar, seguido de un placentero masaje por todo el cuerpo y, en esta ocasión, si no se quedaba dormida ya que el embarazado le provocaba somnolencia, hacer el amor con él, gozar sin prisas, como sólo Eric sabía hacerla sentir.

Entró en el montacargas y deslizó la persiana de tijera. Después buscó la diminuta llave y la introdujo en la cerradura. Tras una ligera sacudida como venía siendo por costumbre, el elevador empezó a ascender lentamente al loft.

Al llegar a la última planta, le vino a la mente la canción Sky full of stars, de la banda Coldplay, que había escuchado en los túneles subterráneos del metro de Nueva York y, como se sentía feliz, comenzó a tararearla mientras entraba en el apartamento.

—*Cause you're a sky, cause you're a sky full of stars… I'm gonna give you my heart… cause you're a sky, cause you're a sky full of stars… cause you light up the path…*

Dejó el bolso y las llaves sobre la mesa del salón y miró a su alrededor.

—¿Eric?

Sorprendida de no recibir respuesta, se paseó por la estancia.

Revisó la cocina, el cuarto de baño, la terraza y nada, al parecer no había ni rastro de él por ninguna parte.

De repente, oyó un sonido extraño proveniente de la planta de arriba.

Alzó la cabeza y dirigió la mirada al final de las escaleras y, sin apenas pensárselo dos veces, comenzó a subirlas en silencio.

Sonrió.

Tenía muchas ganas de pillarlo desprevenido para sorprenderlo.

Cuando Daniela llegó al dormitorio, se encontró con la puerta cerrada. Aquello era muy extraño, puesto que ambos solían tener por costumbre dejarla siempre abierta.

Cuando se disponía a entrar, oyó de nuevo un ruido, esta vez seguido de una especie de respiración jadeante y profunda.

Era evidente que Eric estaba en el interior y no precisamente solo.

—No es posible… ¿en mi propia casa…? —susurró cerrando los ojos con fuerza.

El corazón de Daniela empezó a correr desbocado temiéndose lo peor. Se esforzó por contener las lágrimas, pero no lo consiguió.

Agarró el pomo, esta vez con determinación, y, haciéndolo girar, abrió la puerta de par en par.

Daniela se quedó de piedra al ver a Eric y a una rubia despampanante fornicando sin pudor en su propia cama. La joven estaba a cuatro patas mientras él la embestía por detrás salvajemente.

Daniela sintió náuseas, aquello era repulsivo. Ni siquiera habían transcurrido cuatro horas desde que Eric y ella habían hecho el amor en aquella misma cama.

Ella se volvió y echó a correr escaleras abajo al tiempo que recordó una de tantas falsas

promesas que Eric le había hecho: «Nunca te seré infiel».

Y lo peor de todo era que ella, en su momento, lo creyó.

—¡Danielaaaaa!

Eric corrió tras ella y, cuando le dio alcance, la agarró del brazo, obligándola a girarse.

—¡No me toques! —gritó enfurecida zafándose de su amarre.

—Daniela… joder… No debías estar aquí… tenías que venir a las…

Eric quiso acercarse y ella dio un paso atrás.

—Te creí… —Sorbió por la nariz—. Me creí cada una de tus mentiras…

Él se pasó la mano por el pelo y luego negó con la cabeza.

—Daniela, yo… te quiero… —dijo alargando la mano para posarla sobre su vientre—… os quiero… —añadió abatido.

Ella le apartó la mano antes de que él pudiera rozar su cuerpo.

—Demasiado tarde.

Lo miró por última vez y se marchó. Ya nada la retenía allí.

48

Media hora más tarde
Habitación 162, Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

—¡Jim, joder! Me encuentro bien —protestó.

Colin soltó un quejido de dolor cuando el jefe de urgencias, el doctor Sanders, le acomodó la almohada.

—No te hagas el machote, que ya nos conocemos. Te servirá con las damiselas, pero no conmigo.

El doctor Wilde quiso reír pero aún seguía convaleciente y el mínimo movimiento le hacía ver las estrellas.

—Te lo vuelvo a repetir por si aún no te ha quedado claro. —Jim esta vez lo sermoneó con el semblante muy serio; levantó la tapa de la carpeta para leer, aunque se lo supiera de memoria—: Hemos tenido que extirpar el bazo… tienes fracturadas tres costillas… perforado el pulmón derecho… operada la rótula y…

—Vale, vale… —lo interrumpió alzando las manos en un acto inconsciente y tuvo que llevarse la mano al tórax porque el dolor era insoportable.

—Si continúas así, me veré obligado a suministrarte calmantes para tumbar un caballo.

De pronto, cuando pensaba rebatirlo, la puerta se abrió de par en par.

Las miradas de Colin y Clive se unieron en la distancia.

—Jim, déjanos a solas. —Chasqueó la lengua y realizó un gesto con la mano señalando el pasillo.

El doctor Sanders se echó a reír.

—Claro, cuando acabe de comprobar sus constantes.

Por supuesto, como era de esperar, Clive hizo caso omiso y dio unos pasos al frente colocándose al pie de la cama.

Cruzó los brazos de forma arrogante y Jim lo miró confuso.

—¿Ocurre algo que deba saber, amigo?

—Nada que sea de tu incumbencia, Jim. Así que no te lo volveré a repetir…

—Jim, hazle caso —interrumpió Colin quitando hierro al asunto—. En un rato entras y me tomas las constantes. No te preocupes, para entonces… seguiré vivo —añadió mirando directamente a los ojos de Clive.

—Vaaaale… —Se encogió de hombros—. No sé qué os traéis entre manos pero… ya os apañaréis solitos. Me ha quedado claro que no tengo vela en este entierro.

—Gracias, Jim.

Colin esbozó una media sonrisa.

—Cierra la puerta al salir —ordenó Clive sin siquiera mirarlo a la cara.

Jim dirigió una última mirada a su paciente antes de salir y éste le guiñó un ojo para tranquilizarlo.

—¡Sanders! —Clive alzó la voz y éste se giró de golpe—, ¡la puerta!

—Lo siento —se excusó y, tras observarlos a ambos unos instantes, salió de la habitación 162.

De camino a los boxes en urgencias, recordó la promesa que le hizo en su día a Noah. Prometió ponerse en contacto con ella en cuanto el doctor Wilde despertara del coma inducido.

Y, como era un hombre de palabra, sacó el móvil del bolsillo derecho de su bata y buscó su nombre en la interminable lista de contactos.

Mientras esperaba, se aproximó al gabinete contra incendios que había colgando de la pared para verse reflejado en el vidrio templado transparente. Se llevó el dedo índice a la boca y humedeció la yema para peinar las cejas. A pesar de no tenerlas muy pobladas, solía acudir con asiduidad al salón de belleza de la amiga de su exmujer para que se las depilara.

—En cuanto acabe la guardia, llamaré a Audrey para pedir cita. Estas cejas están demasiado rebeldes.

—¿Diga? —preguntó Noah.

Él carraspeó y dejó de mirarse en el vidrio.

—Noah, ¿podrías acercarte un momento al hospital?

La expresión de la joven cambió en el acto, temiéndose lo peor.

—Jim, acaso Colin…

Ni siquiera fue capaz de acabar la frase, un angustioso nudo en la garganta se lo impidió.

—No es lo que estás imaginando.

—¿Entonces?

Él carraspeó.

—El equipo médico y un servidor… hemos creído conveniente despertarlo del coma inducido.

Noah se quedó petrificada en el sitio mientras mil pensamientos vagaron fugazmente por su mente. Rememoró uno a uno todos los momentos que había compartido a su lado y, esperanzada, fantaseó con los que estaban por venir.

—Gracias a Dios… —suspiró profundamente llevándose la mano al pecho.

—Gracias a Dios no, cariño. Gracias a su metabolismo y su rápida recuperación —la rectificó —. Colin es un tipo con suerte, otro en su lugar no lo hubiese contado.

Ella reflexionó antes de formularle una pregunta.

—¿Tendrá secuelas?

—¿Físicas o psicológicas?

Noah no se atrevió a responderle, simplemente se limitó a cerrar los ojos y a retener el aliento. Si era honesta consigo misma, no esperaba un buen desenlace.

Jim tosió en la mano libre y luego comenzó a caminar hacia los boxes.

—Verás, aún es pronto para hacer suposiciones.

Su voz trataba de ser suave y relajada, aunque ella seguía intranquila.

—Sólo quiero saber si… reacciona ante cualquier estímulo… si habla, si recuerda… si…

No pudo evitar que su voz temblara al hablar.

«Por favor, que no haya perdido ninguna facultad cognitiva», rogó en silencio.

Sorprendido por lo que acababa de descubrir, el doctor Sanders alzó las cejas y sonrió abiertamente. Era evidente que entre ambos existía algo más que una simple admiración entre colegas de profesión. Incluso se atrevería a afirmar que la joven estaba enamorada de él.

—Noah, lo importante es que él esté estable —insistió—. Ven y así podrás comprobarlo con tus propios ojos.

Mientras Clive Wilson observaba al paciente de la habitación 162 tendido sobre la cama, hizo crujir los nudillos.

—¿Vas a quedarte ahí plantado o vas a decirme de una vez por todas a qué has venido? — Colin lo miró con desconfianza.

—¿Acaso no te lo imaginas? —preguntó con acritud mientras daba un paso al frente para aproximarse.

—Si me pides honestidad… —se atrevió a responder manteniéndose firme mientras lo miraba fijamente a los ojos—… viniendo de ti, me espero cualquier cosa.

Echándose a reír, Clive dio un nuevo paso.

—Por lo visto sigues manteniendo la lengua demasiado suelta, Wilde.

Colin no le respondió, pero al poco rompió el silencio.

—Dime lo que tengas que decirme o lárgate por donde has venido.

—Me temo que no te encuentras en plenas facultades para andarte con exigencias, ¿no crees?

El doctor Wilde ni siquiera se molestó en responder, simplemente esperó.

—Estás entrando en terreno pantanoso del cual no vas a poder salir.

—¿Qué quieres? ¡Escúpelo ya! —inquirió apretando los dientes. El ir por las ramas y no directamente al asunto a tratar lo estaba desquiciando.

—Te advertí que no quería verte merodeando cerca de mi mujer. Yo, de ser tú, iría con mucho cuidado.

—Y yo te aclaré que eso es algo que ella debe decidir —protestó indignado y luego añadió—: Te lo dije entonces y te lo recuerdo ahora, deja de tratar a Noah como si fuera tu perrito faldero.

Las pupilas se le dilataron y la mirada de Clive se ensombreció al instante como por arte de magia. Empezó a escudriñar a Colin de arriba abajo y en seguida dedujo que bajo el pijama se ocultaba un vendaje o, dicho de otro modo, que tenía fracturadas varias costillas.

Se acercó con descaro y, abriendo la mano, apoyó enérgicamente la palma sobre su torso para causarle daño a propósito.

—¡Ahhhh! —bramó de dolor—. Pero… ¡¿qué coño estás haciendo?!

—¡Aléjate de mi mujer! —gruñó mientras lo amenazaba.

—¡¿O, si no, qué?!

La expresión de Clive se endureció, ignoró su pregunta y dejó caer un poco más el peso de su cuerpo sobre la caja torácica del otro.

Colin gritó y se retorció. El dolor era tan insoportable que incluso creyó perder el conocimiento durante un corto espacio de tiempo.

—Que alguien pagará por tu osadía. Digamos… por ejemplo… el pequeño Tim.

—¡¿Qué tiene que ver mi hijo en todo esto?! —le espetó con frialdad.

Clive se llevó la mano al bolsillo de la americana, extrajo una hoja de papel y se la lanzó con repudia a la cara.

—¡Lee!

Siguiendo sus órdenes, lo miró con escepticismo antes de desdoblar el documento y echarle un vistazo rápido.

—¿Qué significa esto?

Colin se quedó helado.

—¿Ahora no sabes leer?

—¡Déjate de memeces! ¿Acaso me estás vacilando? —Alzó la voz sin dar crédito. Volvió a leerlo, pues no estaba seguro de haberlo hecho correctamente—. Debe tratarse de una broma de mal gusto.

Clive se rio a carcajadas durante un buen rato y Colin, por su parte, maldijo tras fruncir los labios.

—¿Tú y yo… hermanos?

—Así es. Y no hay cosa que deteste más que saber que corre la misma sangre por nuestras venas.

—Pero… ¿y los apellidos? Tú eres Wilson y yo… Wilde —murmuró con la voz entumecida.

—Madre se casó en dos ocasiones. Por lo tanto, cada uno lleva el apellido de su progenitor. Misma madre, distinto padre. ¿Capito?

Colin sacudió la cabeza para desprenderse de esos inconcebibles pensamientos. Su ética y su moral se resistían a aprobar aquella aberración. No podía ser el hermano de un sádico y perturbado como lo era Clive Wilson.

—Tal y como se nombra en el testamento, soy el único administrador de toda la herencia, sin excepciones. Así que te hago saber que a día de hoy yo soy el responsable de aprobar todos los gastos del centro y los costosos tratamientos experimentales que Tim necesita para su retraso mental.

Colin lo miró furioso.

—¡Timy no tiene un retraso mental! Sufre el síndrome de Angelman.

—Y qué más dará. —Carraspeó y se encogió de hombros, restándole importancia.

—Te lo advierto, ¡no metas a mi hijo en esto!

Clive sonrió divertido.

—Demasiado tarde, doctorcillo. Estás cubierto de mierda hasta el cuello y todo el que esté a tu lado… correrá la misma suerte. A no ser que…

Dejó el interrogante flotando en el ambiente.

—¡¿Qué?! —preguntó, aunque ya intuyera la respuesta.

—Que te alejes de mi mujer… para siempre. —Lo miró como si al hacerlo le clavara puñales en los ojos.

—¡Nunca! —aseveró sin amilanarse a pesar de que se le acelerara el corazón.

Clive abrió los ojos con brusquedad. Tenía las pupilas tan dilatadas y tan brillantes que causaba auténtico pavor.

—Muy bien. En ese caso atente a las consecuencias… —Se giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta—. No temas. A ti no te tocaré ni un solo pelo. Prefiero dejarte con vida para que padezcas en carne propia el sufrimiento que causaré a cuantos te rodean. Ellos serán los elegidos. Ellos pagarán por tu insolencia.

Le dio la espalda y salió de la habitación sin despedirse.

Noah se mordía las uñas con nerviosismo sin ser consciente de ello. Cuando acabó con la mano derecha, siguió con la izquierda.

—Perdone —dijo dirigiéndose al taxista—. ¿No hay otro desvío para llegar al Albert Einstein Medical Center?

—Me temo que no.

Noah palideció.

—Necesito llegar cuanto antes.

—Claro, como todos los demás vehículos.

El conductor señaló a su alrededor y ella agachó la cabeza y suspiró afligida.

—Disculpe. No he pretendido ser grosero —admitió observándola por el espejo interior—. No hay obras en esta zona, así que es muy probable que sea debido a un accidente. No se preocupe, encenderé la radio e intentaré averiguar por qué estamos retenidos desde hace más de una hora.

—Se lo agradecería.

A Noah le pareció una alternativa razonable y trató de relajarse en la medida que le fue posible. Cerró los ojos y siguió los pasos que acostumbraba a practicar en clase de taichi. Empezó por la respiración abdominal de forma profunda y relajada.

No fue preciso esperar mucho más tiempo, pues el vehículo empezó a circular de nuevo.

Noah abrió los ojos, confusa.

—¿Nos movemos?

—Eso parece. Calculo que en diez minutos llegaremos al hospital, siempre y cuando no nos retengan de nuevo.

Ella aplaudió mentalmente y sonrió emocionada. Pronto volvería a ver a Colin. Desde que sabía que había despertado del coma se había imaginado cómo sería el reencuentro: escuchar su voz, perderse en su mirada color café, oler su piel… besar sus cálidos labios. Se sentía tan sumamente feliz que todo lo demás había quedado relegado a un segundo plano. Más tarde ya se inventaría una excusa convincente que dar a su marido por no estar presente a la hora de cenar.

Cuando al fin llegó al hospital, se apeó del taxi, pagó y, tras despedirse del conductor, empezó a correr como si le fuera la vida en ello. Entró, cruzó la planta baja, subió de dos en dos los peldaños de la escalera, pidió disculpas al chocar de frente con una pareja y, al llegar a la planta donde él se encontraba, enumeró mentalmente las habitaciones a medida que las veía al pasar por su lado: 158, 160… ¡162!

Un placentero escalofrío recorrió de arriba abajo toda su espalda. Tan sólo les separaban unos metros, nada más.

En el preciso instante en que iba a entrar, alguien se adelantó. Tosió. Era una de las jóvenes enfermeras del turno de tarde que sostenía la bandeja de la cena.

Noah tuvo una idea.

—Soy la doctora Anderson. Si me permite, le llevaré yo misma la cena —dijo apropiándose de la bandeja—. Gracias… Leila —leyó su nombre bordado en el bolsillo de la bata.

—Pero… —Se quedó con la palabra en la boca, pues Noah entró y cerró la puerta para que no pudiera seguirla.

La habitación estaba iluminada únicamente por la lámpara del cabecero. Permaneció unos instantes con la espalda pegada a la puerta y poco después, al ver que él dormía plácidamente, se acercó y depositó la bandeja en la mesita.

Sin poder contenerse, se inclinó ligeramente. Necesitaba oler de nuevo su pelo, su cuello, su piel… Todos y cada uno de los días que estuvo en coma inducido, realizaba una especie de ritual: se sentaba en la cama, cerraba los ojos, se inclinaba e inspiraba profundamente.

Sonrió.

Colin seguía emanando aquel característico y sensual olor. Su olor.

De repente, Colin abrió los ojos y, tras acariciarle el rostro, le sujetó de la nuca y la besó con posesión.

Al acabar, soltó el aire, aliviado.

—Te quiero.

La miró a los ojos con deseo.

—Yo también. —Sonrió feliz.

49

Bellevue Hospital Center, Manhattan

A pesar de la recaída de Jessica en su grave enfermedad, Gabriel no perdía la esperanza. Era lo único que lo mantenía con fuerzas para seguir afrontando el día a día.

La noche había sido agotadora, al parecer ella había sufrido una nueva crisis. A medida que avanzaban los días, su debilidad se hacía más evidente. Todo ello con el agravante del embarazo y lo que conllevaba. Otro riesgo añadido a la larga e interminable lista.

Gabriel introdujo un dólar en la ranura de la máquina expendedora. Seleccionó la opción de café exprés sin azúcar y, tras recogerlo, se sentó en uno de los bancos de la sala de espera.

Dejó el vaso de plástico en el suelo y aprovechó que estaba solo para estirar los brazos al aire y destensar las articulaciones. Tenía los músculos entumecidos y le dolía horrores la espalda. Tener que pasar todas las noches en una estrecha butaca no era precisamente un plato de buen gusto.

Unos pasos apresurados se oyeron aproximarse.

Gabriel miró en esa dirección. Era Amanda Orson, la madre de Jessica. Tenía el semblante desencajado y respiraba entrecortadamente. Se levantó en el acto para recibirla.

—¡¿Dónde está mi hija?! —farfulló temblorosa.

La mujer de mirada melancólica le sujetó de los brazos con ímpetu, suplicando una respuesta inmediata.

—Tranquilízate, Amanda, por favor —trató de calmarla con sus palabras.

—¡¿Cómo pretendes que me calme?! Quiero ver a mi hija. Hasta que no la vea, no…

Amanda rompió a llorar con desesperación y en seguida Gabriel la acunó en sus brazos. Esperó a que se tranquilizara para invitarla a sentarse en el banco junto a él. No era conveniente dejarse arrastrar por las emociones, al menos no en presencia de Jessica.

Con una mirada afligida, Amanda retomó el hilo de la conversación.

—¿Por qué no me has llamado antes?

—Mea culpa, lo sé. Te pido disculpas. —Se llevó la mano al corazón—. No quería preocuparte. Creí que se recuperaría pronto y que todo quedaría en un simple susto pero… me equivoqué.

Amanda buscó un pañuelo y, tras secarse las lágrimas, se sonó la nariz.

—Ahora eso ya no tiene relevancia. Lo importante es que estoy aquí y no me marcharé sin mi hija.

—Ya somos dos —afirmó con rotundidad—. Me estoy planteando seriamente traer mi tienda y acampar en la habitación.

Al encontrar consuelo en sus palabras, sonrió ensanchando los labios y cogió una de sus manos en forma de agradecimiento. Gabriel siempre era como una ráfaga de aire fresco. Su positivismo no entendía de límites y eso era de agradecer. Amanda era una mujer entrada en años y los disgustos la habían envejecido a marchas forzadas.

—¿Vamos a ver a Jess?

Amanda asintió.

—Estoy deseando abrazarla.

Gabriel suspiró. Se sentía orgulloso del estrecho lazo de unión que se había forjado entre

ambas, tras diez años de separación.

De camino a la habitación, mientras atravesaban el pasillo, le asaltó una duda.

—¿Has venido sola?

Ella asintió apenada y se encogió de hombros resignada.

—No da su brazo a torcer; John… es terco como una mula.

Gabriel puso los ojos en blanco, rememorando el último encontronazo entre los dos, cuando él trató de convencerlo de que su única hija necesitaba de su ayuda para sobrevivir.

—Ese cascarrabias cada día me sorprende más.

—Viniendo de él no me sorprende nada —pensó él en voz alta.

—Una mañana entró en casa encolerizado… echaba chispas y no dejaba de maldecir. Cruzó el salón sin siquiera darse cuenta de que yo estaba allí. Rompió algo con rabia y, antes de lanzarlo a la chimenea, mencionó tu nombre en varias ocasiones.

Amanda lo miró con suspicacia.

—¿Te has presentado en la finca últimamente?

Gabriel carraspeó y luego se rascó la punta de la nariz.

—Si te contesto que sí… me temo que querrás saber el motivo.

Amanda se detuvo en seco y, cuando Gabriel se giró, lo miró a los ojos con decisión.

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo —citó y, tras hacer una breve pausa, prosiguió —: Sé que algo os traéis entre manos y que, además, tiene que ver con mi hija.

Después de esa declaración, Gabriel fue incapaz de mentirle. Guardó las manos en los bolsillos y no tuvo más remedio que confesarle:

—Sí, hace unos días fui a la finca para hablar con John.

Ella ni siquiera se sorprendió, pues ésa era la respuesta que esperaba escuchar.

—Sospecho los motivos, pero prefiero oírlos de tu boca. Además, dudo mucho que le hayas prometido lealtad eterna —le dijo animándole a continuar con la mirada.

Gabriel se echó a reír, negó con la cabeza y, antes de contestar, miró a ambos lados para que nadie más pudiera oírlo.

—Verás… según me explicó Olivier…

—El doctor Etmunt —lo interrumpió sin pretenderlo.

—Eh… sí, el mismo.

—Continúa, por favor —lo animó con un gesto de cabeza aprobatorio.

—Jessica necesita de una nueva donación para sobrevivir…

Amanda asintió mientras lo escuchaba con suma atención.

—No me preguntes cuál es el término médico que utilizó… soy un desastre para estas cosas.

—No te preocupes.

—Sólo sé que ganábamos tiempo si resultaba ser el mismo donante que el de médula ósea.

—O… lo que es lo mismo, John.

—¡Premio! —exclamó, abriendo los ojos sin poder evitar su sorpresa—. ¿Cómo lo has…?

—¿Adivinado? —contestó sonriente—. Intuición femenina y… que conozco a John desde hace más de cuarenta años. Sé cuándo me oculta algo y además… se le da de pena mentir. Por eso y… atando un par de cabos sueltos, deduje que había sido él.

—De tal palo tal astilla… —murmuró sorprendido. Al parecer, Jessica había heredado la misma suspicacia materna.

—Y ahora, no quiere colaborar…

—No. Se ha cerrado en banda. He tratado de convencerlo, de hacerle entrar en razón, pero el muy…

Gabriel se calló de golpe. Por respeto a Amanda no soltó ningún improperio, prefirió guardarse la opinión sobre él para sí mismo.

—No te preocupes. Yo le haré entrar en razón. Conozco perfectamente cuál es su punto débil y sabré esperar el momento adecuado para contraatacar ese frente con todas las armas de las que dispongo. —Sonrió antes de concluir—: Los caminos del Señor son inescrutables, pero… los de una mujer, también.

Él alzó una ceja, anonadado.

La mujer menuda y de apariencia frágil no era tal cosa. Las apariencias, en ocasiones, engañaban. Y éste por lo visto era un claro ejemplo.

Al llegar a la habitación, Gabriel hizo ademán de abrir la puerta y cederle el paso justo cuando Amanda se fijó en sus dedos. Miró ceñuda la alianza de oro blanco que rodeaba su anular.

—¿Me he perdido alguna celebración importante? —le preguntó ella abiertamente.

Amanda le cogió la mano para mirarla más de cerca.

—Es preciosa.

Gabriel se quedó mudo, no supo qué responder.

Jessica le había rogado que aún no lo hiciera oficial. En cuanto saliera del hospital y retomaran el ritmo de sus vidas, les harían participes, a ella y a su padre, de su compromiso y de su embarazo.

—No te preocupes, Gabriel.

Amanda le soltó la mano y lo miró con cariño.

—Soy inmensamente feliz de que seas tú. Nadie la amará, la respetará y la cuidará mejor que tú, para el resto de su vida. Nadie.

Gabriel notó cómo se le formaba un nudo en la garganta al tiempo que se le humedecían los ojos.

—Te prometo que así será. Lo fue desde el principio y seguiré hasta el final.

Suspirando, Amanda sonrió agradecida.

—Entonces, desde hoy, ya puedo considerarte hijo mío.

Una oleada de sentimientos abrazaron a Gabriel. Le devolvió la sonrisa y, al poco, le reconoció:

—Nada en este mundo me honraría más, Amanda.

50

Park Avenue, Manhattan

Alguien aporreó con desesperación la puerta del apartamento.

—¡Voy! Un momento.

Gabriel salió a toda prisa del plato de ducha y, tras secarse el pelo con la toalla, se anudó ésta a la cintura. No hacía ni veinte minutos que había vuelto del hospital tras pasar la noche en vela cuidando de Jessica. Estaba agotado, tanto física como emocionalmente.

Desde la última recaída, su vida se resumía en idas y venidas al Bellevue Hospital Center. Decenas de cafés, desorden alimentario, insomnio… su día a día ya no tenía cabida para nada más. Había dejado de salir a correr, de tocar la guitarra e incluso de afeitarse. Su rostro cansado, ojeroso, desaliñado, unido a un decaimiento generalizado, no ayudaba demasiado. En el supuesto caso de que Jessica tardara en recuperarse, era muy probable que él también enfermara.

Echó una ojeada por la mirilla y, tras ver de quién se trataba, abrió en seguida la puerta.

—Daniela, ¿qué te pasa?

Como respuesta, ella se abalanzó y, colgándose de su cuello, lo abrazó con fuerza.

Toda ella era un mar de lágrimas, temblando y sin dejar de sollozar.

—Tranquila, cálmate…

Daniela hundió la cabeza en su pecho mientras él le empezó a acariciar el pelo con suavidad.

—Si no me lo cuentas, no podré ayudarte —le susurró.

Suspirando entrecortadamente, al fin ella le contestó.

—Se trata de Eric.

Gabriel le retiró el pelo de la cara para verla mejor.

—¿Qué ha hecho esta vez ese sinvergüenza?

Ella se separó y se echó hacia atrás lo necesario para mirarlo a los ojos y, con una valentía admirable, confesar:

—Acabo de pillarlo en mi cama con otra mujer.

—¡¿Cómo?! —exclamó, atónito—. ¡Será cabrón!

Aunque, a decir verdad, eso era algo que tarde o temprano esperaba que sucediera. A lo largo de los años, por desgracia, se había topado con personajes egoístas y sin escrúpulos, pero tenía que admitir que su amigo se llevaba la palma.

Al poco, alguien atravesó el rellano de la escalera y se acercó cauteloso.

Llevaba el pelo negro alborotado y unas gotas de sudor surcaban su frente.

Al guardar las llaves de su Aston Martin en el bolsillo de la cazadora, éstas emitieron un débil tintineo. Gabriel alzó la vista al oírlo y ambas miradas se encontraron en la distancia.

—¡Lárgate de mi casa hijo de puta!

El primer impulso de Gabriel fue correr a pegarle un puñetazo, pero Daniela lo agarró con fuerza del brazo a medio camino.

—¡No!

—Déjame que le parta la cara, ¡joder!

Daniela se mantuvo firme en su postura.

—No. No merece la pena.

Gabriel cerró el puño con fuerza y apretó los dientes hasta hacerlos chirriar.

—Daniela, ¿podemos hablar un momento… a solas? —preguntó Eric aparentando serenidad —. Te lo ruego. Si no lo haces por mí, hazlo por Alba.

Daniela agachó la cabeza.

—Por favor —insistió.

Al ver en Daniela un ápice de debilidad, Gabriel dio la espalda a Eric y la sujetó con fuerza de los hombros.

—Mírame…

Ella alzó la vista.

—No sucumbas a su chantaje emocional. Volverá a hacerte promesas que no será capaz de cumplir.

Daniela no respondía.

—Vamos, nena, no le escuches… —Sonrió sólo a medias—. Dame la oportunidad de explicarme… eres tú a la única que quiero, ya lo sabes.

Eric alargó el brazo ofreciéndole la palma.

—Regresa a casa conmigo.

Gabriel soltó sus hombros y le sujetó la cara entre sus manos.

—Ignóralo. Él jamás te hará feliz.

Daniela apartó la vista y miró a Eric.

—Te daré un minuto.

Eric sonrió.

—No, Daniela. No le debes nada. No te sientas obligada a escucharlo si no quieres.

—Gabriel, por favor. Necesito hacerlo.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmó con rotundidad.

—De acuerdo —añadió besándola en la frente.

Después se giró, fulminó a Eric con la mirada y le advirtió con el dedo.

—Como le vuelvas a partir el corazón con tu palabrería barata, te juro que te arranco los huevos y te los pongo como corbata, ¿te ha quedado claro?

Eric se echó a reír en su cara.

—Tú y tu peculiar forma de arreglar las cosas. Con la violencia, como los salvajes.

—Porque ése es el único lenguaje que entiendes.

—¡Basta! —gritó ella agarrando del brazo a Gabriel y llevándolo casi a rastras al interior del apartamento.

Una vez allí, trató de tranquilizarlo.

—Estaré bien, te lo prometo.

Gabriel, tras meditarlo unos instantes, al final tuvo que aceptar a regañadientes.

—Pero debes saber que no le quitaré el ojo de encima.

Daniela sonrió.

—Vaaale.

Permaneció unos instantes más a su lado y luego salió de nuevo al rellano.

—Nena…

Eric sonrió y abrió los brazos para recibirla.

—Ni se te ocurra tocarme —le advirtió deteniéndolo con la mano. Después, cruzó los brazos adoptando una postura defensiva—. Estoy aquí únicamente porque creo que toda persona tiene derecho a ser escuchada.

Eric soltó el aire y su mirada se iluminó esperanzada.

—Sólo ha sido sexo, ella no significa nada para mí.

Daniela lo miró sorprendida con los ojos muy abiertos.

—¿Sólo sexo?

—Sí, nena. Sólo eso. No hay sentimientos, ¿lo entiendes?

Ella se mordió la lengua para no decirle lo que opinaba al respecto.

—En todos estos meses… ¿ha habido más chicas?

Eric tosió en la mano y luego se la pasó por el pelo aún sudoroso.

—Verás… ya te comenté que soy un hombre con grandes necesidades sexuales. Y necesito follar constantemente. Para mí es vital… como el comer o como el dormir.

—Así que mis sospechas acerca de Vanesa eran ciertas y… no estaba tan loca como insinuaste —le cortó bruscamente.

—Te seré franco, porque creo que te lo debo. —Hizo una pequeña pausa y luego confesó con frialdad—: Vanesa y yo nos vemos cada vez que viajo a Madrid.

Daniela notó cómo una arcada ascendía de la boca del estómago y amenazaba con salírsele por la boca. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no vomitar la comida. Sus palabras y su tono eran demasiado hirientes. Por lo visto, amar a una persona no tenía el mismo significado para ambos.

Sacó fuerzas de flaqueza para mantenerse de pie y, cuando al fin lo consiguió, irguió como pudo la espalda y lo miró directamente a los ojos.

—Eric.

—Dime, nena.

Él ladeó la cabeza y le regaló una sonrisa seductora.

—Sería demasiado fácil echarte de mi vida para siempre. Pero no puedo hacerlo porque no somos dos, sino tres.

Ahora él frunció el ceño.

—¿Me estás dejando?

—Podrás ver a Alba siempre que quieras, pero lo nuestro se acabó. En cuanto salga aquella mujer del apartamento, iré a buscar mis pertenencias.

—Joder… Daniela. Veo que no has entendido nada…

Daniela sonrió con amargura.

—Sí, Eric. Lo he entendido perfectamente y he decidido no malgastar más el tiempo a tu lado. Hubo un tiempo en que pensé que no te merecía, por tu gran experiencia en el sexo, porque me sentía inferior en comparación con otras mujeres…

Inspiró hondo y luego liberó lentamente el aire antes de concluir:

—Pero me he dado cuenta de que estaba equivocada. Eres tú quien no me merece. Así que, por favor… —hizo un gesto con la mano señalando las escaleras—... lárgate.

La joven ni siquiera se esperó para verlo marchar. Se giró, le dio la espalda y cerró la puerta tras entrar en el apartamento.

Allí la esperaba Gabriel, apoyado en la mesa del salón con los brazos cruzados.

—Ven —le dijo tendiéndole la mano.

Daniela se acercó en silencio y se la cogió.

—Me siento muy orgulloso de ti. Has hecho lo que debías.

Ella rompió a llorar.

—Chis… —Tiró de su mano y la rodeó con sus fuertes brazos—. No te preocupes por nada. Yo siempre cuidaré de ti.

51

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

—¡¿Cómo?! —gritó Colin al teléfono. Tenía los ojos llameantes y llenos de ira—. No puedo creerlo… ¡Será hijo de puta!

Noah lo miró perpleja. Jamás, hasta aquel instante, lo había visto perder los estribos de aquella forma.

—¿Y dónde está ahora Timy?

Respiró con dificultad. Tenía las mejillas encendidas y no cesaba de negar con la cabeza.

Al poco rato, cortó la llamada y retiró las sábanas con rabia para salir de la cama.

—¿Qué ocurre? —le preguntó alterada tratando de retenerlo—. ¿Adónde vas?

Colin gruñó de dolor cuando puso los pies en el suelo.

—Aún estás convaleciente. No puedes irte. Tienes varias costillas fracturadas y la rótula recién operada…

—¡Noah, ya basta! —La hizo callar de golpe. Estaba desquiciado.

La joven dio un paso atrás asustada y tropezó con la butaca. La habitación se quedó en completo silencio en el acto.

Colin se dio cuenta de que había alzado desmesuradamente la voz y de que estaba temblando. Cojeando, se acercó a ella.

—Lo siento, cariño… —Le atrapó la cara con las manos y pegó su frente con la de ella—. No debí gritarte de ese modo… soy un completo inepto.

Luego, le echó el pelo hacia atrás, le acarició lentamente la cara y le levantó la barbilla.

—Te quiero, Noah. —Se inclinó y la besó muy despacio, cargado de sentimiento.

Después, se separó y, mirándola a los ojos, le susurró:

—No lo olvides nunca.

—Lo sé, Colin. Sé que me quieres. Lo sé porque es lo mismo que siento yo por ti.

Esa respuesta le valió para poder respirar de nuevo, aliviado.

—Dondequiera que vayas te acompañaré.

Colin resopló.

—No. Iré solo.

—¿Por qué no puedo acompañarte?

Él negó con la cabeza con insistencia y luego se separó de ella.

—En esta ocasión prefiero que te mantengas al margen.

Colin le dio la espalda y se sentó al pie de la cama para calzarse mientras Noah se acercaba y buscaba su mirada antes de formularle una pregunta.

—¿Quién es Timy?

Él le sostuvo la mirada unos instantes, dejó el zapato en el suelo y le cogió de la mano. Entrelazó los dedos y trató de explicarle en pocas palabras quién era.

—Timy es fruto de una relación que mantuve hace unos años con una mujer. Se llamaba Kristy, falleció por…

Sin darse cuenta, Colin le apretó la mano con fuerza.

—Tranquilo, tómate tu tiempo. No voy a ir a ninguna parte —lo calmó con su dulce voz.

—Noah, no he llevado una vida precisamente… normal que digamos.

Ella se puso de cuclillas y se mantuvo en silencio.

—No me he comportado bien. He hecho daño a demasiada gente. Personas a las que he querido y… quiero. —La miró tan profundo y arrepentido que Noah sintió cómo su mirada le traspasó el alma.

—Todos tenemos un pasado… —susurró abatida bajando la vista al suelo. «Todos, excepto yo», pensó.

—Exacto. Todos. —Le alzó la barbilla y le confesó—: Fue entonces cuando tuve que elegir, seguir destruyéndome o sobrevivir. Eché a todos de mi lado. Los aparté de mi lado porque, de no lograrlo por mí mismo, al menos… tenía que asegurarme de ser el único en caer.

Colin recordó los momentos de soledad y de abandono por los cuales tuvo que pasar; sin embargo, daba gracias a Dios, porque le sirvieron para darse cuenta de que no podía continuar con aquella vida llena de excesos, sexo y perversión.

El único consuelo que puso fin a todo aquel infierno fue el nacimiento de Tim. Sin lugar a dudas. Pureza, inocencia… fue como una bendición, salvo por la enfermedad que padecía.

—Un ángel con las alas rotas… Así nació mi Timy. —Sonrió con amargura—. Mi hijo sufre el síndrome de Angelman.

Noah lo miró confundida a la par que asombrada por dos motivos: el primero, por ignorar que fuese padre, y el segundo, que su hijo padeciera aquel trastorno genético que sólo afectaba a uno de cada treinta mil nacimientos.

—Timy muestra un retraso generalizado en el desarrollo.

Ella tragó saliva, angustiada. Conocía perfectamente cuáles eran esos retrasos; desde que había despertado del coma, había tratado de documentarse y había leído libros de medicina por si lograba recordar algo, por mísero que fuera.

Entrelazó los dedos con los de él, para que se sintiera más fuerte a la hora de explicárselo con todo lujo de detalles.

—Sufre continuas crisis epilépticas, períodos prolongados de ausencia... —Respiró hondo—. A sus tres años aún no ha aprendido a caminar y a todo ello se le añade un retraso en el habla bastante severo: disfasia tanto receptiva como expresiva y…

—Chis… —Noah lo silenció colocando el dedo índice con suavidad sobre sus labios temblorosos. Sintió el corazón partírsele en mil pedazos. La vida en ocasiones era demasiada cruel y despiadada, sobre todo con seres que no tenían culpa de nada—. Te lo ruego, por favor. Deja de lacerarte de este modo… no soporto verte así.

En cuanto pudo tranquilizarse, Colin se calzó y, apoyando las manos en la cama, se levantó con la ayuda de Noah.

—He de irme. —Caminó a pata coja en dirección al armario para hacerse con las muletas.

Noah cogió el abrigo y el bolso.

—Te acompaño.

Colin no pudo evitar esbozar una sonrisa divertida.

—Continúas siendo igual de testaruda.

—Supongo que la esencia perdura en mí.

—Y te aseguro que… en otras muchas cosas… —Se acercó a paso lento para besarla en los labios.

—¿En serio? ¿Cómo cuáles? —le preguntó curiosa.

—Lo sabrás a su debido tiempo… te lo mostraré en cuanto tengamos un momento de intimidad.

Le lanzó una mirada tan ardiente y provocadora que, incluso, sería capaz de derretir cualquier

iceberg de la Antártida.

Entonces ella lo señaló con el dedo.

—¿Vas a salir a la calle vestido con el pijama?

Colin echó un vistazo rápido a su atuendo, sacudió la cabeza sin dar crédito y, sin detenerse a meditarlo, empezó a desvestirse.

—Qué haría yo sin ti… —reconoció casi en un murmullo inaudible.

Cuando trataba de desprenderse de la manga de la camisa, una punzada en el costado provocó que soltara un agudo alarido de dolor.

Ella corrió a su lado.

—Déjame que te ayude.

—Puedo solo —volvió a gruñir.

Noah sonrió y, haciendo caso omiso, le ayudó a desnudarse con paciencia.

—Jamás he entendido ese comportamiento cavernícola que demostráis los hombres.

—¿Cavernícola?

—Sí.

Colin enarcó una ceja.

—Yo puedo con todo… yo soy macho… Unga, unga… —imitó con voz grave y varonil mientras doblaba los brazos mostrando sus bíceps.

Él se echó a reír.

—No pasa nada porque de vez en cuando os echemos una mano… no perderéis virilidad, ni nada por el estilo.

—Noah…

—¿Qué?

—Calla…

Colin dejó caer las muletas contra el suelo. Luego, sin esperar más, dio un paso al frente y, sujetándola por la nuca con fuerza, atrapó sus labios, devorándola con furor.

Ella abrió la boca para recibir su lengua, cálida, húmeda y desesperada. Absorbiendo varios de sus gemidos, elevó los brazos para enredar los dedos en su pelo.

—¿Vas a dejar que te ayude con la ropa? —le preguntó, dejando de besarlo y echando la cabeza hacia atrás.

—¿Tengo opciones?

—Ninguna. —Puso los brazos en jarras con el semblante muy serio y el ceño fruncido.

—¡Joder! —se mofó—. Noah, no me mires así… que la niña de El exorcista a tu lado no es más que Blancanieves.

Ella lo miró obnubilada.

—¿La niña de El exorcista? ¿Blancanieves?

Él se echó a reír y la besó en la frente.

—Venga, ayúdame con la ropa que yo solo no puedo. Luego te lo explicaré, de camino.

Después de vestirse, Noah lo acompañó a la clínica privada donde Tim se encontraba internado desde hacía casi dos años. Como el pequeño padecía tantos trastornos genéticos y Colin era el único responsable de su cuidado, éste se vio obligado a buscar un centro pionero en la investigación de una cura donde dedicaran unas horas al día a la estimulación de su desarrollo tanto en la coordinación motriz como en la capacidad lingüística o incluso de los frecuentes y reiterados episodios epilépticos.

—Gracias por venir.

Noah le sonrió en respuesta de su agradecimiento.

—Sabes que lo hago encantada. No me supone ningún esfuerzo.

—Lo sé… aun así, gracias.

Colin la besó en los labios y luego le rogó que lo esperara en aquella sala mientras hablaba con el personal de administración.

—No te preocupes. Ve tranquilo.

—Eres increíble. —Le acarició la mejilla.

Se giró y se ayudó de las muletas para caminar; Noah lo perdió de vista cuando entró en una habitación de cuya puerta colgaba un letrero que indicaba «Acceso restringido».

En seguida, Sophie, una de las tres socias fundadoras, lo recibió nada más verlo.

—Doctor Wilde, agradezco que haya acudido con tanta rapidez. Tome asiento, por favor. —Le mostró una de las dos sillas que había junto al escritorio.

Era una mujer de mediana estatura, de rasgos marcados y endurecidos por el paso de los años. Varias arrugas surcaban el contorno de sus ojos color miel y un flequillo desfilado cubría parte de su frente.

—Celebro verlo tan recuperado después de aquel desafortunado incidente.

—Vayamos al grano, si no le importa. —Su tono de voz grave y profundo la dejó desarmada en un solo instante.

—No creo que sea preciso ser grosero.

Colin sonrió sólo a medias y se frotó las manos con nerviosismo.

—Usted y yo sabemos que, si no hay fondos, no hay tratamiento ni hospedaje.

Sophie cruzó las piernas y enderezó la espalda.

—Técnicamente, así es.

—¿Cuántos días faltan para echar a patadas a mi hijo del centro? —Alzó un poco el tono de voz.

—¡Por el amor de Dios! —Se escandalizó abriendo mucho los ojos—. Le rogaría que moderara su lenguaje.

Colin resopló.

—¿No podrían darme más tiempo para reunir esa cifra?

Ella lo miró con fijeza y luego le respondió.

—Las normas del centro no admiten excepciones. Todos los tratamientos y todos los procesos que se llevan a cabo aquí son muy costosos. —Hizo una pausa y buscó las palabras para que no dieran lugar a equívocos ni a malas interpretaciones—. Pido disculpas por mi hosquedad, pero me veo en la obligación de ser transparente con usted. No podemos financiarle, no somos una entidad bancaria y no podemos permitir que el niño permanezca aquí si no paga las facturas. No somos una oenegé.

Colin se incorporó de golpe, sintiéndose ultrajado por semejante comparación.

—No se preocupe. —Apoyó con fuerza las manos sobre la mesa—. Conseguiré el dinero para que mi hijo no se quede en la calle, aunque para ello tenga que venderlo todo.

Sophie ni siquiera tuvo opción a réplica; cuando quiso abrir la boca, Colin ya había salido por la puerta a trompicones.

Maldijo, renegando entre dientes por no poder dar un portazo por culpa de las muletas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Noah abordándolo al ver que se acercaba echando chispas.

Pasó por su lado sin detenerse, era como si no la hubiera visto. Siguió caminando sin esperarla.

—¡Colin!

Noah corrió tras él hasta darle alcance a pocos metros.

—¿Puedes decirme qué es lo que ha pasado?

Se puso delante para cerrarle el paso deliberadamente.

Él apretó los labios con fuerza y respiró con dificultad.

—Háblame —le rogó esta vez más serena. Le apartó un mechón empapado en sudor que tenía adherido a la frente y que le tapaba parcialmente la visión—. Por favor, dime qué ha pasado con tu…

—¡Noah! —la interrumpió con brusquedad—. En estos momentos, nadie podría ayudarme. Ni siquiera un milagro.

—Y… ¿por qué no me pones a prueba? —protestó.

Colin resopló tan fuerte que el aliento chocó contra la cara de Noah y alborotó varios de sus mechones.

—Deja de ser tan cabezota… ¡joder! —le gritó sulfurado. Estaba ofuscado y sentía tanta rabia en su interior que no era capaz de mantenerla a raya—. ¿Nunca sabes cuándo debes parar?

Noah se quedó paralizada en el sitio. Únicamente estaba tratando de averiguar qué era lo que había ocurrido entre aquellas cuatro paredes para provocar que saliera de aquella forma.

—Lo siento, yo…

Él cerró los ojos.

Estaba a punto de perder la paciencia y, haciendo un acto de fe para tratar de controlar toda su ira, le habló esta vez algo más sosegado.

—Necesito estar solo, Noah. Pillaré un taxi y me iré a casa —concluyó sin despedirse, sin besarla, sin mostrar ningún tipo de afecto y sin, ni siquiera, una palabra de aliento.

Ella permitió que se marchara sin tratar de convencerlo. Pese a que ignoraba los motivos, creyó conveniente no interferir en su reflexión. Aquello le sirvió para conocerlo un poco más. Conocer sus inquietudes, sus miedos… incluso sus fantasmas. Se dio cuenta de que no era la única con problemas. Dejaría pasar un tiempo prudencial y después lo buscaría para brindarle todo su apoyo.

Cuando Noah se estaba abrigando para salir a la calle, Sophie alertó su atención a lo lejos.

—¡Disculpe!

La joven de melena rojiza se giró en el acto y aguardó en el sitio.

—¿Es acompañante del doctor Wilde?

—Eeeeh… sí, soy suuu…

En un instante, sus mejillas empezaron a sonrojarse ligeramente al no ser capaz de continuar la frase. Por primera vez fue consciente de que no sabía cómo denominar aquella relación: ¿era sólo amistad?, quizá… ¿sexo?, o tal vez… ¿eran pareja?

—En ese caso, ¿podría hacérselo llegar?

La mujer le entregó un sobre blanco en cuyo membrete figuraba el nombre del centro.

—Descuide, no se preocupe. Esta misma tarde se lo entregaré en mano.

Sophie hizo un gesto con la cabeza a modo de agradecimiento y después le tendió la mano.

—Soy una de las tres socias fundadoras del centro. Cualquier tema relacionado con el hijo del doctor pasa antes por mi supervisión.

Noah le estrechó la mano y después se presentó.

—Soy la doctora Anderson y formo parte del equipo de oncología del Albert Einstein Medical Center.

—¡Ohhh! —exclamó con admiración—. Entonces conocerá al cirujano jefe, el honorable doctor Wilson.

Noah asintió sin confesarle que estaba ante su mujer.

Sophie comenzó a relatar los logros y reconocimientos que durante años Clive Wilson había ido cosechando. A ojos de la gente, él era como una especie de Dios salvador. Un héroe de bata blanca armado con un bisturí.

Para Noah era todo lo contrario: era la viva imagen de Satanás. Una bomba de relojería a punto de estallar en cualquier momento y un baúl rebosante de enigmas.

Guardó el sobre en el interior del bolso y, tras despedirse con amabilidad, salió del centro en dirección a Old City. Necesitaba ver cuanto antes a su hermano Jonathan.

52

Una hora más tarde
Old City, Filadelfia

—Pasa, peque.

Jonathan abrió la puerta y la invitó a entrar vestido únicamente por unos pantalones deportivos bajos de cintura que dejaban al descubierto su escuálido cuerpo.

Noah se lo quedó mirando antes de entrar.

—¿Has perdido peso?

Él alzó una ceja, se miró a sí mismo de arriba abajo y luego se encogió de hombros.

—Me veo igual que siempre.

—Estás más delgado —afirmó preocupada.

—¡Bah! Tonterías…

Realizó un movimiento vago con la mano, restándole importancia, y cambió de tema en el acto.

—¿Vas a quedarte en el rellano toda la tarde? Más que nada por si voy a buscar un par de sillas para sentarnos.

Noah sonrió divertida.

—No me cambies de tema que ya empezamos a conocernos.

Pasó por su lado y se dirigió a la cocina sin detenerse.

Abrió la nevera para husmear en su interior y empezó a remover los pocos alimentos que encontró.

—¿Se puede saber qué coño haces? —Se cruzó de brazos a la expectativa.

—Asegurarme de que comes como es debido y de que tu dieta aporta a tu cuerpo los nutrientes necesarios.

Noah ni siquiera se giró. Tras cerrar el frigorífico, empezó a revisar los armarios.

—¡Alto, alto!

Jonathan le cerró una de las puertas.

—Deja de controlar lo que como.

La joven señaló un par de bolsas de comida precocinada ya caducadas, una de bollería industrial y media docena de latas de bebidas gaseosas.

—No puedo creer que en toda la cocina no tengas una sola pieza de fruta, o verduras frescas y variadas, huevos o ni siquiera un tetrabrik de leche.

Siguió mirándolo a la espera de una respuesta convincente, la cual no se produjo.

—Jonathan, deberías cuidarte más… me preocupas…

La expresión de él se volvió más dura al instante.

—Me muero, no creo que eso importe demasiado a estas alturas…

—¡No vuelvas a decir eso!

Jonathan respiró hondo.

—¿Prefieres que te mienta? ¿Que me mienta? Lo siento, pero yo no soy de esa clase de tipos. Me estoy muriendo y nada puedo hacer para impedirlo. Afrontarlo me ayuda a sobrellevarlo con algo de dignidad.

Escuchar aquellas palabras salir de su boca le partieron el alma. Se quedó sin saber qué decir y

el silencio, al instante, los envolvió.

Jonathan, al ver lo consternada que estaba su hermana, se acercó y la rodeó con sus brazos. Noah se estremeció, tenía la piel helada. Se mordió la lengua y se tragó las ganas de comentárselo. Simplemente, se limitó a cerrar los ojos y abrazarlo con la misma intensidad y cariño.

—Cuánto te he echado de menos, peque… ni te lo imaginas.

Ella suspiró, melancólica. Por más que se devanara los sesos tratando de tener recuerdos de él previos a la amnesia, era inútil. Lo había probado todo o… tal vez no.

—El otro día, mientras leía una novela de una escritora española… me asaltó una idea. —Empezó a relatar sentándose en uno de los taburetes que había junto a la isla de la cocina—. Uno de los personajes decidía someterse a una sesión de hipnosis. Aquello me dejó muy pensativa. ¿Qué probabilidades habría de recuperar la memoria si me ofrezco a ser hipnotizada?

Jonathan la miró en silencio mientras se frotaba la barbilla, pensativo.

—Te parece muy descabellado, ¿verdad?

Se creó un nuevo silencio y, al cabo de un rato, él le respondió.

—Podríamos intentarlo.

—¿En serio?

—¿Por qué no?

La joven suspiró esperanzada. Tal vez la llave de sus recuerdos estaba más accesible de lo que a simple vista parecía.

—Conozco a alguien que podría ayudarte. Aunque te recomiendo que no te hagas ilusiones.

—¿Por qué?

—Pues… porque se trata de un método muy complejo. No todas las personas son sensibles a la sugestión.

—¿Y cómo…?

—¿Sé tanto de la hipnosis? —la interrumpió con una sonrisa que le delataba—. Pues porque he estado presente en decenas de sesiones, al igual que tú.

Ella lo miró con curiosidad a la par que muy sorprendida.

—¿Yo?

—Ajá. Vincent es el experto. Lleva años practicándola en clandestinidad. Es su hobby y su pasión… oculta.

—¿Y cuándo crees que podría… hipnotizarme?

Noah se sentía verdaderamente excitada. Hacía días que la idea le rondaba por la cabeza y sentía la imperiosa necesidad de experimentarlo; cuanto antes, mejor.

—Si quieres puedo comentárselo esta misma noche.

—Sí, por favor… —Unió las manos en forma de ruego.

—Pero no te prometo nada, últimamente está muy atareado. El seminario lo mantiene ocupado la mayor parte del tiempo. Suele ir a dormir a altas horas de la madrugada y se levanta al alba.

Noah lo miró con ojitos de cordero degollado y él al final se rindió.

—Sí… no te preocupes. Haré cuanto esté en mi mano para convencerlo y tendrás tu sesión de hipnosis muy pronto. Te lo prometo, peque.

—Entonces, habrá que celebrarlo.

Besó a su hermano en la mejilla y se dirigió al pequeño salón.

—¿Adónde vas? —le preguntó al observar que se colocaba el abrigo y se colgaba el bolso del hombro izquierdo.

—A llenarte la despensa de comida de verdad. Fresca y saludable.

Jonathan puso los ojos en blanco y se frotó la cara con las manos.

—Santa paciencia… —murmuró entre dientes.

—¡Te he oído…! —le recriminó con ironía antes de salir por la puerta.

Al llegar a la calle, pronto vislumbró un minisupermercado al otro lado de la acera. Cruzó por el paso de viandantes y, tras entrar, buscó la frutería y pidió la vez.

Mientras esperaba, abrió la cremallera del bolso para coger el iPhone y fue entonces cuando descubrió, entremezclado entre el billetero y el Kindle, el sobre que Sophie le había confiado para entregárselo a Colin.

Dudó. Y se reprendió mentalmente por plantearse siquiera la posibilidad de abrirlo y violar su confidencialidad.

Miró el reverso y se dio cuenta de que la solapa de éste no estaba cerrada.

«Colin es demasiado reservado y testarudo. Dudo mucho que me explique qué ha ocurrido realmente para salir huyendo de la clínica de aquella forma, sin antes ver a su hijo.»

Y, justo cuando se debatía entre lo que era correcto o lo que era inmoral, una desconocida le dio un codazo en el costado.

—Creo que te toca a ti.

—El siguiente… —canturreaba la dependienta al otro lado del mostrador.

—Soy yo. Disculpe…

Noah guardó de nuevo el sobre en el interior del bolso y empezó a enumerar la lista mental que había hecho de frutas y verduras.

Con una sonrisa de oreja a oreja, salió del establecimiento rumbo al apartamento. Tal vez fuera porque aquella noche Jonathan cenaría en condiciones, o por las ganas que tenía de proseguir con la conversación en referencia a la sesión de hipnosis a la cual pretendía someterse. Fuera por lo que fuese, no podía evitar sentirse esperanzada y… feliz.

Al llegar al rellano de la escalera, un dulce aroma a incienso unido a la canción Waves, de Mr. Probz, le dieron la bienvenida.

Entró sin llamar. La puerta estaba entreabierta. Fue directa a la cocina para dejar las bolsas sobre el mármol e ir guardando la compra en el frigorífico.

Jonathan se le acercó por la espalda y miró por encima de su hombro.

—A ver qué has traído para nutrir a tu esquelético hermano. —Sonrió con sarcasmo.

—Eso no ha tenido ni pizca de gracia —lo reprendió con severidad—. Debes cuidarte. Y si te empeñas en no hacerlo, a partir de ahora me ocuparé yo.

Él se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¿Estás segura de que sufres amnesia?

Noah puso los brazos en jarras y lo miró con suficiencia.

—¡Vaya! Me has pillado… Lo confieso. Os he estado tomando el pelo a todos —le siguió la broma.

Jonathan se carcajeó mientas echaba la cabeza hacia atrás.

—Me encantas, peque. Y me alegra que no hayas cambiado un ápice. Sigues siendo la misma Noah de siempre. Cabezota, refunfuñona y… ¡tan especial!

—¿Se supone que he de tomármelo como un halago?

Él no le respondió. Sonrió y le removió el pelo enérgicamente como si de una niña pequeña se tratara. Después, cogió una lechuga y empezó a separar varias hojas para preparar una ensalada.

Noah le devolvió la sonrisa y, en vez de removerle el pelo, lo empujó con la cadera para hacerse un sitio a su lado.

—Observa y aprende, hermanita. —Le guiñó un ojo—. Estás a punto de descubrir mi secreto mejor guardado.

—Sorpréndeme —le retó.

—La Anderson's Special Salad. —Levantó las manos y las movió imitando a un presentador.

—Esto no me lo pierdo por nada del mundo. —Se dobló las mangas de la camisa y observó con atención.

Los hábiles dedos del joven empezaron a moverse con destreza. Cortaron un tomate maduro, trocearon una zanahoria… Noah no cabía en sí del asombro. Por lo visto se trataba de un perfecto experto en la materia. La soltura con la que la preparaba lo evidenciaba.

—Me apuesto uno de los grandes a que no es la primera vez que ceno una de tus ensaladas.

Jonathan la miró de reojo, se rio y después bajó la vista al bol. Minutos más tarde, hizo redoble de tambor y, mostrando su creación con orgullo, exclamó de viva voz:

—¡Voilà! Ma petit Rousse… ¿Qué te parece?

Tras echar un primer vistazo, levantó el pulgar y dio su aprobación.

—Tiene una pinta estupenda —admitió alargando el brazo para atrapar una nuez.

—No me sea maleducada, señorita… —Le dio una palmada en la mano—. Hay que esperar a que estén presentes todos los comensales.

Noah miró alrededor y luego de nuevo a su hermano.

—Pero si estamos solos, tú y yo.

Jonathan negó con la cabeza y alzó el dedo índice, señalando el reloj colgado en la pared.

—Vincent llegará en… tres, dos…

Y, como por arte de magia, la puerta de la entrada se abrió de par en par.

—¡Hola, cariño! He tenido un día de perros, horrible… ¡Ufff, qué digo horrible, ha sido lo más desagradable que han visto mis ojos desde la matanza de Texas! —relataba mientras se desprendía de la gabardina y guardaba las llaves del todoterreno.

Vincent se quedó callado en el acto, cerró los ojos y olfateó como si se tratara de un perro sabueso.

—Aquí huele a mujer… —pensó en voz alta—. Ese perfume… no puede ser de otra persona más que de…

Corrió a la cocina y, al ver que estaba en lo cierto, se acercó a Noah y la abrazó con fuerza, elevándola por los aires.

Jonathan, que conocía a la perfección el lado más sobón de su pareja, no se extrañó de su efusividad. Vincent era un ser espontáneo y natural, hacía y deshacía según le apetecía.

Al dejar a Noah en el suelo, ésta retomó el aliento, se atusó el pelo y se planchó la falda con la mano.

—Menudo recibimiento —runruneó abrumada.

—El otro día me quedé con las ganas de achucharte, así que hoy no ibas a escaparte.

—¿Y no queda nada para mí?

Jonathan entornó los ojos y puso morritos de forma teatral.

—¿Celoso, mi amor? —le preguntó Vincent haciéndose el interesante.

—Mucho. —Cruzó los brazos simulando estar molesto.

—Pues no deberías…

Vincent se acercó peligrosamente a su pareja y, cuando lo tuvo cara con cara a escasos centímetros, le plantó un beso de película que lo dejó sin aliento.

Noah sonrió. Ver a su hermano tan enamorado no tenía precio. Se percibía en el ambiente el amor y la adoración que se tenían mutuamente. Aquello le dio qué pensar, o más bien, en quién

pensar. Cruzó el salón con rapidez. Deslizó la cremallera del bolso para buscar el iPhone entre los demás objetos personales y salió a la terraza para realizar una llamada.

El aire frío de principios del mes de febrero le azotó en la cara. Se subió el cuello de la camisa y bajó las mangas. Por su bien, era conveniente no permanecer mucho tiempo en la intemperie o, de lo contrario, corría el riesgo de acabar pillando una pulmonía o quizá algo peor.

«Qué extraño… —pensó—. No deja de saltar el contestador continuamente.»

Al tercer intento, Noah decidió dejar gravado un escueto mensaje en el buzón de voz de Colin.

—Hola… soy Noah. Sólo llamaba para saber que… —Se quedó en silencio un sólo instante. Después, cerró los ojos y, tras escapársele un suspiro, se acercó más el auricular a la boca—. Desearía estar a tu lado para abrazarte y cuidarte. Calmar ese fuego que te corroe por dentro… Por favor, déjame llegar a tu corazón. No me alejes de ti…

¡Bip!

Aquel sonido anunció el fin del tiempo de grabación.

Noah se quedó con la palabra en la boca y con unas irrefrenables ganas de oír su voz y saber que se encontraba bien. Se frotó los brazos enérgicamente para entrar en calor y se prometió a sí misma que, si no recibía pronto noticias de él, incumpliría la promesa de no ir a su casa.

—¡Noah!

Se oyó a Vincent gritar desde el salón.

Ella se giró de golpe y miró en aquella dirección. A lo lejos vislumbró un sobre blanco que el joven le mostraba mientras lo sacudía enérgicamente. Se trataba del mismo que Sophie le había entregado en mano.

Noah corrió en su búsqueda desde el otro extremo de la vivienda y, cuando tenía intención de atraparlo casi al vuelo, Vincent lo escondió tras la espalda y negó con la cabeza.

—Ah, no… Primero, quiero que me expliques por qué tienes un sobre a nombre del doctorcillo de pacotilla.

A Noah no le hizo ni pizca de gracia el tono despectivo que empleó para describir a Colin.

—Es confidencial. Por favor, dámelo. —Le mostró la palma de su mano.

Vincent se mantuvo firme.

—No me andaré con rodeos, cielo. El doctor Wilde se portó como un asqueroso y repugnante cerdo contigo. Y de haberlo sabido antes, te aseguro que…

—¡Vincent! ¡Ya basta! —lo sermoneó Jonathan sacando la cabeza por la puerta de la cocina —. Deja de inmiscuirte en la vida de los demás. Me consta que Noah es feliz y para mí es lo único que importa.

En silencio, Vincent recapacitó. Podría estar en lo cierto y debía dar un voto de confianza a las aparentes buenas intenciones del doctor.

—Lo siento —se disculpó entregándole el sobre protagonista del conflicto—. Estaba tirado en el suelo y, como soy muy cotilla, no he podido evitar meter el hocico dentro…

Noah abrió los ojos como platos.

—¿Lo has leído?

—Sí —le confesó sin remordimientos de conciencia.

Ella lo miró casi suplicante. En el fondo se moría de ganas de saber qué incógnita escondía aquel sobre en su interior.

Inmediatamente, Vincent abrió la boca para responder a los ruegos de su mirada gris.

—Te confieso que sigo petrificado tras leerlo.

La joven lo miró aún con más apetencia.

—¿Y bien? —sonó más a ruego que a pregunta.

—No sabía que tu marido y él fueran… ¡joder! Es que es muy fuerte…

Vincent se abanicó con la mano, se notaba incluso acalorado.

—¿Qué es lo que son?

—Joder, Noah… y perdona por el taco. Pero… déjame ser el primero en anunciarte que te estás tirando a tu cuñado…

—¿Cóooomo? —balbuceó atragantándose con su propia saliva.

—Sí, yo me he quedado igual: a-no-na-da-do. No te digo más. —Hizo un gesto con la mano como si quisiera espantar una mosca.

Noah abrió el sobre con las manos temblorosas. Aún no daba crédito. Clive y Colin… ¿eran hermanos?

Cuando desdobló el folio, comenzó a leer el escrito. Entre formalismos, se hacía mención de que, a partir de aquel día, el señor Wilson dejaba de hacer frente a todos los pagos de tratamiento, de hospedaje y de manutención del menor Tim Wilde.

—¿Cómo es posible? —tartamudeó afligida cayéndosele el alma a los pies.

—Bueno, ya sabes… cuando un hombre y una mujer… copulan… pues…

—¡Vincent! —lo cortó Jonathan colocándose junto a Noah—. ¿Me dejas ver el escrito?

Tras entregárselo, Noah tuvo que sentarse en una silla; se encontraba ligeramente mareada. Se puso una mano en la frente y cerró los ojos.

Al darse cuenta de que había palidecido, Vincent corrió a la cocina, buscó una bayeta y, tras mojarla con agua, la escurrió en la pica. Después, tras recogerle la melena en una cola provisional, se acuclilló y le humedeció nuca, frente y mejillas.

—¿Te vas encontrando mejor, cielo? A veces puedo ser demasiado brusco —admitió—. Una bomba de ese calibre debía de habértela soltado por fascículos.

Ella trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Eso está mejor… Voy a buscar un vaso de agua. Quédate aquí, no vaya a ser que te escapes. —Le guiñó un ojo.

Jonathan aprovechó para acercarse a ella. Se sentó a su lado y le frotó el muslo con cariño.

—Lo siento, peque. Me imagino lo que supone descubrirlo por cuenta propia y no de boca de uno de ellos.

Noah continuaba sin reaccionar. Seguía sumida en una especie de shock emocional.

—Así que, si sigo las ramas del árbol genealógico… llego a la conclusión de que, al estar casada con Clive, el hijo de Colin es tu sobrino.

Noah se frotó la frente con la palma de la mano y luego inspiró hondo. No había caído en la cuenta. En lo único en que pensaba era en la desdicha de aquel pobre niño. Enfermo y, a partir de ese momento, sin los debidos cuidados médicos que necesitaba y a los que estaba acostumbrado.

—Lo que no comprendo es… ¿por qué Clive pagaba los costosos tratamientos?

—Me has leído el pensamiento.

Jonathan se incorporó.

—Voy a realizar un par de llamadas. A Angy, del registro de Sucesiones, y a Edward, del bufete.

—Ya es muy tarde. —Miró a través de la ventana. La noche hacía rato que había caído.

—No te preocupes, ambos son colegas y me deben algún que otro favor.

Vincent regresó con un vaso de agua con hielo para ella y un par de cervezas para ambos.

—Gracias —dijo Noah. Se llevó el vaso a los labios y, justo cuando tenía la intención de dar un sorbo, los ojos le salieron disparados como flechas hacia las botellas de cristal que sujetaba Vincent entre sus manos—. Me temo que me vendría mejor una de éstas.

Con pericia, le robó una de las botellas casi sin que él se diese cuenta. Luego, la acercó a la boca y bebió a morro.

—¡Ja, ja, ja! —Se rio muy sorprendido—. Y ahora es cuando eructas como un hombre.

Ella se contagió de su risa.

—¿Desde cuándo bebes a morro?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Lo único que te puedo garantizar es que quien tienes ante tus ojos… es la nueva Noah Anderson.

53

Mansión de los Orson, afueras de Manhattan

—¡Ufff! —exclamó Gabriel sacando el equipaje del maletero del taxi—. ¿Qué llevas, un muerto?

Daniela se echó a reír cubriéndose la boca con la mano.

—Ya sabes… ropa, zapatos, chaquetas… la cabeza de Eric.

Ambos se miraron cómplices y rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

—Por guardarte el respeto no le partí la cara delante tuyo… aunque reconozco que ganas no me faltaron.

Él cerró la mano en un puño y ella, al darse cuenta, negó con la cabeza.

—Sabes que no hubiera valido la pena, Gabriel. No merece siquiera que te rebajes a su mismo nivel.

Gabriel tuvo que reconocer que Daniela tenía razón. Él no era quién para darle clases de moral. Seguramente, la escuela de la vida se encargaría de propinarle un buen revés.

—Bueno, ya verás como aquí estarás mejor.

—¡Gabrieeeeel! ¡Válgame Dios!

Ambos se giraron al oír el grito de Geraldine, quien, sin dar crédito a lo que veían sus ojos, se llevó las manos a la cabeza enloquecida. Varias fueron las semanas que habían transcurrido desde la última vez y muchos eran los acontecimientos que aguardaban por explicar: la boda secreta, el embarazo de Jessica y… la puesta en marcha de la adopción de Scott.

La sonrisa de oreja a oreja delató su inmensa alegría. Corrió a su encuentro como un galgo en plena carrera y, al llegar a su altura, la cogió por la cintura y la elevó en volandas, como si se tratara de una liviana muñeca de trapo.

—¡Bájame, Gabriel! ¡Que se me van a ver hasta las vergüenzas! —exclamó entre risas y gritos, con las mejillas encendidas.

A Daniela le dio un vuelco el corazón. Aquella imagen era bellísima y Gabriel… no tenía palabras para describirlo. Para ella Gabriel era una persona demasiado esencial en su vida. Era el empuje que en muchas ocasiones precisaba para seguir adelante. Incluso reconocía que, por sí misma, jamás hubiera reunido la valentía necesaria para enviar a Eric a paseo.

Cuando Gabriel la dejó con los pies apoyados en el suelo, aprovechó para recolocarse varios mechones que se habían soltado del moño y planchar la falda de la bata con las manos. Poco después, miró a Daniela y, tras llenársele los ojos de lágrimas y sonreírle dulcemente, separó los brazos para recibirla.

—Mi niña… —dijo en un susurro casi inaudible.

Ambas mujeres se abrazaron durante un largo rato, ahogando las lágrimas entre sollozos. No podía negarse que Daniela era la viva imagen de Adam, su padre. Cuando Geraldine la vio por primera vez en Oscawana Lake, se quedó petrificada. Creyó estar viendo un fantasma. Aún sufría en silencio la fatídica pérdida del joven, pues éste se suicidó. Pero, en ocasiones, la vida era generosa y brindaba segundas y terceras oportunidades. Cerraba puertas pero dejaba entreabiertas ventanas. Y estaba completamente convencida de que, desde el cielo, Adam se sentiría muy orgulloso del coraje y valor que le había echado Jessica a la grave enfermedad que padecía, al igual estaría orgulloso de su hija Daniela, que pronto daría a luz a un precioso bebé, en calidad de madre soltera.

—Geraldine, ¿qué tienes preparado? Tengo un hambre de lobos —demandó Gabriel mientras se frotaba la barriga dando círculos con la mano.

—Crema fría de soja con verduras crujientes. La especialidad de la señora.

—De Jessica —la rectificó.

—Lo siento. —Se ruborizó ligeramente—. No me acostumbro, Gabriel.

Él le sonrió.

—Pues deberías. Pronto la tendrás en casa… y me encantaría que la tutearas.

—¿Pronto?

Geraldine saltó de la emoción y unió las manos en forma de ruego.

—Sí —le mintió, aunque a quien estaba engañando no era a otro más que a sí mismo.

—Me alegro tanto…

El ama de llaves se apoderó de un par de maletas y entró en el interior de la mansión, con una sonrisa en los labios, esperanzada. Pronto volvería a ver a la señorita Orson.

—¿Por qué has hecho eso?

Daniela le agarró del brazo clamando su atención.

—¿Hacer el qué?

—Llenarla de falsas esperanzas.

—Te equivocas, no he hecho tal cosa.

Ella lo miró confundida y luego añadió sin miramientos:

—Tú mejor que nadie conoces el delicado estado en el que se encuentra mi madre.

—Jessica saldrá de ésta.

—Eso nadie lo sabe.

Gabriel frunció el ceño, dolido.

—Vivirá.

La dejó con la palabra en la boca y, tras coger la última de las maletas, la más voluminosa y pesada, subió las escaleras sin esperarla.

54

Camino de Rittenhouse Square, Noah no dejaba de repetir mentalmente las palabras que había pronunciado su hermano.

«Según el testamento, él es el único administrador de la herencia de sus padres. Y sí, podríamos redactar una revocación y presentarla ante el juez pero, cuando se decidan a darnos respuesta, ya habrán transcurrido varios meses. Clive lo tiene cogido por los huevos y mucho me temo que, de no ser por un milagro, lo tiene jodido…»

—Y al pobre Timy lo echarán de la clínica en menos de diez días si no hago nada para impedirlo —pensó en voz alta.

Noah se apeó del taxi y, tras pagar la carrera, entró decidida en el pequeño bloque de apartamentos.

Mientras ascendía en ascensor, revisó la bandeja de mensajes de su móvil. Era muy extraño, ninguno de Colin, ni siquiera figuraba una sola llamada perdida.

Al llegar al rellano, llamó al timbre y esperó. Al cabo de un par de minutos, insistió.

«Colin, ¿dónde te has metido?»

Probó de nuevo, pero el resultado siguió siendo el mismo. Y, cuando se disponía a dar media vuelta y volver por donde había venido, la puerta contigua al apartamento se abrió.

—El guapo médico se encerró esta mañana en su apartamento y no ha vuelto a salir. Sigue insistiendo, preciosa, ya verás cómo, si persistes, acabará por abrirte la puerta.

Noah ladeó la cabeza y observó a la dueña de aquellas palabras. Se trataba de una anciana de cabellos grises y mirada triste que se mantenía en pie gracias a un caminador.

—Es buena persona —continuó—, sólo que a veces se deja llevar por sus impulsos. Si te ha roto el corazón otra vez, no se lo tengas en cuenta.

Noah alzó una ceja, abrumada por la sinceridad de sus palabras.

—¿Me conoce?

—Claro. Eres mi doctora preferida. La que le diagnosticó el cáncer de páncreas a mi difunto marido.

Noah abrió los ojos muy sorprendida.

—Lo pasé muy mal cuando el doctor y usted riñeron. Y peor aún cuando usted contrajo matrimonio con el otro doctor… ¿cómo se llamaba…?

La anciana se llevó la mano a la frente tratando de recordar.

—Clive. Mi marido se llama Clive Wilson.

—¡Eso es! —Arrugó la nariz con repudia—. Disculpe mi impertinencia, pero no me gusta su esposo. Le rodea un aura demasiado oscura… Algo esconde y me temo que nada bondadoso. En cambio, usted es diferente, es como un ángel…

Chasqueó la lengua y le señaló el pecho.

—Un bello y frágil ángel, con numerosas cicatrices en el alma…

Noah apartó la vista de golpe. ¿Cómo era posible que aquella anciana a la que siquiera recordaba supiera tantas cosas sobre ellos?

Por alguna razón, no sintió mermada su intimidad, sino todo lo contrario. Aquella persona le infundía confianza y un inmenso respeto, desprendía sabiduría.

—Volverán las tupidas madreselvas de tu jardín las tapias a escalar, y otra vez a la tarde, aún más hermosas, sus flores abrirán —citaba una estrofa del poema «Volverán las oscuras

golondrinas», de Gustavo Adolfo Bécquer—; pero aquéllas, cuajadas de rocío, cuyas gotas mirábamos temblar, y caer, como lágrimas del día…

—… ésas… ¡no volverán! —exclamaron las dos al unísono.

Durante unos momentos, Noah palideció. Sin ser consciente de ello, había recordado esa frase. Pero ¿por qué precisamente ese fragmento? Era muy probable que aquel poema fuese significativo en su pasado, o tal vez no, y sólo se debiera al fruto de una simple coincidencia. Fuera por lo que fuese, había recordado y suponía un paso certero hacia su anhelada recuperación.

En aquel instante, la puerta del apartamento donde residía Colin Wilde se abrió a sus espaldas.

—Te lo dije. —Sonrió animada—. Ahora no le hagas esperar. Ve.

Dando media vuelta y a pasos cortos e inseguros, la anciana se encerró en su apartamento.

Noah echó un vistazo al interior del apartamento, pero no lo vio. Suspiró profundamente antes de decidirse a entrar.

Cerró la puerta y miró a su alrededor.

Todo estaba a oscuras; las persianas bajadas, las cortinas corridas y ni rastro del doctor. Por suerte, el apartamento era diminuto y no le costaría mucho esfuerzo dar con él.

Caminó casi a tientas, palpando los muebles que se encontraba a su paso para no tropezar con ellos.

Arrastrando la suela de los zapatos, siguió por el estrecho pasillo hasta el dormitorio principal.

Tenía un nudo en la boca del estómago; algo no marchaba bien.

—¿Colin? —preguntó antes de apoyar la mano en la puerta y abrirla con un simple empujón.

Al entrar, tropezó con algo que había tirado de cualquier manera en el suelo que casi le hizo perder el equilibrio. Inclinándose, lo recogió. Era el teléfono móvil de Colin, abierto en dos mitades, sin batería.

—¿Colin? —volvió a insistir.

Aunque la oscuridad era prácticamente plena, pudo vislumbrar un cuerpo semidesnudo, tendido sobre la cama. Éste se removió cambiando de postura.

—Te dije que necesitaba estar solo.

La voz ronca del joven segó el silencio.

—No has contestado a ninguna de mis llamadas, ni…

—No puedes ayudarme —la interrumpió—. Nadie puede.

—Háblame, cuéntamelo. Intentaré hacerlo.

Colin se rio.

—¿Quién, tú? No me hagas reír —dijo con tedio—. Cuando apareciste en mi vida cinco años después, supe en seguida que me causarías problemas.

Noah se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir. Desde luego, no lo esperaba.

—No quiero tu ayuda.

Ella lo miró dolida mientras él proseguía.

—Te recomiendo que me dejes solo o de lo contrario no sabré controlarme. Diré cosas que, aunque luego me arrepienta, ahora te partirán el corazón —admitió con la voz quebrada—. Márchate, ahora que estás a tiempo.

Los ojos de Noah se movieron raudos buscando algo, un indicio de por qué se estaba comportando de aquella manera. Recordó que le había explicado que tiempo atrás había consumido drogas.

Se acercó a la cómoda y encendió la luz.

—Pero ¡¿qué coño haces?!

Colin se cubrió los ojos con las manos y soltó una serie de improperios sin sentido.

—¿Dónde la has escondido? —preguntó ella abriendo el primer cajón y removiendo la ropa interior.

—¡Apaga la luz!

Noah le quitó con brusquedad las manos que cubrían los ojos y comprobó sus pupilas; éstas, como temía, estaban dilatadas.

—¡Maldita sea, Colin!

Corrió al cuarto de baño y se agachó para abrir la tapa de la pequeña papelera de aluminio.

Tras mirar en el interior, se le cayó el mundo a los pies cuando se dio cuenta de que sus sospechas no eran infundadas. Había una papelina arrugada con restos de cocaína.

—¡Dios mío! —ahogó una exclamación cubriéndose la boca con la mano.

—¡Dame eso!

Colin se la arrebató de las manos y, tras lanzarla al inodoro, estiró de la cadena.

—Déjame ayudarte, por favor —le rogó con lágrimas en los ojos.

Él le sostuvo un instante la mirada y, maldiciendo entre dientes, regresó a la cama.

Noah lo siguió.

—Da la cara y afronta los problemas. Colin, no estás solo.

—Márchate —protestó apagando de nuevo la luz.

—No me eches otra vez de tu vida… te lo ruego.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y sorbió por la nariz.

—Cierra la puerta al salir —recalcó dándole la espalda y tapándose con la sábana.

—Colin…

Alargó la mano para tocar su hombro, pero éste se giró de golpe y, con los ojos llameantes y el semblante desencajado, gritó:

—¡Láaargate!

Noah se estremeció.

Sintió aquel menosprecio como si le hubieran abofeteado en la cara. Sin dejar de llorar, salió de la habitación, cruzó el pasillo tropezando con algún que otro mueble y, al llegar ante la puerta de la calle, se detuvo.

Meditó, tratando de mantener la mente fría, aunque le costara horrores. Cierto era que Colin había despreciado su ayuda, pero también lo era que no estaba en condiciones de tomar decisiones por sí mismo.

Abrió la puerta y la volvió a cerrar, para darle a entender que se había marchado. Sin embargo, no fue lo que hizo, ya que permaneció en el interior del apartamento.

Tras esperar un tiempo prudencial, se descalzó y, caminando de puntillas, se sentó en el sofá. Dobló las rodillas y las rodeó con sus brazos. Aquella sería una noche muy larga.

A la mañana siguiente, Colin tras darse una ducha de agua fría, se secó el pelo con una toalla y luego se rodeó con ésta la cadera.

Entró en el salón y, cuando se disponía a alzar las persianas y abrir la ventana para airear, descubrió que alguien muy testarudo había desobedecido sus órdenes.

—¿Qué haces durmiendo en el sofá?

Noah se despertó sobresaltada. La grave voz de Colin aturdió sus sentidos.

—No podía marcharme y dejarte en esas condiciones.

—Soy un excocainómano, asúmelo —admitió con desdén—. Sufro frecuentes recaídas.

—No si te dejas ayudar.

Colin se rio por lo bajo.

—Soy débil por naturaleza y arrastro conmigo a cuantos me rodean hacia la destrucción. Y tú eres una de las afortunadas, ¿no te das cuenta?

Noah se incorporó y se acercó a él. Cuando lo tuvo enfrente, lo miró profundamente a los ojos.

—Déjame a-yu-dar-te —le rogó enfatizando cada sílaba. Luego alargó el brazo y le cogió la mano.

Colin cerró los ojos con fuerza. A su mente regresaron como flashes la angustia, la desesperación y el terrible infierno que padecieron juntos años atrás.

—Noah, no voy a echarte de mi vida… —susurró con apatía—... porque tarde o temprano serás tú quién decida salir de ella, sin que yo te lo pida.

Él le acarició la mejilla con el pulgar muy despacio y ella se colgó de su cuello para abrazarlo con fuerza.

—No caerás… porque yo te sujetaré.

55

Mansión de los Orson, afueras de Manhattan

Varias gotas de sudor le resbalaron por la frente tras los doce intensos kilómetros que había recorrido por las cercanías de la mansión.

Gabriel redujo el ritmo paulatinamente hasta acabar caminando.

Se quitó la camiseta con una sola mano y se secó la cara con ésta.

Minutos más tarde, las pulsaciones empezaron a ralentizarse y la respiración a regularse.

—¿Cada día realizas la misma rutina? ¿Sales a correr a las siete de la mañana?

Él miró a Daniela divertido. Estaba acurrucada en el balancín, con las rodillas dobladas y tapada con una gruesa manta de lana virgen.

—¿Se puede saber qué demonios haces despierta tan temprano? Deberías descansar.

Ascendió los seis escalones y empezó a realizar estiramientos.

Daniela no pudo evitar pasear sus ojos por aquel cuerpo escultural, que parecía estar cincelado por los dioses. Así, con todos los músculos en tensión y aquella capa de sudor brillando en su piel… no la dejó indiferente. Gabriel seguía siendo un joven muy atractivo y sexi, a pesar de ser la pareja de su madre.

Sintió ruborizarse.

«¡Maldita sea! —Se enfadó consigo misma—. Deja de mirarlo de esa forma tan lasciva. ¡Por el amor de Dios!»

Daniela se destapó y empezó a abanicarse con la mano.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él mientras estiraba los gemelos—. Te noto acalorada.

—¿Calor? —Se rio disimulando el sofoco—. Deben de ser las dichosas hormonas que todo el día me tienen alterada…

Gabriel sonrió y, acercándose a ella, le susurró al oído:

—Mientes de pena.

Daniela abrió mucho los ojos y, antes de que pudiera abrir la boca, Gabriel añadió:

—Voy a ducharme. Espérame para desayunar juntos.

Lo siguió con la mirada hasta que cruzó la puerta.

—No te quedes ahí sentada mucho rato o pillarás un catarro —la advirtió asomando la cabeza. Acto seguido, desapareció.

Instantes después, suspiró profundamente y, antes de incorporarse, se frotó la cara con las manos.

«Debo controlar mis emociones.»

Zarandeó la cabeza para liberarse de esos pensamientos impuros.

«Además, Gabriel es mi… ¿padrastro?»

Abrió la boca atónita, incapaz de ocultar la sorpresa.

«Claro, pero eso sería en el supuesto de haber contraído matrimonio con mi madre.»

Sonrió y suspiró como si se hubiera quitado un enorme peso de encima.

«En ese caso, estoy salvada.»

56

Rittenhouse Square, Filadelfia

Noah golpeó la puerta del despacho con los nudillos y esperó respuesta al otro lado.

—¿Sí?

—Clive, necesito hablar contigo un momento.

Tras refunfuñar, cerró el libro de cuentas de mala gana y arrastró la silla de piel hacia atrás para incorporarse y abrirle la puerta.

—Dos minutos, Noah. Estoy muy ocupado —recalcó dando unos golpecitos con el dedo a la esfera de su Rolex de oro.

Noah hizo una mueca de desaprobación. Afortunadamente, su marido no se dio cuenta de ese gesto.

—Minuto cincuenta, Noah —resopló.

—Seré breve.

Clive sonrió sin separar los labios.

—Transfiere de nuevo los pagos a la clínica de Timy.

El doctor se carcajeó con tanta intensidad que la risa resonó en las paredes de la sala y después le zumbó en los oídos.

—No —rehusó con rotundidad.

Ella quedó perpleja.

—Te aplaudo, Noah. —Echó una ojeada a las manecillas—. Te ha sobrado exactamente… un minuto y cuarenta segundos. Y ahora si me disculpas…

Hizo ademán de cerrar la puerta en sus propias narices cuando ella se lo impidió colocando el pie entre ésta y el marco.

—¡Espera! —insistió—. Estoy dispuesta a hacer un trato.

Clive la miró con desconfianza.

—Sin jueguecitos.

—Nunca jugaría con algo tan serio.

Lentamente abrió de nuevo la puerta y se cruzó de brazos.

—Habla.

Tras unos instantes, ella retomó el aire y, cuando lo soltó, le propuso:

—Haré lo que me pidas con tal de que Timy siga recibiendo tratamiento en la clínica.

Clive no daba crédito. Su expresión cambió de intolerante a transigente.

Clavó los ojos en los suyos. Sin duda, ella había captado toda su atención ofreciéndole un delicioso manjar, el cual no podía rechazar.

—Sinceramente, Noah, me has desconcertado —admitió—. No sé si considerarte una suicida con agallas o una completa estúpida sin precedentes.

Ella alzó una ceja e ignoró su comentario soez, después lo miró sin apartar la vista y pronunció decidida sin amilanarse:

—Lo que me pidas, te lo daré. Lo que sea.

—De acuerdo.

Clive se frotó las manos con ímpetu; sus deseos se los había presentado en bandeja de plata y con honores.

Tras carraspear, sonrió abiertamente.

—Me comprometo a seguir pagando la clínica del hijo de ese bastardo, si tú a cambio dejas de verlo para siempre.

El corazón de Noah dio un vuelco y se saltó un latido.

—¿Para siempre? —preguntó tratando de reprimir las lágrimas.

—Ya me has oído —recalcó con extrema frialdad.

No tuvo opciones, o accedía o el pequeño Tim no volvería a recibir la asistencia que precisaba para su desarrollo.

—Con una condición.

—Sin condiciones, Noah. Lo tomas o lo dejas.

Asintió afligida a punto de romper a llorar. Él, en cambio, estaba disfrutando como hacía tiempo que no lo hacía.

Hinchó el pecho con ufanía y, sintiéndose Dios, le cerró la puerta sin compasión.

Noah apoyó la espalda en la pared y la deslizó por ésta hasta dejarse caer, sentándose en el suelo.

Sintió que perdía las fuerzas y un sentimiento de melancolía le invadía el corazón.

Se cubrió los ojos con las manos y lloró. Recordó las últimas palabras que le había prometido: «No caerás... porque yo te sujetaré». Sin embargo, había roto su promesa. Le había dejado solo… solo, viajando a la deriva.

Un amor a cambio del otro. Sacrificar su historia de amor por la de su hijo Tim.

Noah abrió los ojos, se secó las lágrimas con la manga de la camisa y se levantó del suelo. Aún tenía algo pendiente por hacer.

57

Centro de Filadelfia

Aquel día era tan bueno como otro cualquiera.

Frank se puso el abrigo y dio un par de vueltas a la bufanda rodeando su cuello. Salió de la habitación del hotel para poner rumbo a su destino.

Antes de subir al vehículo, aprovechó para realizar una llamada telefónica. A los pocos tonos, saltó el contestador y entonces no tuvo más remedio que dejar un mensaje.

—Buenos días, Noah. Verás… —Se frotó la nuca algo nervioso. Odiaba tener que hablarle a una máquina, se sentía algo ridículo—… he descubierto un restaurante tailandés a las afueras de la ciudad. Mmmm… Creo que… bueno, de hecho… estoy convencido de que te encantará, si…

¡Bip!

El tiempo de grabación expiró y Frank maldijo el aparato por dejar la frase inacabada y hacerlo parecer un completo inepto.

Noah antes de entrar en el bloque de apartamentos, miró a ambos lados de la calle, cerciorándose de que nadie la seguía. Reconocía que se había vuelto completamente loca, arriesgar de aquella forma… incumpliendo el pacto de su marido. Sin embargo, tenía que verlo, tenía que ver a Colin Wilde, aunque fuera por última vez.

—Un momento —se oyó desde el otro lado de la puerta.

Colin acabó de cepillarse los dientes y, tras hacer gárgaras con el agua, escupió en el lavamanos. Luego, se miró en el espejo, mientras se peinaba el pelo con los dedos.

Después de apagar la luz, se dirigió a la puerta sin presagiar quién aguardaba al otro lado y con qué intenciones había acudido.

Quitó el pestillo y giró el pomo.

—Hola. ¿Puedo pasar?

Ambos cruzaron las miradas y, tras quedarse en silencio unos instantes, separó el brazo del marco y la invitó a entrar.

—Claro, adelante —la animó cerrando la puerta tras de sí.

Los ojos color café de él la siguieron hasta que ésta se giró.

—¿Tienes té? —le preguntó muy seria.

—Estaba a punto de preparar uno.

Colin se le acercó y le mostró la mano.

—Presiento que, si me das el bolso y el abrigo, te sentirás más cómoda.

Asintió y, haciendo caso de su sugerencia, se los entregó.

Con gran esfuerzo y casi cojeando, Colin colgó sus pertenencias y entró en la cocina.

De vez en cuando, Noah miraba en aquella dirección con inquietud, reteniendo en su mente la imagen del atractivo doctor. Aún no estaba preparada para una despedida. Aún no era capaz de olvidarlo y pasar página.

Pronto, el aroma a té recién hecho llegó hasta el salón y Colin se volvió hacia ella.

—¿Me ayudas con la bandeja? Aún tengo poca sensibilidad en las manos y temo derramarlo todo.

Sin pensárselo dos veces, acudió en seguida.

—Tranquilo, ya me ocupo yo. Será mejor que descanses —insistió apoyando la palma de la mano en su omóplato y, empujándolo ligeramente, lo guió a la silla de madera más cercana.

Regresó por la bandeja de plástico.

Cuando acabó de servir las dos tazas de té, Colin le cogió de una mano, pues se había dado cuenta de que algo la preocupaba, la expresión de su cara la delataba.

—¿Qué te pasa? Estás como ausente. —Le acarició los nudillos con el pulgar.

—Estoy bien —mintió soltándose de su mano y tomando asiento frente a él.

Colin suspiró hondo.

—Siento mucho que el otro día tuvieras que verme en ese estado.

Noah guardó silencio y bajó la vista a la taza.

—He estado… reflexionando —musitó sin atreverse a mirarlo. Si lo miraba a los ojos muy probablemente no podría seguir hablando.

El joven, temiéndose lo peor, le cogió de las manos después de quitarle la taza y dejarla a un lado.

—Noah, no te sientas culpable. —Le apretó las manos—. Tú y yo sabemos que es lo mejor para los dos. No te convengo, soy demasiado autodestructivo.

Al volver a mirarlo a los ojos, no pudo evitar derramar varias lágrimas.

—No llores, cariño.

A Colin se le encogió el alma. Jamás soportó verla sufrir y mucho menos que él fuera el responsable.

Se levantó de la silla y se acercó a su lado.

—Lo harás por mí, pero sobre todo… por ti.

Colin se acercó a su rostro y, muy lentamente, fue besando cada una de sus lágrimas, que rodaban por sus mejillas.

—Ven aquí —añadió rodeándola con sus brazos—. Nunca dejé de quererte. Y mientras viva, jamás dejaré de hacerlo.

Hora y media más tarde, cuando Noah acababa de salir de su apartamento, Colin Wilde recibió la llamada de Sophie, informándole de que el doctor Wilson había realizado los pagos pendientes, además de donar una generosa cifra para la fundación.

Clive Wilson había cumplido con el pacto y ahora le tocaba cumplir a ella con su parte.

58

Rittenhouse Square, Filadelfia

Era la segunda vez que el iPhone de Noah vibraba de forma consecutiva en el interior de su bolso. Sin embargo, hizo caso omiso y siguió caminando hacia el sur de la calle Rittenhouse Square, en dirección a su casa.

No le apetecía nada encontrase con su marido. Él era el único responsable de todas sus desgracias. Le había prometido no ver nunca más a Colin Wilde y, Noah Anderson, era una mujer de palabra.

Cuando estaba a un kilómetro de distancia de su casa, oyó de nuevo aquel molesto zumbido.

Introdujo la mano para cogerlo, para ver quién era y por qué insistía tanto.

Miró la pantalla. Había tres llamadas perdidas y un mensaje de voz. Todas eran de su hermano Jonathan a excepción de una, que se sintió verdaderamente tentada de escuchar.

Colocó el auricular en su oído y escuchó con atención.

«Buenos días, Noah. Verás… (Silencio.) He descubierto un restaurante tailandés a las afueras de la ciudad. Mmmm… (Una breve pausa.) Creo que… (Más silencio.) Bueno, de hecho… estoy convencido de que te encantará, si…»

Noah sonrió tras notarlo tan inseguro y echó una ojeada a su reloj de pulsera. La llamada se había producido hacía varias horas pero quizá no era demasiado tarde para devolverla.

Marcó el número y esperó a los tonos. Uno, dos, tres… y, al cuarto, una sugerente y varonil voz respondió.

—Evans.

Noah se quedó en silencio un instante y luego habló.

—Hola, Frank.

El joven, que estaba navegando por Internet para ponerse al día de las últimas novedades en diseño arquitectónico, cerró la tapa del portátil y se levantó de la silla.

—No te he devuelto antes la llamada porque hasta ahora no me había dado cuenta de que habías dejado un mensaje.

—Tranquila, no te preocupes. —Se pasó la mano por la nuca algo nervioso.

En ese momento, Noah vio a lo lejos el Mercedes de su marido acceder a la propiedad, cruzar el camino de adoquines y, por último, entrar en el garaje.

—¿Aún sigue en pie lo de ir a cenar?

Frank se quedó de piedra y se volvió a sentar.

—Claro.

Ella se imaginó a Frank sonriendo. Había disfrutado de su sonrisa en varias ocasiones y cabía añadir que le encantaban sus labios cuando éstos se curvaban de esa forma. Tenía la sonrisa más sincera y expresiva que había visto nunca o, mejor dicho, que recordaba.

—Pues me encantaría probar la comida de ese restaurante.

Frank miró por la ventana, parecía que se avecinaba una tormenta.

—¿Dónde estás?

—En Rittenhouse Square. A la altura de la iglesia católica Holy Trinity.

—De acuerdo. No te muevas, llego en quince minutos.

Tras despedirse, Frank corrió por la habitación del hotel. Dejó apagado el portátil, cerró las

ventanas y corrió las cortinas, se puso el abrigo tres cuartos, cogió el paraguas y, por último, apagó la luz y salió por la puerta.

59

Rittenhouse Square, Filadelfia

Para sorpresa de Noah, teniendo en cuenta su estado de ánimo inicial, la velada con Frank Evans había resultando de lo más entretenida.

Una vez más, el joven arquitecto la había hecho sentirse relajada. En apenas unos días habían logrado tal complicidad entre los dos que, en ocasiones, uno solía acabar la frase del otro.

Alrededor de las once de la noche, Frank la acompañó a su casa. Al llegar junto a la verja, guardó las manos en los bolsillos y le agradeció su compañía. Odiaba cenar solo. Odiaba llegar al hotel y descubrir que no había nadie esperándolo. Odiaba la soledad. A decir verdad, lo que realmente echaba de menos era dormir abrazado al cuerpo de Noah, enroscar las piernas con las de ella, dibujar senderos con la yema del dedo por todo su cuerpo… cerrar los ojos y oler el aroma que desprendía su pelo recién lavabo. Se moría por hacerle el amor lentamente y estremecerse con cada beso.

—Gracias a ti Frank.

Él parpadeó como regresando de una especie de ensoñación.

—Si he de serte sincera, no me apetecía cenar sola esta noche.

—En ese caso, éramos dos.

—Pero…

—¿Hay un pero?

—Ajá.

Noah se cruzó de brazos.

—No me has dejado pagar, ni colaborar y ni siquiera dejar algo de propina.

Frank le sonrió.

—Así tengo la excusa perfecta para verte otro día.

Ella le devolvió la sonrisa y ambos se quedaron en silencio hasta que la perra del vecino, un bonito bichón maltés blanco como la nieve, tiró con fuerza de la correa para salir a toda prisa al encuentro de Noah.

Cuando el pequeño can ladró, la joven se giró y se acuclilló para acariciarle el lomo.

—Hola, preciosa… hola…

El animal comenzó a mover la cola con nerviosismo y a lamer la mano de ella.

—Lo siento, Noah. Siempre quiere saludarte —se disculpó el vecino.

—No te preocupes, me encantan los perros.

Frank se agachó y alargó la mano para darle mimos a la perrita.

—A mí también me gustan los perros, de hecho mi antigua pareja tenía una.

—¿En serio? ¿Y cómo se llamaba?

—Dana.

Noah sonrió.

—Bonito nombre.

Al ver que ni siquiera recordaba el nombre cuando había adorado tanto a ese animal, se entristeció.

—Mi marid… quiero decir, Clive —recalcó con una mueca— odia los animales, especialmente los de cuatro patas.

Frank enarcó una ceja.

—Sí —se rio—, no me preguntes por qué. Ni yo misma me he atrevido nunca a preguntarle los motivos.

«Mejor —pensó él arrugando la nariz con repudia—. No vale la pena hablar con semejante personaje.»

Frank alzó la cabeza de golpe al sentir cómo alguien los observaba desde la lejanía. Entrecerró los ojos y agudizó la vista dirigiéndola a una de las ventanas de la segunda planta de la casa. Allí, escondido entre las cortinas, vislumbró una silueta masculina.

«El muy… cabrón... —pensó para sus adentros—. La está vigilando.»

—¿Qué te pasa, Frank? —le preguntó sorprendida al darse cuenta de que sus rasgos se habían endurecido en un instante.

—He de irme —le advirtió sin siquiera dejar de mirar la casa. Lo último que deseaba era buscarle problemas.

—¿Es por algo que he dicho o he hecho?

Frank dejó de mirar la ventana y se perdió en el azul de sus ojos.

—No, ¡por Dios! —exclamó alargando la mano para rozar su rostro y tranquilizarla pero, a medio camino, se arrepintió.

Noah soltó el aire, aliviada. Por un momento creyó que había sido por su culpa.

—¿Puedo llamarte mañana?

La joven asintió.

—Mejor hacia el mediodía.

—De acuerdo.

Frank miró de reojo en dirección a la ventana antes de acercarse a ella y, tras sentirse tentado de besarla en los labios, reprimió sus impulsos y se conformó con un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Frank.

Noah se despidió alzando la mano y, poco después, abrió la verja que delimitada la propiedad. Habría jurado que las pretensiones del joven eran muy dispares a lo que desde un principio iban a ser. Sus gestos podrían dar lugar a equívocos; sin embargo, su oscura mirada era sorprendentemente transparente.

«¿Iba a besarme?»

Zarandeó la cabeza quitándose esa idea de la mente.

Una vez en el interior de la casa, dirigió la mirada al final del pasillo y vio una luz proveniente del despacho. Por extraño que resultara, la puerta que siempre permanecía cerrada bajo llave, en esta ocasión, estaba abierta y de par en par.

Sorprendida, se acercó hasta allí.

A medida que avanzaba, la voz grave y profunda de su marido tomada forma y color.

—¡Hazlo! —ordenó a alguien al otro lado del hilo telefónico—. Cuanto antes.

Noah tropezó con uno de los dos muebles coloniales que adornaban el pasillo, alertando, sin pretenderlo, la atención de Clive.

Éste zanjó la conversación sin despedirse, se levantó de un salto del sillón y se plantó frente a su mujer.

—¡¿Qué coño haces?! ¿Ahora te dedicas a fisgonear? —le espetó escupiéndole con desdén cada palabra a la cara.

Noah sintió ganas de salir corriendo, pero no lo hizo. Se armó de valor y le respondió sin tapujos.

—Me he extrañado al ver la puerta entreabierta. Y he pensado que…

—No pienses. Nadie te lo ha pedido. —La cortó con tosquedad—. Te gusta demasiado meter las narices donde no te llaman.

Ambos se sostuvieron la mirada con frialdad.

—Sigues sin aprender la lección, Noah —añadió con reprobación—. Todo efecto tiene su consecuencia. Todo. Y en tu caso, no habrá excepciones.

La joven apartó la vista, cohibida por la intensidad de las palabras.

Clive carraspeó con aspereza y le cerró la puerta dando un portazo.

Con la última imagen de su marido todavía dinamitando en su mente, Noah subió a la planta de arriba, entró en la habitación contigua a la de matrimonio y se encerró dentro.

Se dejó caer sobre la cama, boca arriba, con la mirada perdida en el techo.

«Aún sigo sin entender cómo pude enamorarme de un ser tan grosero, tedioso y mezquino como es Clive Wilson.»

60

Centro de Filadelfia

Frank Evans condujo por la rampa del garaje subterráneo del hotel en donde se hospedaba mientras escuchaba una de las canciones preferidas de Noah, Chandelier, de Sia.

No era consciente de ello pero, desde el beso en la mejilla, tenía una sonrisa bobalicona en los labios y sentía un cosquilleo muy placentero en el vientre.

«Un nuevo avance. —Se daba ánimos mentalmente—. Pronto podré confesarte quién soy y por qué estoy aquí.»

Se bajó del Maserati y, cuando se disponía a caminar, un Hummer H3 negro con las lunas tintadas frenó en seco, cerrándole el paso.

—¡Cuidado! ¡Casi me atropellas! —protestó alzando los brazos y pegando el cuerpo a la carrocería de su vehículo.

Apenas le había dado tiempo a reaccionar cuando la puerta trasera se abrió y una voz grave y dictatorial le ordenó:

—Entra en el coche.

Frank frunció el ceño, sin dejar de preguntarse qué intenciones perseguía aquel individuo. Nada bueno, obviamente.

—De pequeño me enseñaron que no debo ir con desconocidos —rehusó con ironía.

La respuesta a su desafortunado comentario no se hizo de rogar. Desde el interior alguien bajó un poco la ventanilla del copiloto y lanzó un objeto al pavimento, junto a los pies del joven. Era una muñeca de trapo, vieja, a la que le faltaba un bracito.

Frank abrió los ojos, se había quedado helado. Era Dafne, la muñeca de su hija Charlotte, la misma que le regaló cuando estuvo hospitalizada a los dos años por meningitis vírica y de la cual jamás se separaba.

—¡¿Dónde está mi hija?! —vociferó tras recogerla del suelo y sacudirle el polvo de su vestido.

—Entra —le advirtieron por segunda vez.

Frank miró la muñeca y pensó en su hija en manos de unos desconocidos. Sintió rabia e impotencia a partes iguales y una gran opresión en el pecho, como si le arrancaran el corazón de cuajo.

Y, en contra de su voluntad, tras apretar los puños con fuerza, entró en el todoterreno.

61

Afueras de Filadelfia

Sentado en la parte posterior del Hummer H3, se devanaba los sesos por saber algo más del paradero de su hija. Probó de sonsacar información, sin éxito. Su captor era silencioso como una tumba y no abrió la boca en todo el trayecto.

No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo y, lo que era peor, nadie se dignaba a darle una explicación. Así que trató por todos los medios de serenarse, de no perder la cabeza y de mantener la mente fría en todo momento.

Al cabo de un rato, el desconocido detuvo el vehículo en un oscuro y apartado descampado a las afueras de la ciudad de Filadelfia.

—Sal del coche.

Frank esta vez ni siquiera rechistó, se limitó a obedecer. Estaba deseando llegar al trasfondo; cuanto antes, mejor.

Minutos después, un Grand Cherokee plateado, también con las lunas tintadas, aparcó a unos metros de distancia.

Del vehículo se apearon dos tipos. Uno de ellos medía casi dos metros. Tenía rasgos nórdicos, el pelo largo, rubio y lacio, y vestía de forma militar. El otro, por el contrario, era más menudo, de pelo negro y corto, y con una particularidad difícil de pasar por alto: una espeluznante cicatriz que dividía su rostro en dos mitades.

—¡¿Dónde está Charly?! —los increpó desquiciado—. ¡¿Qué habéis hecho con ella?!

Al ver que no respondían, Frank se puso más nervioso.

—¡¿Qué coño queréis?! ¡¿Dinero?! ¡¿Rescate?! —masculló frunciendo los labios.

Antes de que Frank continuara protestando, el hombre de la cicatriz en el rostro lo interrumpió de un grito.

—¡¡Calla, joder, me estás dando dolor de cabeza!!

Frank pensó en su hija y eso le dio fuerzas para contenerse y no responderle de mala manera. Aguardó en el sitio, inmóvil, a la espera y mordiéndose la lengua.

—Tengo un mensajito del marido de Noah Anderson —dijo con retintín.

Luego se mantuvo en silencio unos instantes, escupió en la arena y, tras mirarlo con hastío, añadió:

—Te tenemos vigilado, a ti y a la mocosa de tu niñita.

Frank apretó los dientes, no le gustaba la forma ni el tono como había nombrado a su hija.

—Sabemos lo que comes, las horas que duermes, cuando vas a mear e incluso hasta cuando te la cascas. —Sonrió con esperpéntica petulancia—. Tienes al doctor Wilson muy, pero que muy, cabreado.

—¡Escúpelo ya! ¡¿Qué coño queréis?!

—¡No me vaciles, cabrón! —lo amenazó.

Rápidamente sacó de su bolsillo trasero una FN Five-seveN Herstal, apodada matapolicías, y le apuntó con el cañón entre ceja y ceja.

—Clive me ha prohibido tocarte un solo pelo pero, te lo advierto hijo de puta, cierra el pico o de lo contrario te juro por mis muertos que te vuelo la tapa de los sesos. ¡Ahora! ¡Aquí! ¡En este jodido momento…! ¡¿Lo has entendido?! —gritó como un energúmeno, con los ojos

desorbitados, como si estuviera poseído.

Frank tragó saliva con dificultad. Tenía la vista clavada en los ojos de su agresor y en lo único en lo que podía pensar era en las dos personas por las que merecía la pena morir si fuera necesario: por su hija Charlotte y por la única mujer a la que había amado en toda su vida, Noah Anderson.

—¡Contesta! —replicó quitando el seguro del arma.

—¡Sí, lo he entendido!

—Buen chico.

Bajó el arma y, cuando la tuvo guardada de nuevo en el bolsillo trasero del pantalón, cogió aire y le asestó un certero puñetazo en el vientre que lo hizo caer en redondo al suelo mientras se retorcía de dolor.

—¡Harry! Vas a cabrear al jefe.

—Chis… —silenció—. Él no se va a enterar… y yo tengo ganas de divertirme un rato.

Se agachó y, agarrándolo del brazo, lo retorció en el sentido de las agujas del reloj hasta conseguir dislocarle el hombro.

Frank bramó, gritó y se revolvió por el suelo, saltándosele las lágrimas. El dolor empezó a hacerse insufrible.

—Que te quede grabado en tu puta cabecita. —Lo agarró del pelo y tiró con fuerza de éste para hablarle al oído—: Mantén tu polla neoyorquina lejos de la doctora Anderson o la próxima vez no tendré compasión y será otra quien se quede sin bracito, corriendo la misma suerte que su muñeca de trapo.

Y, dicho esto, lo dejó con menosprecio tirado en el suelo.

—¡Vámonos, Kowalk!

—¿Y vamos a abandonarlo aquí?

—Es listo. Ya se buscará la vida.

Subieron al vehículo y desaparecieron haciendo chirriar las ruedas y formando una polvareda a su paso.

Frank se quedo solo, desorientado, malherido y semiinconsciente en medio de la nada.

62

Mansión de los Orson, afueras de Manhattan

—¿Tampoco puedes dormir? —le preguntó Gabriel al verla entrar en la cocina.

Daniela, tras bostezar, se recogió el pelo en una coleta alta y se acercó a la nevera para abrir la puerta y echar un vistazo.

—Si buscas el tetrabrik de zumo de melocotón, he de confesarte que ha pasado a mejor vida. —Le sonrió dándose unas palmaditas en el vientre.

Fue entonces cuando ella se giró, lo miró y se dio cuenta de que estaba en paños menores: descalzo y cubierto únicamente por unos ajustados bóxers negros, que no dejaban nada a la imaginación.

Daniela se puso tensa al instante y apartó la vista de golpe, sintiéndose cohibida.

No cabía duda de que Gabriel era la tentación hecha hombre: un cuerpo atlético, proporcionado y lleno de tatuajes de colores. Un sugerente aro atravesaba su pezón izquierdo. Pero, sobre todo, lo que a Daniela le excitaba soberanamente era el misterio que encerraba ese tatuaje en forma de cobra invertida, cuya cola empezaba en el oblicuo y descendía morbosamente por la pelvis, hasta perderse por la cinturilla de la ropa interior.

Gabriel se echó a reír.

—Joder, Daniela. ¿A estas alturas aún te sonrojas al verme sin ropa? —se burló, mientras acababa de rebañar el plato con un trozo de pan sin dejar de negar con la cabeza.

—No te rías, Gabriel —protestó apoyando la parte baja de la espalda en el gélido mármol.

—No me río. Es sólo que…

—¿Qué? —insistió.

—Nada, déjalo… —concluyó la conversación con un gesto vago de la mano, restándole importancia.

Gabriel se levantó de la silla, recogió el plato, los cubiertos y el vaso vacío y, tras depositar los restos de comida en el cubo de la basura, se acercó a la joven, que aún continuaba pensativa.

—No le des tanto al coco. —Le dio unos golpecitos en el centro de la frente con el dedo índice —. Las cosas son siempre más sencillas de lo que parecen.

Ella lo miró más confundida si cabía.

—Céntrate en el embarazo.

—Ya lo hago.

Gabriel frunció el ceño.

—Son más de las cuatro de la madrugada. Deberías estar durmiendo.

—Me he desvelado, eso es todo.

—Hoy, ayer y anteayer…

—¿Me estás controlando?

—Sabes que no. —Se defendió—. Desde que Jessica está ingresada en el hospital, me cuesta conciliar el sueño y hace un par de noches que oigo cómo deambulas, dando paseos por la mansión.

Casi sin darse cuenta, tuvo que admitir que tenía razón. Por más que tratara de olvidar a Eric, aunque fuera sólo por amor propio, él seguía estando demasiado presente en su mente. Le era imposible evitar pensar en su futuro, uno incierto, sin él y a cargo de una criatura pequeña. Ella,

que jamás se había cuidado de un menor y mucho menos de un recién nacido, se sentía insegura y muy vulnerable.

Gabriel notó la preocupación en su rostro.

—Tranquila. Ya verás como todo se arreglará. Date tiempo. El tiempo es el único aliado del que te puedes fiar. Es el único que tarde o temprano coloca a todos en su sitio.

Daniela asintió.

—Te tomo la palabra.

—Pues haces bien. —Le sonrió ladeando la cabeza.

Ella le devolvió la sonrisa. Se frotó los ojos y, al poco, bostezó.

—Venga, dame un abrazo de hermano y te acompaño a la cama.

—¡Gabriel! —Le golpeó en el pecho.

—¡Auuuuuu! —gruñó, simulando de forma teatral estar dolorido.

—Pero, ¡serás payaso…!

Gabriel sonrió, había conseguido que se relajara.

—Así me gusta, Daniela. Me encanta verte sonreír —le confesó abrazándola por la cintura—. Ahora sé buena chica y deja que te abrace.

Daniela se colgó de su cuello y hundió la cara en su pecho.

—Ya te dije que cuidaría de ti. —Le acarició la nuca con suavidad y luego se apartó un poco para buscar sus ojos—. Confía en mí.

Ella sonrió y asintió, convencida.

—Voy a intentar dormir un poco.

—Pues me parece una idea estupenda.

Hizo una divertida reverencia y luego le cedió el paso con un gesto de la mano.

—En ese caso, las damas primero.

—Gracias. —Inclinó la cabeza en forma de aprobación y abrió el paso.

Gabriel la siguió hasta la primera planta.

Al llegar a la habitación de invitados, Daniela se giró antes de abrir la puerta.

—No sé cómo lo haces, Gabriel.

—¿Hacer el qué? —Se encogió de hombros sin entender a qué se refería.

—Pues… —no encontraba las palabras—… mírame.

Daniela se señaló a sí misma.

—Ya lo hago.

Gabriel enarcó una ceja, seguía sin comprender.

—Hace un rato estaba… a punto de tirar la toalla y ahora…

—Explícate. —Él hizo una mueca.

Antes de seguir hablando se llevó la mano al bolsillo y sacó su teléfono móvil.

—Llevo días dándole vueltas y hoy… hoy lo he llamado —Mostró el teléfono y lo movió en el aire.

—¿A quién?

Daniela soltó un profundo suspiro.

—¡Mierda! —protestó él enérgicamente llevándose las manos a la cabeza tras atar cabos—. ¡Joder, Daniela! Dime que no has llamado a ese capullo.

La expresión de ella cambió al instante.

—No voy a mentirte.

Gabriel maldijo dando una patada al aire.

—No puedo creerlo… —murmuró frotándose la frente con una mano y colocando la otra en

jarras.

—Era algo que necesitaba hacer —le confesó arrepentida.

—Cuando sientas debilidad, dímelo y, si no estoy en ese momento, búscame. Y yo te quitaré a ese…

—Gabriel… —lo interrumpió y le hizo un gesto con la mano para que no hablara—. Tranquilízate.

Él resopló ruidosamente; le costaba horrores reprimir las emociones.

—Necesitaba ponerme a prueba —empezó a explicarle—. He estado un buen rato sentada en la cama con el teléfono entre las manos. Incluso he fantaseado con escuchar su voz y que me pidiera volver con él.

Gabriel abrió la boca para protestar, pero ella le rogó que por favor la dejara acabar.

—Al final, me he levantado de la cama, he guardado el teléfono en el bolsillo y después he bajado a la cocina a por algo de picar y, lo siguiente que ha pasado, ya lo sabes.

»Te agradezco que me cuides, pero entiende que no puedes tenerme siempre recluida en una burbuja imaginaria. Necesito caer, tropezarme o herirme. Lo necesito…

En ese momento Gabriel encontró sentido a todo. Ella estaba en lo cierto; por más que quisiera protegerla, necesitaba tropezar para aprender de sus propios errores y seguir caminando.

Aquella noche Daniela por fin lograría conciliar el sueño.

63

Rittenhouse Hotel, Filadelfia

—¿Qué haces aquí? —preguntó tras abrir la puerta de la habitación del hotel.

—¿Puedo pasar?

Noah no pudo evitar abrir mucho los ojos al mirarlo con mayor atención. Frank tenía el brazo derecho en cabestrillo.

—Ahora comprendo por qué llevo tres días sin saber de ti.

—Lo siento, yo…

Frank se pasó la mano por el pelo algo inquieto. Ella no debería estar allí. Si su marido o sus matones se enteraban, todos correrían peligro, incluida ella.

—¿Alguien te ha visto entrar en el edificio? —le preguntó alargando el cuello para mirar de derecha a izquierda todo el pasillo.

—Pues… no lo sé. —Se encogió de hombros, sin comprender por qué le preguntaba aquello tan extraño—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Entra.

Frank la cogió del codo con firmeza y la atrajo hacia él para poder cerrar la puerta.

—Estás muy raro —murmuró en voz baja.

Después de colgar el bolso y el abrigo, se acercó a él, quien había cruzado la habitación sin dejar de mirar por la ventana a través de las tupidas cortinas de nailon.

—¿No crees que verías mejor si las abrieras?

—¿El qué? —le preguntó distraído sin siquiera mirarla a la cara.

—Las cortinas.

El joven seguía sin prestarle atención.

—Frank…

—Perdona, ¿decías…? —balbuceó. Aún seguía ausente, pero esta vez sí que se giró y la miró directamente a los ojos.

—¿Te encuentras bien? No pareces tú —insistió preocupada.

Noah entrecerró los ojos y lo escrudiñó de arriba abajo a conciencia. En seguida se dio cuenta de que no vestía como de costumbre. Llevaba ropa holgada y deportiva; el pelo, mucho más revuelto y una barba que empezaba a espesarse y a ocultar esos rasgos varoniles que tanto le gustaban de él.

—¿Cuánto hace que no sales del hotel?

—¿Qué día es hoy?

—¿Me tomas el pelo?

Frank frunció el ceño.

—Por supuesto que no —se defendió con seriedad.

Noah suspiró soltando el aire lentamente y echó una ojeada a su alrededor.

—¿Dónde está el teléfono?

—Pues… —Trató de concentrarse.

—Déjalo, por suerte esto no es muy grande. —Reprimió la necesidad de insistir—. Creo que podré arreglármelas sola.

Frank levantó la vista y la siguió con la mirada, observando cómo se movía con total

naturalidad por la habitación.

Buscó entre sus pertenencias, bajo la cama, detrás de la cómoda y… ni rastro.

—Voy a ver si está en el cuarto de baño. —Hizo un gesto señalando con la mano en esa dirección.

Él asintió con la cabeza y, mientras Noah seguía buscándolo, se sentó en el sofá. Debían de ser cerca de las tres de la tarde, puesto que el dolor empezaba a expandirse por todo su cuerpo y a mermar su integridad física. Se masajeó con suavidad el hombro dolorido y el vientre. De repente, una punzada le hizo gemir.

Noah, al oírlo, corrió a su lado.

—No tienes buena cara. ¿Seguro que te encuentras bien?

Frank hizo una nueva mueca de dolor.

—¿Por qué no descansas mientras yo pongo un poco de orden en todo esto y pido algo para comer?

—Haré lo que me pidas y sin rechistar si a cambio me traes un par de píldoras para calmar este malestar que me está matando. —Ahogó un nuevo quejido y tensó todos los músculos de su rostro.

—Dime dónde están.

—En el primer cajón de la mesita de noche —musitó señalando con la cabeza.

Noah lo abrió y en seguida halló lo que buscaba. Le ofreció dos grajeas junto a un botellín de agua natural medio vacío.

Mientras lo observaba, se preguntaba qué le había pasado, no parecía la misma persona de hacía tan sólo tres días. Se sentó a su lado y lo miró con fijeza.

—¿Cómo te has dislocado el hombro?

Frank vaciló.

—¿Cómo sabes…?

—Reconozco el vendaje. He estado leyendo mucho últimamente. Necesitaba ponerme al día cuanto antes en lo básico de medicina general. Deduzco que no tienes el húmero fracturado; sin embargo, te quejas de demasiado de dolor.

—Sensación de hormigueo y alguna que otra punzada.

—Seguramente es porque tienes el nervio dañado. Pero si te han realizado una radiografía y todo está dentro de la normalidad, sólo cabe esperar, tomar algún relajante muscular y un analgésico para el dolor.

Él sonrió. Siempre le había encantado la expresión de su rostro cuando se ponía tan seria. Le salían una arruguitas muy graciosas en el entrecejo, justo encima el tabique nasal y en el arco de Cupido.

—Ya lo has vuelto a hacer.

—¿El qué?

—Pues salirte por la tangente sin contestar a mi pregunta. No es fácil dislocarse un hombro, ¿cómo ha ocurrido?

—Practicando deporte —mintió sin titubeos—, una mala caída.

—Para que luego digan que el deporte es sano —murmuró con sarcasmo.

A pesar de que se había quedado más tranquila con su escueta explicación, le recomendó reposo y que se estirara en la cama mientras ella llamaba por teléfono.

Él, por supuesto, aceptó a regañadientes.

Se frotó los ojos, abrió la boca en un bostezo y luego cerró los párpados; éstos le pesaban como piedras. No le llevaría mucho tiempo conciliar el sueño. Las dos últimas noches las había

pasado en vela por culpa de las pesadillas. Tal vez era lo que necesitaba, saber que Noah estaba a su lado para despreocuparse, al menos, durante un corto espacio de tiempo.

64

Mansión de los Orson, afueras de Manhattan

Gabriel se apoyó en el quicio de la puerta observando a Daniela. Reconocía que, de espaldas, tenía una enorme semejanza con su madre, Jessica Orson.

Al parecer la joven sólo encontraba consuelo en la música. Era lo único que la ayudaba a olvidarse de Eric. Sentada frente a un elegantísimo Steinway & Sons D274 de cola completa recreaba la canción What you're made of de Lucie Silvas y Antonio Orozco.

No puedo controlarlo, si me hundo o si nado
porque elegí el agua en la que estoy…
[…]
Si no estás para esto no eres lo que yo busqué.
El quererte no lo es todo, pudiste darme más.
No sigas, no cambies, hay cosas que no me entregarás.

Acercándose a Daniela, se sentó a su lado y tomó el relevo al llegar a la parte interpretada por Antonio Orozco.

Siempre te escucho y resulta igual a nada..
Tengo mil dudas sobre tu sinceridad.
Creo que es justo decidir lo que te he dado,
porque yo mismo decidí…

Ambos cantaron al unísono mirándose a los ojos.

Que da igual si tú o yo,
si lo entiendes o si no.
Yo merezco mucho más…

Cuando la última nota se desvaneció, un silencio los envolvió.

Ambos se miraron fijamente a los ojos.

—Eric es un capullo, no te merece.

Daniela inspiró hondo y, sin dejar de mirarlo, respondió:

—Puede que tengas razón.

—En esta ocasión, la tengo.

Gabriel acercó la mano a su sonrosada mejilla para acariciarla con suavidad.

—Hazme caso, olvídalo y sigue con tu vida. —Hizo una breve pausa—. Eres demasiado especial para que un sinvergüenza te la joda, por muy amigo mío que fuera.

Daniela colocó la mano sobre la de él para retirarla de su rostro.

—¿Por qué eres siempre tan amable conmigo?

Él sonrió.

—Porque te aprecio, eres la hija de Jess y deseo que seas feliz.

Ella agachó la cabeza algo aturdida tras su apabullante afirmación y, tras frotar las piernas,

clavó los dedos en los muslos, algo decepcionada.

—Daniela… —añadió cogiéndole del mentón para obligarla a que lo mirara a los ojos—. Me gusta cuidarte —aclaró.

Los labios de Daniela comenzaron a temblar ligeramente y su corazón a martillear con fuerza en el interior de su pecho.

Estaba convencida de que ardería en el infierno por lo que iba a hacer, pero lo necesitaba, lo ansiaba con toda su alma. Ya tendría el resto de su vida para arrepentirse y pagar por ello.

Descendió la mirada verdosa de sus ojos a sus labios y, una vez allí, se detuvo.

—Perdóname, Gabriel… perdonadme los dos.

Y, tras aquellas desgarradoras palabras que salieron de su temblorosa garganta, se deslizó por la banqueta y, al quedar a escasos centímetros de su cara, cerró los ojos y unió sus labios con los de él.

Gabriel pudo saborear de nuevo aquella lengua húmeda y juguetona que se deslizaba con timidez en el interior de su boca y buscaba con desespero la suya. Aquel sabor afrutado, aquella pasión retenida… y aquella forma de besarlo.

Hubo unos instantes de incertidumbre por parte de él, hasta que al fin tomó consciencia de la gravedad de la situación y de lo que realmente estaba ocurriendo entre ambos.

Abrió los ojos, atónito.

—Daniela… esto no está bien… —Se separó hacia atrás y la sujetó con fuerza de los brazos —. No soy capaz de engañar a Jessica. ¿Lo comprendes? Estoy enamorado de ella…

Ella lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada un tiempo.

—Lo siento, no debí… —tartamudeó con lágrimas en los ojos—. Te doy mi palabra de que no volverá a ocurrir. Lo siento de veras…

Daniela se incorporó de golpe, cruzó la sala y corrió al dormitorio de invitados.

Gabriel no tardó en seguirla y, al darle alcance, la miró con preocupación; había abierto una maleta y la había colocado encima de la cama mientras daba tumbos con desespero de un lado a otro, buscando ropa y los enseres personales para colocarlos en el interior.

—¿Qué estás haciendo?

—Me marcho.

Daniela le dio la espalda y abrió uno de los cajones de la mesita de noche.

—No puedo seguir viviendo bajo el mismo techo que tú.

—Por mi parte, no debes preocuparte —trató de convencerla sin mucho éxito—. Todo está olvidado. Borrón y cuenta nueva.

Ella continuaba preparando la maleta sin reparar en mirarle a la cara.

—Daniela…

Al ver que ella ignoraba su presencia, se acercó por la espalda y, agarrándola del brazo, le dio la vuelta.

—¿Qué pasa? ¿Acaso hay algo más?

Ella esta vez lo miró a los ojos profundamente y, arrancándose con rabia un par de lágrimas que le resbalaban por las mejillas, le contestó entre sollozos.

—No puedo quedarme porque me hiere estar a tu lado, porque… porque sigo enamorada de ti. Jamás dejé de quererte.

65

Rittenhouse Hotel, Filadelfia

Frank Evans abrió un ojo, luego el otro y miró a su alrededor. La pequeña habitación volvía a estar en orden, cada cosa en su lugar o en el lugar que Noah había decidido para tal fin.

Entrecerró los ojos al girar el rostro y mirar a través de la ventana la ciudad de Filadelfia. Las cortinas estaban abiertas y el sol iluminaba gran parte de la estancia.

Noah se acercó con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, dormilón. ¿Has logrado descansar?

Frank le devolvió la sonrisa. Estaba preciosa, se había recogido la melena pelirroja en un moño improvisado, utilizando un lápiz como pasador. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas y llevaba puesta una de sus prendas de ropa.

—Espero que no te moleste. He cogido una de tus camisetas —dijo tirando de ésta—. Me gusta sentirme cómoda.

Él se frotó los ojos.

—En absoluto, estás en tu casa… bueno, en tu habitación de hotel.

—¿Tienes hambre?

Noah cambió de tema.

—Francamente, sí. —Sonrió levantándose de la cama—. Pero antes, si me disculpas… he de ir… ya sabes…

Ella pestañeó sin caer en la cuenta hasta poco después.

—¡Oh, sí… claro! Ve.

Bajó la vista algo ruborizada, como si se tratara de dos desconocidos que acabaran de conocerse. Frank, indiscutiblemente, ese hecho lo pasó por alto. Para él ella seguía siendo la misma, a todos los efectos.

Entró en el cuarto de baño y se encerró en el interior. Mientras tanto, Noah acabó de preparar la mesa. Colocó los cubiertos, el servilletero y un par de vasos de cristal en los cuales vertió agua natural con generosidad.

Frank regresó poco después, tomó asiento no sin antes relamerse los labios al ver lo que había sobre la mesa.

—Ensalada y lasaña.

—¿Te parece bien? —preguntó dejando la paleta suspendida en el aire—. Puedo pedir otra cosa…

—No. Quiero decir sí, me encanta. ¿A quién no le gusta la pasta?

Le guiñó un ojo y bebió un sorbo de agua. Noah suspiró aliviada y rellenó su plato con una generosa ración.

Frank se la quedó mirando y aprovechó el silencio para formularle una pregunta.

—¿En todo este tiempo no has recordado nada más?

Ella levantó la barbilla y negó con la cabeza.

—Nada. Absolutamente nada. —Ahogó un lánguido suspiro y jugueteó con el tenedor—. He tenido varios vagos recuerdos, pero del resto sigo siendo amnésica.

Él la miró sorprendido y desanimado a partes iguales. Desafortunadamente, el tiempo corría en su contra. En la mayoría de los casos, los enfermos con este trastorno solían recuperar la

memoria a las pocas horas, el resto a los pocos días. Sin embargo, la amnesia que sufría Noah era demasiado persistente, ya que pronto se cumplirían cinco semanas desde que perdió la memoria, y no había ningún indicio de que remitiera.

Después de recoger la mesa, Noah le sugirió que se afeitara, prestándose incluso a ayudarle si él lo creía oportuno. Comprendía que tener el brazo en cabestrillo era un engorro, además de limitarle en muchas de las funciones cotidianas.

—Genial. Soy un completo negado con la mano izquierda —admitió acariciando su barba—. Debo de tener un aspecto horrible.

Noah sonrió.

—Los he visto peores, créeme —aclaró dejando la bandeja en el carrito de ruedas.

—Suelo afeitarme con brocha y navaja. ¿Te ves capaz?

Frank alzó una ceja, tentándola. Por supuesto, él jugaba con ventaja. Noah lo había afeitado decenas de veces en Manhattan y sabía que lo haría a la perfección.

—Sí, si me guías. Soy buena aprendiz.

«Lo sé —reconoció él para sus adentros—. Eres, con diferencia, la mejor aprendiz que he conocido nunca.»

—Además, gozo de buen pulso.

Noah puso la mano plana para mostrárselo.

—En ese caso, acompáñame al cuarto de baño.

Y dicho esto, lo siguió; esperó a que él lo preparara todo y se sentara en el taburete.

—Lo primero que tienes que hacer es coger la espuma de afeitar y la brocha.

Noah miró los utensilios que yacían sobre el mármol del lavabo.

—Ahora, extiéndela sobre mi cara con la ayuda de la brocha.

Frank echó una ojeada al espejo. La visión que le devolvía era de lo más sugerente: no había nada más sexi que una mujer afeitando a un hombre. Él notó cómo se le aceleraba el corazón.

—¿Y ahora?

—Ahora… —se aclaró la voz—... coge la navaja y deslízala en el sentido en que crece el pelo.

Noah miró la navaja y suspiró. Estaba muy afilada.

—Vamos. Sé que puedes, no me harás daño.

—Me da miedo…

—Noah, mírame.

Ella hizo lo que le pidió.

—¿Confías en mí?

Miró sus increíbles ojos rasgados que brillaban como dos preciosas turmalinas negras y, luego, le contestó con firmeza.

—Sí.

—Pues en ese caso, yo también confío en ti.

Cogió aire y lo expulsó lentamente antes de fijar un punto en el rostro de él.

—Espera.

Frank separó las piernas.

—Acércate un poco más —le sugirió con la voz algo más ronca de lo habitual—, accederás mejor.

Noah se colocó entre sus rodillas con cuidado de no tocar el vendaje de su brazo.

—Vamos allá —pensó en voz alta.

Sujetó la navaja con determinación y empezó a deslizarla con suavidad por su piel.

—Lo estás haciendo muy bien —ronroneó sin dejar de mirarla a los ojos en todo momento.

Noah le alzó la barbilla para acceder mejor a aquella zona.

Frank perdió momentáneamente el equilibrio y apoyó la mano en una de las caderas de ella, clavando los dedos en sus carnes y estrechando su cuerpo con el suyo.

Por fortuna, Noah fue rápida de reflejos y retiró la afilada navaja a tiempo antes de ocasionarle una herida.

—Lo siento… —se disculpó retirando la mano.

—Tranquilo. No pasa nada.

Noah notó que él tenía la respiración acelerada, las pupilas dilatadas y los ojos muy brillantes. Y por una extraña razón, no pudo dejar de mirarlo. Tragó saliva. La tensión sexual que existía entre ambos podía palparse en el aire.

Frank estaba haciendo un sobreesfuerzo para no sucumbir y besarla. Pero aquel acercamiento después de tanto tiempo anhelándolo fue, sin duda, la gota que colmó el vaso.

En silencio, se levantó del taburete con decisión y la miró con ojos cargados de deseo, justo antes de romper la firme promesa que se había impuesto: dejar que las cosas fluyeran entre ambos por sí solas, sin necesidad de precipitarlas.

Él le acarició la mejilla con la yema de los dedos, con suavidad y muy lentamente, recordando el tacto aterciopelado de su piel bajo sus dedos.

Inspiró hondo. Había llegado el momento. Necesitaba hacerlo.

La miró a los ojos con intensidad antes de besarla.

—Te deseo… Noah.

Ella parpadeó, reteniendo el aliento. Se quedó bloqueada. Apenas era capaz de discernir con normalidad. Tragó saliva, angustiada. Su corazón pertenecía a Colin Wilde; sin embargo, en ese instante latía con fuerza por otra persona.

Frank tomó su silencio como una invitación y se inclinó ligeramente para unir sus labios con los de ella cuando, de pronto, alguien aporreó la puerta, interrumpiendo con brusquedad aquel mágico momento.

Frank cerró los ojos y maldijo entre dientes. Enderezó la espalda y frunció el ceño, pensativo.

—Quizá sea el servicio de habitaciones —comentó, aunque lo cierto era que no lo había solicitado—. Aguarda aquí, por favor. En seguida vuelvo.

—Claro, no te preocupes —murmuró abrazándose a sí misma al darse cuenta de lo que podría haber sucedido entre ambos. Quizá era mejor así, porque, de haber probado su boca, lo más probable era que aquello hubiese complicado la relación de amistad que se estaba empezando a forjar.

Frank, tras acabar de limpiarse la cara y ponerse una camiseta, se dirigió a la puerta y la abrió, sin interesarse por la identidad de quien aguardaba al otro lado. Se trataba de un hombre de mediana edad, con el cabello ondulado y unos penetrantes ojos pardos. Junto a él estaban dos agentes uniformados, uno a cada lado y con los semblantes muy serios, a la expectativa.

—¿Es usted Frank Evans?

El joven asintió.

—Agente especial Higgins, del FBI. —Le mostró la placa identificativa.

El agente guardó la placa en el bolsillo de la americana y fue entonces cuando Frank se dio cuenta de que, bajo la ropa, llevaba un chaleco antibalas.

Frank abrió mucho los ojos al ver que extraía unas esposas y acto seguido pronunciaba estas palabras.

—Queda detenido por el intento de asesinato de Noah Anderson.

—¡¿Có… cómo… dice?! —balbuceó, atragantándose con su propia saliva.

Noah, al oír alboroto, corrió a la puerta.

—Tiene derecho a permanecer en silencio… —relató al tiempo que otro de los federales le quitaba el cabestrillo y le colocaba las esposas.

Frank gruñó, aún tenía el hombro dolorido.

—¡Esto es un terrible error…!

—… cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a un abogado. En el supuesto de no disponer de recursos para contratarlo, le será designado uno de oficio para representarlo.

Noah lo miró perpleja, no era capaz de reaccionar. ¿Frank era su agresor y la persona que deseaba su muerte por encima de todo?

—¡Nooo, Noah! Yo jamás… jamás… —Se zarandeó para tratar de llegar hasta ella.

—¡¡Silencio!! —le ordenó el agente más veterano, mostrándole una porra.

Con lágrimas en los ojos, se cubrió la boca con las manos y empezó a dar unos pasos atrás mientras no cesaba de negar con la cabeza.

—Noah… soy inocente… —La miró suplicante.

—No… noooo… —sollozaba—. No puede ser…

Se llevaron a Frank a rastras del hotel y lo obligaron a entrar en el coche patrulla a la fuerza. Mientras tanto, uno de los agentes, el más joven, se acercó donde Noah se encontraba, sentada en el suelo, agazapada y abrazando sus rodillas, sin cesar de llorar.

—Señora, tranquilícese, por favor.

Le cubrió el cuerpo con una manta térmica y, acto seguido, se acuclilló frente a ella.

—Todo acabó. —Le tendió un pañuelo—. Ya no debe preocuparse. Pasará el resto de su vida entre rejas, puede estar segura.

66

Old City, Filadelfia

—¡Ya va, ya vaaa…!

Jonathan encendió la lamparilla de la mesita de noche, se frotó los ojos con los puños y se puso las gafas de pasta negras.

—Johny… deja que aporreen la puerta, ya se cansarán. —Tiró de sus pantalones de pijama varias veces.

—Me ha parecido oír la voz de mi hermana.

Vincent rodó por la cama y alargó el brazo para mirar la hora en el despertador.

—Son pasadas las doce de la madrugada… Dudo que sea ella.

—Bueno, en todo caso… será alguien con problemas —insistió poniéndose una camiseta usada que parecía estar hecha a base de harapos y que solía utilizar para estar cómodo en casa.

—Los problemas los va a tener como siga golpeando la puñetera puerta de esa manera… —refunfuñó dándole la espalda y cubriéndose hasta la barbilla con el plumón de miraguano.

Jonathan puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Conocía a la perfección el mal humor que tenía Vincent cuando algo perturbaba sus ocho horas diarias dedicadas a dormir.

Antes de salir de la habitación, apagó la luz y ajustó la puerta para que pudiera conciliar el sueño en seguida.

Mientras atravesaba el salón, golpearon de nuevo la puerta.

—Ya vaaaa…

Cuando al fin la abrió, se encontró con la imagen de una persona completamente abatida, inmersa en un mar de lágrimas.

—¡Noah… por el amor de Dios! ¡¿Qué es lo que te ha pasado?!

Se le encogió el corazón de verla en ese estado tan deplorable.

—Lo siento… —ahogó un gemido—... es muy tarde…

Jonathan la rodeó entre sus brazos mientras le acariciaba el largo de la melena de arriba abajo.

—Peque, estaré siempre que me necesites… siempre.

Permitió que se desahogara y, cuando la sintió algo más relajada, la invitó a pasar.

A pesar de ignorar el motivo por el cual ella había acudido a esas horas de la noche y de aquella forma, la acompañó al sofá para que se acomodara, la descalzó y fue a la cocina para prepararle una tila.

Cuando se sentó a su lado y dejó la taza sobre la mesita, atrapó una de sus manos y buscó sus ojos grises, que estaban hinchados y enrojecidos de tanto llorar.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás así por el hijo de p…? —Apretó los labios y se mordió la lengua. Luego, retomó el aire rehaciendo de nuevo la pregunta—. ¿Es por Clive?

Ella negó con la cabeza y sorbió por la nariz.

—No, no es por él…

Él la observaba, aguardando en silencio, dándole el tiempo necesario para que confiara en él y se lo explicara todo.

—Han… han… arrestado a Frank… ¡está preso en la cárcel…! —tartamudeó.

Todo el cuerpo de Noah se puso a temblar como una liviana hoja.

—¡Eh, eh, eh…! Espera un momento… —Le soltó la mano y se pasó ambas por el pelo,

confundido—. ¿Quién es ese tal Frank? ¿Y de qué se le acusa?

Las preguntas quedaron suspendidas en el aire hasta que ella al fin habló.

—Frank Evans es… —Trató de buscar las palabras apropiadas—. Es un amigo. Un amigo… muy especial.

—¿Especial como Wilde? —preguntó con suspicacia enarcando una ceja.

Ruborizándose, Noah bajó la vista a sus manos.

—Digamos que… que empieza a serlo.

—¡Vaya…! —espetó, perplejo, sin poder ocultar su sorpresa—. Y… ¿estás enamorada de los dos?

Noah se sintió abrumada por su pregunta tan directa y apartó la mirada por segunda vez. Reconocía que ni siquiera ella era capaz de responderla. No por el momento.

Con disimulo, se inclinó ligeramente para hacer girar la cucharilla en un par de ocasiones, antes de posar el borde de la taza en sus carnosos labios. Sorbió y después suspiró.

El joven le pidió perdón por ser algo impertinente.

—A veces olvido que apenas me conoces… y que se ha perdido ese grado de complicidad que teníamos antes… —le aclaró honestamente.

Ella lo miró con melancolía.

—Ése es uno de los motivos que me han hecho venir.

Jonathan se rascó el mentón, pensativo.

—A Frank lo acusan de intento de asesinato —se apresuró a decir y, suspirando hondo, prosiguió—: Según el FBI, él es quien me disparó a bocajarro en aquel callejón.

Su hermano abrió los ojos como platos al ver que hablaba en serio y no se trataba de ninguna broma de mal gusto.

—¡¿Quéeee?! ¿No hablarás en serio?

Noah le rogó calma con la mirada y después añadió angustiada:

—Por eso… necesito someterme lo antes posible a una sesión de hipnosis… Algo me dice que… que no fue él… que están acusando a la persona equivocada y que debo creer en su inocencia.

A pesar de tener su propia opinión al respecto, y hacer alusión al dicho «todo el mundo es inocente mientras no se demuestre lo contrario», Jonathan estiró de su brazo, atrayéndola hacia él para permitir que se acurrucara en su pecho.

—Te doy mi palabra de que muy pronto tendrás tu sesión de hipnosis y ayudaré a tu amigo. Me comprometo a llevar su caso y a demostrar su inocencia. Has de estar preparada. Eres testigo directo y pronto te citarán para testificar. Pero ahora de eso no tienes por qué preocuparte. ¿De acuerdo?

Hubo unos instantes de silencio antes de que Jonathan se diera cuenta de que su hermana pequeña se había quedado profundamente dormida entre sus brazos. Sonrió. Hacía tanto tiempo que había olvidado lo que se sentía al tenerla así: protegiéndola, mimándola… queriéndola. Había perdido la cuenta de las veces que le había vencido el sueño mientras le relataba los entresijos de los casos más peculiares que había tenido que defender: psicópatas altamente agresivos, prostitutas de alto standing algo deslenguadas junto a sus proxenetas, o incluso algún que otro magnate acusado de blanqueo de capitales.

La besó en el pelo y la tendió con cuidado en el sofá. Le colocó uno de los cojines a modo de improvisada almohada y fue a buscar una manta para cubrirla con ésta.

—Buenas noches, ma petit Rousse… —Le acarició la mejilla con suavidad—. Descansa porque mañana será un día repleto de revelaciones.

67

Old City, Filadelfia

—Y ahora quiero que cierres los ojos.

La cálida voz de Vincent reconfortó en parte el estado de nerviosismo que la invadía.

Acomodada en el diván, Noah hizo lo que le pidió.

—Respira lenta y profundamente…. En este momento vamos a hacer un viaje. Debes escuchar mi voz… mi voz te guiará, ella será el timón. Permite que tus pensamientos vayan a la deriva… y que con cada respiración tu cuerpo se relaje lentamente… Imagina que estás en un lugar maravilloso, rodeada de vegetación. Caminas descalza por la hierba mojada mientras el sol acaricia tu rostro… Escucha el canto de los pájaros y disfruta del olor a azahar… Siente la paz que te invade el alma… y deja que tu mente viaje… viaje en el tiempo…

»Es 24 de diciembre de 2013. Es Nochebuena y estás en la ciudad de Manhattan… Es de noche. ¿Puedes decirme qué ves a tu alrededor?

—Nieve… hace mucho frío. Veo luces de colores y las calles abarrotadas de gente. Personas cruzándose conmigo… Pero nadie me mira. Nadie se fija en mí…

—¿Y tú qué estás haciendo?

—Camino… pero no sé hacia dónde…

Noah tardó unos instantes en proseguir.

—Tengo miedo…

El cuerpo de la joven empezó a tiritar y se abrazó a sí misma.

—¿Qué es lo que temes?

—Alguien me sujeta con fuerza del codo… y… me apunta con un arma que tiene bajo el abrigo…

Jonathan se tensó y miró a los ojos de su pareja. Vincent le enseñó las palmas para que se tranquilizara. Le pidió con la mirada que le permitiera continuar para seguir indagando y descubrir toda la verdad.

—Descríbeme a esa persona.

—No puedo distinguir su rostro… es… es difuso… —balbuceó angustiada.

—Inténtalo.

Noah tardó un poco en proseguir.

—Es… alto… me saca una cabeza y media, pelo negro y ondulado… y el olor de su perfume… me resulta familiar…

Noah soltó un alarido de dolor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó inclinándose hacia delante con interés.

—Me ha empujado contra la pared… y he caído encima de unas bolsas de basura amontonadas… —Empezó a sentir arcadas y se cubrió la boca con la mano cuando una de las bolsas reventó y un hedor nauseabundo salió expulsado del interior.

Noah se removió en el diván. Ladeó la cabeza y vomitó. Aún seguía en trance.

—¡Ya basta! —gritó Jonathan acercándose a su hermana.

Vincent se levantó de la silla y fue a su encuentro, antes de que pudiera llegar hasta ella.

—Ni se te ocurra despertarla… puede entrar en estado de shock.

—¡Pues despiértala tú!

—No… por favor… deja que continúe… sólo un poco más… estamos muy cerca… —intentó convencerlo.

—Pero… ¿a qué precio?

—Al que sea necesario. Debe averiguar la verdad y lo está haciendo muy bien.

—¡Joder…! —masculló—. No puedo verlo… no puedo verla así.

—Pues, entonces, deberías esperar fuera. —Le apoyó una mano en su hombro y la apretó ligeramente—. Confía en mí, sabré cuándo parar.

Jonathan inspiró hondo, miró a su hermana cubierta de vómito y, con resignación, le dio la espalda para salir de la habitación.

Cuando se quedaron a solas, buscó un pañuelo y le limpió los restos que aún persistían en las comisuras de sus labios. Vincent arrastró la silla para estar más cerca de ella.

—¿Qué sientes?

—Escalofríos… miedo… angustia… siento el sabor amargo de la bilis en mi garganta… Le pregunto si va a matarme…

Vincent tragó saliva. Había realizado decenas de sesiones pero tenía que reconocer que ninguna tan espeluznante como aquélla.

—Me obliga a girarme… dice que no quiere que lo mire cuando apriete el gatillo…

El joven abrió mucho los ojos, asombrado por la mente fría y calculadora del agresor. Quienquiera que fuese, sabía lo que hacía.

—Me ata las manos a la espalda con unas bridas…

Noah gritó, saltándosele las lágrimas.

—¡El plástico corta la piel de mis muñecas! ¡Me dueeeeele! Y… me amenaza, me llama zorra… y me amordaza con una corbata que coloca alrededor de mi cabeza. Me sujeta de la nuca y… me obliga a ponerme de rodillas… sobre la nieve… mi ropa se empapa… siento cómo el frío se cala en mis huesos… estoy congelada… y mis dientes castañetean y… entonces, me golpea con el puño…

Vincent hacía rato que aguantaba el aliento y, aunque le había prometido a Jonathan detener la sesión antes de rebasar cualquier límite, necesitaba continuar.

—Busco una salida… Miro de lado a lado… Estoy desesperada… entonces, hurga en mi ropa, mete la mano y me pregunta si llevo joyas… y si tengo los pendientes que me regaló…

«Sin duda es una persona vinculada a su círculo de amigos o… incluso puede tratarse de algún familiar cercano —pensó él—. Lo que está claro es que Noah lo conoce.»

—Saquea mi cuerpo en busca de joyas… quiere simular que se trata de un robo… lleva guantes cortos… son de piel… y… algo me llama la atención… es algo brillante…

—¿Qué es?

—Unos gemelos… parecen caros…

—Fíjate mejor, Noah…

Vincent insistió. Los detalles eran importantes, ayudaban a esclarecer los hechos y, en este caso, se trataba de algo personal de su agresor que ayudaría a incriminarlo.

—Son de oro y de forma redonda… y… puedo… puedo distinguir una inscripción… C&N y algo parecido a un símbolo… ¡Sí! El símbolo es infinito…

«¡Guau…! Increíble. Realmente es increíble…»

Vincent, sin darse cuenta, entrelazó las manos, se llevó ambos pulgares a la boca y empezó a mordisquearse las uñas.

—Oigo sirenas… es la policía… ¡Socorrooooooo! Grito, pero sigo amordazada y mis gritos se reducen a simples gemidos… Me siento mareada… ya casi no tengo fuerzas…

Noah respiraba con dificultad.

—Me ha colocado el arma en la cabeza. Noto el gélido acero en mi pelo… Siento pánico… casi no puedo respirar… las lágrimas me nublan la vista… voy a morir…

Ella empezó a convulsionarse, con espasmos y violentas sacudidas.

—¡Noooooo! ¡Nooooooooooo!

Vincent corrió a su lado.

—Noah, escucha mi voz… cuando cuente hasta tres… abrirás los ojos… Una, dos, tres… ¡Abre los ojos!

Noah despertó confundida. Parpadeó y, al incorporarse, se vio cubierta de vómito.

—¿Qué ha pasado?

—¿Me recuerdas?

—Claro… eres Vincent…

Él sonrió.

—¡Ufff! Ha sido… —No encontraba las palabras—... ¡Alucinante! Voy a buscar a tu hermano…

Mientras tanto, Noah trató de recordar, pero le fue del todo inútil. Se sintió desolada. Todo había sido en balde. De nada había servido la sesión de hipnosis, o al menos eso era lo que ella creía.

Se levantó del diván y los esperó.

Jonathan entró como una exhalación, arrasándolo todo a su paso.

—Peque… ¿estás bien? —La escudriñó de arriba abajo antes de abrazarla.

—Sí —afirmó con decaimiento—. Pero aún sufro amnesia y sigo sin conocer la identidad de mi agresor…

—Bueno, yo no estaría tan seguro.

Vincent tosió en el puño.

—Sabemos que es un tipo alto, de metro ochenta, pelo oscuro, le gusta vestir bien y… lo mejor de todo, utiliza gemelos de oro.

—¿En serio? —preguntó Noah con un atisbo de esperanza en su voz.

—Lo he ido anotándolo todo aquí. —Le mostró una pequeña libreta.

Noah leyó mentalmente y, al llegar a siglas C&N, entrecerró los ojos y frunció mucho el ceño.

«Juraría que ya las he visto antes.»

—¿Acaso te resultan familiares? —increpó Jonathan para ayudar a dar un poco de luz a todo aquello.

—Eh… no —mintió. Había recordado dónde las había visto: en el despacho de su marido—. Me he confundido, eso es todo.

Poco después, tras darse una ducha y vestirse con la ropa de su hermano, la acompañaron a su casa.

Estaba a tan sólo unos minutos de descubrir la verdad.

68

Departamento de Policía del Distrito 22, Filadelfia

—¡Jack!

La puerta del despacho se abrió de par en par y el detective Owen se giró de golpe.

—Canta, Richard. —Quitó los pies de encima de la mesa y, tras realizar una última pompa con la goma de mascar, probó de encestar ésta en la papelera sin mucho éxito.

—Fallaste.

Richard no pudo contener la risa.

—Como casi siempre… —admitió y se rascó la incipiente calvicie.

—Debes saber que tienes a la mujer de servicio contenta —repuso animado.

Jack echó una rápida ojeada a su alrededor. Una montaña de papeles dormitaba junto a la papelera. Había ropa usada esparcida por diferentes puntos estratégicos de la estancia: sofá, pomos de los armarios, estanterías… Y, sobre el escritorio, una caja de pizza con restos de comida en el interior, con alguna que otra mosca de huésped merodeando a sus anchas y también un par de latas de cerveza aplastadas.

—Pues si que soy cerdo… —admitió. Esta vez se había quedado sin argumentos para rebatir a su colega de profesión. Muy a su pesar tuvo que morderse la lengua. Sin lugar a dudas, la fama de desordenado y poco higiénico se la había ganado a pulso.

Richard miró el calendario colgado en la pared.

—Rosy no vendrá hasta dentro de tres días. Como no recojas un poco todo esto, te veo de titular en las noticias de sucesos: «Guarro detective asesinado a escobazos por Rosy, alias la escandinava».

Jack se carcajeó.

—Richard, Richard… no me hagas reír que se me saltan los empastes y me cuestan un riñón…

—Jefe.

—Subordinado —le siguió el juego.

—Búscate una buena mujer. Limpia y que cocine ricas comidas… que te haga friegas después de la dura jornada… que…

—¡Alto, alto! —Le mostró las palmas de las manos—. Para echar un polvo de vez en cuando no necesito una chacha. Me valen las furcias callejeras. Ésas no preguntan y por menos de veinte pavos te la maman que da gusto.

—¡Diablos! Aún no me explico cómo no has contraído la sífilis o alguna enfermedad de transmisión sexual y no se te ha caído la polla a tiras.

—Pues porque hay putas y putas… soy selectivo, ¿qué coño te piensas?

Richard puso los ojos en blanco.

—Bueno, cambiando de tema… Ya sabes que Ramírez, el cubano, se casa.

—Sí, pobre… lo compadezco —murmuró por lo bajo.

—Pues, verás. Los chicos están organizando una gorda. Será una despedida sonada: estrípers, gogos… polvo blanco…

—Vamos, lo de siempre —recalcó con desgana.

—Básicamente.

—Y… ¿cuándo cae?

—Dentro de dos sábados.

Jack resopló.

—Doce, trece, catorce… —Contaba con la ayuda de los dedos—. ¡Vaya! Pues lo siento mucho. Es el cumpleaños de Elisa.

—No me jodas, Owen.

—No te jodo, Miller. Cumple dieciocho y hace medio año que no la veo. Le prometí que ese día estaría con ella.

De repente, alguien irrumpió como un ciclón en el despacho. Era el detective Harris, de homicidios.

—¡Jack!

—Al final me vais a gastar el nombre de tanto usarlo. —Lo dijo en forma de cantinela.

—¡Lo tenemos! Tenemos a ese cabrón escurridizo…

—¿De quién demonios hablas?

—Del doctor Wilson. Todas las pruebas lo incriminan…

Elliot Harris estampó el informe policial sobre el resto de papeles que había esparcidos por la mesa.

Jack giró la hoja y leyó con rapidez.

—¡Jooooder! Buen trabajo, Harris —lo felicitó y se incorporó de la silla con una amplia sonrisa de oreja a oreja—. Prepara una orden de arresto.

—Jefe, está de camino…

—¡Miller!

—Dime, jefe.

—Mueve hilos… telefonea a la central y pide refuerzos… con otro coche patrulla creo que será suficiente…

Corrió al armario y, tras uniformarse con el chaleco antibalas, comprobó que la recámara de su Magnum estuviera cargada.

—Owen. No puedes llevarla —le aconsejó—. Sigues estando suspendido.

Ambos cruzaron la mirada.

—Sé que tú no eres un soplón y no me vas a delatar.

—No quiero jugarme la placa… —Se sintió avergonzado por aquella confesión.

—Richard, joder. No pasa nada… conozco la situación de tu casa, sé que no estáis pasando por un buen momento y no puedes prescindir del sueldo. —Apoyó la mano en su hombro—. Si te preguntan, tú no has visto ni oído nada.

Richard asintió.

—Buen chico. —Lo premió con una palmada en la espalda—. Ahora voy a atrapar a ese maldito cabrón, aunque sea lo último que haga en la vida.

69

Rittenhouse Square, Filadelfia

Noah abrazó a su hermano con fuerza. Luego se separó un poco y, mirándolo a los ojos, le rogó:

—No te preocupes, márchate, estaré bien.

—¿Estás segura? Me dijiste que Clive iba a estar fuera todo el fin de semana, en Los Ángeles, en una convención.

—Sí, estoy segura… —Le sonrió para tranquilizarlo—. Voy a darme un baño y me iré a dormir pronto. Estoy agotada.

Noah acalló un bostezo con la palma.

—Veeeeenga.

Apoyó las manos en su espalda y lo empujó con suavidad hacia la calle. Luego le dio el abrigo y la cartera.

—Te llamo en cuanto llegue al apartamento.

Él realizó un gesto simulando que hablaba por teléfono.

—Vale, vale… —murmuró entre dientes y puso los ojos en blanco.

Jonathan la besó en la frente y, dándole la espalda, salió de la casa.

Comprobó por la mirilla que su hermano y Vincent entraran en el coche para cruzar a toda prisa el pasillo, subir las escaleras y buscar la llave que Clive escondía en la pared interior del cajón de la mesita de noche.

En cuanto se hizo con ella, volvió a bajar y, una vez quedó frente a la puerta del despacho, permaneció unos instantes inmóvil, antes de entrar.

Poco después, respiró hondo y ancló la diminuta llave en el bombín con las manos temblorosas.

Una vez dentro, se dirigió sin mayor dilación al escritorio. Sacó una horquilla de pelo del bolsillo y no cesó en su intento hasta lograr abrir el primer cajón.

Su pulso se aceleró de golpe. Llevaba semanas tratando de averiguar lo que realmente sucedió la noche que le dispararon en aquel callejón de Manhattan. Pero, por otro lado, sentía pánico y una enorme ansiedad al sentir que por fin estaba muy cerca de saber la verdad.

Tanteó el interior con la mano. Si su memoria no le jugaba una mala pasada, recordaba haberla visto allí. Alargó más el brazo y, en efecto, la cajita continuaba en el mismo rincón de días atrás.

Al depositarla sobre la mesa, un terrible escalofrío le recorrió de arriba abajo todo el cuerpo.

Tragó saliva con dificultad. Estaba a unos segundos de que todas las piezas del puzle encajaran de una vez por todas.

Pero, de repente, alguien se detuvo frente a ella de forma silenciosa.

Noah alzó la cabeza bruscamente tras reconocer la respiración jadeante de su marido.

—Ábrela, si te atreves.

Ella se sobresaltó, él no debería estar allí.

—Aunque, si te has atrevido a entrar en el despacho como hiciste días atrás, es porque ya sabes lo que contiene en su interior… ¿Me equivoco?

Él apretó los dientes hasta hacerlos chirriar. Al ver que ella no respondía, se acercó de forma intimidante y apoyó las palmas en la mesa, inclinándose sobre ésta.

—¡¿Me equivoco, zorra entrometida?!

Noah era incapaz de responder. Se llevó la mano sobre el pecho y abrió la boca de forma desmedida. Sentía que le faltaba el aire para respirar. Movió los ojos con nerviosismo de un lado a otro buscando una salida. Clive era un hombre fuerte y ágil y, de salir corriendo para escapar, lo más probable era que le diera alcance mucho antes de acabar de atravesar el pasillo.

Clive atrapó la cajita y la abrió para mostrarle su interior.

—Sí, Noah Anderson. Son los mismos gemelos que llevé el día que te arrastré a aquel callejón con la intención de pegarte un tiro en la cabeza.

La joven abrió los ojos desconcertada y sintió cómo el corazón le dejó de latir por un instante, debido a la sangre fría con la que decía aquellas palabras.

—Pero ¿sabes que es lo mejor de todo?

Noah no supo qué contestar, estaba atemorizada. Tenía ante sus propios ojos a un asesino sin escrúpulos.

—Que ahora tendré que matarte. —Sonrió como si no tuviera opciones y se encogió de hombros restando importancia a lo que pretendía llevar a cabo.

Rodeó la mesa de escritorio y, en un par de zancadas, se plantó delante de ella.

—Estás enfermo… —Negaba con la cabeza una y otra vez tratando de buscar alguna explicación coherente a su perturbado comportamiento. Sin hallar respuestas, dio unos pasos atrás bordeando la mesa. Al llegar al filo, tropezó y, tras perder el equilibrio, cayó al suelo.

Al sentir cómo se ahogaba, rápidamente buscó el inhalador en el bolsillo trasero del pantalón, lo agitó con fuerza varias veces y, acercándoselo a la boca, presionó la boquilla e inspiró profundo.

—¿Adónde te crees que vas?

Clive se agachó, le arrebató el inhalador y lo lanzó fuera de su alcance. La agarró del pelo y se lo retorció hasta hacerla gritar y que varias lágrimas se le saltaran de los ojos. Luego tiró con fuerza hacia arriba obligándola a levantarse.

—¡Suéltame, me haces daño! —suplicó.

—Esto no es comparable a lo que pienso hacer contigo, ¡furcia! —la amenazó mientras la llevaba a rastras de un lado a otro de la sala—. Esta vez no fallaré… esta vez, será una muerte lenta y dolorosa… muy dolorosa.

Se echó a reír. Estaba como ido y ella empezó a llorar.

—¿Adónde me llevas? —balbuceó angustiada con la voz trémula.

—¡Calla! —le gritó y retorció un poco más su larga melena rojiza, arrancándole varios mechones de cuajo.

Noah volvió a gritar, desgarrando sus cuerdas vocales hasta casi quedarse afónica.

La llevó a rastras junto a la biblioteca empotrada. Una vez allí, la lanzó contra el suelo, obligándola a clavar las rodillas.

—Quietecita, no muevas ni un pelo o el juego acabará antes de empezar. Y hoy me apetece mucho jugar.

Soltó una breve carcajada y sus palabras resonaron en su mente.

Movió uno de los recios libros que componían la enciclopedia para presionar un botón que había oculto. Al instante, se abrió una pequeña puerta, dejando al descubierto un oscuro y estrecho pasadizo.

—Me muero de ganas de escucharte suplicar.

Sonrió a modo de burla y, de nuevo, la agarró del pelo con fuerza.

—¡Vamos, mueve el culo y camina!

—¡Noooooooo! —gritó aterrada.

Debía escapar, era ahora o nunca. Forcejeó como una loca y tiró del pelo hasta lograr liberarse de su amarre. Cogió impulso y, pillándolo desprevenido, le propinó un puntapié directo a la altura de la bragueta.

Clive se llevó las manos a la entrepierna y, como un energúmeno, bramó, gimió y se retorció de dolor en el suelo.

—¡Puta! ¡Pienso descuartizarte sin piedad y después… le daré de comer a los cerdos! —gritó alargando un brazo y capturando al vuelo uno de sus tobillos.

Noah cayó de bruces y su cara se estampó contra el suelo.

Aturdida y algo desorientada por el fuerte impacto, alzó la cabeza. El parqué estaba cubierto de la sangre que salía a borbotones de sus fosas nasales.

Horrorizada y dolorida, se cubrió la nariz para tratar de detener la hemorragia. Probablemente tendría fracturado el tabique nasal.

Alzó la cabeza, miró al frente y vislumbró la puerta entreabierta.

Se imaginó arrastrándose por el pasillo hasta salir a la calle, huir, pedir ayuda para que todo aquel infierno acabara. Pero antes de que pudiera escapar, Clive la sujetó del otro tobillo y tiró hacia él con brusquedad.

Noah clavó las uñas en la madera para impedir que la arrastrara hacia él.

—¡Noooooooo! —gritó exhausta. Lloró con rabia y desesperación sin dejar de patalear.

Al poco, las fuerzas le empezaron a flaquear. Se sintió desfallecer. Estaba agotada, dolorida, magullada…

Las esperanzas por salir con vida de aquel despacho pronto se desvanecieron.

A Clive le estaba costando dominar a aquella presa salvaje. Su mujer ya no era la misma joven que recordaba. La nueva Noah tenía la intención de no rendirse y pelear hasta desfallecer.

—De nada servirá que te resistas —inquirió desafiante y su voz sonó casi a burla.

—¡Suéltame!

Clive sacó de su bolsillo la corbata y con destreza le ató los pies, inmovilizándola. Ella apenas tuvo tiempo de reaccionar. Con torpeza, continuó con su fiera lucha, pero de nada le sirvió. Su marido era más corpulento, más alto y con una reciedumbre de mil demonios que al parecer se había adueñado de su ser.

De repente, el timbre de la calle retumbó las cuatro paredes de la enorme sala.

—Chis. —Le tapó la boca—. Ni se te curra mover una pestaña.

Clive empezó a respirar con dificultad, tenía los ojos inyectados en ira y todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—Quienquiera que sea pronto se marchará, así que calladita, ¿entendido?

Noah a duras penas podía respirar. Las lágrimas le nublaban la visión, la sangre le taponaba las fosas nasales y la amplitud de una mano de Clive presionaba su boca.

De nuevo, el insistente sonido estridente del timbre.

—¿Esperas a alguien? —apartó un poco la mano para facilitarle el habla.

Noah hizo mutis. Se sentía tan mareada que le costaba incluso concentrarse.

—¡Contesta…! —le inquirió esta vez.

—No, no… lo sé… —Pensó que quizá podría tratarse de su hermano Jonathan, tal vez se había olvidado de algo.

Irremediablemente, la suerte estaba del lado de Clive. El desconocido, al poco, dejó de insistir y se marchó.

—¡Vamos, levántate! —ordenó con desprecio zarandeándola con violencia—. ¡Venga, coño!

Como no se levantaba, alargó la mano y le atrapó un brazo. Tiró de éste y empezó a arrastrar

el cuerpo de ella a través del estrecho y lóbrego pasillo.

Noah apenas tenía fuerzas para tratar de liberarse. Su mente pedía a gritos huir de allí mientras que su cuerpo no respondía ante ningún estímulo.

Al llegar al centro de la sala, la dejó allí tirada, boca arriba, retorciéndose de dolor. Y antes de que pudiera reaccionar, Clive le lanzó un cubo de agua fría en la cabeza.

—¡Despierta, zorra!… ¡No es hora de dormir! Quiero que estés consciente para verte sufrir lo indecible.

Noah abrió la boca y, entre arcadas, regurgitó el agua que había tragado.

—¡Vete al infierno, Clive! —le gritó.

Él se agachó con la furia de mil demonios y atrapó su cara, clavando los dedos en la mandíbula.

—Pienso cortarte esa lengua tan sucia que tienes…

—Ya no te tengo miedo, Clive —repuso desafiante y, haciendo acopio de todo el coraje de que fue capaz, le escupió en la cara.

—¡Zorraaaa! —bramó como un poseso y la voz le retumbó en sus oídos.

Clive le giró la cara de una violenta bofetada y el cuerpo de Noah se desplomó ante sus ojos. Había perdido por completo el conocimiento.

EPÍLOGO

¡Oh, Dios mío! Me cuesta respirar… ¡¡Me ahogo…!!

Algo me cubre la cabeza… ¡y no sé que es…! ¡No veo nada!

Sacudo la cabeza con fuerza… pero no puedo… ¡¡No puedo quitármelo!!

Tiro de las manos, una y otra vez… pero algo… algo me lo impide… Gimo de dolor. Estoy maniatada a una silla y en seguida me doy cuenta de que los tobillos… los tobillos también los tengo inmovilizados, ¡atados, uno a cada pata!

Lloro… Sollozo con desesperación.

«¡Por favoooor!», suplico. ¡¡No puedo respirar!! Grito histérica al borde de la locura. Trato de liberar mis muñecas y tiro con furia hasta que las cuerdas me hieren… me queman… y me desgarran la piel.

«¡¡¡Ahhhhhhhh!!!», grito… grito a pleno pulmón… ¡¡Es el fin!! Se agota el oxígeno… ¡¡Ya no queda nada…!! El tejido que cubre mi cabeza se pega a mi rostro como una segunda piel, tapa mis fosas nasales. Empiezo a convulsionarme… abro la boca buscando mi último aliento de vida…

Y cuando estoy a punto de perder la consciencia… noto cómo alguien se pega a mi espalda y, con una respiración profunda, ronronea en mi oído:

—Sufre, zorra… sufre…

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo de arriba abajo. Es mi marido… ¡es Clive!

—¿Te cuesta respirar? —Suena a burla.

Asiento, aniquilando las pocas fuerzas que me restan.

—Morirás, puedes estar segura. Pero antes… me divertiré contigo.

Entonces, cuando creo que me estoy desmayando, me libera…

Y de pronto… luz, aire… El aire vuelve a flotar a mi alrededor. Abro la boca y doy bocanadas en busca de aire que llene mis pulmones. Pero tanto oxígeno de golpe me hace toser y casi vomitar.

Trato de permanecer lo más calmada posible…

«¡Oh, Dios mío!»

Me estremezco al mirar a mi alrededor. Es una habitación de unos treinta metros cuadrados, forrada con terciopelo de color burdeos oscuro, casi negro. La luz es tenue… De las paredes cuelgan arneses, cadenas, cuerdas y grilletes. Un poco más a la derecha hay látigos, fustas… Es lo más espeluznante que han visto mis ojos jamás.

Clive camina con pasos firmes y seguros. Se detiene frente a una mesa de caoba maciza pero no logro ver con claridad qué es lo que hace. Parece meditar. Observa de lado a lado y al fin se decide por uno de los objetos que está junto a un monitor… Cuando se gira y veo qué es lo que sujeta… se me corta el aliento… es una navaja de afeitar…

—El cuerpo humano es capaz de soportar grados inimaginables de dolor. Me muero de curiosidad por conocer cuál es el tuyo, Noah.

»Antes de empezar, me gustaría explicarte en qué va a consistir la tortura. —Sonríe abiertamente—. La técnica que aplicaré se denomina Ling Chi o Leng T’ché o, traducido, muerte de los mil y un cortes. Era un método de tortura que se utilizaba en China en el siglo XVIII. Consiste, como su nombre bien indica, en realizar varios cortes… en partes no vitales, como pecho, brazos y piernas… Creo que, de todas las torturas, ésta es con diferencia la más cruel…

Mi respiración empieza a adoptar un ritmo más acelerado y todo mi cuerpo tiembla bajo la ropa… Empiezo a llorar y me doy cuenta de que ese hecho nutre más su ego. Su pecho se hincha y esboza una media sonrisa triunfante. Se inclina hacia delante y posa la hoja de acero en mi cara… está fría. Noto cómo la comienza a deslizar en dirección a mi cuello… Ahogo un grito y trago saliva costosamente… No pienso regalarle ninguna súplica. Nuestras miradas se cruzan a medio camino y sus ojos, de un endrino muy brillante, me atraviesan el alma. No atisbo un ápice de bondad, ni siquiera de misericordia, en ellos… Realmente está gozando al verme sufrir…

—¿Por qué me odias tanto?

Abro exageradamente los ojos al darme cuenta de que mi boca escupe mis pensamientos sin previo aviso.

Me mira con renuencia y después se carcajea. Sin responder a mi pregunta, sigue con el sendero que forja la navaja por mi piel.

Al llegar al primer botón de la camisa, se humedece los labios con lentitud como si pudiera saborear el momento y… de un corte certero, lo hace saltar por los aires…

Aprieto los ojos y, mordiéndome la lengua con fuerza, logro acallar un nuevo gemido. Las palmas de las manos me empiezan a sudar.

«¡Oh, Dios mío!» Me estremezco. Tiene planeado empezar por cortar mis pechos…

—Gritarás… —me advierte con voz grave y sigue con su hazaña. Hace saltar el resto de los botones y la camisa se abre ante sus ojos—. La agonía puede durar unos veinte minutos, pero mucho antes gritarás, llorarás… suplicarás clemencia… y yo no te la concederé…

Mira mis pechos con lascivia cuando éstos quedan liberados tras cortar las tiras del sujetador.

Con el filo de la hoja acaricia uno de mis duros pezones. Me hiere ligeramente y se me salta una lágrima.

Sonríe de forma perversa.

—Siempre he sentido fijación por tus senos —me confiesa agarrando uno de ellos. Mi pecho ocupa toda la amplitud de su mano—. Tan redondos, tan perfectos y…

Pellizca el pezón y éste llora una gota de sangre. Clive abre la boca y lame perezosamente la aureola.

—Me excita el sabor de la sangre en tu piel.

Se detiene y me mira a los ojos… aparto la mirada… siento que al mirarlo se me retuercen hasta las entrañas… Es un sádico… un perturbado mental…

Hago acopio de valor y lo miro directamente a los ojos, sin amilanarme. Abro la boca temblorosa y me atrevo a pronunciar estas palabras:

—Podrás someterme, maltratarme… quitarme la vida. Pero… jamás me arrebatarás mi alma… ¡Jamás te perteneceré…! ¡¡Jamás!!

—¡¡Basta!!

Me doy cuenta de que cambia el rictus de golpe y, acto seguido, me gira la cara de un bofetón. Escupo saliva teñida de rojo carmesí. El gusto metálico de la sangre me da arcadas y estoy a punto de vomitar… pero consigo contenerme.

De repente, la pantalla del monitor se enciende y descubro que ésta está dividida y muestra cuatro puntos estratégicos de la casa: el vestíbulo, el salón, la habitación principal y su despacho. A través de la imagen creo reconocer al detective Owen… Le acompañan varios agentes… Han irrumpido en la casa y dos de ellos han ascendido a la primera planta mientras el resto registra el salón… Clive se gira mirando en esa dirección. Corre hacia allí. Brama, farfulla palabras malsonantes y golpea la pared con el puño. Está desquiciado… da vueltas como un loco por la habitación, de un lado a otro… Al llegar de nuevo a la mesa, barre con el antebrazo todo cuanto

hay sobre ésta… Todo cae al suelo… Contengo el aliento cuando corre hacia mí… Se agacha… Siento su aliento golpeando en mi cara… Su respiración es ronca, agitada… Jamás le había visto perder el norte de esa forma… parece desesperado… Me sujeta de la nuca y clava los dedos con fuerza… Me hace daño… pero no me quejo… Acerca su boca a mi oído y me susurra:

—Por mucho que te escondas… te encontraré… —abro mucho los ojos, atemorizada—... y… te mataré…

Apaga la luz y desaparece… quedándome sola. Sola… maniatada… y herida… Grito. Grito a pleno pulmón con desesperación… hasta quedarme afónica… Lloro… Me remuevo tratando de liberarme…

—¡¡¡Auxilioooo!!! ¡¡Estoy aquíiii!

¡Maldita sea! Al poco deduzco que la habitación está insonorizada y que todos mis esfuerzos son en balde…

Con la mirada nublada por las lágrimas, soy testigo de cómo los agentes, minutos más tarde después de revisar minuciosamente toda la casa, la abandonan…

—¡Noooooo!

Sollozo, miro al techo… sé que mi libertad está a sólo unos metros… en la planta de arriba…

—¡Volveeeeeed! ¡¡No me abandonéis!!

Instantes más tarde, la pantalla del monitor se apaga y… la oscuridad se apodera de mí…

—¡Noooooo!

AGRADECIMIENTOS

A todos los lectores que día a día se emocionan con mis novelas.
Y, sobre todo, a mi familia.
¡Gracias infinitas, de todo corazón,
por hacer de mi sueño una hermosa realidad!.

La Saga Loca seducción continúa:

3. Sin mirar atrás
3.5. Alguien inesperado

loca seducción, 3. sin mirar atrás

Tras sobrevivir a la peor de sus pesadillas, Noah Anderson se enfrentará cara a cara con sus demonios y a una encarnizada lucha interior sin retorno que la llevará a descubrir quién es ella y quién es realmente su marido, Clive Wilson.

Pronto se verá envuelta en un triángulo amoroso en el que se entremezclarán los sentimientos ocultos, los recuerdos y el deseo. Sin embargo, una repentina pérdida la sumergirá en un estado de melancolía difícil de superar.

Mientras tanto, en la ciudad de Manhattan, Gabriel Gómez deberá tomar la decisión más difícil de su vida, y se debatirá entre la razón y lo que le dicta el corazón: luchar o dejarse vencer.

En Sin mirar atrás, la esperada secuela de Recuérdame, Eva P. Valencia se adentra en una trama envuelta de amor, sensualidad, pasión, intriga y giros inesperados que cobrarán vida entre las páginas de una apasionante novela que no te dejará indiferente.

¿Qué estarías dispuesto a hacer por amor?

sin mirar atrás

Prólogo

Philadelphia Industrial Correctional Center

Los almendrados ojos de Frank Evans se alzaron raudos al escuchar el nombre del doctor Wilson. Dejó los cubiertos a ambos lados del plato y tragó sin masticar el último trozo de carne que tenía en la boca.

Se levantó de la silla de un salto y caminó varios metros hasta quedar bajo la pantalla del televisor, que pendía de un soporte metálico anclado en la pared. Cruzó los brazos, arrugó el entrecejo y agudizó el oído para oír la voz de la periodista que se entremezclaba con las de los demás reclusos de la prisión.

—Anoche, el doctor Clive Wilson, cirujano jefe del Albert Einstein Medical Center y principal sospechoso del intento de asesinato de la doctora Noah Anderson, quien fue hallada el pasado 24 de diciembre en la ciudad de Nueva York con un disparo a bocajarro, se dio a la fuga mientras el equipo del cuerpo especial de seguridad de Filadelfia irrumpía en su propiedad mediante una orden de registro. Todos los indicios hacen presagiar que no huyó solo, sino que muy probablemente secuestró a su esposa…

En aquel instante, uno de los presos empezó a carcajearse jocosamente tras acabar de leer una de las viñetas de un cómic de manga. Frank no tardó en volverse, fulminarlo con la mirada y ordenarle que se callara:

—¡¡Silencio!! —gritó perdiendo los estribos y con la vena carótida palpitando desbocada, como si del corazón de un galgo en mitad de una carrera se tratara.

—¡No me jodas, gilipollas!

El hombre de la ceja partida y múltiples tatuajes multicolores en los brazos dejó de mala gana la revista sobre la mesa, se levantó poseído con la furia de mil demonios y corrió hacia Frank para asestarle un puñetazo en la mandíbula que lo derribó en el acto, haciéndole saltar uno de los dientes incisivos.

—¡¡¡Peleeeeeeeeeea!!! —se oyó a otro preso vociferar con fuerza. La palabra retumbó en la amplia sala instantes antes de que se formara un corrillo alrededor de ellos.

Frank jugaba con desventaja, había recibido el primer golpe y seguía con el brazo dolorido por la luxación de hacía apenas unos días. Sacó fuerzas de flaqueza y, recurriendo a viejas técnicas orientales que aprendió cuando no era más que un adolescente, logró colocarse sin problemas a horcajadas sobre el cuerpo de su agresor, viéndose obligado a forcejear durante un buen rato antes de lograr reducirlo por completo.

Un par de celadores corrieron al centro del revuelo. Apremiaba devolver el orden y la calma antes de que la pelea se les escapara de las manos y fuera a mayores.

—¡Abridnos paso! ¡Apartaos, joder!

Les costó un gran esfuerzo llegar hasta ellos, pero una vez lo consiguieron los maniataron por la espalda y se los llevaron de allí a distintas celdas de aislamiento. Aquel acostumbraba a ser el castigo por mal comportamiento, y el de los dos contendientes, sin duda, había sido un acto complemente deplorable.

Frank, sin dejar de forcejear y de intentar con todas sus fuerzas hacerse escuchar, fue

empujado a la fuerza al interior de una de las celdas ubicadas en el ala norte. Tras encerrarle bajo llave y quedar prácticamente a oscuras, empezó a golpear la puerta con desesperación.

—¡Necesito… exijo hablar con mi abogado!

Martilleó la puerta con los puños hasta que se dio cuenta de que nada podía hacer por salir de allí. No estaba en sus manos.

Derrotado, apoyó la espalda en la pared y la deslizó por la superficie hasta quedar sentado en el suelo. Rápidamente sintió como la esperanza le abandonaba, ignorando, una vez más, cuando recuperaría de nuevo su libertad.



Nací en Barcelona hace cuarenta y un años. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión, aunque escritora de vocación.

Soy madre de un precioso niño —Aleix—, a quien dedico en cuerpo y alma mi vida y mi obra.

A principios de 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer proyecto: la saga «Loca seducción». Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a poco fue convirtiéndose en una gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo hacer soñar a otras personas mientras pasean por mis relatos.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:
Facebook: evapvalenciaautoranovela
Instagram: @evapvalenciaautora
Web: www.evapvalencia.com

Estas son mis obras publicadas

Saga «Loca seducción»
Otoño en Manhattan
Quiero ser tu principio y tu fin
Recuérdame
Sin mirar atrás
Alguien inesperado

Bilogía Un millón de nosotros
Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos
Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas

Bilogía Celestial
Cuando Cupido olvidó las alas
Cuando el diablo vistió de uniforme

Serie «Christmas's Tales»
Christmas horror Christmas
Christmas sweet Christmas
Volúmenes independientes
Tentación
Valentine
Brooklyn

Atrévete a sentirlas en tu propia piel



WINNER NEW ADULT 2022 THE WATTYS WATTPAD

MEJOR NOVELA NAVIDAD 2022 OCIO WEB "EL MUNDO"

FINALISTA NOVELA ROMÁNTICA 2022 EVENTO BOOK'S WINGS BCN

AUTOR REVELACIÓN 2022 BOOKSTAGRAMMER LECTURAS FRANCY

DOSSIER PITCH 2023 RODANDO PÁGINAS

www.evapvalencia.com